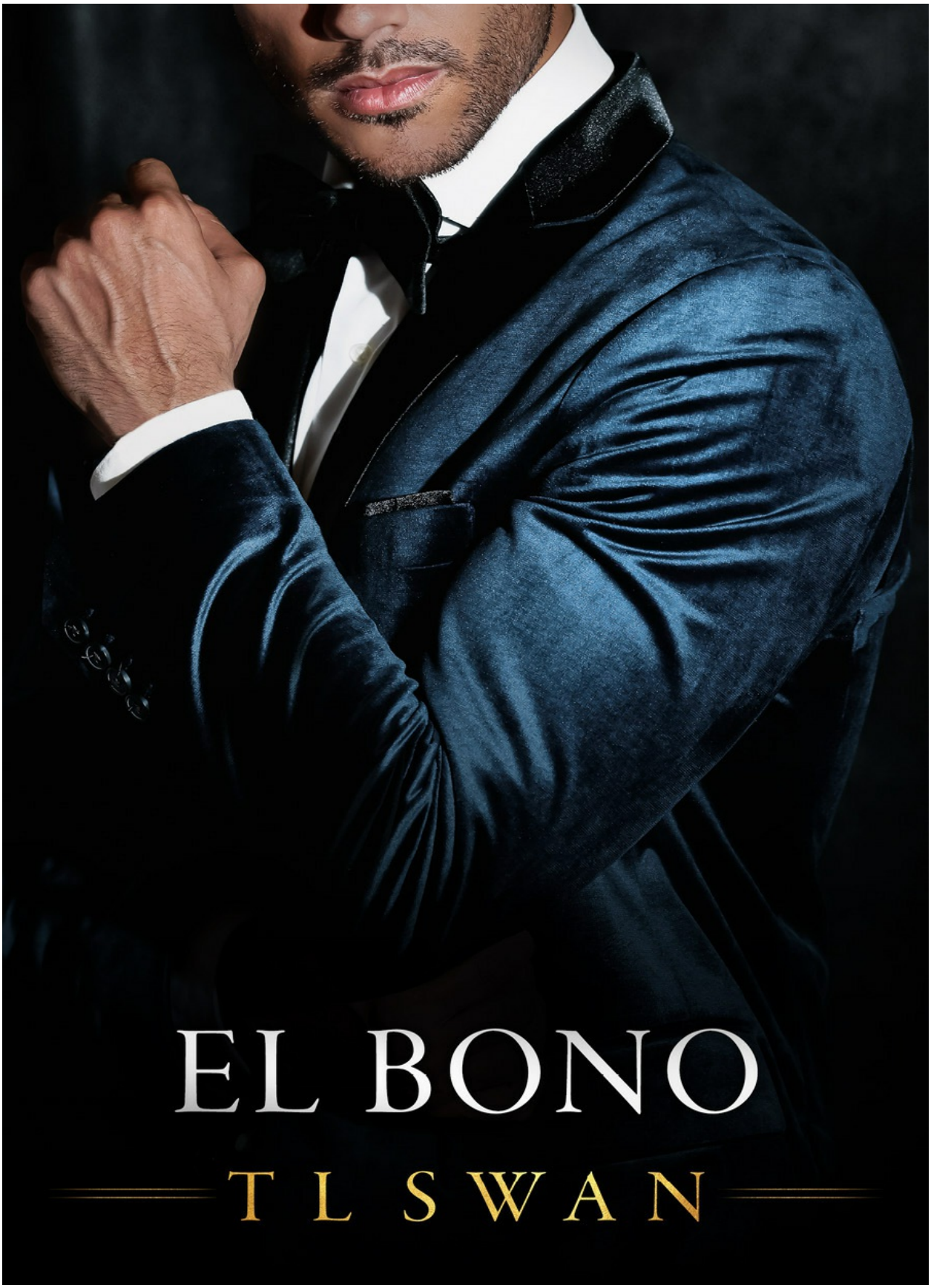


EL BONO

TL SWAN


EL BONO
TL SWAN

También por T L Swan

~ En inglés ~

The Do-over (Miles High Club #4)
Miles Ever After (Miles High Club – Epílogo Extendido)
Stanton Adore (Serie Stanton #1)
Stanton Unconditional (Serie Stanton #2)
Stanton Completely (Serie Stanton #3)
Stanton Bliss (Serie Stanton #4)
Marx Girl (Serie Stanton – 5 años después)
Gym Junkie (Serie Stanton – 7 años después)
Dr. Stantons – Epílogo (Dr. Stanton – Epílogo)

~ En español ~

Sr. Masters (Serie Sr. #1)
Sr. Spencer (Serie Sr. #2)
Sr. García (Serie Sr. #3)
A Nuestra Manera (Libro independiente)
Sígueme el Juego (Libro independiente)
El Italiano (Los Italianos #1)
Ferrara (Los Italianos #2)
Dr. Stanton (Dr. Stanton – 10 años después)
La Escala (Miles High Club #1)
La Fusión (Miles High Club #2)
El Casanova (Miles High Club #3)

EL BONO

T L SWAN

Keeperton reconoce que los aborígenes e isleños del Estrecho de Torres son los Custodios Tradicionales y los primeros narradores de las tierras en las que vivimos y trabajamos. Rendimos nuestros respetos a los Ancianos pasados, presentes y emergentes. Reconocemos su conexión continua con el país, el agua, el cielo y las comunidades, y honramos más de 60.000 años de narración de historias, cultura y arte.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Primera publicación 2024 Keeperton Pty Ltd por Arndell Books 1 / 18 Manning Street, Kiama, NSW, Australia, 2533

© T L Swan ® 2024

Se ha hecho valer el derecho moral de la autora

ISBN 978-0-9756638-0-6 (edición impresa)
ISBN 978-1-9229055-2-9 (edición digital)

Un archivo catalogado de este libro reposa en la Biblioteca Nacional de Australia

Todos los derechos reservados. Este libro está destinado ÚNICAMENTE al comprador del mismo. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, cintas o cualquier sistema de recuperación de información como IA, sin el permiso expreso por escrito de la Autora.

El papel en el que se ha impreso este libro está certificado conforme a las normas del Forest Stewardship Council®. Griffin Press posee la certificación de cadena de custodia SCS-COC-001185. El FSC® promueve una gestión ambientalmente responsable, socialmente beneficiosa y económicamente viable de los bosques del mundo.

Impreso y empastado en Australia por Griffin Press
Sydney | Washington D.C. | London
www.keeperton.com/arndell

ÍNDICE

Agradecimientos
Gratitud
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Escenas Adicionales
Sobre la Autora

AGRADECIMIENTOS

No hay palabras suficientes para expresar la gratitud que siento por la vida que me ha tocado vivir.

Poder ganarme la vida escribiendo libros es un sueño hecho realidad. Pero no cualquier libro, puedo escribir exactamente lo que quiero, las historias que amo.

A mi maravilloso equipo,
Kellie, Christine, Alina, Keeley y Abbey. Gracias por todo lo que hacen por mí, tienen tanto talento y se les aprecia tanto. Ustedes me mantienen cuerda.

A mis fabulosos lectores beta, me ayudan a mejorar enormemente.

A mi preciosa madre, que lee todo lo que escribo y me apoya sin cesar. Te amo mamá, gracias xo

A mi amado esposo y tres preciosos hijos, gracias por tolerar mi adicción al trabajo.

Y a ustedes, la mejor familia lectora y más solidaria del mundo entero.

Gracias por todo, han cambiado mi vida.
Con todo mi amor,

Tee
xoxo

GRATITUD

Cualidad de ser agradecido;
disposición a mostrar aprecio
y a devolver amabilidad.

DEDICATORIA

Me gustaría dedicar este libro al alfabeto.
Porque esas veintiséis letras han cambiado mi vida.*

Dentro de esas veintiséis letras
me hallé a mí misma y vivo mi sueño.

La próxima vez que pronuncies el alfabeto,
recuerda su poder.

Yo lo hago cada día.

***A mis queridos lectores de habla hispana:**
para ustedes serían veintisiete letras, así que tienen aún más poder.

CAPÍTULO 1

Grace

ME LLAMO GRACE PORTER, y soy la asistente personal de Gabriel Ferrara, CEO de Ferrara Media en Nueva York.

Y es el trabajo perfecto, con un sueldo estupendo y una oficina preciosa. Todo lo que siempre soñé, si no fuera por un pequeñísimo detalle.

Estoy absoluta y completamente enamorada de mi jefe.

Todos los días comienzan igual, exactamente a las ocho y veinte de la mañana. Voy a su oficina. Para entonces, ya habrá trotado en la caminadora, habrá tomado una sauna de infrarrojos y se habrá duchado. Repasamos su agenda mientras se viste.

Ver a Gabriel ponerse el traje cada mañana es lo más interesante de mi día.

¿A quién estoy engañando? Es lo más interesante de toda mi puta vida.

Tomo mis notas y toco suavemente la puerta.

—Pasa —dice con su robusta voz.

Abro la puerta tímidamente y lo encuentro junto a su cafetera, con una toalla blanca alrededor de la cintura. Músculos bronceados, espalda ancha y una dominación kilométrica, la trifecta letal.

—Buenos días, Gracie.

—Buenos días, Gabriel —respondo, mientras mis ojos lo devoran con la mirada mientras sigue dándome la espalda. La mayoría de asistentes personales preparan el café a sus jefes, pero él insiste en hacerme el mío cada mañana; además, es el único momento en que puedo mirarlo sin interrupciones.

Gira y me pasa el platito con mi taza —Su café, señora.

—Gracias —digo mientras doy un sorbo, cálido y delicioso, incluso su café es suave. Él regresa a prepararse el suyo mientras yo tomo asiento en su escritorio. Abro su computadora e inicio la sesión de su agenda.

Mis ojos vuelven a su espalda, que parece una estatua de mármol griega. Maldición.

¿Por qué tiene que ser tan irresistible? ¿Cómo puede una mujer trabajar bajo estas condiciones sin dejarse cautivar totalmente?

Y entonces él abre la boca… y entiendo el porqué —¿Acaso no dormiste bien anoche? Estás hecha un desastre.

—Gracias —murmuro mientras me concentro de nuevo en su calendario de hoy.

—Yo tampoco dormí mucho, de hecho… ¿puedes recordarme luego que debo enviar un ramo de flores?

Me muerdo el lado de la mejilla.

Maldito.

No sólo tengo que verlo salir con todas las mujeres atractivas del mundo, sino que además me toca enviarles putas flores.

—Por supuesto —respondo mientras actúo como si no me afectara.

Estoy segura de que podría ganar un Oscar por actuar indiferente.

—¿Qué tenemos hoy? —pregunta mientras desaparece dentro de su inmenso armario. Desde mi visión periférica, veo caer la toalla blanca mientras se pone los calzoncillos.

Enfócate.

Exhalo mientras la pantalla parpadea; está ocupado.

Incluso revisar su agenda me resulta agotador. «Reunión del consejo a las nueve».

—Repasemos esa —dice saliendo del armario en calzoncillos negros, con el traje y la camisa colgando de un gancho.

—Hablarás sobre el efecto de flujo en el caso de difamación contra Industrias Noble —le respondo.

—Sí, eso es. ¿Recibimos esa información?

—Bryce te la envió a tu correo electrónico, y también está guardada en el expediente de Industrias Noble.

—Gracias —dice mientras se pone la camisa blanca y se abrocha lentamente los botones—. ¿Y el gráfico?

—Ajá —contesto mientras me muerdo el labio, intentando concentrarme en la pantalla.

Hay algo en su forma de pararse allí, en calzoncillos, abotonándose la camisa blanca… que me desconcierta.

Cada.

Puta.

Mañana.

—Genial, ¿y ahora qué? —pregunta.

—Tienes una reunión con Roger a las diez y cuarto —Lo miro de frente y le pregunto—. ¿Por qué te reunirás con Roger?

—Voy a despedirlo —dice mientras se sube los pantalones del traje azul marino y se sube la cremallera.

—¿Qué?

Se encoge de hombros —No está rindiendo.

—No puedes despedir a Roger; está atravesando un mal momento. Su esposa lo dejó.

—Probablemente tampoco rendía en la cama —murmura secamente mientras se pone los gemelos de oro—. No me sorprendería.

—Ahora no es el momento, ¿podrías darle solo una advertencia?

—Es gracioso que pienses que tienes voz en este asunto —dice mientras se pone el traje—. ¿Próxima cita?

—Tienes una conferencia telefónica con Holly a la una de la tarde; cerrarán lo del terreno para el centro comercial y ella necesita repasar algunos detalles.

—Ajá.

—A las once, tienes un recorrido en el distrito financiero para ver la nueva remodelación de tu oficina.

Arruga el rostro, disgustado —¿Por qué?

—Porque sí —le respondo con frustración—. La compraste, y lo menos que puedes hacer es mostrarte interesado.

—Estás un poco tensa esta mañana, Grace —murmura secamente—. No me provoques antes de las nueve.

Vuelve a entrar en su armario y el aroma de su aftershave inunda la oficina.

Joder… ¿Por qué se echa eso cuando estoy aquí?

Es moralmente reprobable.

Continúo con la lectura de su agenda —Tienes un almuerzo a las doce y media con… —frunzo el ceño y alzo la mirada para encontrarme con sus ojos— …Verónica.

—Ajá —dice con indiferencia—. Termina tu café para lavar tu taza.

Doy un sorbo a mi café mientras planifico su muerte en mi cabeza.

¿Acaso será Verónica Rothchild?

Es un nombre nuevo. No conozco a ninguna Verónica, salvo a Verónica Rothchild, la supermodelo, y sé que se conocieron hace dos semanas en un evento benéfico. Estoy tranquila con sus mujeres frecuentes porque sé que para él son solo eso… *frecuentes*. Pero cada vez que aparece una nueva, me asalta un pequeño pánico, sabiendo que podría ser la mujer de la que finalmente se enamore.

Además de actuar, mi otro talento oculto es ser detective encubierta. Sé con quién se acostará antes que él mismo.

—Bueno, no tienes mucho tiempo para comer, tienes que estar de vuelta en la oficina a la una y media para una reunión muy importante —digo mientras me concentro en la pantalla.

—Cancélala.

—Imposible —respondo mientras sigo tecleando, intentando cambiar de tema—. ¿A quién le envío flores hoy?

—Hmm —frunce los labios, pensativo—. A Melissa. ¿Qué debería poner en la tarjeta?

—Estuviste increíble anoche —me hago la desinteresada mientras aprieto tanto los dientes que casi me rompo la mandíbula.

—¿Eso es todo?

—Uhm —se acerca a la ventana y mira hacia abajo, sobre Nueva York—. Veámonos el fin de semana.

Mis ojos se fijan en su espalda y la tristeza me envuelve. Ya no puedo seguir haciéndolo. Cada vez que envío flores o regalos a una de sus chicas, siento que muero un poco por dentro. Tengo veintinueve años, siete de ellos pendiente de cada palabra de Gabriel Ferrara, esperando que se fije en mí. Esperando siquiera una pizca de su atención, que me confiese su amor eterno y me conquiste. Pero eso nunca ocurrirá, ¿verdad? Él no me ve así, nunca me verá así.

Paso el resto del día en piloto automático, con la mente en otro lugar, sabiendo que mientras él estará fuera con la Melissa de turno este fin de semana yo estaré en casa, deseando que vuele el tiempo hasta el lunes para volver a verlo. Para poder ser la asistente personal de su vida estupenda y emocionante.

Patético.

—¿Qué esperas? —suelta.

Levanto la vista. ¿Eh? ¿Estaba hablando?

—¿Qué dijiste? —pregunto.

Señala la puerta —Sal, tengo trabajo que hacer.

—Ah… claro —Me levanto, avergonzada. Camino hacia la puerta.

—Y, Gracie… —me llama y volteo hacia él.

—¿Sí?

—No vuelvas a ponerte ese perfume.

Frunzo el ceño, confundida.

—No me gusta.

Me muerdo el labio para contener la lengua y salgo de su oficina. Me siento en mi escritorio, como desinflada.

No le gusta mi perfume.

Pues que se joda.

A mí sí me gusta, imbécil, y mañana me lo voy a untar hasta que vomites.

Puede que incluso te lo rocíe en los ojos para que perdure el efecto.

Uno a uno, la oficina se va llenando. Como un reloj, justo a las nueve, se abre la puerta de su oficina y sale como el rey del pueblo.

Gabriel Ferrara en toda su gloria mandona.

—Gretel —ladra.

—Sí, señor —balbucea Gretel.

—¿Por qué no está el informe de publicidad en mi correo electrónico?

—Yo… este…

—¿Tú qué?

—Aún no lo he terminado, pensé que usted no lo necesitaría hasta mañana.

—Pensaste mal —Atraviesa la oficina a grandes zancadas. Se detiene ante el escritorio de Allen, y sus ojos lo recorren —¿Por qué tu escritorio parece un puto basurero en llamas, Allen?

—Ahhh —Allen empieza a recoger nerviosamente las tazas de café y los papeles apilados—. Lo siento, Sr. Ferrara. De inmediato lo limpio.

Gabriel levanta la vista y sus ojos se encuentran con los míos. Retrocede apurado hasta mi mesa.

—Señorita Porter.

Me trata como *señorita Porter* delante de todo el mundo, sólo soy Gracie en privado.

—Cancele mi cita de la una y media, exige.

Quiere prolongar su cita para comer con la maldita Verónica.

—Imposible, Sr. Ferrara, ya le mencioné que es importante, por favor —replico.

Solo estarás *una* hora con ella, hijo de puta.

Sólo una.

—Entonces puede ir usted en mi lugar, porque no estaré en la reunión —Vuelve a entrar en su oficina y cierra la puerta.

Todo el personal deja escapar un suspiro colectivo de alivio al ver que el tirano se ha ido. Golpeo el bolígrafo sobre el escritorio mientras me hierve la sangre. Imbécil.

El sol brilla sobre mí mientras estoy sentada en el parque. Mi pausa para comer es la mejor parte del día. Me encanta el aire fresco, ver jugar a los perros sin ataduras y a los pájaros volar. Nunca me di cuenta de lo mucho que amaba la naturaleza hasta que dejé de verla. Por muy bonita que sea Nueva York, es como un bosque de concreto y acero.

Cuando me mudé aquí hace siete años, pensaba quedarme trabajando por doce meses, adquirir experiencia en una gran empresa y luego volver a vivir en algún lugar de las afueras.

Enamorarme del imbécil de mi jefe nunca estuvo en el plan.

Un perro corre hacia mí y yo me agacho y lo acaricio, es grande y marrón. Hola, guapo. Sonrío mientras lo acaricio.

Su dueño se acerca. Lleva barba, pelo largo y una gran sonrisa cálida. Tiene un aire hippie muy relajado. Le gustas.

—Me gusta —sonrío.

—¿Tienes perro? —pregunta el chico.

—No, ojalá —sigo erizando las orejas del perro—. ¿Cómo se llama?

—Pulgoso.

Suelto una risita. —Hola, Pulgoso.

—Deberías tener un perro —dice el chico.

—Lo haré algún día, cuando compre una casa en las afueras —sonrío.

—¿Un día? —frunce el ceño—. Cuando esté finalmente activa.

Código para: cuando *lo* supere.

—Deberías hacerlo ahora —sugiere.

Me encojo de hombros.

—¿Qué esperas?, la vida es ahora. Decide qué es lo que quieres y tómalo.

Sonrío tristemente —Ojalá.

—No digas ojalá. Solo hazlo. Si quieres una casa en las afueras, ahorra y cómprala. Nunca te arrepentirás de las cosas que hiciste, sino de las que no hiciste.

Lanza la pelota y Pulgoso sale corriendo tras ella —Adiós.

—Adiós —Frunzo el ceño tras él mientras sale corriendo.

Nunca te arrepentirás de las cosas que hiciste, sino de las que no hiciste.

Mmm…

8:20 a.m.; inhalo profundamente para calmar a la bestia que llevo dentro.

Estoy furiosa.

Como un animal acorralado esperando para atacar.

El Sr. Ferrara no volvió ayer de comer. Me envió un mensaje para decirme que se tomaba el resto del día libre y que cancelara todas las citas.

Debió haber sido una cita para comer, nunca había hecho esto antes.

Ya está, es ella. Por fin está ocurriendo, y no tengo a nadie a quien culpar salvo a mí misma.

Maldito estúpido.

Lo odio, lo odio todo.

Recojo mi diario y mi bolígrafo y llamo a su puerta.

—Pasa —ronronea con su voz profunda.

Abro la puerta y, con sólo mirarlo, me derrito en un charco patéticamente. Acaba de salir de la ducha y la toalla le rodea la cintura. Está completamente mojado y el pelo negro le cuelga en rizos. —Buenos días, mi Gracie—. Sonríe.

Mis ojos se posan en sus grandes labios rojos, y me dan ganas de sacarme los ojos con el lápiz.

Cualquier cosa para evitar ver esta perfección.

—Buenos días, Gabriel —le respondo—. La última vez que miré, yo no era tu Gracie.

Suelta una profunda carcajada —Siempre serás mi Gracie—. Se dirige a la cafetera y empieza a preparar café.

—¿Qué hay hoy en el orden del día, jefa? Sonríe.

Lo miro fijamente mientras un cúmulo de emociones me recorre.

¿Te la follaste?

Por supuesto que lo hiciste. Me desplomo en la silla de su escritorio.

Abro su computadora y lo veo agacharse y recoger algo del suelo. —¿Qué es esto? —pregunta.

—¿Qué?

Abre un folleto. Es un folleto sobre Cerdeña.

—Se me habrá caído de mi agenda.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —¿Por qué tienes esto?

—Porque no quiero ir nunca allí, ¿qué te parece? —Miro con desdén mientras entro en su calendario.

—¿Quieres ir a Italia? —pregunta sorprendido.

—Claro que quiero ir a Italia. ¡Todo el mundo quiere ir a Italia!

Se sienta en la esquina de su escritorio. Algún día te llevaré.

Tuerzo los labios, molesta. *Te odio… ¿recuerdas?*

Sigue trabajando.

—¿Qué, no me crees? —pregunta.

Exhalo pesadamente. —¿Quieres vestirte ya?

Extiende las manos como si se rindiera. —¿No te gusta cómo me veo en toalla?

—No. La verdad es que no. —miento.

Amo verte en toalla.

—Es desagradable tener que verte vestirte todos los días y, francamente, muy molesto. Yo no te hago ver cómo me visto.

—Ahh… Se ríe. ¿No sería genial que Gracie Porter se vistiera en mi oficina?

Lo fulmino con la mirada mientras señalo la cafetera. —Hazme café, Gabriel. Tienes un día muy ocupado, ya que ayer no volviste de comer. —Ensancho los ojos para intentar evitar hacer un berrinche.

Sonríe, divertido, y empieza a preparar el café.

Calma, calma… mantén la puta calma.

—A las nueve y media tienes una teleconferencia con Londres. Empiezo a leer su día. Desde mi visión periférica veo cómo se le cae la toalla en el armario, levanto la vista para ver su trasero desnudo y me muero un poco por dentro.

De verdad que ya no puedo más.

Lo amo, lo amo completa y totalmente, y yo… no existo para él.

El calendario de la pantalla se desdibuja mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

Enfócate.

Sigo leyéndole el día mientras se viste con su traje y se pone el aftershave… y, sorpresa del siglo, no me he puesto el perfume que odia.

—Y ese es tu día. —Sonrío mientras cierro el calendario. Me levanto y me dirijo a la puerta.

—Gracie, llama.

—Sí. Me doy la vuelta.

—¿Puedes reservar un hotel para el fin de semana en algún sitio romántico?

Lo miro fijamente, con el corazón rompiéndose en mi pecho.

Ay…

—Por supuesto, señor, respondo a través del nudo en la garganta. Me guiña un ojo sexy. —¿Qué haría yo sin ti?

Enamorarte.

Fingiendo una sonrisa, salgo hacia mi escritorio y me desplomo en la silla.

Ya está.

Esta es la señal.

Tengo que salir de aquí.

Por mucho que ame a Gabriel Ferrara, no puedo seguir haciéndome esto. Me estoy poniendo más vieja, mi reloj biológico corre, y ni siquiera salgo con nadie porque estoy cegada por la atracción fatal que siento por mi jefe. Nadie tiene ninguna posibilidad mientras trabaje con él.

Tengo que empezar a pensar con la cabeza y hacer lo que sé que es bueno para mí.

Hacerme un futuro sin él.

Se me encoge el corazón al pensar que no le veré todos los días.

¿Cómo podría soportarlo?

Pero entonces, podría ser peor. Quedarme aquí, ver cómo se enamora y se casa, cómo forma una familia con otra persona, es una tortura con la que no puedo lidiar.

Es hora de arrancar la curita, necesito un nuevo comienzo.

Abro Google y escribo en la barra de búsqueda.

Propiedades en venta en Greenville, Maine

Fui a Greenville para la boda de mi prima Debbie hace unos años y me enamoré de la ciudad. Por alguna razón, siempre pienso que algún día me mudaré allí.

Puede que *algún día* sea ahora.

Hojeo las páginas; vaya, es barato, puedes comprar una casa de 1,000 m2 y tres dormitorios por una fracción del precio en Nueva York.

Me desplazo por las ciudades y las opciones con la mente a mil por hora.

Podría tener mi propio perro.

Sonrío y, por primera vez en mucho tiempo, la esperanza florece en mi pecho.

Voy a hacerlo.

Se abre la puerta de la oficina de Gabriel y todos nos ponemos en guardia. Cierro rápidamente mi pantalla inmobiliaria. Él entra en la oficina.

—Geoffrey —suelta—, esto no es un puto maratón. Date prisa.

—Sí, señor Ferrara—, balbucea Geoffrey.

Sin decir nada más, Gabriel se dirige al elevador y entra, yo miro fijamente las puertas mientras se cierran.

Tienes razón, Gabriel, no es un puto maratón.

He decidido correr.

CAPÍTULO 2

Grace

Seis meses después.

IMPRIMO LA carta y la doblo con cuidado, con el corazón en la garganta, la deslizo en el sobre.

Hoy es el día.

Compré una casa en el lago de Greenville y me mudaré fuera del estado.

Es mi última semana trabajando en Ferrara Media.

Mi última semana con él.

Estoy a punto de dimitir; sólo tendré que trabajar los cuatro días que faltan para Navidad. Tengo la fiesta de Navidad, en la cual me aseguraré de verme jodidamente sexy, y luego reservé las cuatro semanas de vacaciones que me corresponden hasta enero. Eso contará para el mes de preaviso que debo dar.

Intento que esto sea lo más fluido posible y, en un mundo perfecto, todo irá sobre ruedas, pero sé que Gabriel hará de mi vida un infierno apenas se lo diga. Ya entrené a Greg para que cubra mi puesto mientras estoy fuera, y espero que se quede con mi puesto en el nuevo año. Y sí, es verdad, sé lo que estás pensando, y para confirmarlo, te digo que sí.

Sí. Entrené a Greg para que me supliera, ¿de verdad crees que entregaré a Gabriel a otra asistenta para que lo vea vestirse cada mañana?

Sigo adelante… pero no soy estúpida.

Bien, ya está.

Respiro hondo y toco la puerta.

—Pasa, llama su voz profunda.

Empujo la puerta y allí está él, en calzoncillos blancos, con el traje y la camisa en la mano. Podría echarme a llorar. Daría cualquier cosa por verlo vestirse al final de mi cama, aunque sólo fuera una vez.

Enfoque.

—Buenos días, Gracie, —dice mientras toma sus pantalones de traje—. Hoy estás preciosa.

Tú también.

—Buenos días. Sonrío, mi corazón se acelera y sé que esto no va a salir bien.

—Antes de que se me olvide, ¿puedes pasarte hoy por Tiffany's y recoger un regalo para mí?

¿Eh?

En realidad… Bien… un recordatorio de por qué estoy haciendo esto. Gracias, universo, necesitaba un golpe en la cara con la realidad.

—Claro, ¿qué me entregarán? —pregunto.

Se pasa la camisa por los hombros. —No sé. Pendientes, un collar… cualquier cosa.

Pongo los ojos en blanco y saco mi bloc de notas. Mmm… —¿De qué estamos hablando? ¿Oro, plata… platino?

Tuerce los labios. —Oro.

—¿Cuánto es el presupuesto?

—No sé, elige tú.

Exhalo mientras lo escribo. ¿Diamantes?

—Joder, no. —Finge un escalofrío como si le diera asco.

Levanto la vista. —¿Por qué coño no?

—Sólo compraré diamantes a alguien que ame.

—Entonces deberías comprarte unos cuantos —murmuro, inexpresiva.

Sonríe mientras se abotona la camisa. Yo *soy* el diamante.

No me digas, Sherlock. Una serpiente de diamantes. Parece elegante… pero si te descuidas te asfixiará hasta la muerte.

—Bien… si tú lo dices. —Pongo los ojos en blanco.

Pum, pum, pum. Ahí va mi corazón. No puedo esperar a que termine nuestra reunión; tengo que decírselo ahora. Saco el sobre y se lo tiendo. Tengo algo para ti.

Voltea, y sus ojos se posan en el sobre. Lo mira, y luego suben para encontrarse con los míos.

—¿Qué es esto?

Me trago el nudo que tengo en la garganta. Es mi dimisión.

Se le cae la cara de vergüenza. ¿Qué?

—Yo…

—No.

—Gabriel… no estoy pidiéndote permiso. Me voy.

Me arrebata el sobre de la mano, lo parte por la mitad y lo tira a la papelera. No harás tal cosa.

Aquí vamos.

Camina hacia la puerta y la abre apresuradamente. Vuelve a tu mesa y ponte a trabajar.

—No.

—Haz. Lo. Que. Digo —gruñe.

—No.

—¡No me digas que no! Está a punto de sufrir un paro cardíaco. Tú trabajas para mí, no al revés.

—Estás en calzoncillos, ¿sabes? Hago un gesto hacia abajo, hacia su cuerpo. Toda la oficina podría entrar y verte.

—Ya lo sé, joder, —grita, pero debe de darse cuenta de que tengo razón y vuelve a cerrar la puerta de golpe. Se acerca a su traje, que está sobre la silla.

—¿Y dónde crees que vas a trabajar, eh? —Toma los pantalones y, como está tan enfadado, le cuesta ponérselos. —¿Crees que vas a trabajar con la competencia? Porque esa mierda no ocurrirá.

—Me tomo un tiempo para mí. —Me cruzo de brazos mientras observo cómo se desarrolla su rabieta.

Se pasa los pantalones enfadado por delante. —No puedes permitirte tomarte tiempo libre.

—Sí, puedo.

—Pues ya puedes quitarte esa idea descabellada de la cabeza ahora mismo. Joder, Grace —grita. Se sube los pantalones tan deprisa que se le engancha la pierna y casi se cae. —Vete a la mierda —grita frustrado.

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa.

—Fuera —grita. Las venas de la frente se le abomban y se pone rojo.

Exhalo profundamente. —No hay necesidad de ser tan dramático, Gabriel.

—Rompí tu carta, ya no cuenta. Tómate el día libre y recapacita.

—Eso no va a ocurrir, ya he enviado mi dimisión por correo electrónico a RRHH y estaré el veintidós de diciembre.

—¿Qué? —estalla. Faltan cuatro días.

—Lo sé.

—Fuera, —grita mientras pierde todo el control.

—De acuerdo. —Salgo y él da un portazo que resuena en todo Nueva York.

Vaya.

Me siento un momento.

Bang.

Salto al oir que algo golpea su puerta desde adentro; creo que era su bolígrafo.

Uf… siempre es tan exagerado.

Bzzzzz.

Pulso el botón para responder el intercomunicador. —Sí, Sr. Ferrara.

—¡A trabajar!

Sonrío satisfecha. Vaya… necesito cafeína, es demasiado pronto para tanto drama.

Me dirijo a la cocina y oigo el tintineo del elevador.

Gabriel sale volando de la oficina como un avispón.

—Hay una fuga de gas en este piso, vete —le grita a Geoffrey.

—¿Qué?, balbucea el pobre Geoffrey, con los ojos muy abiertos. ¿Debo llamar a alguien?

—Ya lo hice. Trabaja hoy desde el nivel dos —ladra—. Di a todos los demás de esta planta que trabajen también desde allí, pon una nota en el elevador.

Me pellizco el puente de la nariz… ¿en serio?

Este día será un infierno.

Vuelvo a la oficina con mi taza de café.

—Hoy tenemos que trabajar desde el nivel dos, me dice Geoffrey.

—Hay una fuga de gas.

—Ah, vale. Me hago la desentendida. Cogeré mis cosas.

Gabriel entrecierra los ojos y señala su oficina. —Unas palabras, señorita Porter.

Geoffrey nos mira confundido.

—Está bien, Geoffrey, sigue tú sin mí. El Sr. Ferrara ha inhalado demasiado gas, le está dando un ataque.

Los ojos de Geoffrey se abren de par en par mientras mira entre nosotros. —Oh, no. ¿Llamo a una ambulancia?

—¡Vete al nivel dos, Geoffrey! —grita Gabriel.

Geoffrey se apresura a tomar sus cosas y medio corre hacia el elevador.

Me siento y abro la computadora. Gabriel se pasea de un lado a otro delante de mi escritorio, tiene las manos en las caderas y los ojos desorbitados.

—Bien, un aumento de sueldo del veinte por ciento, ya está, —suelta.

Permanezco en silencio.

Sigue caminando. —Juegas duro, ¿ah?… veinticinco por ciento y ya está.

Empiezo a teclear mientras me muestro desinteresada. No, gracias.

—¿Cómo que no, gracias?, —ladra.

—No se trata del dinero.

—Todo es cuestión de dinero, —me responde. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a la computadora.

—Cincuenta por ciento de aumento de sueldo, ¡y punto!

Sigo escribiendo. —No.

—Duplica tu salario y no vuelvas a hablarme. Esto es un atraco a plena luz del día, —grita—. Estás intentando darme por el culo, y no lo toleraré.

Esperaba una rabieta, pero esto es exagerado. Sacudo la cabeza con disgusto. —¿Te estás oyendo? Lo último que quiero es darte por el culo.

Se pone las manos en las caderas y empieza a caminar de nuevo, con la mente acelerada.

Sigo fingiendo que escribo a máquina, y tengo que admitir que su actitud sumisa está impulsando mi confianza.

—Bien, no vayas hoy a Tiffany's, no importa. No le compraré el regalo.

¿Eh?

Levanto la vista sobre el monitor. *¿Qué sabe él?*

—¿Por qué dices eso?

—Eso es, ¿no?, dice.

—No vamos a tener esta conversación, Gabriel —le digo bruscamente.

—Sí que la tendremos, carajo.

—Me voy porque compré una casa.

Da un paso atrás, completamente sorprendido. ¿Compraste una casa?

Asiento con la cabeza. —En Greenville.

—¿Dónde está eso?

—Maine.

—¿Por qué *coño* has comprado una casa en Maine? —Gesticula como horrorizado.

—Porque… ya es hora.

—¿Hora de qué? —ladra—. ¿De convertirte en amish?

—Quiero una casa grande con un jardín y un perro, quizás incluso una familia. Alquilar una ratonera en Nueva York nunca me llevará a eso.

Parpadea mientras procesa mis palabras.

—Necesito salir de Nueva York, Gabriel.

—Nueva York es tu casa.

—Nueva York es *tu* casa. Llevo aquí siete años y yo… —Me encojo de hombros, sin querer dar más detalles sobre mi soledad. —No he conocido a nadie y ya es hora de que me ponga mis pantalones de niña grande y siga adelante.

Se detiene un momento, como si tratara de procesar mis palabras.

—¿Me dejas? —susurra.

—Tengo que hacerlo.

Sus ojos buscan los míos.

—Lo siento.

Aprieta la mandíbula y, sin mediar palabra, entra en su oficina y cierra la puerta de un portazo que resuena mientras las paredes tiemblan.

Lágrimas calientes queman mis ojos.

Tenías que suplicarme que me quedara.

Son las 6 de la tarde y ya todos se han ido a casa. Gabriel no ha salido de su oficina en todo el día, ni siquiera para comer.

Esperaba al menos unas palabras rápidas al salir, pero aún no hay rastro de él.

En la oficina reina un silencio sepulcral y llamo a su puerta en silencio.

—Sí —responde.

Abro y me asomo. —Me voy pronto.

No levanta la vista de la computadora. —Bien.

Espero a que me mire… y no lo hace.

—Cierra la puerta al salir —responde rotundamente mientras toma un bolígrafo y empieza a firmar unos documentos.

Genial, ahora que se le pasó la rabieta, me dará la ley del hielo. —¿No me hablas?— pregunto.

No tengo nada que decir. Sigue escribiendo.

—Gabriel…

Deja escapar un suspiro exagerado mientras levanta la vista. —¿Qué pasa?

—No quiero que esto termine mal.

—Ya terminó. Ya puedes terminar. No hace falta que vuelvas a trabajar esta semana, he firmado el último de tus documentos de permiso. Eres libre de irte.

Se me hace un nudo en la garganta mientras lo miro fijamente… ¿eso es todo?

Realmente no le importa.

Mantiene la cabeza gacha mientras escribe, no parece afectarlo en absoluto.

No lloraré delante de este bastardo egoísta, todo gira en torno a él… siempre ha girado en torno a él.

Cierro en silencio la puerta de su oficina y me dirijo a mi mesa. Saco mi bolso del cajón y, con una última y larga mirada alrededor de la oficina, siento que se me rompe el corazón.

Quizás tenga razón, quizás me *esté* equivocando. De todas formas, ¿quién puede saber si me gustará Greenville?

No.

Esto es lo que él quiere. Si renuncio a mi sueño ahora, sólo me estaré engañando a mí misma.

No hay logro sin sufrimiento.

Lo bueno de ser masoquista es esto…

Nada.

Resulta que soy una completa adicta al sufrimiento, y no hay excusa para mi comportamiento necesitado. Después de dar vueltas toda la noche, solo hay una cosa que sé.

No me gusta renunciar.

Tal como dije, trabajaré hasta el final de la semana y luego iré a la fiesta de Navidad luciendo espectacular. Entonces me iré por mi cuenta. No puede despedirme por capricho.

¿Quién demonios se cree que es, de todas formas?

Justo a las 8:20 a.m., llamo a su puerta.

—Sí, ladra.

Sonrío, está molesto porque volví. Bueno… prepárate para enfadarte, cabrón. Abro la puerta a toda prisa y retrocedo mientras mis ojos se abren de horror.

Está haciendo café en calzoncillos. Unos Calvin Klein negros y sexys.

Lencería para hombres.

Se vuelve hacia mí y me mira de frente. ¿Qué haces aquí?

Abro la boca para decir algo, pero no me sale ninguna palabra.

—¿Qué estás haciendo…? —digo, atónita, mientras mis ojos se posan en el bulto en sus calzoncillos.

—Un puto café, ¿qué parece que estoy haciendo?

Algo explota en mi cerebro. —Parece como si estuvieras posando, eso es lo que parece. Esto no es una pasarela de Calvin Klein, ¿sabes?

—Nadie tiene una pistola apuntándote a la cabeza para que mires. —Vuelca con rabia el café en su taza—. Creo que te gusta lo que ves, eso es lo que pienso.

—¡Oh… tú crees eso! —grito, horrorizada de que me haya descubierto. Creo que eres… feo.

—¿Feo? —grita enfurecido. *Tú eres fea*.

Algo sobre tener a mi jefe en calzoncillos, gritándome que soy fea, me da gracia. Suelto una carcajada.

—Esto no tiene nada de divertido, —dice echando humo—. No mires mientras me visto.

—Oh, por favor, ya lo he visto todo —me burlo—. Deja de hacerte el tímido, ambos sabemos que no lo eres. —Me siento y abro su computadora.

—Quizás soy demasiado feo para que me mires —murmura mientras desaparece en su armario.

Sonrío mientras abro su diario.

La verdad es que no.

Me miro por última vez en el espejo.

Ya está.

Mi última vez en Ferrara Media, la fiesta de Navidad en la oficina.

La mayoría de la gente iba a la fiesta directamente desde el trabajo, pero yo quería escabullirme a casa, ducharme, e intentar lograr el milagro de verme irresistible.

Llevo un vestido rojo y, la verdad, me siento algo cohibida.

Nunca me visto de rojo; tengo el pelo rojo y ya es suficiente. Bueno, en realidad no es rojo, es castaño oscuro, pero ya me entiendes. Lo llevo suelto y con volumen, y mi maquillaje es un poco más sexy de lo habitual.

El vestido tiene un cuello en pico que deja ver algo de escote y un lazo alrededor de la cintura, es alegre y festivo. Quería llevar algo diferente, él nunca me había visto con algo así, así que quería que fuera wow… no estoy segura de si realmente lo es, pero ése es el plan.

Estoy depilada, falsamente bronceada e hidratada a más no poder, quién iba a decir que hace falta tanto trabajo para estar buena. Tengo que intensificar mi rutina de cuidado personal cuando empiece a tener citas en Greenville.

Sonrío para mis adentros: *tener citas en Greenville.*

Es la primera vez que me permito considerar tener citas en mi nueva vida.

Apartando el asunto de dejar a Gabriel, estoy empezando a ilusionarme de verdad. Llevo años ahorrando, y como el costo de la casa es menos de lo que pensaba, tengo dinero suficiente para comprar muebles nuevos y decorar la casa exactamente como la quiero.

Incluso me reservé un viaje a Hawai, yo sola.

Carajo, ¿quién soy ahora?

Bien, recojo mi abrigo y mi bolso. Adelante con esto.

Suenan villancicos mientras la banda en el escenario hace lo suyo.

Suena *Jingle Bell Rock* de Bobby Helms.

La planta baja de Ferrara Media se ha transformado en un mágico país de las maravillas. La decoración navideña es exagerada y los camareros se pasean con bandejas plateadas de ponche y champán.

La gente lleva vestidos brillantes y atuendos navideños; las risas resuenan mientras la gente conversa y el ambiente es jovial y alegre. Me alegra haberme puesto mi vestido rojo; me siento mejor sabiendo ahora que los demás también se han dedicado a verse bien.

Hoy fue el último día de trabajo, y todo el mundo está entusiasmado por las vacaciones y por

celebrarlo juntos.

Entro, y con algo de vergüenza, hago señas al primer camarero que veo. —Tomaré uno de esos, por favor.

Sonríe mientras tomo una copa de champán. Gracias. sonrío.

Me pregunto si podría tomar dos.

No, no seas animal.

—Grace, oigo que alguien llama. Me giro y veo a Geoffrey y a otros de nuestro piso.

—Hola. Me acerco.

—Vaya, estás guapísima. —Geoffrey sonríe mientras me mira de arriba abajo. —Muy, muy guapísima.

—Espectacular, ¿verdad? —dice Paul.

—Quién iba a decir que estabas tan buena, Porter.

Sonrío mientras bebo un sorbo de mi champán.

Incómodo…

A la mierda.

No me digas que este vestido servirá de anzuelo al equivocado. Trato de actuar normal mientras indago a mi alrededor. —¿Dónde está todo el mundo?

Y por todos, me refiero a tu jefe.

—Las chicas están en el bar de cócteles y los de contabilidad están bailando. Marlene, del piso 3, enseñó las tetas en el escenario.

Suelto una risita mientras investigo la habitación, y me quedo quieta cuando mis ojos se encuentran con los de Gabriel.

Lleva un traje gris oscuro, camisa blanca, gorro de Papá Noel y mi corazón en la suela del zapato. Me dedica una sonrisa lenta y sexy y levanta su copa.

Sonrío y le devuelvo el gesto.

Vuelve a hablar con la gente con quien está, y yo lo observo, esperando a que vuelva a mirarme.

No lo hace.

El corazón se me sale del pecho ante su actitud totalmente indiferente, no va a pasar… ¿verdad?

No sé a quién quería engañar.

—Háblanos de tu nueva casa. —Geoffrey sonríe emocionado. No puedo creer que estés haciendo esto. Yo tampoco, dice Paul.

Sonrío, agradecida con quienes realmente se interesan por lo que hago.

Me tomo mi trago. Necesito olvidarme del imbécil de mi jefe y disfrutar la noche.

Son las 11:30 pm y Gabriel se fue hace horas, ni siquiera se despidió.

Caramba.

Más que *caramba*, cabe decir *maldita-mierda-caramba*.

¡Menudo idiota!

Será mejor que me vaya, mis ojos se detienen en el elevador y… pienso en darle un vistazo a mi oficina por última vez. No sé por qué, pero quiero hacerlo. Tomo el elevador hasta el último piso y me dirijo a mi escritorio.

Miro la vista, es tan diferente de noche aquí arriba, las luces de Nueva York iluminan todo el horizonte.

A diferencia del ajetreado y bullicioso día.

Es tranquilo.

Sereno.

Me siento en mi escritorio y miro a mi alrededor.

Así que… así es como se siente cerrar un ciclo. El final de una era y el comienzo de otra. Giro sobre mi silla, sintiéndome orgullosa de mí misma.

Lo hice: diseñé un plan y me aferré a él. Hice exactamente lo que tenía que hacer.

Seguiré adelante.

Permanezco sentada un rato largo mientras proceso todo lo ocurrido en los últimos siete años, las sesiones diarias de pasarela, las peleas y las rabietas. El sarcasmo. Las risas, los enamoramientos.

El flechazo. Me enamoré con fuerza, pero en mi defensa diré que sólo soy humana.

Me dirijo a su oficina y abro la puerta; está a oscuras, iluminado sólo por una lámpara y la luz de su baño. Miro su escritorio y sonrío con tristeza. Me cuesta creer que no volveré a verle sentado aquí. Paso la mano por su escritorio, por el respaldo de su silla, por el teclado que alberga sus dedos todo el día.

Su presencia es tan fuerte aquí que casi puedo sentirlo.

—Ni siquiera pude despedirme, —murmuro para mí mientras me cruzo de brazos y contemplo el paisaje.

—Adiós —dice una voz grave.

Giro para ver a Gabriel sentado en un rincón oscuro de la habitación.

Tiene una bebida ámbar en la mano, los codos apoyados en los muslos mientras me observa.

—Gabriel, —jadeo— yo… no te vi.

Se levanta y deja la bebida; sus ojos son oscuros y peligrosos, se acerca a mí y se coloca de modo que su cara queda a una palma de la mía.

El aire abandona mis pulmones al sentir el calor de su cuerpo.

—Aún no te he dado tu bono de Navidad, murmura.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

Levanta la mano y frota el dorso de sus dedos sobre mi pecho mientras sus ojos lo siguen.

¿Qué demonios está pasando?

—Yo…

Me pone el dedo sobre los labios.

—No. Digas. Nada.

Me rodea la cintura con las dos manos, me lleva hasta su mesa y me empuja sobre ella.

Pum, pum, pum… ahí va mi pobre y débil corazón.

Me pone la mano en el pecho y me empuja hacia atrás para que me tumbe.

Lo miro fijamente, sin saber qué demonios está pasando ahora.

Sus grandes manos se deslizan por mis muslos y desliza mis bragas por mis piernas y me las quita.

Se los lleva a la cara, e inhala profundamente.

Todo mi cuerpo se eriza como piel de gallina.

Dios mío.

Me separa las piernas y sus ojos se detienen en mi sexo. —Mmm. —Deja escapar un ronroneo excitado mientras separa los labios de mi sexo con los dedos. Apenas puedo respirar.

Qué carajo…

Con sus ojos oscuros clavados en los míos, se inclina y me lame.

Profundo e íntimo.

—Sabes jodidamente bien.

CAPÍTULO 3

Grace

CASI CONVULSIONO sobre el escritorio, y me lame de nuevo. Más profundo… mejor.

Veo estrellas.

Su agarre de mis muslos se estrecha cuando empieza a perder la concentración, su barba quemando la parte más tierna de mi cuerpo.

Mete la mano bajo el escritorio y oigo el clic de la puerta cuando la cierra.

Oh, demonios… Allá vamos.

Se libera y realmente me trabaja allí abajo, lamiendo y chupando.

Me levanta las piernas por encima de los hombros mientras se arrodilla.

—He necesitado hacer esto… por años. —murmura dentro de mí.

¿Cómo?

El puzzle finalmente encaja, por supuesto. Ya está.

Dios mío, ¿cómo no me di cuenta de esto antes? Evidentemente nunca hizo nada porque era mi jefe. Ahora que he renunciado por fin podemos estar juntos.

Mi espalda se arquea sobre el escritorio mientras él desliza tres gruesos dedos hasta lo más profundo de mi sexo, su lengua parpadea justo en el lugar adecuado. Suelto un gemido profundo.

—Oh… Dios.

Mi cuerpo convulsiona a su alrededor y él suelta una risita malvada.

—Te vas a enterar de una puta vez, Gracie —advierte. —Paseando este culo perfecto por mi oficina todos estos años. Haciendo que mi polla pierda el juicio.

¡Ahhh!

—¿Sabes cuántas veces me he masturbado en el baño de mi oficina, imaginando que eras tú la que estaba de rodillas, chupándomela? —Me trabaja duro con los dedos y yo me agarro al escritorio.

Di algo sexy… lo que sea.

Rápido.

Estoy tan conmocionada por lo que está pasando que mi mente está completamente en blanco.

—Me masturbé con el ratón de tu computadora. —Se detiene y sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

Oh, demonios… eso no acaba de salir de mi boca.

Sus ojos parpadean de excitación. ¿Te masturbaste con qué?

Creo que le gustó.

—Ajá… —me encojo—, esto podría ir en cualquier dirección.

Se levanta. —¿Y con qué otra cosa mía te has tocado?— Se desabrocha el pantalón del traje y saca su polla super grande.

Se me salen los ojos de las órbitas —nada tan divertido como eso.

Está empalmado y duro, gruesas venas recorren su longitud, y es un milagro que le quede algo de sangre en el cuerpo.

—Tu regla.

—¿Mi regla? —jadea.

Por el amor de Dios. Deja. De. Hablar.

—¿Cómo te atreves a utilizar mi papelería de esta manera? —Ensancha los ojos, le gusta este juego.

A mí también.

—Eso es. —Le agarro un puñado de pelo y lo arrastro de nuevo hacia mí. —Menos hablar y más lamer.

Se ríe dentro de mí y me besa el muslo. —En un minuto.

De pie, me desabrocha el vestido por la cintura y lo rasga, me tumbo en su escritorio sólo con el sujetador.

Sus ojos se detienen en mi piel, sigue el rastro de su dedo desde mi mandíbula hasta entre mis pechos y luego hasta los labios de mi sexo.

—Rosado —murmura casi para sí mismo mientras me abre de par en par—. He visto muchas pornos de pelirrojas para intentar imaginarme cómo serías. —Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —Pero nada pudo prepararme para tu belleza.

—Has pensado en mi cuerpo.

—Todos los putos días.

El aire crepita entre nosotros.

—¿Has pensado en el mío? —pregunta.

—Todas las putas noches.

—¿Cuando te tocas?

Asiento con la cabeza. —Sí—. Cojo su mano entre las mías. —Cuando me abras y me des lo que necesito.

Inhala bruscamente y sus ojos se agitan. —Gracie —susurra sombríamente.

Me incorporo y lo acerco, nuestros labios se tocan y nos besamos.

Al principio suavemente, apenas un susurro.

Pero es tan bueno que me toma la cara con las dos manos y vuelvo a besarle. Frunce el ceño contra mí mientras nuestro beso se hace más profundo.

Un beso íntimo en un mar de excitación, es inesperado. Confuso.

—Gabriel.

—No lo hagas —Me interrumpe con otro beso y noto que su excitación crece hasta alcanzar el punto álgido.

Algo cambió con nuestro beso.

El fuego está fuera de control, es un infierno abrasador.

Me empuja de nuevo sobre el escritorio y, con los ojos clavados en los míos, se desabrocha la camisa y se baja los pantalones.

Su enorme polla se libera.

Mis ojos se abren de par en par… ¿Esto está pasando de verdad?

Se inclina y me lame entre las piernas y escupe un poco para lubricarme.

Dios mío.

No puedo creer que haya hecho eso.

No me despiertes, porque si esto es un sueño de fantasía… me quedo. Esto es sexo porno, sexo porno de polla grande, de escupir, de follarte a tu jefe en su escritorio.

Su piel tiene un brillo de transpiración por todas partes y, con sus ojos oscuros fijos en mí, se lame los labios con anticipación.

Alcanzo mi punto álgido.

Es tan… Nunca había visto a alguien tan ridículamente sexy.

Se levanta y pasa la punta de su polla por mis labios hinchados mientras nos miramos fijamente.

Luego, sin vacilar, empuja hacia delante y se desliza hasta la base. Ohhh… Mi cuerpo se ondula alrededor del suyo.

El aire abandona mis pulmones ante su tamaño. —Dios mío —gimo.

Afortunadamente, jugar con sus putos objetos de escritorio me preparó para recibir esta amplia carga.

Ouch… Eso se sintió fuerte.

Ahora mismo estoy agradecida a mi fiel vibrador. *Bien hecho, Bob.*

Todas nuestras noches íntimas valieron la pena; si no hubiera estado follando contigo todo este tiempo, este sujeto me habría partido por la mitad.

Se retira lentamente y entra con fuerza.

En realidad, todavía podría… ahhhh.

Así que estoy completamente a su merced.

Vuelve a chocar contra mí y me deja sin aire en los pulmones. Es un milagro que el escritorio no se rompa.

—Gabriel… —gimoteo—. Tranquilo… *Carajo.*

—Lo siento —murmura, distraído—. De forma más comedida y controlada, me va soltando poco a poco.

Con sus manos agarrando los huesos de mis caderas, entramos en ritmo. Bombeos fuertes y gruesos y no puedo hablar, no puedo respirar, y demonios… ni siquiera puedo ver.

—Oh, joder —gime, con la respiración agitada mientras lucha por controlarse y gotas de sudor en la frente—. Tan jodidamente bueno, Gracie—. Me bombea con fuerza. Me bombea otra vez. —Joder—. Otro bombeo profundo. —Bien.

El sonido de nuestra piel abofeteándose resuena por toda la oficina.

Mirarle hacer eso… es demasiado, y estalla mi cabeza en un orgasmo mientras grito.

Se le ponen los ojos en blanco y me da de verdad, con golpes profundos que lo castigan, y luego se contiene y suelta un gemido gutural.

Jadeamos, intentando que el preciado aire entre en nuestros pulmones. Ambos enrojecidos y resoplando, cubiertos de sudor.

Se mueve lentamente hasta vaciarse completamente en mí y luego se retira. Su pecho sube y baja, y sus cejas se levantan como sorprendidas. —Bueno…

Suelto una risita. —Bueno…

Me toma de la mano y me levanta para que me siente, luego me toma la cara y me besa, suave y tiernamente. Sus labios se detienen sobre los míos.

Oh…

—Llevo siete años queriendo hacerlo—. Sonríe contra mis labios.

—¿Y ahora que lo hiciste? —susurro.

—Me alegro de no haberlo hecho, nunca habríamos conseguido hacer nada. —Me agarra la vagina. —Tener este coño perfecto en mi oficina habría sido una gran distracción—. Se vuelve y me levanta el vestido.

Suelto una risita, sintiéndome aliviada.

Coño perfecto.

—Vístete—. Me besa rápidamente antes de recoger mi ropa y pasármela.

—Estoy hecha un asco, necesito ir al baño.

Me dedica una sonrisa lenta y sexy mientras abre la puerta del baño.

—Bien.

¿Bien? Paso a su lado y entro en el baño, y él cierra la puerta detrás de mí.

Oh…

¿No va a entrar, entonces?

Soñaba con tener un segundo round en su ducha. Llevo siete años fantaseando con eso, todos los días.

Me aseo y me visto rápidamente, y luego miro mi reflejo sonrojado en el espejo y sonrío tontamente.

—Oh, Dios mío —digo para mis adentros.

—Lo sé —me respondo.

Vuelvo a entrar en su oficina y lo veo completamente vestido con su traje, con un aspecto totalmente tranquilo e impasible. Deberíamos volver a la fiesta.

Oh.…

—De acuerdo.

Me aparta el pelo de la cara mientras me mira fijamente.

—Estuviste increíble. —*Estuviste* fue todo lo que oí.

Se acerca a su escritorio y toma una cajita negra y alargada con una cinta de seda negra y me la pasa. —Tu regalo de Navidad.

Sonrío. Gracias. Voy a deshacer el lazo.

—Ábrelo más tarde, es un bolígrafo. Nada emocionante.

—Oh. Sonrío, avergonzada. Yo también te traje algo. —Me dirijo a mi escritorio y saco un paquete de gran tamaño.

Frunce el ceño mientras lo mira.

—Ábrelo luego, es una bata. —Me encojo de hombros.

Sonríe. Gracias.

Es una bata con la letra *G* bordada. La *G* es un código; *Gracie,* para estar siempre con él… Pero sé que pensará que es por *Gabriel,* porque todo gira en torno a él.

El regalo furtivo pero relevante.

Hace un gesto hacia el elevador. —Vamos—. Camina hacia el elevador, aparentemente sin inmutarse. —Tengo que volver a la fiesta.

—Oh.

¿Volver a la fiesta? ¿Qué demonios?

¿Eso es todo?

Entro en el elevador a su lado y nos giramos para mirar hacia las puertas.

Se endereza la corbata y se retuerce el cuello mientras mira fijamente al frente. Mi mente va a mil por hora, ¿qué demonios está pasando aquí? Lo miro y, en lugar de mirarme a los ojos, mira hacia abajo y juguetea con sus gemelos.

Es duro y frío.

No hay bromas, ni conversación.

Nada.

Llegamos a la planta baja y se abren las puertas del elevador. La fiesta está en pleno apogeo.

—Tomemos algo —dice despreocupadamente mientras mira a su alrededor.

Lo miro fijamente, ¿qué coño está pasando? ¿Acaso acabo de imaginarme todo esto?

—No, y me voy —respondo fríamente.

—De acuerdo —Se mete las dos manos en los bolsillos. ¿Quieres que te acompañe a la salida?

Me sorprende que lo pregunte.

Vaya.

—No. Estoy bien —Finjo una sonrisa—. Adiós, Sr. Ferrara.

—Adiós, señorita Porter. Mi auto le llevará a casa.

Lo fulmino con la mirada. —Que tenga una buena vida.

Apunta la barbilla hacia arriba, como si estuviera enfadado. —Usted también—. ¡Ajá, ahí está la prueba!

La prueba fehaciente de que es un imbécil y yo soy patética.

Pues, vete al carajo.

Doy la vuelta y salgo por la puerta principal mientras los latidos de mi corazón enfurecido resuenan en mis oídos.

Maldito cabrón, hijo de puta, bastardo, pendejo y lameculo.

Su Range Rover descapotable está estacionado en su espacio, y camino hacia allá. El chofer, Mark, está al volante y salta al verme. —Buenas noches, Grace—. Sonríe.

—Hola, Mark, ¿podrías llevarme a casa?

—Claro —Abre la puerta y subo.

—¿La pasó bien? —Sonríe mientras se adentra en el tráfico.

Finjo una sonrisa mientras miro por la ventana. —Normal… un poco aburrida, para ser honesta contigo.

Se ríe entre dientes. —¿Acaso no son todas las fiestas de Navidad del trabajo algo aburridas? —Miro por la ventana a Nueva York pasando rápidamente.

El cielo se tiñe de rojo mientras mi ira apocalíptica comienza a arder.

Vete. Al. Carajo.

CAPÍTULO 4

Grace

NO PUEDO CREER lo que acaba de ocurrir.

Todos esos años de anhelar y suspirar… maldita sea. Odio que el sexo fuera tan bueno como imaginaba. Pero… ¿actuar así después? ¿qué carajo?

El auto se detiene cuando un policía detiene un camión de reparto que entra marcha atrás en una obra.

Mi mente va a mil por hora, estoy en shock. Más megashockeada que shockeada, y shockeada ni siquiera es una palabra.

Esperamos al camión de reparto mientras repaso los acontecimientos de la última hora. ¿Sabes qué? Esto es bueno.

Este es el cierre que necesitaba. La prueba de que el hombre por el que he suspirado estúpidamente todos estos años ni siquiera existe. En el fondo no es dulce ni leal. No le importa nada más que su egoísta yo.

Gabriel Ferrara es un cabrón hasta la médula.

Como el mundo cree que es.

—Voy a tomar una llamada, me dice Mark —Lleva un auricular, así que no lo he oído sonar.

—Está bien.

Toca la oreja para contestar. —Hola—, dice, y escucha un momento. —Sí, vale—. Vuelve a escuchar. —Mañana está bien—. Vuelve a escuchar. —Bien, lo investigaré. Adiós—. Cuelga.

Debe de ser la novia de Mark o algo así, me pregunto cómo será salir con alguien como él que trabaja a todas horas.

Vuelvo a mi imaginación, también conocida como la trama del asesinato.

¿Sabes qué? Que se vaya al carajo.

¿Quién coño se cree que es para seducirme en su oficina, follarme sobre su mesa y correrse dentro de mí? Ni siquiera me ofreció un condón; probablemente ahora tenga una ETS.

Me paso la mano por la cara, asqueada.

Uf.

Qué demonios, fue un puto desastre.

Gracias a Dios me mudo y no tengo que volver a verlo.

Me imagino lo frío que estaba: ¿Quieres que te acompañe?

No.

Quiero que se te caiga la polla. Eso es lo que quiero, imbécil.

¿Cómo se atreve a tener una buena polla?

Estoy enfurecida.

Rico, guapo, bien dotado… egoísta, hijo de puta.

Levanto la vista, ¿por qué tardamos tanto en llegar a casa? ¿Dónde estamos?

—¿Qué hay por aquí? pregunto.

—Tuve que buscar otra ruta debido al accidente que acabamos de pasar —responde Mark.

—Oh —Ni siquiera me di cuenta de que pasamos un accidente, así de preocupada estoy. —Bien—. Me desplomo de nuevo en el asiento y continúo con mi fiesta interna de lástima por mí misma.

Por fin se detiene el auto. —Llegamos, Grace.

Frunzo el ceño mientras miro por la ventana. —Ésta no es mi casa, Mark.

—Ha llamado el Sr. Ferrara y ha pedido que te dejen en su casa.

—¿Que hizo qué?

La puerta se abre desde fuera y Gabriel me mira. —Sal del auto.

—Vete al infierno —escupo.

Me agarra de la mano y tira de mí para sacarme del auto. Le arranco la mano. —*No* me toques, carajo.

Todos los porteros de su lujoso edificio giran para ver la conmoción.

—Arriba. Escaleras —gruñe en un susurro—. Hay gente mirando.

—*No* voy a ninguna parte *contigo* —susurro enfadada—. ¿Crees que puedes tratarme así?

—¿Qué querías? ¿Que toda la oficina supiera que acabamos de follar en mi mesa? —susurra enfadado—. Arriba, ahora.

Lo miro fijamente, con la mente bloqueada en confusión absoluta.

¿Qué?

Me toma de la mano y me lleva al edificio, pero estoy demasiado enfadada para concentrarme en nada, al minuto siguiente estamos en el elevador, las puertas se cierran lentamente y nos quedamos mirándolas.

Los latidos de mi corazón enfurecido martillan mi pecho, y arranco mi mano de la suya. —*No* me toques, Gabriel. Juro por Dios que estoy a punto de perder los papeles contigo.

Sonríe, claramente divertido. —La ira es un afrodisíaco para mí, Grace. Yo no tentaría tu suerte; mi control pende ya de un hilo.

Cruzo los brazos y dirijo la mirada hacia la parte trasera de las puertas. Nunca me había enfurecido tanto.

—Eres un imbécil, escupo.

—Ya me lo han dicho un par de veces.

—Por hora, sin duda —me enfurezco—. ¿Y qué demonios te hace pensar que puedes eyacular dentro de mí sin pedírmelo? ¿Cómo puedes ser tan egoísta? Probablemente ahora tenga una ETS.

—Yo siempre llevo preservativo. Créeme, *no* tienes ninguna ETS —suelta—. Y sé que tomas la píldora. Simplemente… no pude evitarlo.

—¿Cómo demonios sabes que tomo la píldora? —me enfurezco.

—Las veo en tu bolso todo el tiempo y, en ocasiones, incluso miro en qué parte del mes estás.

—¿Qué? —estallo.

—Bueno, unos días me odias más que otras personas, y me da curiosidad saber por qué.

—Porque eres un imbécil, Gabriel. Por eso te odio más algunos días. Hoy es un buen ejemplo.

Puedo oír los latidos de mi corazón furioso en mis oídos. —Ni siquiera sé por qué estoy aquí contigo.

—Pero *estás* aquí.

Me tendiste una emboscada.

Esta vez sí sonríe, y es como agitar una bandera roja delante de un toro.

—No soy una de tus chicas tontas, Gabriel.

—Soy muy consciente de ello.

—¿Y por qué me traes aquí? —resoplo.

Quiero respuestas, todas las respuestas. *Empieza a hablar, hijo de puta.*

Se queda en silencio, como si contemplara mi pregunta, y las puertas del elevador emiten un suave sonido cuando llegamos a la planta. Se abren y mi corazón se desploma.

Carajo.

El elevador se ha abierto directamente en su apartamento, o debería llamarlo… su Coliseo italiano.

Sale del elevador, pero yo me quedo quieta mientras miro a mi alrededor.

Estoy demasiado conmocionada para moverme.

—Fuera. —Me toma de la mano y tira de mí para sacarme del elevador, y yo avanzo dando tumbos.

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras miro a mi alrededor.

Vaya.

Siempre supe que Gabriel Ferrara tenía un gusto caro, pero esto es del siguiente nivel. Las paredes son de un suave tono dorado. Los techos son altísimos, y enormes arcos de madera oscura interconectan las habitaciones. Los arcos me recuerdan a algo que verías en una iglesia histórica o algo así. Grandiosos y sobredimensionados.

Todo el mobiliario son preciosas antigüedades de madera oscura. En los suelos de madera oscura hay enormes alfombras Aubusson azul marino y marrones. De las paredes cuelgan hermosas obras de arte con enormes marcos dorados.

Es como retroceder en el tiempo hasta el palacio de un rey o algo así.

—Bienvenida a mi casa —Sus ojos centellean de orgullo.

De repente, recuerdo la misión. *Así es, te odio.*

—Es bonito —miento apretando los dientes. No es bonito, es jodidamente fabuloso, pero no voy a darle la satisfacción de que se entusiasme.

Sus ojos oscuros sostienen los míos.

—No me mires así —Dejo caer los hombros para intentar parecer dura y en control.

—¿Así cómo? —Y antes de que pueda responder a la pregunta, me interrumpe—. ¿Como si quisiera probar cada centímetro de tu piel?

Siento que me derrito en un charco. No empieces a hablar sucio, me desarmaré ante ti.

—Sí.

—Pero es lo que me está pasando, Gracie. No puedo ocultarlo. Ni siquiera lo intentaré. Ni siquiera he asomado en lo más mínimo las cosas que quiero hacerte.

La excitación empieza a robarme el cerebro. —Entonces no deberías ser tan imbécil —susurro. Aunque no he sonado nada convincente, ni siquiera para mí.

—¿Acaso me conoces un poco? —Sonríe mientras lleva mi mano a sus labios y me besa las yemas de los dedos. Se me eriza el vello de la nuca.

Oh…

Veo cómo me besa suavemente la mano. —Ése es el problema, que sí te conozco —susurro, distraída.

Es tan…

—No soy tu juguete, Gabriel —le digo mientras le quito la mano.

—Pero *yo sí soy* tuyo para jugar —Sonríe—. Me encantaría donar mi cuerpo a la ciencia.

—¿Crees que soy un experimento científico? —chillo.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas. Yo me muerdo el labio inferior para no sonreír también.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De que reciba una disculpa por tu imbecilidad.

Sus ojos bailan de placer, y tengo la sensación de que soy yo el juguete. —Gracie—. Me toma en brazos y deja caer sus labios sobre mi cuello. —Siento haber actuado como soy en la oficina —. Me muerde, y la piel de gallina me sube por los brazos. —Debí haber actuado como otra persona—. Se burla de mí mientras vuelve a morderme. —Porque lo mínimo que te mereces es que actúe como si quisiera que toda la oficina conociera mis asuntos.

Vuelve a morderme, y mi cuerpo se funde contra el suyo mientras le tomo del pelo.

Bien, ¿qué demonios es esto?

Se burla de mí sin disculparse y mi cuerpo se lo cree.

Imbécil.

Me alejo un paso de él. —Quiero ese trago ahora, por favor.

—Por supuesto —Se lame los labios mientras sus ojos sostienen los míos y la oscuridad que hay tras ellos me produce un escalofrío.

Tengo la sensación de que voy a recibir algo.

Duro.

Entra en otra habitación junto a la sala de estar y se adentra por un pasillo; yo le sigo, tímidamente.

Oh Dios… ¿qué es esto?

Es un bar. Un bar enorme en toda regla, las paredes son de color verde oscuro y la barra es de madera de palisandro.

Empieza a servir las bebidas mientras mis ojos recorren el espacio.

Hay una mesa de billar, una mesa de cartas, e incluso una ruleta. Esto parece un maldito casino. A la derecha, hay una habitación en desnivel con un sofá de cuero negro circular alrededor de un poste.

¿Eh?

—¿Para qué es el poste? —pregunto.

—Strippers —dice despreocupadamente mientras da un sorbo a la bebida que acaba de servir.

Lo miro fijamente mientras mi cerebro colapsa. ¿Qué se puede responder a eso?

—¿Traes strippers a tu casa? —jadeo.

—Claro que sí. Desde luego, no quiero ir a sus casas —responde despreocupadamente mientras me pasa una pesada copa de cristal.

Pero qué demon…

Estoy conmocionada, conmocionada hasta la médula. Tiene un puto pole en su bar.

Tomo un sorbo y hago una mueca de dolor, qué fuerte. —Es horrible. ¿Esto es zumo de stripper?

Levanta su vaso en el aire con un guiño descarado. —Algo así.

—Me lo imagino —respondo secamente. Imagino a todas las mujeres guapas que debe traer aquí, y me invade la inseguridad. ¿Qué podría ver en mí?

Maldita sea, quizás sí necesito esta valentía líquida. Doy un gran trago y me quema hasta el fondo.

Uf… Oh, demonios.

Puede que la stripper de esta noche vomite después de beber esto, pero da igual. Él se lo buscó.

—Siéntate. —Me señala un taburete de la barra y, sin pensarlo, hago lo que me dice y me dejo caer en el asiento. Se sienta a mi lado; sus ojos se detienen en mis labios mientras da un lento

sorbo a su bebida.

Está imaginando algo, Dios sabe qué, pero es pervertido, lo sé.

Miro hacia el salón en desnivel y el poste de pole dancing; me lo imagino sentado allí viendo cómo una chica desnuda se retuerce y baila para él, es demasiado para soportarlo y aparto los ojos.

En serio… ¿qué estoy haciendo aquí? No está en mi liga. Ni siquiera estamos en el mismo sistema solar.

Esto me va a romper.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —digo en voz baja.

Me pone el dedo bajo la barbilla y me levanta la cara hacia la suya.

—¿Gracie?

Mis estúpidos ojos se llenan de lágrimas, traicionando mi acto de valentía.

Se le cae la cara de vergüenza —¿Qué pasa?

Dejo la bebida sobre la barra. —Quizás deba… creo que es mejor que me vaya. —Me levanto —. Que pases una feliz Navidad. Me obligo a sonreír. —Ha sido realmente— Hago una pausa mientras intento dominar mis emociones —un placer trabajar para ti.

Se levanta bruscamente. —Gracie, la noche es joven. No te vayas.

—No soy una stripper, Gabriel. Ni siquiera soy jugadora. La última vez que tuve sexo fue hace más de un año, y esto es… —Hago un gesto hacia la habitación—. No es… —Me encojo de hombros, avergonzada de no ser la chica mala que quiero ser, de que mi corazón ya esté roto tras un polvo barato en su escritorio. —No es lo que soy. Lamento haberte dado la impresión equivocada. —Vuelvo corriendo al salón con él pisándome los talones.

—Gracie.

Sigo andando.

—Gracie.

—No lo hagas.

—Grace —Me toma de la mano y me hace girar hacia él. —Perdóname —Hace una pausa mientras busca las palabras adecuadas—. No debí haberte llevado allí… hace mucho tiempo desde que… —Hace una pausa.

—¿Desde qué?

—Desde que estoy con alguien como tú.

¿Alguien que te ama estúpidamente?

Lo miro fijamente, odiándome a mí misma por no poder vivir el momento y seguir pensando en el mañana.

Me toma la cara entre las manos y me besa suavemente, sus labios se demoran en los míos. —No te vayas—. Vuelve a besarme. —¿Por favor?

Su comportamiento ha cambiado, de algún modo, pasó de cazador a algo más suave, más afinado.

—Cariño, lo siento. No debería haber…

Sus labios se detienen sobre los míos y mis pies empiezan a flotar desde el suelo.

—Mañana me dejarás para siempre.

Mis manos se levantan hacia su cara, ni siquiera lo digas. No soporto la idea de no volver a verlo.

—¿No podemos pasar la noche juntos para despedirnos como es debido? —murmura contra mis labios.

Oh…

Su beso se hace más profundo. Te he deseado durante tantos años, Gracie.

—Dame una noche. Es todo lo que pido.

—No puedo con esta mierda de macho alfa, Gabriel —susurro con nuestras frentes rozándose.

Hay una ternura entre nosotros, la que tenemos cuando estamos solos por las mañanas en el trabajo, antes de que el mundo se interponga.

Me besa suavemente. —Es lo que soy, Gracie.

—No lo es —susurro—. Estás ahí en alguna parte, sé que lo estás. —Nos besamos suavemente —. Muéstrame al hombre que me importa, es a él a quien quiero.

Frunce el ceño mientras me besa como si estuviera desgarrado interiormente, luego se inclina y, con un movimiento brusco, me levanta y, con los labios pegados a los míos, me lleva por el pasillo hasta un dormitorio grande. Entra en el baño, me deja con cuidado en el suelo y abre la ducha.

Cuando se vuelve hacia mí, el aire es eléctrico.

Por fin está aquí.

Éste es él, el hombre que quiero.

Su mirada está fija en sus manos mientras me desabrocha lentamente el vestido, éste cae abierto y él me lo quita por los hombros y lo tira a un lado, sus ojos se detienen en mi cuerpo.

—Tu piel —respira—, es perfecta, tan de melocotón y nata.

Se inclina y me besa suavemente en el pecho. —Hace tanto tiempo que te deseo, Gracie. Apenas puedo creer que estés aquí conmigo, mi amor.

Mi amor.

Su ternura me da un vuelco en el pecho.

Me desliza las bragas por las piernas, sus labios siguen a sus manos mientras se arrodilla frente a mí.

Tengo una experiencia extracorpórea y siento que nos veo desde arriba. Él arrodillado ante mí, y mi corazón saliendo de mi pecho.

Entonces las campanas de alarma se agitan a mi alrededor. Como un accidente de auto a punto de ocurrir.

Esto es malo.

Gabriel siendo tierno y amoroso es un nuevo nivel de peligrosidad.

Porque a diferencia del alfa-imbécil que me encanta odiar, esta versión de él es…

Me quita el sujetador mientras nos besamos y luego se desabrocha los botones de la camisa. Se la quito por encima de los hombros y me siento bendecida con la visión de su pecho ancho y musculoso de vello oscuro. Le desabrocho los pantalones, se los quita y le bajo lentamente los calzoncillos. Su polla grande e hinchada se libera y me inclino para besarla suavemente.

Físicamente, es un hombre hermoso, en todos los sentidos.

Esto es raro, sé que ya lo hemos hecho.

Pero se siente como la primera vez.

Me mete en la ducha, se enjabona las manos y me lava cuidadosamente el cuerpo, por la espalda, el vientre y entre las piernas.

La sensación de sus grandes manos, junto con el agua caliente, es tan buena y, por primera vez esta noche, siento que la adrenalina empieza a abandonar lentamente mi cuerpo.

Nos besamos, larga y lentamente. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y, maldita sea, ¿por qué no es así todo el tiempo? Una vocecita de lo más profundo de mi psique dice algo estúpido.

Lo ha estado guardando para ti.

Nos quedamos en la ducha mucho tiempo, nuestras manos recorriendo el cuerpo del otro. Explorando todas las cosas que nos preguntábamos.

Lo miro y apenas puedo creer lo que estoy viendo, su pelo oscuro le cuelga sobre la cara, unos hermosos y grandes ojos marrones me miran y el agua le gotea en la piel.

—A la cama —dice.

—Te deseo —susurro—. Dios, cómo te deseo.

Sonríe, su primera sonrisa sincera de la noche, y el corazón se me sale del pecho.

—Ni la mitad de lo que te deseo a ti—. Nos seca a los dos, me lleva a su dormitorio y me tumba en la cama. Separa mis piernas y se tumba a mi lado. Nos besamos mientras sus dedos se deslizan por mi carne húmeda. —Estás tan jodidamente cremosa —susurra—. Esperando mi polla.

Sonrío en su boca mientras nos besamos. Mi mano encuentra su polla, que está dura como una roca y de la que gotea preeyaculación.

No puedo esperar más.

—Ahora —gimo mientras me asalta con su cuerpo. Arropa con su mano mi sexo con firmeza y me mira fijamente, un hermoso y cálido resplandor crece entre nosotros, y es demasiado.

Es demasiado intenso, mi corazón casi no puede manejarlo.

Follar duro en su escritorio era mucho más seguro que *esto*, sea lo que sea.

Se desliza hacia mí con un movimiento profundo, y grito mientras mi cuerpo se agita a su alrededor.

—Coño, Gracie… —Gime como si le doliera—. Qué bien. —Apenas nos movemos, besándonos, tomándonos nuestro tiempo, cogiendo.

Esto es el siguiente nivel.

Su cuerpo es enorme, estirándome al máximo. Sus labios sobre los míos; se queda cerca, abrazándome mientras me ama.

Gime dentro de mi boca y siento la brusca sacudida de su polla al venirse.

—Lo siento —murmura—. Es demasiado bueno.

Pero no puedo concentrarme en nada de lo que dice: mi propio orgasmo me golpea como un tren de mercancías. Mi espalda se arquea sobre la cama mientras gimo en su boca. Me bombea con más fuerza para que me corra, y jadeamos el uno contra el otro mientras nos besamos.

Santo cielo.

Perfección.

Es tarde, más tarde que tarde.

Estoy tumbada con la pierna sobre el cuerpo de Gabriel y él está de lado frente a mí.

Llevamos horas haciéndolo; perdí la cuenta de cuántas veces hemos acabado. Lo que empezó como hacer el amor suavemente se convirtió en un festival de sexo duro y desenfrenado.

Me ha encantado cada minuto.

Ahora estamos recién duchados y apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Los dedos de Gabriel se deslizan lentamente por mi sexo hinchado mientras me mira fijamente. No es una técnica de estimulación sexual, es como un toque de adoración. Está sintiendo dónde está su cuerpo dentro del mío.

Mis ojos están tan pesados que se cierran lentamente, él desliza su dedo dentro de mí y yo vuelvo a abrir los ojos.

—Duerme, cariño —susurra—. Estás agotada.

Mis pesados párpados se cierran y siento sus dedos muy dentro de mí, sus labios en mi cuello.

—Mmm.

—¿Puedo tocarte mientras duermes? —susurra. Sus dedos se deslizan lentamente dentro y fuera de mi cuerpo. Estoy tan mojada, mi cuerpo está lleno de él.

Sonrío soñolienta. —Por favor —susurro.

Lucho por mantener los ojos abiertos, por seguir sus necesidades, pero no puedo.

El agotamiento se apodera de mí.

Sueños en Technicolor.

Dormito en mi éxtasis. No estoy despierta, pero tampoco profundamente dormida.

Entre dos mundos.

Besos y mordiscos, dedos y lengua.

El aliento tembloroso de Gabriel en mi oído, susurrándome cosas bonitas en italiano.

Mi cuerpo rodando de un lado a otro mientras colma todas sus ansias.

Almohadas debajo de mí.

Su lengua en mi trasero, sus suaves gemidos cuando se corre en lo más profundo de mi cuerpo.

Una y otra vez… me toma.

Adora mi cuerpo y lo explota a sus anchas.

Incapaz de detenerse, sigue y sigue.

Cogiéndolo todo.

El sueño me roba el tiempo que paso con él, y no estoy segura de estar soñando o viviendo esta realidad.

Sea lo que sea, que nadie me interrumpa con la verdad o no verdad. Es la mejor noche de mi vida.

Estoy en el cielo.

CAPÍTULO 5

Grace

ME DESPIERTO SOBRESALTADA.

La habitación está a oscuras, pero puedo decir que es de mañana. Me incorporo y miro a mi alrededor. No veo a Gabriel por ninguna parte.

Me arrastro las manos por la cara mientras repaso la noche que hemos pasado.

Vaya.

Increíble se queda corto para describirlo.

Voy al baño y miro mi reflejo. Estoy hecha un desastre, con ojos de mapache y todo. Me arreglo el pelo, me lavo la cara y me pongo su bata, que estaba colgada detrás de la puerta.

Debe de estar preparando el desayuno. Me recorre un estremecimiento de excitación y voy en busca de mi hombre.

Subo por el pasillo y salgo a la cocina, sin rastro de él. Huelo café recién hecho, se ha levantado.

Camino por el salón y la televisión está dando las noticias de la CNN. —Gabriel —llamo.

—Aquí, dentro —responde.

Sonrío y me dirijo hacia otro pasillo; este apartamento es enorme. Lo encuentro sentado detrás de una mesa en su oficina, de traje y con su computadora, tecleando.

Oh…

Me quedo en la puerta y finalmente levanta la vista. —Buenos días. ¿Estás trabajando? —Frunzo el ceño.

—Correcto.

Estoy segura de que ayer terminó el año. —¿Pensaba que habías terminado?

—Pensaste mal —Sonríe inexpresivamente, y al instante reconozco que el dulce hombre que me hizo el amor toda la noche se ha ido.

Gabriel Ferrara está aquí en su lugar.

Quizás me lo estoy imaginando. Me acerco, me siento en su regazo y él me besa rápidamente. —Dame un minuto para terminar aquí, Grace, y te llevaré a casa—. Me da un golpecito en el trasero para que me baje de su regazo. —Ve a vestirte.

¿Cómo?

Me dirijo a la puerta, sintiéndome incómoda, no es exactamente el saludo que esperaba. Me dirijo a la cocina y me sirvo una taza de café recién hecho.

¿Qué demonios fue eso?

Con el corazón en la garganta, bebo mi café. No voy a vestirme. Tenemos que hablar.

Espero y espero y espero…

Veinte minutos después sale, con la espalda recta y mirándome de arriba abajo. —Pensé que ya estabas lista.

Mis ojos buscan los suyos y él aparta bruscamente la mirada. Va a la cafetera y se sirve una taza de café, ni siquiera puede mirarme a los ojos.

—¿Esto tiene algo que ver como mi renuncia? —pregunto en voz baja.

Se queda callado y da un sorbo a su café, con los ojos desorbitados, como si estuviera a punto de perder el control.

—*Sí.*

—Supongo que… —Sonrío esperanzada—… podría alquilar mi casa y, pues… —Me encojo de hombros—. Ya no podemos trabajar juntos, claro, pero…

Se aleja de mí y se queda mirando por la ventana, dándome la espalda.

Sí, ¿por qué no? Podría quedarme. Después de la noche mágica que pasamos, *tengo que ver adónde va esto*.

—Conseguiré otro trabajo —Empiezo a caminar mientras pienso en voz alta—. Tendré que alquilar otro apartamento, pero mientras el alquiler cubra mi hipoteca, pues…

Permanece en silencio, de espaldas a mí.

—Solo tendría que irme por una semana para recoger las llaves y esas cosas, pero volvería enseguida.

—Tienes que irte a Connecticut.

Frunzo el ceño —¿A Connecticut?

—A dónde carajo sea que vayas a mudarte —escupe con rabia.

Doy un paso atrás, sorprendida por su veneno. —Pero… yo pensé que…

—Pensaste mal —Me interrumpe.

—¿Qué?

Se queda mirando por la ventana, la espalda recta, los hombros cuadrados.

—¿Puedes verme?

Voltea hacia mí. —Tienes que irte—, susurra.

—¿Por qué? No lo entiendo. Pasamos una noche increíble.

—Lo sé —Sus ojos oscuros sostienen los míos.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque no puedo darte lo que quieres, y mucho menos lo que mereces.

—No pasa nada —Cojo su mano entre las mías y la levanto para besarle las yemas de los dedos —. Podemos solucionar esto de las citas juntos —Sonrío suavemente.

—No puedo casarme contigo.

Frunzo el ceño. —Bueno, apenas tenemos unas horas en esto—. Me río entre dientes. —¿Quién sabe lo que pasará?

—Yo lo sé —Aprieta la mandíbula fijando su mirada en mí—. Voy a casarme con una italiana.

—¿Qué? Le suelto la mano.

—Mi linaje familiar es algo fundamental para mí. Se espera de mí una estirpe fuerte; que la primera lengua de mis hijos sea el italiano. —Piensa un momento antes de añadir—. Necesito una esposa italiana.

Me alejo de él, el aguijón de sus palabras corta como un cuchillo.

—Lo siento —murmura—. Yo… —Hace una pausa—. No hay excusa para mi egoísmo de anoche.

—Ya estamos en el siglo XXI, Gabriel. ¿Por qué crees que necesitas casarte con una italiana? —resoplo mientras la ira empieza a aflorar en mí.

—Porque quiero, Grace —suelta—. Porque quiero.

Su silueta se desdibuja.

—¿Así que… anoche…? —Entorno la cara, conteniendo las lágrimas—. ¿No significó nada?

—Lo significó todo —exclama, con las fosas nasales encendidas—. Fue un regalo que nos

hicimos a nosotros mismos. Uno que guardaré para siempre. —Me aparta el pelo de la frente—. Nunca te olvidaré.

Y lo siento venir, al dolor, como un tsunami, mientras mi corazón se rompe en mil pedazos. Doy la vuelta y avanzo por el pasillo hasta el dormitorio. Entro al baño y veo mi ropa perfectamente doblada sobre la silla, me tapo la boca con las manos, y rompo en llanto. Ya él sabía perfectamente lo que pasaría cuando las dobló.

Él sabía que nunca habría una oportunidad real para nosotros. Él lo sabía.

Pensé que renunciar era una solución a nuestro problema, pero no tenía ni idea de lo que pasaba realmente por su cabeza.

No le importa en absoluto, nunca le importó.

Dios mío.

Soy una tonta enamorada.

Sólo necesito alejarme de él.

Me pongo el vestido y los zapatos y registro en el bolso por unas gafas de sol. Me las pongo y vuelvo a salir.

Sus ojos buscan los míos. —Gracie—. Susurra mientras se acerca a mí.

—No me toques, carajo —digo mientras marcho hacia el elevador y presiono el botón.

Se queda quieto detrás de mí, creo que sospecha que podría girarme y golpearlo.

Las puertas del elevador se abren y bajamos al sótano en silencio.

Con mis gafas oscuras puestas no puede ver mis lágrimas, pero me duele el nudo en la garganta al intentar contenerlas.

Una vez en el estacionamiento del sótano, se adelanta dando grandes zancadas, y yo lo sigo mientras mi corazón se desvanece en pedazos sobre el pavimento como confeti.

Llega a un auto negro de lujo y las luces parpadean dos veces. Ni siquiera sé qué auto es, sólo que hace frío.

Como él.

Conducimos hasta mi casa en silencio, y rezo a Dios para que cambie de opinión cuando lleguemos.

¿Cómo podría no cambiar de opinión? Estamos hechos el uno para el otro.

Estaciona junto a mi edificio y nos quedamos sentados en silencio.

—Gracie —susurra—. No me odies.

Cierro los ojos, a punto de derretirme del todo. —Adiós, Gabriel.

—Adiós —susurra.

Ni siquiera puedo verlo bien por las lágrimas, pero sé que tengo que salir corriendo de este auto antes de empezar a suplicar su amor.

Daría cualquier cosa…

Salgo dando un portazo y, mientras subo los escalones, oigo rugir su auto deportivo, ni siquiera esperó a que entrara.

Atravieso sollozando el vestíbulo y me dirijo al elevador. Tras la mejor noche de mi vida, llegó el peor día de la historia.

Se fue.

El chico de la mudanza sube la última caja al camión y cierra el portón trasero. —Esto es lo último.

—Gracias —sonrío.

—¿Nos vemos mañana en Greenville? —me dice.

—Así es —Me alejo del camión. —Conduce con cuidado.

—Seguro.

Observo cómo el camión se adentra en el tráfico y miro hacia la carretera.

Él no vendrá.

Han pasado siete días desde que Gabriel me dejó en casa y, por alguna razón, pensé que volvería. En el fondo de mi mente esperaba que fuera un romance de cuento de hadas, en el que el héroe regresa en el último segundo para declararle su amor.

Pero no lo es.

Está en Italia, voló la noche después de que estuviéramos juntos.

Lo sé porque comprobé su correo electrónico que confirmaba el vuelo. Al día siguiente cambió las contraseñas de todo, y con ello le dio un cerramiento a nuestra interacción por completo.

Tengo una visión de él en Italia con todas esas hermosas mujeres y se me retuerce el corazón, probablemente esté buscando a su futura esposa ahora mismo… eso si no sabe ya quién es.

Claro que lo sabe, *ella no soy yo.*

Me arrastro de vuelta a mi apartamento para empezar la limpieza final. Esta noche me alojo en un hotel y vuelo a primera hora de la mañana.

Llorar dejó de ser una opción, ya no me quedan lágrimas.

Mi corazón está vacío, roto, sin remedio. Y lo peor es que lo extraño tanto.

Tanto que apenas puedo respirar.

Quiero odiarlo, pero ni siquiera eso me sale bien.

Miro alrededor de mi piso y hay algunos objetos por el suelo, mi bolso de mano rojo está sobre la mesa de la cocina, el chico de la mudanza lo halló debajo de un cojín en mi salón y lo dejó allí.

Lo meto en mi maleta. Hice una bolsa con ropa suficiente para los próximos días. Pero algo suena dentro, como metálico, ¿qué será? Miro y encuentro una caja negra con un lazo de seda. —Es el bolígrafo que me dio Gabriel—. En la conmoción, olvidé esto por completo. Deshago el lazo apresurada. —Quizás le haya puesto mi nombre al bolígrafo.

Abro la caja y frunzo el ceño; es otra caja de fieltro. La abro y jadeo, mis ojos se abren de par en par: es una pulsera tennis de diamantes. Me compró diamantes.

No un diamante; una pulsera entera.

Sus palabras vuelven a mí: *Sólo le compraría diamantes a alguien a quien ame.*

—¿Qué? —susurro—. ¿Qué demonios?

Hay una pequeña tarjeta debajo y la saco del sobre.

Para mi Gracie,
Siempre tuyo,
Gabriel
Xo

Rompo en llanto mientras sostengo la pulsera contra mi pecho, él me amaba.

A su loca manera, me amaba.

Seis semanas después.

Greenville es nuevo, diferente a Nueva York. He conocido a unas cuantas personas y me tomé un tiempo para desempacar con tranquilidad, intentando encontrar una nueva normalidad.

Todavía sufro mi aflicción; lo extraño cada día.

No he cruzado una palabra con Gabriel Ferrara, no me ha llamado, y no me atrevería a hablar con él ahora, aunque quisiera.

Rompió algo entre nosotros que no se puede reparar.

Llevo mi pulsera de diamantes todo el tiempo, nunca me la quitaré.

Es mi posesión más preciada, y por muy bizarro que esto sea, saber que realmente le importé me hace sentir algo mejor.

Espero que él también esté sufriendo.

Me siento en el borde de la bañera y miro fijamente la prueba que tengo en la mano.

—Por favor… negativa, *por favor, que sea negativa.*

Estoy atrasada y no debería, porque estaba tomando la píldora.

Con el corazón en la garganta, soy testigo de cómo se iluminan las dos líneas. Conmocionada, me tapo la boca con la mano.

—No… no puede ser.

Hago otra prueba y obtengo el mismo resultado.

—Dios mío… no, esto no puede estar pasando.

¿Cómo ocurrió? Tomaba mis pastillas a tiempo, todo el tiempo. Mi mente trata de recorrer los últimos meses.

Oh… los antibióticos para el dolor de garganta, ¿será eso?

Tiene que serlo.

Las palabras de Gabriel de aquella mañana vuelven a mí, altas y claras.

Fue un regalo que nos hicimos a nosotros mismos.

¿Acaso lo sabía?

Me pongo la mano sobre el vientre y me miro… un bebé.

Qué caraj…

Voy a tener un hijo suyo.

Un pedacito de él que pueda amar para siempre.

Oh.…

Sonrío suavemente.

Imagino el futuro sólo con nosotros dos y me invade una extraña sensación de calma.

Puedo hacerlo, Bub y yo lo solucionaremos… juntos.

Podemos construir una nueva vida para los dos.

Gabriel me hizo el mejor regalo.

Su hijo.

CAPÍTULO 6

Grace

LA MEDIANOCHE.

Donde vive la oscuridad y prospera la ansiedad.

Ya pasaron cuatro días desde que supe que estaba embarazada. Cuatro días oscilando entre euforia y conmoción, horror y tristeza.

No le he dicho a nadie.

No sé qué hacer y tengo miedo.

La enormidad de llevar el bebé de Gabriel Ferrara acaba de golpearme.

No me quiere a mí ni a un niño, y tener un bebé yo sola no es algo que haya previsto nunca.

Para ser sincera, no sé si podré hacerlo.

Esta casa es grande y tranquila… y ahora solitaria.

Me imagino volviendo a casa del hospital con mi pequeño paquete de alegría… completamente sola, ¿cómo me sentiré?

Veo mi futuro de sentarme en mitad de la noche y dar de comer a un bebé pequeñito, sin nadie que me ayude, sin nadie que me ame… ni a él. Este pobre bebé merece tener un padre que lo ame, esto no es su culpa…

¿Y qué le digo al bebé cuando crezca?

Papá no quiere saber nada de ti… Quiere un bebé italiano y tú no le sirves.

Las lágrimas calientes corren por mi cara y gotean en mis oídos.

Nunca me había sentido tan sola, tan confundida.

Ya me dolía bastante el corazón cuando pensaba que sólo lo había perdido a él, pero ahora esto… todo parece magnificado y ya no estoy de duelo por haberlo perdido a él, eso parece irrelevante para ser sincera. Estoy de luto por mi bebé y por la familia feliz que no puedo darle.

Me imagino al contarle a mis padres y a mis hermanos que estoy embarazada de mi antiguo jefe y que él no quiere saber nada de mí.

Mi madre llorará, mi padre se indignará con Gabriel… Todo el mundo sentirá pena por mí.

Pobre Grace, su jefe se emborrachó en la fiesta de Navidad y la tuvo en su mesa por diversión, la dejó preñada y ahora no quiere saber nada de ella… *Odio que sea verdad.*

Y luego están los Ferraras, la mamá de Gabriel se va a poner como una fiera. Su padre, sus hermanos y su hermana… oh Dios.

Me dan ganas de vomitar.

Las lágrimas fluyen sobre mi almohada como un río, mi mente salta de un pensamiento de pesadilla al siguiente y sé exactamente cómo es esto.

La cazafortunas detrás de uno de los hombres más ricos de EEUU, la zorra más astuta.

Imagino la prensa sensacionalista y la cobertura mediática.

La ex asistente personal de Gabriel Ferrara queda embarazada tras mantener relaciones sexuales sobre el escritorio de su oficina durante la fiesta de Navidad.

Arrugo la cara llorando… Dios mío, esto es un desastre de proporciones épicas.

Gabriel va a odiarme y ¿quién podría culparlo?

Todos los planes que tenía para una familia italiana… sus esperanzas y sueños también se alteraron para siempre.

Cierro los ojos ante el horror, ¿cómo demonios dejé que esto ocurriera?

¿Por qué no funcionó la píldora? ¿De qué sirve tomarla si no funciona?

Ahora todo ha cambiado, y no puedo volver atrás por mucho que quiera.

No es como imaginaba que sería mi vida, se supone que debería ser feliz y sentirme llena, segura y protegida. Construir una familia y un hogar con un hombre que ame.

Mi esposo.

Ruedo sobre un costado y encapsulo mi cuerpo mientras intento protegerme de mis propios pensamientos.

Tengo que hablar con alguien; tengo que salir de mi propia cabeza, no puedo seguir dando vueltas así.

Mañana hablaré con Deb, ella sabrá qué hacer.

A las 10 de la mañana, me siento en la cafetería; el sol de la mañana ilumina el mueble a través de la ventana mientras espero. Hay una jardinera en la ventana con violas de todos los colores, y el pueblo parece vivo.

—Dos cafés —dice la camarera mientras los deja sobre la mesa.

—Gracias. Sonrío.

Hoy las cosas se ven algo mejor. Junto con la luz del sol, me siento más fuerte. Pero así es como están ocurriendo las cosas para mí ahora: valiente de día, aterrorizada de noche.

Lo que más me gusta de Greenville es mi mejor amiga, Deb. Somos primas, y ella es la razón por la que encontré este lugar. Vine aquí para su boda hace cinco años, y me enamoré instantáneamente del lugar al bajar del auto.

Deb se casó con un chico de aquí que conoció en la universidad, se llama Scott y ésta es su ciudad natal, se mudaron aquí permanentemente después de su boda.

Deb entra por la puerta y su amplia sonrisa ilumina todo el lugar. —Hola, tú—. Al verme, tropieza con la pata de una silla y se tambalea. —Lo siento—, se disculpa ante la persona que casi cae al suelo.

Suelto una risita ante su entrada dramática. —Hola—. Deb es… jum… ¿cómo explicarla?

Sopa de pollo para mi alma… para el alma de todos. Rubia y guapa, con una actitud positiva ante todo.

Me besa la mejilla y se sienta. —Dime que tienes buenas noticias.

—¿Qué?

—Bueno… —Sus ojos bailan de emoción—. Dijiste que tenías algo que contarme. Te llamó, ¿verdad? —La miro fijamente mientras mi cerebro se desvanece.

Oh…

—Sabía que lo haría —Sonríe—. Sabía que volvería suplicando de rodillas.

Exhalo pesadamente. Les diré algo sobre Deb: es una optimista por excelencia. —No ha llamado.

—¿No ha llamado? —Arruga la nariz—. ¿Qué le pasa a este imbécil, por qué no ha llamado? Le da un sorbo a su café.

—No paras de decir que ese Gabriel Ferrara es super inteligente, pero me cuesta mucho creerlo.

Exhalo pesadamente.

—Bueno —Vuelve a dar un sorbo a su café—. ¿Qué tienes que contarme?

—Estoy embarazada —suelto.

Deja caer la taza de café sobre la mesa y se derrama un poco. —Pero… ¿qué quieres decir?

—¿Qué otra cosa podría querer decir? Estoy embarazada.

—¿Estás segura?

—Positivo, me hice seis pruebas.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Es suyo?

—Bueno… no me he acostado con nadie más, ¿verdad?

—Carajo. Se lleva las manos a las sienes mientras sus ojos se clavan en los míos —¿Cuándo lo supiste?

—El lunes.

—Es sábado —dice frunciendo el ceño.

—Sí… ¿y?

—¿Así que esperaste cinco putos días para decírmelo?

—Intentaba entender mi realidad.

—Coño —susurra mientras su cabeza empieza a recuperar el equilibrio—. Coño, Grace.

—Estás repitiéndote —replico.

—¿Y qué dijo él?

—¿Gabriel?

—Sí.

—No lo sabe.

—No lo sabe —pronuncia fuerte.

—Shhh —Miro a mi alrededor, a la gente de la pequeña cafetería—. Y los demás tampoco. Baja la voz.

—Dios mío, susurra. No lo sabe —Apoya la cabeza entre las manos. —¿No usaron condón?

—No.

Levanta las manos en señal de pregunta.

—Tomo la píldora.

—Olvidaste tomarla, ¿verdad?

—No —replico.

—Bueno, ¿cómo…?

—No lo sé, coño —La interrumpo—. Lo único que sé es que ocurrió y ahora estoy embarazada y no sé qué hacer, y si tu reacción sirve de algo, es para recordarme que estoy jodida.

—Perdona —Hace una mueca de dolor al sentarse en la silla—. Estoy conmocionada—. Inspira. —Estoy en shock.

—Yo también.

Nos sentamos un momento y bebemos nuestros cafés.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta ella.

—No lo sé.

—¿Estás pensando en…?

—Voy a tener el bebé —Termino su frase.

Sus ojos sostienen los míos.

—Deb, tengo veintinueve años, estoy muy soltera y, ¿quién sabe?, ésta podría ser mi última oportunidad. —Me encojo de hombros, sin palabras, —lo tendré.

—De acuerdo —asiente—. Bueno… Felicidades… supongo. —Me dedica una sonrisa ladeada.

—Gracias… supongo.

—¿Cuándo se lo dirás? —pregunta ella.

Exhalo. —No lo sé—. Pienso un momento. —No sé si son las hormonas o lo que está pasando, pero me siento tan vulnerable y frágil. No estoy segura de poder verlo en este momento sin sufrir un colapso mental, sin contar lo del bebé.

Deb me dedica una sonrisa triste y toma mi mano entre las suyas. —¿Has ido al médico, como para confirmarlo?

—Bueno, me hice seis pruebas de embarazo y todas han dado positivo, y han pasado siete semanas desde que estuvimos juntos.

—Entonces, si fuera un casino de apuestas, apostaría a que estás embarazada de siete semanas —Deb piensa en voz alta.

—Qué bueno que no seas ni un casino ni apostadora.

—Espero que tu bebé tenga tu ingenio —murmura secamente—. O mejor no.

Exhalo pesadamente mientras pienso en los próximos pasos que tengo que dar. —Iré al médico el lunes.

—Iré contigo —Me aprieta la mano—. Un bebé —susurra mientras encorva los hombros—. Esto es emocionante.

Por primera vez, me recorre un atisbo de esperanza y sonrío. —Puede ser.

—Es positivo —El Dr. Moran sonríe—. Enhorabuena, Grace, estás embarazada desde hace ocho semanas.

Se me revuelve el estómago como si fuera la primera vez que lo oigo.

—Gracias.

—Te recomendaré un obstetra —Empieza a teclear en la computadora—. Llama en los próximos días y pide cita para cuando tengas doce semanas. También estoy imprimiendo una solicitud de patología para los análisis de sangre, háztelos antes de asistir a tu cita.

—De acuerdo.

Saca una ruedecita y la hace girar. —Tengo tu fecha estimada de parto para el veintisiete de septiembre.

—Oh —Sonrío bobaliconamente—. Genial.

Deb salta en su silla a mi lado, incapaz de ocultar su excitación.

¿Está ocurriendo realmente?

—¿Alguna pregunta? —pregunta el médico.

—No —Me pongo en pie—. Gracias.

—Felicidades de nuevo —sonríe.

—Gracias —Vuelvo al auto, aturdida—. Deb no para de hablar, pero no escucho ni una palabra de lo que dice.

Voy a tener un bebé.

Su bebé.

Me pongo la mano sobre el estómago, un trocito de Gabriel está creciendo dentro de mí en este momento. —¿Vas a abrir la puerta?—

—¿Eh? —Levanto la vista.

Deb abre mucho los ojos. —Abre el auto.

—Oh, claro —Desbloqueo el auto y me quedo viéndolo perdida.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunta ella.

—Puede ser. Estoy muy distraída.

—No me digas.

El viaje de vuelta a casa se hace en silencio, bueno, en realidad no, porque Deb sigue manteniendo la conversación, pero yo no oigo ni una palabra.

Me perdí.

Mi mente oscila entre el miedo y el sueño de que realmente me amaba, y que tal vez este bebé estaba destinado a ser.

Tengo una visión de él divirtiéndose y levantándome en el aire, balanceándome mientras nos reímos…

—Tierra a Grace —Agita la mano delante de mi cara—. ¿Me estás escuchando?

—Oh, perdona —La miro, casi avergonzada por mi fantasía—. ¿Qué?

—Tienes que ir a Nueva York y decírselo.

—Lo sé. Sólo tengo que mentalizarme primero.

—No. Tienen que mentalizarse *juntos*.

Se me revuelve el estómago por saber que esto lo destrozará, y tampoco creo poder sobrevivir a un rechazo más de su parte.

—¿Quieres que vaya? —pregunta Deb.

—¿A dónde?

—A Nueva York —dice—. Si las cosas se ponen feas, al menos podremos pasar unos días de compras en la gran manzana y beber cócteles.

La miro con desdén.

—Ah, claro —Hace un gesto de dolor—. No puedes beber. Guau, esto ya comenzó a ponerse aburrido. Pues entonces, de compras.

—¿No te importa?

—Me encantaría ir. Además, no quiero que vayas sola —Me toma de la mano—. Estamos en control, y si Gabriel Ferrara no quiere a su bebé, que se joda. Nosotras sí lo queremos… y vamos a amar a este pequeño bebé con todas nuestras fuerzas.

Sonrío entre lágrimas y asiento débilmente con la cabeza. —Sí.

Ella sigue conduciendo —¿Cuándo se lo dirás a tus papás?

—¿Podemos concentrarnos primero en el padre? —Pongo mis manos a los lados de mi cabeza —. Todo esto es demasiado.

—De acuerdo —Deb asiente y me mira despreocupada—. Porque tu madre va a desmayarse, ¿lo sabes, no?

—No. Estás. Ayudando.

Una semana después.

El tráfico pasa volando mientras lo vemos sentadas desde un banco en el parque, con nuestra mirada fija en las puertas de Ferrara Media.

—Bien, repasemos esto otra vez —dice Deb.

Miro el reloj. Va a salir a comer con sus hermanos en cualquier momento; apenas lo vea lo llamaré.

—¿Por qué no lo llamas ahora?

—Porque quiero ver su cara cuando vea que soy yo quien llama, quiero saber qué esperar.

—De acuerdo. Guau, realmente has pensado en todo.

Esperamos, y esperamos… y esperamos.

—¿Y si hoy no sale a comer?, pregunta.

Me encojo de hombros.

—Y si ni siquiera está en la ciudad… o en el país.

—Está en el país.

—¿Cómo lo sabes?

—Su avión está en el aeropuerto JFK.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé —digo con frustración—. Olvidas que he espiado a este hombre durante toda mi vida adulta, sé dónde está su puto jet.

—Bien.

Nos sentamos un poco más y entonces veo a Mark salir de su auto y merodear por la puerta principal. Gabriel va a salir ahora.

—¿Cómo lo sabes?

—Ese chico del traje negro junto a la puerta es Mark, su chofer.

—¿Por qué iba a ir su chofer a comer con él?

—Es su guardaespaldas.

Ella frunce el ceño —¿Tiene guardaespaldas?

—Claro que tiene guardaespaldas, es un puto cabrón adinerado que hace enfadar a mucha gente.

Observamos a Mark de pie junto a la puerta.

—Mmm —Debbie sonríe mientras lo mira de arriba abajo—. Ese Mark está bastante bien, ¿no crees?

—Solía estar en el ejército o algo así —Me encojo de hombros—. No sé, supongo que es algo varonil y algo tosco.

—Mmm.

—Él y Gabriel se pelean como perros y gatos pero sé que le cae bien a Gabriel.

—¿Por qué dices eso?

—Quizás porque le compró un Corvette por su cumpleaños el año pasado.

—¿Qué? —jadea—. ¿Cómo sabes eso?

—Porque yo lo registré a su nombre.

Deb me mira como con asco —¿Me estás jodiendo? ¿Le chupaste la polla y lo único que recibiste fue una miserable pulsera? ¿Dónde está tu puto Corvette?

—Son diamantes —Ensancho los ojos—. No lo entiende en absoluto. —Se trataba de un sentimiento.

—Gran mierda —Deb bebe lo último de su espeso batido y hace un fuerte sonido de succión —. Que se vayan al carajo él y su tacaño sentimiento. La próxima vez danos un Corvette, imbécil. De hecho, mejor un Porsche.

Exhalo pesadamente, ugh… traer a Deb aquí podría haber sido un gran error. Ella ya odia a Gabriel con pasión.

Se abren las puertas del edificio y aparecen Alessio, Ricardo y, detrás de ellos, Gabriel.

—¿Quiénes son? —pregunta Deb.

—Los dos chicos altos de delante son sus hermanos, Alessio y Ricardo.

—Mmm —Deb levanta las cejas—. No me molestaría participar en una porno de trajes italianos.

—Ricardo vive en Londres —respondo, y mis ojos se detienen en un solo elemento del universo: Gabriel.

Se eleva por encima de todos, lleva un traje azul oscuro y una camisa blanca, su pelo oscuro rizado… maldita sea, mi corazón sigue adherido a la suela de su zapato. Verlo después de dos

meses es una oleada de emoción y, casi de inmediato, lloro.

Lo extraño tanto, Dios mío, cuánto lo extraño —¿Es el que está de último? —Asiento con la cabeza entre lágrimas.

Tiene la espalda muy recta y su forma de andar es tan… masculina. Está hablando con Alessio, mientras Mark camina delante de ellos con Ricardo, el otro hermano.

¿Cómo es posible que tres hermanos estén tan bendecidos genéticamente?

—Hazlo.

—¿Qué? —Se interrumpe mi ensoñamiento.

—Llámalo.

—Mierda, lo olvidé.

Con dedos temblorosos marco su número y cuelgo de la línea mientras miro.

Saca el teléfono del bolsillo y mira la pantalla.

Pum.

Pum.

Bombea mi corazón.

Aquí está, el momento de la verdad…

Mira la pantalla y, sin responder a la llamada, vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo.

La terrible verdad me golpea fuerte en la cara.

Mi visión se nubla con las lágrimas.

—Es un puto imbécil —murmura Debbie.

Me giro y miro al infinito, con el corazón martillando mis oídos.

Ahora ya lo sé.

CAPÍTULO 7

Grace

—QUIZÁS VUELVA A LLAMAR cuando esté solo… realmente no podía hablar estando con gente, ¿verdad? —dice Deb con sus ojos permanecen clavados en el inusual grupo de hombres que desaparece al doblar la esquina.

Asiento con la cabeza, pero sé que no es cierto.

Gabriel no se contiene ante nadie. Si hubiera querido hablar conmigo, lo habría hecho.

Me desplomo en la silla conmocionada, pero no sorprendida.

—Ésta habría sido una gran oportunidad para emborracharme y rodar por el piso —Deb suspira y me señala la barriga—. Espero que el bebé se esté divirtiendo ahí dentro.

—Puede que sea una niña —La miro y sonrío—. Me pongo de pie, sintiéndome algo aliviada por haberlo llamado finalmente. —Vamos, pues.

—¿A dónde vamos? —pregunta.

—A servirte un cóctel.

—¿Ah, sí? —Sus ojos se abren de emoción—. Pero tu no puedes beber.

Enlazo mi brazo con el suyo —Tengo la sensación de que beberás suficiente por las dos.

—Por los tres.

—Sí, por los tres —Sonrío—. Me gusta cómo suena eso.

"*Hoy ha ocurrido algo inesperado en las calles de Nueva York: un dron gigante aterrizó en Central Park"*.

El noticiero de la noche suena al fondo. Miro a Debbie profundamente dormida en el sofá y veo la hora.

12:05 a.m.

Exhalo pesadamente y miro la pantalla de mi teléfono.

Sin llamadas perdidas

No llamó. No sé por qué esperaba que llamara, pero sinceramente pensé que lo haría.

Empiezo a preguntarme si haber venido aquí a decírselo fue un error monumental. Si no me quiere a *mí*, seguramente no querrá tener un hijo juntos.

Realmente pensé que teníamos algo.

La cruda realidad es que sólo yo tenía algo. El sentimiento era unilateral.

Y realmente tengo que preguntarme de qué sirve mantener viva una fantasía en la que él se enamora de mí, si en el fondo sabré siempre que fue consecuencia del embarazo.

Claro que un bebé cambiará las cosas.

Puede que lo superemos y acabemos bien pero, en el fondo, siempre sabré que él no quería realmente esto. Que sería una unión forzada.

Sé lo terco que es. Nadie le dice lo que tiene que hacer, y si yo le digo que voy a tener un hijo

suyo con o sin su permiso, es probable que se ponga como una fiera. Pienso en lo mal que se portó cuando renuncié, y eso fue una gotita en el océano comparado con esto. Tomará dos caminos: o acepta y recibe al bebé con los brazos abiertos, o se pondrá fea la cosa.

¿Y si me lleva a un tribunal por la custodia?

Mi mano se extiende protegiendo mi vientre. Si decidiera luchar contra mí, no podría con los gastos legales contra su tren de abogados.

Él definitivamente ganaría.

Un niño italiano es todo lo que siempre ha querido, ¿y si me quita el bebé y se van a vivir en algún lugar de Italia?

Él n*unca me haría eso.*

¿O sí?

Sinceramente, no tengo idea. Es fogoso, imposible; un sabelotodo arrogante, pero llegué a pensar que era sólo su máscara al exterior y que sentía algo por mí.

Quizás no.

Tal vez éste sea el verdadero él y tal vez, en realidad… lo más probable, es que yo llevara lentes de color rosa todo el tiempo que orbité a su alrededor, enamorada.

Me levanto y apunto con el remoto al televisor para apagarlo. Arropo a mi amiga con una manta, que probablemente haya ordenado un cóctel de más, y la beso en la frente.

—Dulces sueños, borracha —susurro.

—Mmm —murmura antes de revolcarse, muerta de sueño.

Me cepillo los dientes, y me meto en la cama mirando literalmente al techo.

Más pensar, más sobreanalizar y, maldita sea, más destrucción.

Sé lo que tengo que hacer, no tengo elección. No es mi decisión; tengo que decírselo.

Mañana lo haré.

Me miro por última vez en el espejo. Llevo una falda tipo lápiz negra y una camisa de lino atada por delante. Intento ser casualmente irresistible, para que cuando me vea caiga de rodillas y suplique mi perdón.

No estoy tan nerviosa como ayer, tengo la sensación de que todo va a salir bien. Quizás no como pensaba al principio, pero sé que estaré bien pase lo que pase.

—¿Quieres que vaya?

—No —Recojo el bolso y la chaqueta—. Estoy bien, vete de compras y te llamo cuando termine.

—Puedo esperar fuera —no me importa.

—Estoy bien. No me preguntes por qué, pero me siento tranquila e incluso optimista.

Deb simula una sonrisa y se le nota —Llámame apenas termines—. Me abraza.

—Sí —Salgo por la puerta de la habitación del hotel y me acerco al pasillo, emocionada por acabar con esto—. Hagámoslo.

El taxi se detiene y miro por la ventanilla la enorme fortaleza de cristal, y su portal.

F E R R A R A

Las mariposas me revuelven el estómago, ya no me siento tan valiente. Le pago al taxista. —Gracias.

—Que tengas un buen día, querida —Sonríe.

—Tú también.

Enderezo los hombros y sin vacilar atravieso las enormes puertas de cristal, pero una vez dentro siento duda. El nuevo personal de recepción está cerca de los escáneres de seguridad. Miro a mi alrededor con pánico, no conozco a esta gente y ya no tengo ninguna de mis insignias de seguridad para entrar en el edificio.

—¿Dónde están Liana, Margery y Tom?

Carajo.

Mi corazón acelera sus latidos a medida que me acerco al escritorio.

—Hola —Sonríe la chica—. ¿Puedo ayudarle?

—Sí… —Hago una pausa mientras intento pensar con claridad—. He venido a ver a Gabriel Ferrara.

—¿Tiene una cita?

—Sí —miento—. Pero tendrás que llamarlo directamente, ya que se hizo en su agenda personal y no con su asistente personal.

—Oh —Frunce el ceño y mira a su compañera—. Pero así no es como funcio…

—Dile que Grace Porter vino a verlo —interrumpo.

—Lo siento.

—Llámalo —digo bruscamente—. Empiezo a sentir mi pulso mientras la adrenalina me recorre. —Dile que Grace Porter vino a verlo —repito.

Intercambia miradas con la chica sentada a su lado. —Bien—. Coge el teléfono y marca un número.

Mientras espero, me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que creo saborear la sangre.

—Hola, Sr. Ferrara. Soy Violet, de recepción. Tengo aquí a una tal Grace Porter; dice que tiene una cita para verlo hoy. —Me mira mientras escucha.

Contengo la respiración mientras escucho.

—Sí, señor —dice asintiendo—. Gracias.

La miro fijamente mientras espero.

—Lo siento, el Sr. Ferrara está ocupado hoy —No puede recibirle. Le pide disculpas.

Oh…

El suelo se mueve al hacerse realidad todos mis temores.

Mis fosas nasales se inflaman mientras intento mantener la compostura. —¿Dijo eso?

Ella asiente, y es evidente que sabe que esta visita era de carácter personal. —Déjeme darle un vistazo a su agenda e intentaré buscar una cita—. Abre una aplicación en su sistema y echa un vistazo a su compañera de trabajo. —Umm, por desgracia, no tiene una vacante hasta agosto—. Hace una mueca como si le importara. —Lo siento.

Asiento con la cabeza mientras me alejo del escritorio. Nunca me he sentido tan humillada en mi vida.

No tanto como lo va a sentir él.

—Gracias.

—Por nada.

Me doy la vuelta y, con el corazón partiéndose en el pecho, camino hacia la puerta principal, con mis estúpidas lágrimas creciendo como un maremoto.

Y entonces me doy cuenta: se acabó. Se acabó para siempre, no quiere verme.

Ahí va mi final feliz.

Empujo las puertas de cristal y entro en el frío aire de Nueva York.

Me duele el corazón.

¿De verdad acaba de pasar esto?

Dios mío, Dios mío.

Maldita sea.

Miro hacia arriba y hacia abajo por la calle, necesito salir de aquí. Me invade un aluvión de sentimientos familiares y de repente recuerdo por qué decidí marcharme.

Necesito alejarme de este hombre lo más rápido posible.

Este hombre, este lugar. Todo es tóxico.

Necesito ir a casa.

Salgo a la calle y levanto el brazo para pedir un taxi, uno se detiene al instante y me zambullo en el asiento trasero.

El conductor me ve a la cara —¿Se encuentra bien, señorita?

No puedo seguir haciéndome la dura y encojo la cara llorando, me duele el nudo en la garganta mientras intento mantener la compostura. —La verdad no—. Me limpio los ojos de forma dramática. —Pero lo estaré.

Sean cuales sean las condiciones, este bebé nunca será suficiente para él. Siempre despreciará el hecho de que no sea italiano, de que no haya elegido tenerlo.

Imagina crecer sabiendo que tu propio padre te odia.

Se desarma mi rostro entre lágrimas.

El auto entra y sale del tráfico de Nueva York y yo me pongo la mano en mi vientre para jurarme un voto.

No logré protegerme de él, pero siempre te protegeré a ti.

Lloro mientras me quito la pulsera de diamantes. Nunca me la volveré a poner. Es físicamente difícil quitármela porque no puedo ver a través de mis lágrimas.

Era mi posesión más preciada y ahora la ha estropeado para siempre.

Éste es el último dolor que causará.

Nunca tendrá la oportunidad de hacerle daño a mi bebé como me lo hizo a mí.

Ya está, terminé con esto.

Gabriel

—Y lo verás en la página 14 de la propuesta —Señalo el gráfico de la pizarra con un bolígrafo.

Las quince personas sentadas alrededor de la mesa del tablero miran todas a la página 14.

—Como pueden ver, la tendencia es…

El intercomunicador zumba —Sr. Ferrara.

Exhalo pesadamente. —Sí —escupo molesto —¿por qué me interrumpen?

—Hola, Sr. Ferrara. Soy Violet, de recepción.

—Sí, Violeta, ¿qué pasa?

—Tengo aquí a una tal Grace Porter; dice que tiene una cita para verlo hoy.

—Ahhh… —Miro alrededor de la habitación mientras treinta ojos me observan—. Ya veo…

Umm… Le quito la tapa al bolígrafo que tengo en la mano mientras pienso.

Mierda.

No puedo interrumpir esta reunión a mitad de camino, la gente ha volado internacionalmente para asistir. Tengo gente conmigo todo el día y luego una función directamente desde el trabajo esta noche con mi familia.

Joder…

—Hoy estoy ocupado, Violet; ¿puedes cambiarle la cita para que vuelva? ¿Mañana, quizás?

—Sí, señor —responde ella.

—Envía mis disculpas.

—Gracias.

Me rasco la cabeza con frustración, _maldita sea._

Quiero verla.

Con todas las miradas puestas en mí, intento volver a concentrarme en la reunión.

Ella está aquí.

—Así que éstas… —Hago una pausa mientras intento ordenar mis pensamientos— … tendencias.

Ella está aquí.

Vuelvo a centrar mis pensamientos y continúo con la reunión mientras me esfuerzo por mantener la compostura.

Volvió.

Mañana podré verla.

La mesa redonda está llena de familiares. Es el cumpleaños de mi hermano Alessio.

La mesa parlotea en italiano mientras mi mente se va por la tangente.

He estado con muchas mujeres, muchas… la mayoría, en realidad, no hablan italiano y nunca me había importado porque sabía que no iba a ninguna parte. Su ascendencia no me importaba.

Pero si alguna vez quisiera algo más con una mujer cuya ascendencia no fuera italiana, ¿qué pasaría?

Esta noche, por ejemplo…

¿Grace estaría allí sentada, sin entender nada de lo que dicen los demás, tendría yo que traducir, o simplemente no vendría?

Es decir, seguro que cualquiera puede aprender italiano, pero eso no cambia tu esencia.

Mis sueños a futuro dependen de hacer una familia llena de tradiciones generacionales, viajar a Italia con mis hermanos y sus hijos, y los primos creciendo juntos y jugando como hacíamos de niños.

Cercanía y familiaridad.

Imagino mi vida en un hogar estadounidense y lo diferente que sería de la vida que siempre tuve y deseé para mí.

Si eligiera esa vida, sé con certeza que mi mujer y mis hijos siempre estarían fuera. Nunca serían realmente aceptados por la familia grande.

La chica de mis sueños versus la vida de mis sueños.

Una cosa o la otra. No puedo tener ambas.

Una vida es italiana con mi familia, la otra es con Grace.

No podría soportar que la rechazaran… _y lo harían._

Doy un sorbo a mi whisky y lo deslizo por mi boca antes de tragar; pensar en esto es deprimente.

Alessio se inclina para que sólo yo pueda oírle. Vamos a Atticus. Este sitio es aburridísimo y necesito ver culos.

—Me voy a casa.

Entorna la cara —¿Por qué?

—Porque quiero.

—¿Qué demonios te pasa últimamente?

—Que no me folle a todas las mujeres que respiran no significa que haya algo malo en mí.

—Te estás ablandando —murmura secamente mientras da un sorbo a su bebida.

Lo miro escéptico, pero dio en el clavo.

Tiene razón.

Qué demonios *me pasa* últimamente, hace semanas que no salgo.

Perdí el interés por todo; todo me parece tan… normal.

Me bebo el último trago. —Me voy—. Le pongo la mano en el hombro mientras paso junto a él. —Que la pases bien.

Doy un beso a mi madre y a mi hermana al despedirme y salgo del restaurante hacia la calle, donde me espera el auto.

—Buenas noches —Mark sonríe.

—Hola —Subo al asiento trasero y zumbamos por las calles de Nueva York mientras miro por la ventana.

Al menos podré verla mañana.

El sol se va ocultando lentamente tras los edificios, tomo mi teléfono, y lo compruebo por enésima vez en el día.

Son casi las cinco, ¿dónde está?

Llamo a recepción —Hola, soy Gabriel Ferrara.

—Oh —balbucea la voz de la joven—. Sr. Ferrara, hola.

—¿Puedo hablar con Violeta?

—Sí, al habla.

—¿A qué hora dijo Grace Porter que volvería hoy?

—¿Sí? —Se nota que no tiene ni idea sobre quién estoy hablando.

—La mujer que vino a verme ayer.

—Ah, claro, la señora que no pudo ver por estar muy ocupado.

Me desagrada el sarcasmo —Estaba en una reunión de la junta y le pedí a usted que cambiara la cita—. ¿Cuándo volverá?

—No cambió la fecha.

Frunzo el ceño mientras me levanto para ponerme en pie —¿Qué quiere usted decir? —exclamo.

—Yo… —Vacila como si tuviera miedo de continuar.

—Dígalo.

—Se fue, señor. No quiso otra cita al saber que faltarían semanas. Parecía disgustada.

Cuelgo e inmediatamente marco el número de Grace. Camino de un lado a otro mientras espero a que se conecte.

El número al que está llamando fue desconectado.

El pánico me recorre.

No.

Vuelvo a marcar el número.

El número al que está llamando fue desconectado.

—No te atrevas —Continúo caminando mientras mi temperamento aumenta—. ¡Intenta esta puta mierda conmigo y se acabó!

Vuelvo a llamar al número con la esperanza de haber marcado el número equivocado.

El número al que está llamando fue desconectado.

Enfurecido, tiro el teléfono, rebota en el escritorio, y cae al suelo.

Con las manos en las caderas, camino de un lado a otro. —¿Cree que puede cortarme así como así?

Cree que no podré encontrarla si cambia su puto número.

Es ella siendo una maniática del control… eso es lo que es. Me apresuro a tomar el teléfono y hago otra llamada.

—Hola.

—Mark —quiero que busques la dirección de Grace Porter.

—Bueno, ¿por qué no la llamas?

—Porque su teléfono está desconectado.

Silencio.

—Bueno…

—No me vengas con "*Bueno*" —digo bruscamente—. Averigua dónde está. Cuelgo y sigo paseando, y suena mi teléfono, es Mark otra vez.

—¿Qué? contesto bruscamente.

—¿Dónde vive? —replica.

—Connecticut.

—¿Connecticut? ¿Estás seguro de que es ahí, porque necesito un estado o al menos una ciudad para hacer la búsqueda?

Pongo los ojos en blanco —No tengo ni puta idea, lo comprobaré—. Cuelgo y salgo al despacho para encontrar a Richard en su mesa.

—¿Adónde se mudó Grace Porter?

Levanta la mirada —¿Perdona?

—Grace Porter —chasqueo impaciente—. ¿Dónde está? ¿A dónde se mudó?

—Ahh… Maine. Creo.

—¿Maine?

—¿De verdad te sorprende que no se haya mudado a Texas?

—¿Por qué?

—Por Willie.

—¿Quién es Willie?

—Willie Nelson —Ensancha los ojos—. Ya sabes cuánto ama Grace a Willie Nelson.

—Menos mal que no —Me pellizco el puente de la nariz—. Que me maten. Con eso me basta —Vuelvo furioso a mi oficina y llamo a Mark.

—Hola.

—Vive en Maine.

—¿Algo más?

—Tiene un gusto musical espantoso.

—Oh… entiendo. ¿De dónde sacaste que era Connecticut?

—No lo sé —Me encojo de hombros—. Sólo encuéntrala.

—¿Para qué? Ni siquiera te molestaste en saber dónde vivía, ¿por qué quieres encontrarla?

—Porque yo lo digo… por eso. Tienes que recordar que trabajas para mí, así que harás lo que yo te diga, carajo.

—¿Cuál es la oferta?

—¿Qué? —Me enfurezco.

—¿Qué le vas a ofrecer? Resulta que me cae bien Grace y no voy a encontrarla para ti si tu intención es sólo joderla. Por algo se fue de la ciudad y cambió de número.

El cielo se vuelve rojo.

—Lo que haga con Grace Porter no es de tu puta incumbencia —digo con desprecio—. Estás despedido. Cuelgo el teléfono.

Una hora y seis whiskys después, recojo mi maletín y bajo las escaleras. Salgo por la puerta principal y veo a Mark de pie junto a mi auto.

Exasperante.

Me acerco a él —¿Qué haces aquí? Te despedí.

Pone los ojos en blanco mientras abre mi puerta —Como las otras cincuenta veces que me has despedido.

Me meto en el asiento trasero y él cierra la puerta detrás de mí.

Cabrón.

Atravesamos el tráfico mientras miro por la ventanilla —¿La encontraste?

—No la estoy buscando —Gira despreocupadamente la esquina.

—¿Por qué no? —exclamo.

—Porque la última vez que vi a Grace Porter fue cuando me hiciste vigilar su casa mientras llegaba el camión de la mudanza; ella estaba llorando y se sentía miserable.

Sus ojos se fijan en mí desde el espejo retrovisor —Creí que era tu amiga.

—Lo es.

Levanta una ceja —¿Y bien?

—Bien, ¿qué?

—¿Qué clase de hombre busca a una mujer si ya sabe que, cuando la encuentre, no le dará lo que necesita? —No dejo de verlo directamente.

—Sé que eres un idiota egoísta, pero tienes que pensártelo. No es una chica cualquiera, es Grace Porter.

Se me hunde el corazón.

—Me has dicho siempre que te casarás con una italiana. ¿Ha cambiado eso? —Sus ojos vuelven a mirar hacia arriba para encontrarse con los míos en el espejo retrovisor.

—Conduce el auto, grito. Me cabreas. Estás despedido, joder. Esta vez de verdad.

Conducimos en silencio durante un rato mientras la adrenalina recorre mi organismo. —Crees que lo sabes todo sobre mí, pues tengo noticias para ti. No sabes nada. Cero.

—Sé mucho más de ti que nadie, eso seguro.

Pongo los ojos en blanco —¿Quieres callarte de una puta vez? No te pago por tu opinión.

—¿Quieres escuchar mi opinión?

—No.

—Bueno, la escucharás igual: desde la fiesta de Navidad y aquella noche que pasaste con Grace.

—Nunca pasé una noche con Grace.

—Mientes. Yo la llevé a tu casa —ladra—. La sacaste del carro. —Agarra el volante—. Ya me había parecido extraño que no salieras del yate en Italia.

Ni siquiera estuviste en Italia —le replico.

—No, pero los chicos de seguridad me llamaron para ver si todo iba bien, porque no saliste del yate en todo el tiempo que estuviste allí.

—Estaba cansado.

—¿De portarte como imbécil?

—Cállate de una puta vez —Golpeo el respaldo del asiento mientras empiezo a perder el control.

—No has salido desde que Grace se fue; no has tenido ni una sola cita.

—¿Y qué? —grito.

—Tú no eres así.

—Cállate. Cállate.

—¿Vas a hacer lo que *quieres* hacer o vas a hacer lo que *tienes* que hacer?

Aprieto la mandíbula mientras miro por la ventana. —No tienes idea de lo que estás hablando… ni de lo que se espera de mí.

—Sé más que tú. Vamos por ella —dice encogiendo los hombros—. Estoy preparado, tú la quieres, vamos a buscarla.

—Así que, ¿ahora eres mi asesor de psicología inversa? —Me pellizco el puente de la nariz mientras apoyo el codo en la puerta—. Te odio, maldito, ¿lo sabes, no?

Nos quedamos en silencio mientras el auto se detiene en un semáforo y se impone la triste realidad. —No puedo tener a Grace —suspiro.

—Entonces, ¿por qué quieres encontrarla? —dice en un tono más suave.

Porque la extraño.

Nos sentamos en silencio largo rato mientras mi mente repasa los deprimentes hechos.

Tiene razón.

Tengo que dejarla marchar, no es justo que la persiga cuando no puedo ofrecerle lo que quiero.

—Olvida lo que dije —respondo mientras miro por la ventana—. No importa.

El auto pasa volando al estacionamiento subterráneo de mi edificio mientras perdura el recuerdo de mi Gracie.

Tan cerca pero tan lejos… Necesito olvidarla.

Grace

Veo cómo el responsable del equipaje arroja la última de las maletas al depósito de carga. Subimos a un avión y estamos en la pista, a punto de abandonar Nueva York para siempre.

Llueve a cántaros, el cielo está deprimido, como mi corazón.

Lo hice: cambié de número. De todas formas, no es que fuera a llamar nunca, pero al menos tengo un final.

Nunca tendré que ver su nombre en mi pantalla… O emocionarme cada vez que suena sólo para decepcionarme al ver no es él.

—¿Estás bien? —Deb me sonríe mientras toma mi mano.

—Ajá —Devuelvo una sonrisa fingida.

Pero nunca estaré bien, mi corazón se ha roto sin remedio.

Si nunca salgo con otro hombre mientras viva, seré feliz. No sé qué demonios pasa por mi cabeza, pero es como si intentara torturarme a propósito.

Estoy escuchando *Someone Like You* de Adele en repetición.

Mientras el avión se precipita por la pista, me limpio las lágrimas en silencio.
La letra de la canción, sobre encontrar a otra persona, se siente diferente ahora.
Lloro en silencio, ojalá.

CAPÍTULO 8

Grace

ME SIENTO EN LA SALA DE ESPERA CON EL BOLSO SOBRE MI REGAZO, Y LA RODILLA REBOTANDO DE NERVIOS.

Por favor, que todo vaya bien.

Al principio no quería quedar embarazada, pero ahora que lo estoy, lo único que deseo es tener un bebé sano. Tengo la sensación de que, como al principio estaba tan en contra, seré castigada de alguna forma. Quizás sea sólo el sentimiento de culpa maternal manifestándose.

No le dije a Deb que mi cita era hoy, quería venir sola. Ella no puede estar en todas las visitas al médico y estoy segura de que la primera será sencilla. Además, tengo que acostumbrarme a hacer las cosas sola.

El médico sale de su consulta con una carpeta en la mano, tiene unos cuarenta y cinco años, el pelo rubio y aire como de buen padre.

—¿Grace Porter? —Mira a su alrededor y sonríe cuando me ve de pie—. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, gracias —Mi corazón late como un tambor y paso junto a él hasta la oficina para sentarme frente a su escritorio.

Se sienta, abre el expediente y lo lee. —Felicidades.

—Tienes… —Hace una pausa mientras sigue leyendo— doce semanas y cinco días embarazada.

Sujeto el bolso con fuerza. —Sí.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —¿Un embarazo planeado?

—Sí —miento.

Sigue leyendo —Y el papá, ¿está emocionado?

—Fue por inseminación artificial.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos —¿En qué clínica?

—En Nueva York, en la Clínica de Fertilidad Chelsea —respondo sin titubear. He investigado y eso es todo lo que necesita saber; no tiene ningún motivo legal para ponerse en contacto con ellos.

—Fantástico —sonríe—. Este bebé es un regalo.

—Sí —Me obligo a sonreír, sintiéndome culpable por mentir.

—De acuerdo —responde—. Vamos a hacer una ecografía, súbete a la cama.

Me echo y subo mi camiseta.

—Esto estará un poco frío —Me echa un chorro de gel en el extremo de la varita de ultrasonidos y la sostiene sobre mi vientre.

Silencio.

Lo mueve y empuja la varita más profundamente en mi estómago.

—¿Va todo bien? pregunto.

—Sí, sólo debo encontrar al bebé. Está escondido aquí en alguna parte —Contengo la respiración mientras empuja y empuja.

Plop, plop…

—Ya estamos, ¿lo oyes? —Sonríe—. Un latido perfecto.

El sonido me arranca una gran sonrisa —Puedo oírlo.

Frunce el ceño y sigue empujando y empujando —Mmm, qué interesante.

—¿Qué es?

—Hay dos latidos.

—¿Qué? —Mis ojos se abren de par en par—. ¿Qué quieres decir?

—¿Hay gemelos en tu familia?

—No.

—Pues ahora sí.

Me quedo con la boca abierta cuando la cama se mueve debajo de mí —¿Gemelos?

—Ajá —Me limpia el estómago con un pañuelo y limpia su varita, me toma de la mano y me ayuda a incorporarme—. Vuelve a tu silla.

Lo miro, aturdida.

Gemelos.

Gemelos.

La palabra rueda por mi cabeza vacía y rebota por los lados.

—¿Hay dos bebés? —jadeo.

—Ajá —Sonríe mientras gira su silla de un lado a otro.

—Te llevaste el premio mayor, te tocó un buen esperma fuerte.

O quizás no.

—Oh… —Empiezo a oír los latidos de mi corazón en mis oídos.

Dos… hay dos. No pude con uno, y ahora hay dos.

Dos, dos… hay dos bebés.

—¿Grace? —dice el médico, interrumpiendo mis pensamientos —¿Qué opinas?

—¿Eh? —Mis ojos se elevan para encontrarse con los suyos—. Perdona.

—Todo saldrá bien —dice sonriendo de manera tranquilizadora— Tener gemelos un regalo, y sé que manejarás esto de la mejor manera. Es completamente normal asustarse un poco. Por supuesto, según se vayan posicionando en el útero, avanzaremos con nuestro plan de parto.

Lo miro horrorizada, tengo que empujar a dos bebés fuera de mi vagina.

Es demasiado pequeño para uno.

¿Cómo demonios se supone que voy a hacer dos? Tengo una visión muriéndome en la mesa de partos… Oh. Dios. Dios.

—¿Qué te parece?

Le devuelvo la mirada, sin tener ni idea de lo que acaba de decir.

—Bien —miento, esto no suena nada bien en absoluto.

—De acuerdo. Te veré dentro de cuatro semanas —Escribe algo en un papel y me lo da—. Toma estas vitaminas y sigue una dieta variada. Intenta comer la mayor variedad posible de verduras y frutas, y no dejes de tomar líquidos.

Me quedo mirándolo, desconcertada.

¿Eso es todo? ¿Me está enviando casualmente a casa con un puto ejército en mi estómago?

—Adiós, Grace.

—Adiós —Con el piloto automático, salgo a trompicones de la consulta y me dirijo a mi auto. Me desplomo en el asiento y miro a través del parabrisas.

Demasiado conmocionada para llorar, demasiado aterrada para pensar e incapaz de hablar.

Gemelos.

Gabriel

El auto se detiene en la acera y abro la puerta.

—Que tengas un buen día —dice Mark cuando salgo del auto.

—Tú también.

Entro por la puerta principal del edificio Ferrara y me dirijo a grandes zancadas al lobby del elevador. Roderick, el ascensorista, asienta cortésmente la cabeza al llamar el elevador —Buenos días, Sr. Ferrara.

—Buenos días.

Miro las puertas mientras me aliso la corbata, puedo sentir todas las miradas sobre mí mientras espero.

Date prisa.

—Hoy hace un día precioso —dice Roderick, intentando entablar una conversación cortés.

—Lo es.

¿Por qué *tarda tanto el elevador?*

—¿Ansioso por trabajar hoy, señor?

Mis ojos, poco impresionados, se elevan para encontrarse con los suyos —¿Por qué hablas tanto?

—Oh —exclama con una sonrisa ladeada—. Creo que hace las cosas menos incómodas.

Mis ojos se asientan en los suyos —No estoy de acuerdo.

Las puertas se abren, paso delante de él hacia adentro y me volteo a mirarlo fijamente. Se le cae la cara al piso al cerrarse las puertas.

Uf, todas las mañanas me fastidia con su alegre actitud optimista.

No quiero hablar contigo.

Vete a la mierda.

Pulso el botón y empiezo a subir al último piso; el elevador se detiene en el nivel tres y exhalo con fastidio.

Las puertas se abren y dos hombres esperan para entrar, miran de inmediato al suelo después de verme y enarco una ceja.

—Discúlpenos, Sr. Ferrara —Y se quedan donde están.

Pulso el botón para cerrar las puertas. Necesito un elevador privado para este lugar olvidado por Dios.

Hubo un tiempo en que llegaba antes y entrenaba antes del trabajo, pero no lo he vuelto a hacer…

Ahora corro en casa antes de venir, las ganas de entrar pronto en la oficina se han ido junto con la Srta. Porter. No es divertido vestirse delante de Greg.

De hecho, no es divertido en absoluto con Greg.

Es la persona más aburrida que he conocido. En realidad, ahora toda la oficina es aburrida.

Siempre he sido un adicto al trabajo, me enorgullezco de mi dedicación a Ferrara Media.

Pero últimamente… odio venir aquí.

Odio pasar por delante de su escritorio vacío, odio que nadie me ponga los ojos en blanco ni me conteste descaradamente. Odio no sentir sus ojos clavados en mí mientras me visto. Odio no sentir el cosquilleo de mi polla cuando mastica el extremo de su bolígrafo.

Odio que me haya dejado.

Las puertas se abren y atravieso la recepción —Buenos días, Sr. Ferrara.

—Hoy no hay visitas.

—Sí, señor.

Abro las puertas y atravieso los escritorios, veo a unas cuantas personas de pie, conversando en la sala de fotocopiadoras, y me hierve la sangre, ¿qué creen que es esto?

Me acerco y sus caras se desencajan al verme —Esto no es una fiesta para tomar té. ¡Al trabajo!

—Sí, señor —Se dispersan como ratones.

Entro en mi oficina, doy un portazo, tiro el maletín sobre la mesa y me dejo caer en la silla.

Este lugar se fue al carajo.

Grace

Los grandes ojos de Debbie sostienen los míos. ¿Gemelos?

—Ajá.

—¿Cómo *gemelos?,* ¿así como… dos bebés iguales?

—Sí.

—Hmm —Deb se queda en silencio, y da un sorbo a su café mientras elige cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Bueno… Es genial —miente.

La miro inexpresiva —Y… ¿por qué te parece genial?

—Bueno —Levanta las manos animada—. Ya tu familia está lista, puedes detenerte.

—Me detendré, por supuesto que me detendré —Doy un sorbo a mi estúpido café descafeinado mientras pienso que hasta mi café está estropeado—. Un hogar en el que los niños superan en número a los adultos está…

—…Ocupado —interrumpe Deb—. Será un hogar ocupado.

Asiento con la cabeza, no quiero ser pesimista.

—Dios mío, vi una cosa lindísima en la tienda viniendo acá. Te lo compraré al salir.

—¿Qué es?

—Un baúl de los recuerdos.

—¿Qué es eso? Frunzo el ceño.

—Ya sabes, como una cajita bonita en la que metes los recuerdos de tu embarazo. Tus fotos de la ecografía y cualquier notita o tarjeta que recibas por el camino.

—No quiero un baúl de recuerdos.

—¿Por qué no?

—Porque tal y como me siento, el único recuerdo que allí dejaría es que todo esto es muy injusto y que no quiero que mi hijo…

—Hijos —interrumpe Deb.

—Bueno, que *mis hijos* se enteren de que estaba enamorada de mi jefe. Nunca sabrán de Gabriel ni de nuestro encuentro fugaz.

—Esto no es *Atracción Fatal* —dice volteando los ojos—. ¡Qué dramática!

Doy un sorbo a mi café, molesta porque tiene razón, soy tan exagerada en este momento que, aunque me doy cuenta, no puedo parar.

—Bien, te compraré dos. Uno para que la encuentren los niños con todas las cosas adorables y esponjosas. El otro baúl, para tus porquerías de desamor.

—¿Por qué necesitaría un basurero para mi desamor?

—Será como una terapia. Escribirlo todo, y cuando hayas superado esta etapa de tu vida y estés felizmente enamorada, podrás deshacerte de esto. Nadie lo sabrá nunca… y los niños seguirán teniendo su adorable baúl de los recuerdos para sentirse bien.

—Tal vez —suspiro, distraída.

—Cada vez que pongas algo en el baúl de los recuerdos felices, tienes que poner algo en el baúl de los incendios también.

Sonrío, hay algo en ese nombre que me hace cosquillas —¿Lo llamaremos *baúl de los incendios*?

—¿Por qué no? Tu vida amorosa es un completo basurero en llamas, honestamente —murmura secamente.

Suelto una risita y levanto mi taza de café para aplaudirla. —En eso tienes razón.

El resplandor de la tarde empieza a rebotar en el agua y sonrío. Ha llegado mi momento favorito del día. Cojo mi cuaderno de notas y mi bolígrafo, y deslizo la puerta de cristal para abrirla. —¿Vas a salir, Buds? —llamo.

Mi peluche de color caramelo baja las escaleras dando tumbos; la vida es hermosa ahora tengo un perro. Buddy es lo más adorable que nunca supe que necesitaba. Fui al refugio por un cachorro, y volví a casa con un viejo. No me quejo, es perfecto en todos los sentidos. Bajamos las escaleras y nos sentamos.

La puesta de sol sobre el lago es mágica y una de las principales razones por las que compré esta casa. Aunque pequeña y pintoresca, mi casa es como un cuento de hadas, con mucho carácter y varios proyectos pendientes. Es el sueño de cualquier renovador.

La casa de mis sueños.

En cuanto la vi, supe que tenía que hacerla mía. Tres acres de terreno en una punta del lago con vistas de ciento ochenta grados al agua por tres lados. Hay un largo camino de entrada bordeado por los robles más hermosos jamás vistos, y algún día ahorraré el dinero suficiente para hacer un camino que se merezca esa vista; por ahora, seguirá siendo de tierra.

En la parte delantera de la casa hay un amplio porche, un garaje independiente y un jardín, y la parte trasera es toda de cristal. Es como un chalet suizo, con el piso de arriba dentro del tejado de tejas y hermosas ventanas con cenador.

Pero la verdadera magia de la casa es el muelle privado.

Mi pedacito de paraíso privado. Sales por mis puertas corredizas de cristal, llegas a la terraza, bajas seis escalones, y me verás en el muelle mirando hacia el lago.

Tengo una tumbona y me siento aquí todas las tardes a ver la puesta de sol sobre el agua. Por ahora bebo té, pero me imagino tomando una copa de vino por la tarde mientras los niños juegan.

Pongo mi mano protectora sobre el vientre. Estoy embarazada de seis meses.

Y la vida es buena.

Mi baúl de desahogo ha funcionado de maravilla y Deb tenía razón: dejarlo todo en el papel y ponerlo en la caja es catarsis. Últimamente, he convertido mis desahogos en poesía. Simplemente escribo lo que sea, cuando sea, y aunque nada parezca tener mucho sentido, de algún modo me hace sentir mejor. Como si liberar la negatividad de mi interior dejara más espacio para la alegría.

Abro mi cuaderno de notas y mordisqueo el bolígrafo mientras pienso, ¿qué voy a escribir hoy? Pienso un momento.

Puedo perdonarle que no me ame.

Lo que no puedo perdonarme es a mí misma,

por haber creído alguna vez que él podría hacerlo.

Cierro el cuaderno y la brisa del atardecer revuelve mi melena, los pájaros empiezan a piar mientras el hermoso resplandor rosa ilumina el cielo. Realmente es un espectáculo digno de contemplar. La magia está aquí…

Gabriel

El sonido de los motores ruge en el circuito, el auto se detiene y el equipo de los pits entra en acción.

El Gran Premio de Mónaco.

Estoy en la sección que domina la pista —Aquí tiene, señor—. El camarero me presenta una bandeja con mi whisky.

—Gracias —El ambiente es eléctrico, la multitud enorme con gente guapa dondequiera que mires.

—¿Dónde vives? —pregunta la bella rubia.

—En Nueva York.

—Mi ciudad favorita del mundo.

—Tenemos algo en común —Levanto mi copa.

—Seguro que tenemos mucho en común —Me dedica una sonrisa sexy, miro por encima de su hombro y veo el inconfundible pelo castaño.

Acaso será…

Observo a la mujer por detrás, con un vestido rojo y riendo con alguien. El corazón me da un vuelco.

Gracie.

—Entonces, ¿a qué te dedi…

—Con permiso —Interrumpo a la rubia para acercarme a la mujer —Gracie.

La mujer voltea y se me cae la cara de vergüenza, no es ella —Discúlpame. Creí que eras otra persona.

—Lamento decepcionarte —Sonríe.

—En absoluto —Finjo una sonrisa y me dirijo a la barra, espero en la cola con mi vaso todavía lleno en la mano.

—¿Todo bien? —pregunta Mark a un lado.

Levanto la vista —¿Por qué no?

—Creíste que era Grace Porter, ¿verdad?

—¿Quién? —Me hago el desentendido.

—¿Sabes?, odio ver cómo se te cae la cara cada vez que ves a una pelirroja.

—Sí, bueno… también hay muchas cosas que yo odio de ti —Procedo a tomarme todo el trago en un solo sorbo—. Deja de mirarme y vuelve al trabajo.

—La última vez que revisé, mi trabajo era vigilarte —dice guiñando el ojo.

—Vete a la mierda —exclamo.

Vuelve a su sitio junto a la pared y yo me adelanto en la fila hacia la barra. Me paso la mano por el pelo mientras espero.

Odio que me conozca tanto.

Grace

—Vamos a ponernos en marcha, cariño —Mamá me besa en la frente.

—Bien hecho hoy, Gracie —dice papá mientras mira con cariño a los bebés en su cuna junto a mi cama—. Lo hiciste bien, cariño.

—Mil gracias por estar en la sala de partos conmigo —Beso a mi madre mientras se inclina sobre mí y luego a mi padre—. Estoy muy agradecida por ustedes.

—Volveremos mañana a primera hora —Papá sonríe mientras ajusta el gorrito azul del bebé—. Sean buenos chicos con mamá esta noche —les dice—, y con una última sonrisa, desaparecen por el pasillo.

Es medianoche y la sala de maternidad yace en silencio. Mi habitación está a oscuras y sólo la ilumina la tira de luces del baño.

Por primera vez me quedo sola con mis dos bebés, gemelos fraternos, un niño y una niña. Bien envueltos en sus monos de conejito y acurrucados juntos en una única cuna.

Estoy teniendo una extraña experiencia extracorpórea, es como si flotara por encima y nos observara a los tres. Por fin juntos, pero a la vez… tan solos.

No hay ningún papá aquí para darles la bienvenida al mundo, para consolarme o para decirnos que todo va a ir bien, cosas que necesito oír desesperadamente.

Ahora que están aquí y son personitas de verdad, mi decepción se hace demasiado real.

Soy una mala persona, debí habérselo dicho.

Mis fosas nasales se agitan mientras intento mantener la compostura, el nudo en la garganta es doloroso. Es como si hubiera estado aguantando las lágrimas durante nueve meses y el pegamento que me mantenía unida se estuviera desintegrando ante mis ojos.

Este es un día feliz. *No voy a llorar.*

Una lágrima caliente rueda por mi mejilla y me la quito de un manotazo.

—Hola —dice una enfermera al entrar por la puerta—. ¿Estás bien, cariño? —Se acerca, se sienta a un lado de mi cama y me toma la mano.

—Sí —susurro.

—Un gran día, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—¿Te duele algo?

—No.

—No te hagas la heroína, Grace, las cesáreas son dolorosas y necesitas descansar antes de irte a casa sola con estos bebés.

Irte a casa sola.

Oírlo en voz alta rompe el dique y brotan las lágrimas.

—Oh, cariño, mañana te parecerá mucho más brillante. Te lo prometo.

Asiento con la cabeza, incapaz de responder por el nudo que tengo en la garganta.

Lee mi historial y se saca unas pastillas del bolsillo —Esto es lo que haremos —Me pasa las pastillas—. Te las vas a tomar e intentarás descansar, y yo me sentaré en esa silla del rincón y te vigilaré a ti y a tus bebés mientras duermen.

—Pero…

—Pero nada, esta noche no estarás sola —Me aprieta la mano entre las suyas, las lágrimas ruedan por mi cara —No te dejaré. Te lo prometo.

—Gracias —susurro—. Cojo las pastillas y me vuelvo a tumbar. Ella me cubre con las mantas y me arropa.

—¿Cómo llamarás a los bebés?

Me encojo de hombros, insegura —Algo italiano.

—¿Su papá es italiano?

Asiento con la cabeza.

Me dedica una sonrisa triste, finalmente comprendiendo por qué estoy enfadada.

No había esperma de donante, sólo una mentira que encubría a un padre ausente.

Se sienta a un lado de mi cama y apoya su mano en mi hombro, un acto de amabilidad tan sencillo que significa tanto. —¿Cuáles son tus nombres favoritos?

—Dominic y Lucía —susurro.

Sonríe —Parecen los nombres perfectos.

—¿Tú crees?

—Vas a estar bien, cariño, y vas a encontrar al amor de tu vida. Él amará a tus bebés tanto como tú.

Vuelvo a llorar, maldita sea. Qué inestable soy.

—Cierra los ojos y duérmete —susurra su voz cariñosa, y me roza el pelo con la mano—. Mañana será un nuevo día.

CAPÍTULO 9

Gabriel

—DESPÍDELO —Vuelvo a sentarme en mi asiento, molesto.

—No puedes despedirlo —jadea Alessio, mientras la sala de juntas se queda en silencio.

—Mírame hacerlo —Pulso el intercomunicador—. Greg, que venga Rodney Roberts, por favor.

—Sí, señor.

—Escucha, sé que este informe no es muy bueno, pero puede mejorarlo, estoy seguro —Alessio defiende su caso.

—Estoy de acuerdo, lo está intentando. Tenemos que darle otra oportunidad —interviene Víctor.

—Ya le dimos una oportunidad y no cumplió. Puede relajarse con el tiempo y el dinero de otra persona, pero no con el mío —replico.

—Pero…

—¿Por qué los gallitos blandos siempre siente lástima por la gente? Esto no es una puta organización benéfica. Si no rindes, no conservas tu trabajo, así de sencillo. Está en lo más alto del juego, no tiene el privilegio de ser perezoso.

Mi intercomunicador zumba —Sí —respondo.

—Rodney Roberts está enfermo hoy, señor.

—Por supuesto que sí. Gracias —Mi mirada se dirige a Alessio, que hace una mueca de dolor—. El último clavo en su ataúd.

—¿Puedo tomarle su orden? —pregunta la camarera.

Miro a Serafina, mi cita —Cosa mangi? «¿Qué *quieres?*»

—Lo mismo que tú —Me sonríe.

La miro fijamente por encima de la mesa. *Decide por ti misma alguna vez, carajo.*

Bah…

—Una ensalada verde y la langosta para dos, por favor —Cierro el menú y se lo entrego a la camarera.

Serafina es bellísima, alta, morena y con un cuerpo de muerte, italiana hasta la médula, y nada de ella me interesa en lo más mínimo.

Creo que estoy roto.

Miro sutilmente mi reloj, faltan dos horas para que pueda largarme de aquí.

Grace

Risas y gritos suenan por toda mi casa mientras persigo a dos pequeños desnudos en pañales. Para ellos, salir de la bañera y que yo los persiga con la ropa es lo más divertido del mundo, y admito que a mí también me encanta.

Mis bebés tienen dieciocho meses, son mi mayor bendición y los amores absolutos de mi vida. Nuestro hogar está lleno de risas y caos, pero sobre todo… de mucho amor.

Dominic es el mayor, tiene el pelo oscuro ondulado y la piel aceitunada con grandes ojos marrones, es una versión en miniatura de su padre. Con personalidad y todo, es luchador y de mal genio, dominante e inteligente y el mejor ejemplo de un niño de mamá de todos los tiempos.

Y luego está Lucía, a quien llamamos Lucy para abreviar. Aunque se parece a su padre, con su pelo oscuro y sus grandes ojos marrones, no podría ser más diferente. Diminuta comparada con Dominic, es tranquila y plácida, con un carácter de lo más dulce. Idolatra a su hermano y tiene una tranquila confianza en sí misma.

Mientras Dominic quiere sentarse acurrucado en mi regazo, Lucy prefiere sentarse con Buddy en el sofá, no quiere sentarse sobre mí, es muy independiente.

—Vamos, chicos, hoy tenemos que llegar a tiempo —les suplico.

Dominic chilla de risa y entra corriendo en mi dormitorio y se tira en la cama mientras yo lo persigo. —Eres un poco nudista, Dom—. Lo atrapo y le doy la vuelta. —Deja de retorcerte—. Le pongo el pañal mientras se ríe e intenta escapar de mí. —Vamos—. Intento parecer severa mientras lucho contra él. —Hoy no tenemos tiempo para esto.

No miento, de verdad que no. Vuelvo a trabajar el mes que viene, y hoy llega nuestra nueva niñera. Ideé un plan que en mi cabeza tiene mucho sentido, pero en realidad no tengo ni idea si funcionará.

Deb y yo hemos pasado horas y horas discutiendo cómo va a ser el futuro y una cosa está muy clara: tengo que prepararme para el día en que me pregunten quién es su padre. Puedo mentir al mundo sobre la inseminación artificial, pero nunca les mentiré a ellos.

Cuando pregunten… y lo harán, les diré la verdad.

Necesito prepararlos lo mejor que pueda, necesito que conozcan la cultura italiana, que hablen el idioma y que aprecien la diferencia entre ambas procedencias.

Contraté una joven niñera italiana, llega hoy.

Va a estudiar docencia a tiempo parcial en la universidad y vivirá aquí sin pagar alquiler, a cambio de cuidar de los niños mientras yo trabajo tres días a la semana, y les enseñará a hablar italiano.

Necesitan aprenderlo junto con el inglés, ahora, en sus años de formación. Además, así mato dos pájaros de un tiro: Yo puedo volver a trabajar y conseguir una nueva compañera de piso, los niños se beneficiarán y ella podrá vivir en Estados Unidos unos años. Todos ganamos... espero.

Estamos en el terminal de llegadas; los niños están sentados en su cochecito doble y están completamente ensimismados con sus barritas de muesli, su última obsesión, y yo estoy a punto de sufrir un paro cardíaco.

Es una idea terrible, ¿en qué demonios estaba pensando?

Una extraña viviendo en mi casa... podría ser una asesina en serie o algo parecido. Todas esas referencias podrían estar completamente amañadas.

Tengo una visión de lo salvajes que pueden ser los gemelos y me sube la temperatura. Y si es una princesa, no puedo lidiar con princesas perfectas.

Nuestra vida es caótica, y Buddy, nuestro perro, duerme en el sofá cuando no debe y nuestra casa no siempre está ordenada y... empiezo a sentir náuseas.

¿Qué estoy haciendo?

Mi teléfono recibe un mensaje.

Acabo de bajar del avión

Está aquí.

Sonrío y tecleo nerviosamente,

Estamos en la puerta de llegada.
Soy la del cochecito doble.

La gente empieza a bajar por la rampa y yo los observo con el corazón en la garganta. Mirad, ahí viene María, les digo. Compórtate, por favor, hoy nada de rabietas. Siguen comiendo sus barritas de muesli, totalmente desinteresados por lo que les digo.

Veo a una chica joven con el pelo oscuro; ella me ve, sonríe y me saluda con la mano.

Lleva un chándal gris y el pelo largo y oscuro recogido en una coleta alta. Se acerca dando saltitos.

—¿Grace?

—¿María?

Sonrío torpemente.

—Me alegra mucho estar aquí —Se ríe y me abraza—. —Muchas gracias por venir a recogerme.

Es normal.

Se inclina para apoyarse en el cochecito —¿Y tú quién eres?

—Esta es María —les digo. Estos son Lucy y Dominic.

—Hola, guapos —dice sonriendo.

A Dominic se le cae accidentalmente la barrita de muesli al suelo y, sin perder un segundo, María se agacha y la recoge con sus propias manos.

—Qué asco, lo siento —Hago una mueca de rechazo—. Déjame tomarlo.

—No, ya lo tengo —Saca un pañuelo de papel del bolsillo y envuelve la barrita de muesli sucia —. Compraremos otra cuando lleguemos a casa —le dice—. Chúpate los dedos.

Dominic le sonríe atónito y se lame los dedos.

Y así todo encaja en su sitio. De repente, sé que esto va a ser maravilloso. *Que ella* será maravillosa y que el planeta oficialmente se ha salvado.

Me dedica una gran sonrisa amable —Vámonos a casa.

Estaciono el auto en el taller del mecánico, maldita sea, esto es una lucha de mierda. Rápidamente limpio el auto y recojo los recibos y las tazas de café de la parte delantera. ¿Por qué la revisión del auto siempre cae en el día más caótico? María tenía que entregar un trabajo de la universidad esta mañana, así que estuve ayudándola hasta tarde anoche, y esta mañana Dominic corría por la casa y se dio un golpe en la cabeza. Para colmo, Buddy salió esta mañana y se cubrió todo de barro, entró de nuevo por la puerta del perrito y restregó todo el sucio por la alfombra de la sala y el sofá como si fuera un trofeo.

Uf... la mañana del infierno. No he parado de correr desde que desperté.

Habría cancelado el servicio mecánico si no fuera por un pequeño detalle.

—Hola, tú —clama una voz áspera desde el interior de la oficina, y sonrío.

—Hola, Russ.

Sale a saludarme, pelo rizado castaño claro y piel aceitunada; los ojos azules más grandes que jamás hayas visto.

Mi mecánico Russel es el hombre más atractivo de Greenville, pero no desde el punto de vista de soltero guapo. Sino desde el punto de vista de *la forma sutil en que sonríe*.

Llevar mi auto al taller es lo mejor de mi vida.

Sonríe y nuestras miradas permanecen fijas un instante más de lo debido.

—Demasiado tiempo sin verte, Grace.

—Bueno… —Me paso la mano por el pelo, él me pone algo nerviosa—. No puedo traer el carro todos los días al taller, Russ. Creo que sería acoso.

—Puedes acosarme cuando quieras —La energía fluye en el ambiente.

Mis ojos se posan en sus ajustados jeans azules y su camisa roja de cuadros. Tiene gruesos cuádriceps y venas fibrosas en los antebrazos, grandes hombros anchos.

Todo en Russ grita hombre crudo y sin filtros.

Llevamos más de un año coqueteando, pero nunca llega a nada. Sé que está soltero y que no es un donjuán, pero es todo lo que sé; vive en las afueras y se crió aquí, pero el resto de él es un misterio. Nadie parece saber mucho de él.

Apoya el trasero en mi auto y cruza los pies por los tobillos —Sabes, he estado pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre… —se interrumpe.

—¿Qué? —pregunto impaciente —Continúa.

—¿Te gustaría salir alguna vez?

El suelo gira.

—¿Como en una cita?

—Sí —Me dedica una sonrisa—. Quiero decir… sé que debes cuidar a los gemelos y quizás…

—Ahora tengo niñera —Lo interrumpo.

Sus cejas se disparan —¿En serio?

—Ajá —Me encojo de hombros—. Entonces, ya puedo salir… Vuelvo a encogerme de hombros —A ver, no todo el tiempo, pero… a veces. Tengo un poco más de libertad.

Sonríe y lo siento hasta en los dedos de los pies.

—¿El sábado por la noche?

—Ajá.

—¿Te recojo a eso de las siete? —pregunta.

¿Está ocurriendo esto?

—Ajá.

Se acerca a mí —Sabes, dices mucho «ajá»—. Me toma la cara entre las manos y me mira.

El aire abandona mis pulmones ante su contacto, y lo único que sale de mi boca es un débil «Ajá».

—Quizás deberías besarme para aguantar hasta el sábado… ¿no crees?

—Ajá…

Sus labios rozan los míos, suavemente pero con la cantidad perfecta de presión.

Oh.…

Nos besamos una y otra vez y él se retira y se lame los labios mientras me mira fijamente. —Tu auto no es lo único que tengo que revisar hoy.

—¿Qué? —suelto una risita, sorprendida.

—Cambio de grasa y aceite —Se ríe.

—Pervertido.

—Para mí, quise decir, para mí.

—Claro que sí —Me zafo de su agarre y doy dos pasos atrás para poder seguir mirándolo—. Tengo que ir a trabajar.

—¿Cómo vas a ir?

—El Sr. Holdsworth, mi vecino, me recogerá en la avenida principal, está ahí fuera esperando.

—¿Olvidas algo?

—No, creo que ya hice todo acá.

Me dedica una sonrisa sexy —Este… voy a necesitar las llaves del carro.

—Ah, claro —Avergonzada, rebusco en mi bolso mis llaves y se las entrego, él me agarra todo brusco y me besa de nuevo.

—Compórtate ahora en el auto del señor Holdsworth.

Me echo a reír —Tiene ochenta y nueve años.

—Podrías devolverle la vida a una roca petrificada con ese beso.

Me alejo hacia la carretera principal y puedo sentir sus ojos observándome; tengo que hacer un esfuerzo para no saltar en el aire y levantar los talones de emoción.

¡Por fin!

Sábado por la noche, 7:08 p.m.

Unos faros iluminan la calle y un auto se detiene lentamente en la entrada.

—Está aquí —dice María.

—Bien —respondo. Desde que Russ y yo nos besamos el martes pasado, me siento como una niña pequeña en Navidad. Despertó algo en mí que hacía tiempo que había olvidado, y no recuerdo haber estado nunca tan emocionada por una cita.

Creo que acabo de comprender que está bien querer algo para mí. Llevo tres años siendo madre y he recibido muchos sermones de Deb y María para darme cuenta de que no necesito sentirme culpable cada vez que hago algo que no esté relacionado con mis hijos. Supongo que siempre he pensado que, como estoy haciendo esto de ser madre yo sola, ellos deben recibir cada pedacito de mí y de mi tiempo.

Esta noche, eso cambia, se acabó el todo o nada. Necesito encontrar un equilibrio, una vida hogareña feliz y un hombre que... sonrío, ¿a quién quiero engañar?

Quiero un hombre caliente que me folle bien, que use mi cuerpo como yo quiero usar el suyo.

Ha pasado demasiado tiempo.

Llaman a la puerta y mi corazón da un vuelco. María y yo hemos agotado hoy a los niños a propósito y hemos hecho todas las actividades del mundo para poder acostarlos antes de que yo salga. Así no tengo excusa para preocuparme por lo que está pasando en casa. Ambas sabemos demasiado bien cómo soy.

—Hola —Oigo la voz de María al abrir la puerta.

—Hola, es Russel —Su voz profunda resuena en toda la casa.

Me miro por última vez en el espejo; llevo un vestido negro ajustado que Deb y yo compramos esta semana, el pelo suelto, maquillaje y lingerie negra.

Lingerie.

Con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, bajo las escaleras y veo a Russel de pie en la puerta principal con un ramo de flores casero. Nuestras miradas se cruzan y él sonríe suavemente.

—Hola —Me mira de arriba abajo—. Estás preciosa.

—Hola —Sonrío.

Me entrega las flores y casi me convierto en charco al derretirme.

—Las pondré en agua —ustedes sigan adelante—. María sonríe mientras atestigua cómo nos miramos fijamente.

—Gracias —Le paso las flores sin mirarla y salgo flotando por la puerta hacia la camioneta de

Russel. Me abre la puerta y se inclina hacia mí—. ¿Tienes idea de lo guapísima que estás?

—Deberías besarme.

Se humedece los labios —¿No se supone que debo esperar hasta el final de la cita para hacer eso?

—No —Agarro su cara y la acerco a la mía, nuestros labios se tocan y el beso es largo, lento y profundo—. ¿Cenamos? murmuro contra sus labios.

—¿Qué? —jadea, inmerso en excitación—. Nos besamos una y otra vez y noto su erección al apoyarse en mi pierna.

Síií…

La excitación grita por mi cuerpo como un camión de bomberos, no podemos salir así.

—¿Pedimos algo para llevar a tu casa? —Jadeo contra sus labios.

—Me sirve —Cierra la puerta de golpe y casi corre hacia el lado del conductor.

¿Qué demonios? Ni siquiera salimos de mi entrada.

Somos como animales.

No recuerdo el trayecto hasta su casa, no recuerdo haber bajado del auto ni qué muebles tiene dentro.

Lo único que sé es que ahora estoy en el dormitorio de Russel y sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo mientras me quita lentamente el vestido.

Las luces son tenues y la habitación está en silencio, cada respiración entre nosotros se magnifica.

Bum, bum, bum… ahí va mi corazón. Hacía mucho tiempo que alguien me veía desnuda y he tenido dos hijos desde entonces. ¿Y si no le gusta lo que ve?

Di algo.

—Eres preciosa, Grace —murmura mientras me toma la cara entre las manos y me besa profundamente—. Sólo pienso en ti.

Me tumba de nuevo en la cama y me separa las piernas, me mira mientras me lame allí y casi salto de la cama.

La primera vez que me tocó fue con la lengua. Sonrío como tonta hacia el techo.

Necesito esto.

Gabriel

Salgo de mi edificio y veo a Mark de pie junto al auto, me mira con una débil sonrisa, que no se relaciona para nada con su mirada.

—Buenos días —me abre la puerta.

—Hola —digo al entrar en el auto.

Nos adentramos en el tráfico y lo miro por el retrovisor; tiene la cara marcada por la preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Su mirada se dirige hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué te pasa?

—Nada —exhala pesadamente.

—No me mientas, has sido un triste saco de mierda toda esta semana.

Pone los ojos en blanco y sigue conduciendo, y yo no lo soporto.

—Párate a un lado.

—¿Qué?

—Detén el puto auto.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Detiene el auto a un lado y yo salgo del auto, y le abro la puerta.

—Sal.

—¿Qué haces?

—Hoy conduzco yo.

Me mira fijamente, confuso.

—¿Qué demonios se supone que debo hacer entonces?

—Sube al asiento del copiloto, idiota. A menos que quieras volver a casa andando.

Pone los ojos en blanco y da la vuelta para sentarse en el asiento del copiloto. Yo me incorporo de nuevo al tránsito.

Me mira.

—¿Qué haces?

—Conducir.

—¿Por qué?

—Porque cuando estoy depresivo y malhumorado, tú manejas. Así que ahora me toca a mí llevarte a ti.

—No estoy depresivo ni malhumorado.

—Bien, porque ésa es mi posición por aquí.

Seguimos en silencio por un rato.

—Depresivo ni siquiera es una palabra —dice despreocupadamente mientras mira por la ventana.

Sigo conduciendo.

—Y que conste que no eres depresivo, sólo estás de mal humor —continúa.

—Bueno… que conste —me detengo en el semáforo—. No estoy de mal humor, la gente es imbécil.

—¿Me estás llamando imbécil?

—Cien por ciento. Dime qué te pasa.

Silencio.

—Voy a conducir por esta ciudad hasta que me lo digas y no tengo tiempo para tus gilipolleces, escúpelo todo.

Se pasa la mano por el pelo.

—Zoe se casa este fin de semana.

Se me hunde el corazón.

Zoe era su novia de la infancia. Lo abandonó cuando estaba en una misión. Dijo que no podía dejar su vida en pausa por un hombre que va a la guerra.

—Bueno… —agarro el volante—. Pues bien por ella.

Él asiente con tristeza.

—Estás saliendo con otra persona, ¿por qué te importa lo que esté haciendo Zoe? —pregunto al doblar otra esquina.

Silencio.

Se encoge de hombros.

—Ya no salgo con ella.

—Oh. ¿Por qué no?

—Es que… comparo a todas con ella, ¿sabes?

Sí que lo sé. Escucho mientras conduzco.

—Y sé que no podemos estar juntos y ni siquiera quiero estarlo, pero… —vacila.

—¿Pero qué? —pregunto.

—Pensar en Zoe me devuelve a una época de mi vida en la que era feliz y todo era sencillo porque ella era la única chica del mundo a la que quería.

El tráfico se detiene.

—Todas las mujeres me parecen tan promedio.

—Amén —suspiro. Creía que sólo era yo.

Seguimos conduciendo en silencio.

—Quizás estemos envejeciendo y la emoción que nos producía el amor haya perdido su brillo —afirma.

—Es posible —me encojo de hombros—. Probable, en realidad.

Doblo en otra esquina mientras conducimos y se me ocurre una idea. Llamo a la oficina.

—Buenos días, señor Ferrara —responde Isabell.

—Hoy no estaré.

—Ahh —vacila—. Tiene el día completo, señor.

—Reprograma todo.

—¿Se encuentra bien? —pregunta.

Pulso finalizar llamada.

—Métete en tus asuntos —murmuro en voz baja.

—¿Por qué llamaste? —pregunta Mark—. ¿Qué haces?

—Para llevarte a Las Vegas el fin de semana.

—¿Por qué?

—Apuestas, alcohol y strippers —respondo mientras conduzco.

—¿Crees que jugando al póquer, bebiendo whisky y follándome a varias strippers de lujo voy a superar lo de Zoe?

—No —me encojo de hombros—. Pero será divertido.

Lo miro y sonríe.

—Por cierto, me debes cuatrocientos dólares —le digo.

—¿Para qué?

—No voy a ser tu terapeuta gratis, ¿sabes?

Enrolla los labios para ocultar su sonrisa.

—¿Qué tipo de terapeuta ofrece juego, alcohol y sexo barato como tratamiento?

—Del tipo divertido.

Doce meses después.

Sigo a las dos chicas por el muelle hacia mi yate mientras se tambalean con sus vestidos ceñidos y sus tacones de aguja altísimos, risueñas y algo bebidas. Giovanna tiene el pelo largo y oscuro y un cuerpo de muerte, y Amara es su gemela idéntica.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a tu yate? —dice Amara, sonriendo sexy por encima del hombro.

—Las dos se arrodillarán, eso es lo que pasará —hago un gesto hacia mi yate—. Sigue andando.

Ambas se ríen mientras siguen caminando, carajo, lo recibirán todo.

Estamos en St. Tropez, al sur de Francia; tengo un mes en Italia y estoy haciendo escala aquí de camino a casa. Llegamos al yate y Mark nos espera al final de la pasarela. Sus ojos recorren a las dos preciosas mujeres que me acompañan.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Mark.

Remueve la cuerda negra para permitir el acceso y las dos chicas ríen y conversan al entrar en mi yate.

—Imbécil con suerte —murmura en voz baja.

Sonrío.

—Te pediría que te unieras a nosotros, pero…

Levanta una ceja, repentinamente interesado.

—…yo no comparto.

—Vete al carajo —susurra.

Me río entre dientes y atravieso la pasarela para subir al yate. Miro a mi alrededor en busca de las chicas.

—¿Dónde están? —llamo.

—Aquí arriba.

Subo las escaleras de dos en dos y, una vez arriba y dentro de mi dormitorio, las encuentro a las dos desnudas y de rodillas, esperándome.

Mi polla palpita en señal de agradecimiento.

—Buenas chicas.

Grace

Leo el mensaje de Deb.

Necesito verte urgentemente.
¿Podemos comer hoy?

¿Ah?
Le envío un mensaje.

¿Qué ocurre?

Espero su respuesta.

No pasa nada, pero necesito verte.

Vaya, me pregunto si se estará peleando con Scott. Le contesto.

Tengo que comer a las 12:30
¿Quedamos donde siempre?

La respuesta rebota directamente.

De acuerdo, nos vemos.

A las doce y cuarenta entro en Chachi’s, veo a Debbie sentada al fondo, y la saludo mientras me dirijo hacia ella.

—¿Estás bien? —pregunto mientras la beso en la mejilla.

—Estoy bien, pero tienes que sentarte.

—¿Qué pasa? —me desplomo en el asiento.

—Podría ser la peor amiga del mundo por arruinar esta sorpresa, pero he estado pensando en ello toda la noche y quiero que estés preparada y no arruines esto.

—¿Para qué? —frunzo el ceño.

—Russel te va a pedir la mano.

Se me cae la cara.

—¿Qué?

—Llamó ayer para preguntarme qué tipo de anillo te gustaría.

La miro fijamente, horrorizada.

—Y va a ir en grande con una super propuesta, y solo quiero que estés emocionada cuando lo haga, ¿sabes?

Las paredes empiezan a cerrarse a mi alrededor.

—Russel es un gran chico, Grace —me toma la mano por encima de la mesa.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Por qué querría casarse?

—Porque te ama y ya tienen dos años juntos. Son geniales juntos.

—Y me lo dijiste porque…

—Porque sabía que reaccionarías así y quería que te pasara conmigo y no con él. Él no merece ver cómo se te cae la cara.

El terror empieza a recorrer mi cuerpo.

—No quiero casarme, Deb.

—¿Por qué no?

Su silueta se difumina y se me hace un nudo en la garganta, incapaz de articular palabra.

—Russel es un chico estupendo —me dice.

—Sé que lo es.

—Y ustedes dos tienen una gran química, y el sexo es estupendo.

—Ya lo sé.

—Y te ama y es genial con los niños. ¿Recuerdas lo increíble que estuvo cuando murió Buddy?

Pongo la cabeza entre mis manos.

—Deberías estar saltando de emoción en el techo.

—Debería.

—La única razón por la que te lo estoy diciendo es porque, en el fondo, sabía que no te emocionarías.

—¿Cómo? —pregunto.

—¿Cómo qué?

—¿Cómo sabías que no me emocionaría?

Me mira fijamente durante un rato.

—Los veo juntos y es evidente que su afecto es mayor que el tuyo. Su compromiso con la relación es mayor que el tuyo. Él se entrega al cien por ciento, y tú… tú simplemente no.

—No sé qué demonios me pasa —susurro—. Russel es el chico de mis sueños, todo en él es perfecto. Pero… —se me corta la voz.

—No es él.

—Esto no tiene nada que ver con Gabriel —replico, molesta.

—¿No es así? —replica—. Creo que sí. Creo que sigues perdidamente enamorada de Gabriel Ferrara, y que ningún hombre, por perfecto que sea, estará nunca a su altura.

—Eso es una completa estupidez. Hace años que no pienso en Gabriel.

—Grace —aprieta mi mano entre las suyas—. Tienes que aprender a amar lo que es bueno para ti.

Su silueta se desdibuja.

—Russel es bueno para ti —me dedica una sonrisa triste—. Te ama.

—Lo sé.

—Si no lo amas lo suficiente como para casarte con él, tienes que dejar de ser egoísta y dejarlo marcharse para que pueda encontrar a alguien más.

Se me desarma la cara llorando.

—No quiero perderlo.

—Pues no lo hagas —ella sonríe—. Cásate con él, sé feliz. Eso es lo que te mereces. Un hombre que adore el suelo que pisas.

La idea de casarme con Russel me revuelve el estómago, de hecho, la idea de casarme con cualquiera me revuelve el estómago.

—Por favor, Grace. Piénsalo, no estropees una relación perfecta por el miedo.

—No tengo miedo, Deb, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—La realidad es que… —la tristeza me invade al decir esto en voz alta— me falta algo con Russ.

—¿Cómo qué?

—No lo sé. Si lo supiera, lo arreglaría.

Gabriel

Deslizo el rey a su casilla.

—Jaque mate.

Mark pone los ojos en blanco.

—Ganarte se está volviendo aburrido —suspiro.

—Solo juego contigo porque me pagas para que lo haga —responde secamente.

Me río entre dientes y le doy un sorbo a mi whisky.

—¿Por qué estamos jugando al ajedrez un sábado por la noche? —pregunta.

Mis ojos se desvían hacia la pared de ventanas y las parpadeantes luces de Nueva York abajo.

—No lo sé —doy un sorbo a mi whisky—. ¿Tienes alguna vez la sensación de que te falta algo?

—¿Cómo es eso?

—No lo sé, lo tengo todo… y sin embargo.

—Si quieres algo más cuando vives la vida que vives, entonces el resto de los mortales estamos jodidos —responde.

Vuelvo a dar un sorbo a mi bebida mientras me sumerjo en profundos pensamientos.

—Quizás debería casarme.

—Tal vez —se encoge de hombros—. Ariana es…

—Perfecta —lo interrumpo.

Asiente con la cabeza.

Empezamos una nueva partida de ajedrez mientras ambos caemos en nuestros propios pensamientos.

—Siempre pensé que cuando conociera a la elegida, me mordería las uñas por hacerlo

legal —digo mientras pienso en voz alta.

—No estoy seguro de si me casaré alguna vez, la verdad —responde Mark—. Quiero tener hijos. Necesitas hijos a los que transmitir toda esta mierda —hace un gesto alrededor de mi apartamento.

—Que conste que mi pent-house de ochenta millones de dólares no es una mierda.

Se ríe entre dientes.

—¿Pero te hace feliz?

—No —mis ojos recorren el ático—. Parece que no.

—¿Te vas a casar con Ariana?

—No.

—¿Con quién te vas a casar entonces, si no es ella?

—No sé. Ariana es hermosa y adorable, italiana y todo lo que debería desear. Llevamos juntos más de un año y la amo.

—¿Pero no estás enamorado de ella?

—Tal vez sea incapaz de amar.

—Probablemente —piensa un momento—. Me debes quinientos.

—¿Por qué?

—No voy a ser tu terapeuta gratis, ¿sabes?

—¿Qué solución me diste? Me acabas de decir que soy incapaz de amar —replico—. ¿Y cuándo subió tu tarifa?

Se ríe entre dientes.

—La verdad es costosa.

Entro en mi apartamento justo a las seis y veo pétalos de rosa esparcidos por el pasillo.

¿Qué demonios es esto?

—¿Ariana? —llamo, confundido. Mientras sigo caminando, más pétalos de rosa—. ¿Ariana?

Doblo la esquina y veo en el suelo un enorme corazón de amor hecho de pétalos de rosa, con velas parpadeantes, música, y a Ariana apoyada sobre una de sus rodillas en el centro.

No.

—¿Qué…?

—Te amo —me sonríe—. Sé que se supone que eres tú quien debe pedírmelo, pero no puedo esperar más.

No.

—Cariño… yo solo…

—¿Quieres casarte conmigo, Gabriel? —pregunta esperanzada con su mirada clavada en la mía.

Mi corazón se hunde. Lo último que quiero hacer es herir a esta hermosa mujer.

—Te amo tanto —susurra entre lágrimas—. Hazme la mujer más feliz del mundo y conviértete en mi esposo.

Aquí está: el momento en que tengo que elegir lo que sé que es bueno para mí. Caigo de rodillas ante ella, dividido entre la súplica de su perdón por tener que soportarme, y las ganas de escapar de aquí tan lejos como pueda.

—Sí —beso suavemente sus labios.

—¿Sí qué?

—Sí, me casaré contigo.

CAPÍTULO 10

Gabriel

Siete años después de que Grace dejara Ferrara Media.

MIRO el cartel que cuelga de la puerta.

ELEVEN
MADISON PARK

—Buenas tardes, Sr. Ferrara, su mesa está por aquí, señor —dice el camarero, asintiendo con una sonrisa.

—Gracias.

Lo sigo por el restaurante y veo a mi hermano Alessio sentado con mi madre en su mesa frecuente junto a la ventana. Al verme, esboza una amplia sonrisa.

—Mamá —le beso las dos mejillas.

—Ciao, mio caro Gabriel «Hola, mi querido Gabriel» —ella sonríe.

—Ales —le doy una palmada en el hombro a mi hermano antes de sentarme a la mesa.

Alessio me sirve un vaso de vino y me lo pasa.

—Me alegra que estés aquí, ahora mamá puede sermonearte —levanta la copa de vino antes de dar un gran trago.

Mi mirada se dirige a mi madre.

—Che succede, mamma? Qualcosa non va? «¿Qué pasa, mamá?»

—Canceló su cita con Arabella —ella frunce el ceño.

Alessio me mira, inexpresivo, y yo me río.

—Si tanto te gusta Arabella, deberías salir con ella tú mismo —responde secamente.

—Es la mujer definitiva —responde ella.

—Por Gabriel —responde Alessio.

—Gabriel está casado.

—Todavía no —pongo los ojos en blanco—. Cálmate.

—En cinco semanas, pues lo mismo.

—Aún estás a tiempo de huir —Alessio sonríe mientras levanta su copa hacia mí.

Sonrío y suelto la cara inmediatamente. La principal misión de mi madre en la vida es casar a sus hijos, y está encontrando una dura resistencia en todos los aspectos.

Abro el menú, examino las opciones y pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué venimos siempre aquí? Odio la comida vegana.

—Y sin embargo siempre te comes todo lo que hay en el plato —responde mamá.

—Quiero carne —suspiro.

—Cuando estés casado, no te faltará de nada.

Uf. Yo también engullo mi vino, el humor de Alessio se me está contagiando. El regaño es su deporte favorito.

—¿Dónde está Carina? —pregunto.

—Tu hermana tenía una cita.

—¿Qué le has dicho a Arabella? —pregunta la madre a Alessio.

Echo un vistazo y veo una cara conocida, ¿cómo se llamaba? Lo observo un momento mientras intento situarle… Rodney. Trabajó para mí cuando Gracie estaba aquí.

Me pregunto…

Se levanta para ir a la barra y, antes de que pueda detenerme, yo también me levanto.

—Torno tra un attimo. «Vuelvo en un momento».

Doy una zancada y me coloco a su lado en la barra.

—Rodney —sonrío.

Su cara cae antes de que la recoja, y yo giro los labios para ocultar mi sonrisa burlona. Una polla suave.

—Sr. Ferrara —balbucea nervioso—. Hola.

—Hola —le contesto—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Estoy muy bien.

El camarero se acerca a ti.

—¿Qué va a ser?

—Deja que te invite a una copa, Rodney.

—Oh, no podría.

—Insisto —sonrío mientras me siento en el taburete—. Dos whiskys Blue Label, por favor.

Los ojos de Rodney se abren de par en par ante mi orden.

—Tengo que volver al trabajo.

—Así será más divertido, ¿no? —señalo el taburete que hay a mi lado—. Siéntate.

Se deja caer nerviosamente en el taburete a mi lado.

—La forma en que nos separamos no fue nada personal, lo sabes, ¿verdad?

—Sí —asiente con la cabeza—. Fue un mal momento para mí.

Asiento con la cabeza.

—¿Dónde trabajas ahora? —le pregunto.

—Ahhh… —duda.

—Miles Media. Mis ojos sostienen los suyos. ¿Estoy en lo cierto?

—Ah… bien…

—Relájate, no pasa nada —sonrío—. Tienen suerte de tenerte.

—Gracias.

El camarero pone los dos whiskys en la barra delante de nosotros.

—Gracias —cojo el mío y me lo llevo a los labios, ahh, la perfección.

Rodney da un sorbo al suyo y hace un gesto de dolor.

—Fuerte.

—Sonrío—. ¿Quizás es que eres débil?

—Sin duda —se frota el pecho al sentir que baja hasta el fondo.

—Entonces… ¿Cómo decirlo? ¿Has visto a alguien con quien solíamos trabajar? —actúo despreocupadamente.

—No —se encoge de hombros—. Me encuentro con Geoffrey de vez en cuando, sigue contigo, obviamente.

Asiento y bebo otro sorbo mientras escucho.

—¿Y la señorita Porter, la ves alguna vez?

—No —tuerce los labios—. Hace años que no la veo.

—Oh…

—Me encontré con ella cuando estaba embarazada en una feria, pero no la he vuelto a ver.

Se me cae el estómago.

—¿Está casada?

—No, lo hizo sola. Esperma de donante.

—¿Qué? —entorno la cara—. ¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, me dijo que quería tener un hijo y no tenía pareja, así que decidió recurrir a un donante de esperma. Por eso se mudó, para poder criar a su hijo en el campo.

—¿Cómo?

Lo miro fijamente mientras escucho con atención.

—¿Cómo estaba de embarazada cuando la viste?

—Muy embarazada, como enorme.

—¿Cuándo fue esto?

—No mucho después de dejar el trabajo, en realidad. Un año después de que ella se fuera.

—¿Qué quieres decir?

—Sí —se encoge de hombros—. A mí también me sorprendió, si te soy sincero.

—¿Cuál era la fecha?

—No tengo ni idea, fue… —frunce el ceño mientras piensa—. La vi en la convención de Apple en Vermont.

—¿Cuándo fue eso?

—Ni idea, pero fue en el año en que nos fuimos los dos, lo sé porque yo seguía viviendo en Manhattan, recuerdo que me mudé el fin de semana después del programa.

Hmm… Doy un sorbo a mi whisky mientras pienso.

Rodney sigue hablando y yo saco mi teléfono y busco en Google:

"Fecha de la convención de Apple en Vermont".

Aparece la fecha.

Julio.

Julio…

Estuvimos juntos en diciembre del año anterior. Hmm.

Raro…

Eso fue siete meses después de acostarnos juntos, así que entonces ya estaba embarazada… o…

—¿Qué te parece? —dice Rodney.

Levanto la vista, no he oído nada de lo que ha dicho.

—Lo siento, estoy aquí con mi madre. Me ha encantado volver a verte.

Lo corto y le tiendo la mano para estrechársela.

—Oh… —se le cae la cara de vergüenza—. Por supuesto. Me alegro de volver a verte.

Mentirosa.

—Adiós.

Vuelvo a mi mesa y me siento; mi mente va a mil por hora.

Estaba embarazada de siete meses cuando la vio, siete meses después de pasar la noche juntos. No podía ser…

—He pedido para ti —dice Alessio.

—Grazie.

Saco el móvil y le envío un mensaje a Mark.

Encuentra a Grace Porter

Grace

—Encuentra las zapatillas de ballet, Bubba —digo mientras unto la mantequilla de cacahuete en mi tostada.

—¿Dónde están? —llama Lucy desde arriba.

—Deberían estar en tu armario —respondo.

Oigo cómo las cosas golpean la pared mientras ella se aparta para mirar.

—No lo son.

Pongo los ojos en blanco; habría sido más fácil encontrarlos yo misma en primer lugar, porque ahora voy a tener que subir a buscarlos de todas formas, además de limpiar el desastre que hizo mientras los buscaba.

—No los encuentro —grita, al borde de un ataque de nervios.

—He buscado por todas partes. Ya voy, te llamo.

Uf, todos los sábados es lo mismo. Corriendo como una gallina, preparándome para la clase de ballet. Juro que alguien debe entrar en nuestra casa y esconder mierda para hacerme la vida imposible. Siempre estoy buscando algo.

Subo las escaleras y por el rabillo del ojo la veo dando vueltas en mi dormitorio, mirándose en el espejo de cuerpo entero. Me paro, me apoyo en el marco de la puerta y la observo un momento. Lleva un leotardo y un tutú rosa pastel, y unas medias blancas. Lleva el pelo largo y oscuro recogido en un moño y es tan mona que no puedo soportarlo.

—Vaya —sonrío—. Un giro fabuloso.

—Esto se me da muy bien —extiende las manos como una profesional.

—Ya veo —asiento con la cabeza—. Muy impresionante.

—María dice que puede que el año que viene suba de curso.

Sonrío. Ella subirá porque es mayor, pero yo le seguiré el juego.

—Vaya, no lo sabía. Estupendo.

Me acerco a su dormitorio y miro el caos, todo está fuera de su armario y ensartado por todas partes.

—¿Qué pasó aquí?

—¿Qué?

—El lío.

—Oh… estaba buscando las zapatillas de ballet.

—¿No te ocupaste en volver a poner las cosas en su sitio después?

Pongo los ojos en blanco mientras empiezo a buscar esas malditas zapatillas de ballet.

—Estoy girando.

Pongo los ojos en blanco mientras miro alrededor de su habitación, ni en el armario, ni en la caja de juguetes, ni debajo de la cama.

—¿Dónde están esos estúpidos zapatos?

—Quizás deberías ir descalza hoy —le digo.

—No —grita.

—Bueno, ¿dónde las pusiste? María quizás los movió de lugar.

Probablemente tenga razón. María se mudó y está viviendo con su novio, está aquí tres días a la semana mientras yo trabajo y todavía sabe más de nuestra casa que nosotros.

Bajo las escaleras y le envío un mensaje.

Hola María.
Perdona que te moleste.
¿Has visto las zapatillas de ballet de Lucy?

Devuelve un mensaje.

Hola.
Las lleva el Sr. Snuffles.

—Por el amor de Dios.

¿Qué haríamos sin ti?
Gracias.

Vuelvo a subir y, efectivamente, el elefante de peluche gigante de Lucy lleva puestas las zapatillas de ballet.

—Las llevaba el señor Snuffles —digo.

—Ah, sí —dice ella, imperturbable—. Él también.

—Vamos, ahora tenemos que darnos prisa. Abajo y al auto.

Bajo corriendo las escaleras y miro por la ventana hacia el lago. El sol de la mañana brilla en el agua. Esta vista nunca envejecerá.

—Al auto, por favor —llamo.

Sujeto el trozo de tostada con los dientes mientras recojo mis bolsas. Justo después de ballet tenemos liga infantil, y esta tarde tenemos una fiesta de cumpleaños. Los sábados siempre están repletos de actividades.

Salgo por la puerta principal al gran porche y veo un auto negro que baja por el camino de entrada.

—En el auto —digo—. Joder —murmuro en voz baja.

El auto se detiene y estaciona en nuestra casa y yo frunzo el ceño mientras miro hacia allí.

¿Quién es? La puerta trasera se abre y, en cámara lenta, veo salir del auto a un hombre vestido con un traje azul marino… Se me para el corazón.

Gabriel Ferrara.

Se acerca a mí, su altura sobresale por encima de la mía. Grandes ojos marrones y su perfecta mandíbula cuadrada.

—Hola, Grace —dice con su profunda voz ronroneante.

La emoción me embarga al instante y se me hace un nudo en la garganta, de repente me veo transportada en el tiempo a la chica que él no quería. Siempre supe que este día llegaría, pero ahora que está aquí… no estoy preparada.

—Hola, Gabriel. —Mis ojos se desvían hacia la casa—. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos oscuros sostienen los míos.

—Creo que lo sabes.

La puerta se cierra de golpe y Lucy sale con su tutú. A Gabriel se le cae la cara y la ve acercarse a nosotros.

Pum.

Pum.

Pum, late mi corazón.

No…

—Hola —sonríe alegremente mientras toma mi mano entre las suyas y la balancea de un lado a otro, maldita sea, ¿por qué es tan tierna?

—Hola —responde Gabriel con frialdad—. ¿Cómo te llamas?

—Lucía.

Gabriel aprieta la mandíbula al mirarla. Con sus oscuros rasgos italianos, es innegable que no se parece en nada a mí. Se me llenan los ojos de lágrimas al saber que su ira va a ser implacable.

Carajo.

No llores.

No llores.

—¿Cuál es tu apellido? —le responde.

Lucy sonríe orgullosa mientras balancea mi mano de un lado a otro.

—Porter.

Los ojos asesinos de Gabriel se encuentran con los míos. Él lo sabe. Se me eriza la piel de miedo…

—Entra a casa, cariño —susurro.

—¿Qué? —Me mira con el ceño fruncido.

—A la casa —digo con más urgencia—. Hoy no hay ballet, acabo de enterarme. Entra en casa ahora mismo.

—Pero…

—Lucía. Ahora.

Lucy se encoge de hombros tristemente y luego saluda a Gabriel con la mano.

—Adiós.

Se da la vuelta y vuelve a entrar en la casa, él no le quita los ojos de encima mientras ella desaparece. Cuando atraviesa la puerta, sus ojos se cruzan con los míos.

—¿Es ella…?

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—¿Cómo pudiste? —susurra enfadado.

—Gabriel… —susurro entre lágrimas—. Por favor, tienes que irte.

—¿Crees que puedes ocultarme a mi puta hija? —gruñe.

Mi peor pesadilla está cobrando vida.

—Tienes que irte —respondo.

—No me iré de aquí —grita perdiendo todo el control.

Entorno la cara llorando.

—Basta ya.

—Detente —grita una vocecita mientras lo aleja de mí—. Deja en paz a mi mamá.

Gabriel se vuelve y ve al chiquillo furioso que ha salido aparentemente de la nada. Su rostro se desvanece al verse a sí mismo en miniatura.

—Éste es Dominic —susurro—. El hermano gemelo de Lucía.

CAPÍTULO 11

Grace

GABRIEL RETROCEDE a trompicones cuando Dominic lo empuja.

—Aléjate de ella —le grita.

—Dominic —tartamudeo—. Déjalo, entra en casa.

—No.

Se interpone entre Gabriel y yo.

—Vete —exige.

El pecho de Gabriel sube y baja mientras lucha por respirar, sus ojos están clavados en los de Dominic.

—Dije. Que. Fuera.

Me agarra de la mano e intenta meterme en casa.

—Mamá, vamos. No llores.

La puerta del auto se abre y Mark sale, mis ojos se desvían hacia él. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba en el auto.

—Hola, Grace —sonríe.

—Mark.

Dominic me empuja hacia la casa.

—Está bien, Dom, entra. Conozco a Gabriel. Tienes que dejarnos hablar.

—No. Es malo.

Se interpone entre Gabriel y yo.

—Ven dentro conmigo.

Gabriel y Dominic se miran fijamente.

—Gabriel, ahora no es el momento —tartamudeo nerviosa—. Nos organizaremos para vernos y hablar, pero… aquí no y ahora no. ¿Por favor? —susurro, y hago un gesto hacia la espalda de Dominic—. Ahora no es el momento.

—Vamos —dice Mark.

Los ojos furiosos de Gabriel sostienen los míos, y me marchito bajo su ira.

—Volveremos más tarde —dice Mark mientras abre la puerta trasera del auto a Gabriel.

Sin mediar palabra, Gabriel se vuelve.

—No vuelvas —suelta Dominic.

Gabriel se vuelve y puedo sentir la energía termonuclear a punto de estallar, está que arde.

Agarro a Dominic y lo empujo detrás de mí.

—No seas grosero —le advierto—. Así no se habla a la gente, ya lo sabes.

Con una última mirada asesina, Gabriel entra en el auto y vemos cómo se aleja lentamente.

Cierro los ojos con alivio… y luego con horror. De todas las situaciones de pesadilla que podría haber imaginado sobre cómo sería este día si alguna vez ocurriera, ése era el peor escenario absoluto. Carajo.

Camino de un lado a otro de la cocina, presa del pánico.

¿Por qué vino aquí? ¿Cómo se enteró?

Me llamo Lucia Porter.

Dios mío… lo sabe, claro que lo sabe, los niños son su viva imagen.

¿Quizás debería recoger a los niños y salir corriendo?

No hará nada, no hará nada… intento decirme a mí misma.

El problema es que lo conozco. Mejor de lo que él se conoce a sí mismo, y puedo apostar mi vida a que ahora mismo está en estado de shock. Pero cuando se recupere y se recomponga… Que Dios me ayude.

Lo adulto sería llamarlo y organizar un encuentro.

¿Y después qué?

Rogarle que no me los quite.

Gabriel Ferrara es un hombre poderoso; sé exactamente de lo que es capaz.

Se pondrá furioso.

¿Quizás ya tenga mujer y otros hijos propios? Quizás no quiera tener nada que ver con Lucy y Dom. Quizás solo sean un punto en su radar.

Entonces, ¿por qué vino?

¿Por qué se presentó aquí sin avisar si no tenía una agenda?

En cuanto lo vi, me di cuenta de que lo sabía.

Sigo viendo la animosidad en su rostro, el asco absoluto por lo que hice.

¿Y quién podría culparlo?

Me indigno conmigo misma por no haberle dicho nunca que era el padre de mis hijos, me arrepentí desde el día en que nacieron, pero sinceramente, ¿cómo podría haberlo hecho de otro modo?

¿Cómo podía decirle que no tengo uno, sino dos hijos suyos, cuando él ya me había dicho que no quería saber nada de mí? Me dijo que nunca podríamos estar juntos y que solo quería una mujer italiana y tener hijos italianos.

Esto tampoco estuvo nunca en mis planes… aquí la víctima soy yo… no él.

Se divirtió y se fue sin preocuparse de nada. Ha estado viviendo una gran vida y yo he tenido dos bebés pequeños mientras amamantaba un corazón roto.

Ha sido duro.

Se me retuerce el estómago en el pecho. Nunca lo he buscado a propósito porque no quería saber lo maravillosa que era su vida.

Pero tengo que saber a qué me enfrento, entro en Google:

Gabriel Ferrara esposa

El corazón me late en el pecho mientras espero la respuesta.

Gabriel Ferrara comprometido con Ariana Rossi.

Busco su nombre y hago clic en las imágenes.

Se me retuerce el estómago, foto tras foto de la mujer italiana más bella que jamás haya visto. Pelo largo y oscuro, tez aceitunada perfecta, una figura para morirse y un aspecto como si acabara de bajarse de una pasarela. Es todo lo que yo no soy.

No es que me importe, lo odio.

Estoy tan enfurecida conmigo misma por haber desperdiciado todos esos años trabajando para él mientras suspiraba por un hombre que ni siquiera sabía que yo existía.

¿En qué demonios estaba pensando?

Odio lo que me hizo, pero maldita sea, odio que ahora sea yo la que se sienta culpable como si hubiera hecho algo malo.

Me pidió que me mantuviera alejada y así lo hice.

Dominic sale con su uniforme de las ligas menores y yo sonrío.

—¿Estás listo para irnos?

Asiente de forma exagerada.

—Ajá.

—Lucy —llamo—. Nos vamos, cariño.

—Ya voy.

Me echo la bolsa de la merienda al hombro. Tengo que ponerme manos a la obra.

Doy golpecitos con el pie mientras espero a que Deb conteste al teléfono.

—Ring ring, ring ring.

—Contesta.

El público aplaude y yo finjo estar emocionada. El último lugar donde quiero estar hoy es en la Liga Infantil.

No puedo seguir, me estoy volviendo loca.

Te has puesto en contacto con Deborah, deja un mensaje.

—Llámame urgentemente —susurro al teléfono.

La multitud aclama y me pongo el teléfono en la oreja para intentar anular el ruido.

—Ocurrió mierda, una mierda muy mala.

Cuelgo precipitadamente.

—¿Dónde coño está?

Debbie es la única persona que conoce toda la historia.

—¿Dónde está?

Vuelvo a marcar su número.

—¿Qué ocurre?

Responde al primer timbrazo.

—Gracias a Dios.

Me pongo de pie.

—Con permiso.

Paso entre los otros padres que están sentados en la tribuna.

—Disculpen.

Necesito alejarme de todos para poder hablar en privado.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—Estoy fuera por la boda.

—Oh, Dios, la había olvidado por completo.

Me paso la mano por el pelo.

—Siento interrumpir.

—¿Qué ocurre?

—Gabriel apareció en mi casa.

Silencio.

—¿Me oíste? —tartamudeo.

—¿Gabriel qué?

—Gabriel Ferrara —chasqueo mientras los ojos se me salen de las órbitas—. ¿Qué otro Gabriel hay?

—Ay, carajo.

—Lo sabe.

—¿Lo sabe? —susurra asustada—. ¿Cómo lo sabe?

—No lo sé.

—¿Qué pasó exactamente?

—Nos íbamos al ballet y yo tenía una tostada colgando de la boca y entonces él apareció y supe que lo sabía y lloré y entonces Dom se puso en modo perro guardián loco de protección y pensé que Gabriel iba a matarlo.

—Oh… Grace. Mierda, esto es malo. Esto es muy, muy malo.

Me pellizco el puente de la nariz mientras escucho.

—¿Tú crees? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, estaba furioso y se fue y luego…

—¿Y luego qué? —me interrumpe.

—Lo he buscado en Google y se va a casar pronto.

—¿Con quién?

—No sé, alguna hermosa zorra italiana.

—Que le vaya bien. Vete a la mierda, imbécil, y déjanos en paz.

—¿Por qué iba a venir aquí si se va a casar? —susurro enfadada.

Silencio. Casi puedo oír el tic-tac de su cerebro.

—Quiero decir… que no tiene sentido —tartamudeo—. ¿Por qué ahora?

—Oh… —jadea como si tuviera algún tipo de revelación.

—¿Qué?

—Quiere comprarte.

—¿Qué? —frunzo el ceño.

—Quiere asegurarse de que nunca hablen para que su nueva esposa nunca se entere de sus hijos ilegítimos.

Esa idea da vueltas en mi cerebro, eso no suena a él. No sé…

—Piénsalo, ¿por qué iba a venir justo ahora? ¿Cómo se habría enterado ahora si no lo sabía desde el principio?

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Crees que lo ha sabido todo este tiempo?

—No lo sé, pero esto es jodidamente sospechoso, en mi opinión.

—¿Y si intenta llevárselos? —susurro mientras empiezo a sentir pánico—. ¿Y si quiere la custodia?

—No lo hará.

—Y si me lleva a juicio, no tengo el dinero que él tiene para pagar abogados de lujo.

—No lo hará —dice ella—. Créeme, vendrá para asegurarse de que nunca hables.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

El miedo me invade.

—Deb…

—No pasa nada, Grace. Tranquilízate. Entrar en pánico no va a servir de nada. Tú eres su mamá; él no puede aparecer por aquí y llevárselos, no funciona así. Los tribunales no van a dar la custodia a un adicto al trabajo ausente.

Asiento con la cabeza, sintiéndome un poco mejor.

—Tienes razón.

—No quería volver a verte, te lo dijo a bocajarro. Fuiste a decírselo y se negó a verte, no estás equivocada en esto.

—Debí llamarlo y decirle que estaba embarazada. Lo sabía entonces y lo sigo sabiendo ahora.

—Te habría obligado a interrumpir el embarazo —susurra enfadada—. Ya te dijo que no iban a ninguna parte y que no quería saber nada más de ti. Has hecho lo correcto, le has dicho a todo el mundo que era un embarazo con donante de esperma. No quieres nada de él y podrías habértelo llevado por millones. Incluso miles de millones.

—Tienes razón.

Me siento un poco más fortalecida.

—Estoy exagerando, ¿verdad?

—Probablemente no, pero no creo que sea el escenario que tú crees.

Oigo de fondo la voz de alguien en el teléfono de Deb.

—Vuelve a tu boda. Perdona que te moleste.

—Todo irá bien, Gracie. Estaré en casa el martes.

—De acuerdo.

No quiero colgar.

—Te quiero, adiós.

Cuelga y el público aplaude. Me vuelvo hacia el partido y siento que recupero un poco el equilibrio. Todo esto está bien… bien, bien, totalmente bien.

Dicen que ninguna noticia es una buena noticia, ojalá fuera cierto.

Se avecina una tormenta…

Puedo sentir cómo se está gestando desde Nueva York.

Echo un vistazo a Lucy y Dom, que están tumbados en el sofá viendo la televisión. Felizmente ajenos a la agitación interior de su madre.

Es domingo por la noche y no sé qué hacer ahora. No sé nada de Gabriel desde que se marchó ayer por la mañana.

¿Debería llamarlo…?

Miro a mis dos preciosos bebés tumbados de pies a cabeza en el sofá, con una manta por encima, tan ajenos a todo. Tengo que asegurarme de que siga siendo así. Nada de esto puede afectarles, no voy a arrastrarles por ello.

Llamaré a Gabriel mañana y le pediré que nos veamos. Esto tiene que ser amistoso entre nosotros. Él se casará pronto y podrá seguir adelante con ella y tener hijos propios y vivir felices para siempre en su ático de Nueva York.

Pero necesito dejar algo absolutamente claro con ellos desde el principio.

Estos niños son míos.

—Vamos, chicos.

Recojo los almuerzos escolares y los meto en sus bolsas.

—A rodar.

Los lunes por la mañana siempre son agitados, pero cuando llevas dos noches sin dormir, son especialmente caóticos. Me pongo las mochilas de todos a la espalda y salimos por la puerta principal. Me detengo en el acto.

Hay un auto negro en la entrada de mi casa. El conductor me dedica una sonrisa ahogada, sale

del auto y se pone a su lado.

Carajo.

Actuando con frialdad, bajo los escalones de la entrada y abro el auto.

—Suban al auto, chicos.

—¿Quién es? —pregunta Dom.

—Amigo mío. Entra en el auto.

Abro la puerta del asiento trasero y espero mientras suben. Cierro la puerta de golpe y me acerco a él.

—¿Puedo ayudarte?

—Hola, señorita Porter. —Sonríe—. Me llamo Benson, estoy aquí…

Parece nervioso.

—Me envía el Sr. Ferrara, me acompaña un médico en el asiento trasero.

Miro hacia abajo y no puedo ver el interior del auto a través de las ventanillas oscurecidas.

—¿Qué haces aquí?

—El Sr. Ferrara nos ha encargado que hagamos pruebas de paternidad. —Me dedica una sonrisa incómoda.

—¿Cómo?

—No.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no, ¿qué otra cosa podría querer decir?

—Srta. Porter, le aconsejo encarecidamente que siga adelante con esto.

—Y te aconsejo encarecidamente que no te metas en mis asuntos. Mis hijos tienen hoy colegio y no harán ninguna prueba de ese tipo.

—Un momento.

Marca un número en su teléfono.

—Hola.

Se aparta de mí para que no pueda oír lo que dice, pero yo sí.

—Ha dicho que no.

Me escucha un momento.

—No estoy seguro…

—¿Es Gabriel el que está al teléfono? —le pregunto.

Asiente con la cabeza.

Me acerco a él y le arrebato el teléfono.

—Escucha, egocéntrico hijo de puta —le digo con desprecio—. Aléjate de mí y de mis hijos. Si vuelves a atreverte a venir a mi propiedad sin cita previa, llamaré a la policía antes de que puedas pronunciar «orden de alejamiento».

Cuelgo el teléfono y se lo devuelvo.

—Adiós, Benson.

Me meto en el auto y salgo de la entrada.

Anda a que te cojan.

CAPÍTULO 12

Grace

ME SIENTO en mi auto por un momento mientras intento que mi ritmo cardíaco vuelva a bajar. Me late tan fuerte en el pecho que siento que estoy a punto de sufrir un infarto.

Dejé a los niños en el colegio y me tomé un café por el camino, con el corazón a punto de explotar.

Está bien, él no sabe nada, y el conocimiento es poder. Mientras no sepa nada, estamos a salvo.

Pero se enterará…

Un día no muy lejano tendré que decírselo, de hecho, creo que ya lo he admitido. Cierro los ojos, abrumada por el miedo. Sé cómo se va a poner y… maldita sea. No puedo creer que esté viviendo esta mentira; yo nunca fui así.

Quizás sea mejor que se entere… quizás entonces pueda perdonarme por fin y seguir adelante.

Con una última mirada por el retrovisor, me arrastro hasta el trabajo.

—Buenos días, Ruth —digo al entrar por la puerta principal.

—Buenos días, Grace. —Me mira por encima de las gafas—. ¿Va todo bien? Pareces agotada.

—Estoy genial —miento con una sonrisa mientras atravieso la oficina—. Todo va genial.

Soy un desastre, Ruth, y mis hijos son engendros del diablo… literalmente.

¿Por qué simplemente no me negué educadamente? ¿Qué demonios creía que iba a conseguir gritando por teléfono? Lo único que he conseguido es enfadarlo, y si hay algo que sé es que Gabriel Ferrara, cuando se enfada, es una fuerza catastrófica.

Tonta, tonta, tonta.

Tengo una visión de Gabriel sentado en su escritorio de Nueva York y puedo sentir su rabia desde aquí. Con el cielo rojo, los relámpagos, la tierra partiéndose en dos y tragándome entera al más puro estilo de las películas de terror.

Me doy una patada interior. *Mierda*.

¿Por qué maldije y hablé por teléfono como una niña inmadura? Maldita sea, tengo que ser más inteligente con esto. Hay algo en ese hombre que saca lo peor de mí. Qué estupidez.

Entro furiosa en mi oficina y dejo el maletín sobre la mesa. Ahora, para rematar mi mañana infernal, tengo que organizar préstamos a domicilio durante todo el día. Odio mi trabajo.

Trabajo en un banco como gestora de préstamos. Es un buen puesto, muy bien pagado y con un horario que puedo adaptar a los niños.

Debería estar agradecida por la oportunidad, y lo estoy… es solo que… no tiene mucho sentido, es aburrido y algo asqueroso trabajar todo el día calculando cuánto puede endeudarse la gente.

Por mucho que odie admitirlo, extraño los días exóticos en Nueva York en los que llevaba tacones de 15 cm y faldas lápiz ajustadas para ir a trabajar y me quedaba tomando copas con mis amigos del trabajo en bares de moda. Tengo una visión de entonces y de Gabriel con sus calzoncillos negros haciéndome café cada mañana mientras yo llevaba su agenda.

Basta ya.

—Buenos días —me llama Mervin al pasar por delante de mi oficina.

—Buenos días, Merv —respondo mientras abro la computadora.

Vuelve a asomar la cabeza por mi puerta.

—¿Quieres comprar unas galletas brownie?

—Uf…

—Supongo. —Cojo mi bolso—. ¿Cuántas recaudaciones de fondos haces exactamente? Te juro que necesito prestarme algo de dinero solo para apoyar las actividades deportivas de tus hijos.

—Lo sé, claro, yo también estoy harto de vender esta mierda. —Entra en mi oficina y deja la caja de galletas sobre mi mesa.

Le paso diez dólares.

—Sabes que te compro estas cosas con toda la intención de llevármelas a casa y compartirlas y, cuando me doy cuenta, me las he comido todas.

—Lo mismo. —Coge el dinero y busca cambio en su cartera.

Arrugo la nariz cuando me envuelve un mal olor y miro a mi alrededor.

—¿Qué es ese olor espantoso?

—No lo sé. —Mira a su alrededor—. Oh… es asqueroso.

—¿Qué demonios pasa? —Se encoge de hombros y se mira la suela del zapato—. Espero que mi oficina no huela.

Desaparece por el pasillo.

—Ruth —llamo—. ¿Sabes qué es ese olor?

—La verdad es que no —dice ella, desinteresada—. Aunque lo olí antes cuando entré por la puerta.

—Carajo. Oh, qué asco, mi oficina está pútrido, creo que debe de haber una rata muerta en el techo o algo así —llama Merv por el pasillo.

—Asco.

Este día sigue mejorando.

4 de la tarde

Un correo electrónico aparece en mi pantalla:

Tu próxima cita está aquí.
El Sr. Don Johnston.

Don Johnston, ¿qué clase de nombre es ese? Miro el reloj, odio tener citas con nuevos clientes a estas horas. Respondo a Ruth:

Hazlo pasar, por favor.

Cierro el correo electrónico, bebo un sorbo de agua, me levanto y abro la puerta.

Gabriel Ferrara avanza a grandes zancadas por el pasillo hacia mí, y mis ojos se abren de par en par, horrorizados.

—Hola, Srta. Porter —se burla de mí mientras entra en mi oficina.

Mierda.

Cita falsa.

Diabólico.

Echo un vistazo a mi oficina en busca de una vía de escape antes de cerrar la puerta. Se eleva

por encima de mí, con un traje perfectamente ajustado; su pelo negro está un poco rizado y su animosidad envuelve la habitación, haciendo que todo lo demás parezca tan pequeño e insignificante.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Se sienta en mi escritorio.

—Me dijiste que concertara una cita. —Señala mi silla—. Siéntate.

Me dejo caer en la silla, con el corazón nervioso martilleándome.

—¿Qué quieres?

Se sienta y cruza las piernas, la arrogancia personificada, y sus ojos oscuros clavan los míos.

—Me gustaría saber un poco sobre ti.

Me encojo de hombros mientras actúo despreocupadamente.

—No hay nada que saber.

—Déjate de tonterías, Grace —me responde—. ¿Tienes algo que decirme?

Me trago el cubo de arena que tengo en la garganta mientras mis ojos sostienen los suyos. Me lo imagino volteando el escritorio y rompiendo las ventanas o algo igual de dramático.

—¿Cómo qué?

—No. Juegues. Conmigo. —Golpea con la mano mi escritorio y me asusto.

Me trago el nudo nervioso que tengo en la garganta.

—¿Son o no son mis hijos?

Su silueta se desdibuja. Su mandíbula tiembla de ira.

—Contesta. La. Maldita. Pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Tú… —Intento decir las palabras en voz alta, pero mi boca seca me traiciona, ni siquiera puedo formar una frase.

—¿Tú qué? —vocifera enfadado.

—Sí. Tú eres su padre biológico —digo en voz baja.

Sus ojos embrujados sostienen los míos, y se vuelve a sentar en su silla. Silencio… Espero a que diga algo, pero no lo hace. Se queda ahí sentado, sorprendido… o tal vez esté contando las formas de hacerme daño. No necesita contarlas, ya sé que es un número infinito.

—Tú… nosotros… —Mi voz se entrecorta.

Deja caer los ojos sobre un punto de la alfombra, ni siquiera puede mirarme a los ojos.

—No llevabas protección, Gabriel.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos, su odio hacia mí gotea de cada una de sus células.

—Había estado tomando antibióticos ese mes y… —Entorno los labios mientras intento serenarme, apenas puedo verle a través de las lágrimas—. Me dijiste…

Sus ojos vuelven a la alfombra, su silencio empieza a asustarme.

—¿Qué se supone que tenía que hacer? —tartamudeo—. Me dijiste que no querías volver a verme.

Silencio… Lo observo, esperando la explosión, esperando algún tipo de reacción, incluso una reacción exagerada es mejor que esto.

—¿Lo saben? —acaba preguntando.

—No.

—¿Quién sabe?

—Nadie, le dije a todo el mundo que fueron concebidos mediante FIV utilizando esperma de donante.

Sus ojos vuelven a la alfombra. Di algo. Gabriel Ferrara no hace silencio.

—No quiero nada de ti, no tienes que preocuparte —tartamudeo—. Puedes vivir tu vida con normalidad; nunca te molestaremos.

Sus ojos oscuros se levantan para encontrarse con los míos, y esta vez parpadean con furia. Se sienta en su silla.

—¿De verdad crees que puedes ocultarme a mis hijos? —se burla.

El miedo recorre mi organismo.

—No puedo creer… —Su voz se interrumpe como si se impidiera a sí mismo dar más detalles.

¿Por qué no explota? Está actuando de forma extraña y fuera de personaje. Es muy inquietante.

—¿Qué ibas a decir?

Sus ojos sostienen los míos.

—Eres la persona más egoísta que he conocido.

—¿Qué?

—Dejaste que tus sentimientos hacia mí traicionaran a tus propios hijos, impidiéndoles conocer a su padre. —Se traga el nudo que tiene en la garganta, invadido por su pesar.

—Tienes una prometida. Tendrás más hijos, Gabriel —susurro.

—Lo haré. —Ladea la barbilla hacia el cielo en señal de desafío mientras se sienta hacia delante, con su ira volviendo alto y claro—. ¿De verdad creíste que nunca me enteraría?

Se me erizan los pelos de la nuca.

—Siempre pensé que tu mayor traición ocurrió el día que me dejaste —susurra—. Me obligaste a alejarme.

—Que no te quisiera a ti nunca significó que no los quisiera a ellos.

Oh… Un cuchillo directo a mi corazón. Lo miro fijamente entre lágrimas. Ahí está el Gabriel que conozco. Frío y sin corazón.

—Esto es lo que va a pasar —me dice con voz fría y calculadora—. Hoy enviaré a un médico a tu casa, te harán una prueba de paternidad y tú… —me fulmina con la mirada— por fin vas a hacer lo correcto por tus hijos.

Abro la boca para decir algo.

—Si intentas impedir que los vea… aunque solo sea una vez. Prepárate para las consecuencias. ¿Me entiendes? —gruñe.

—¿Es una amenaza?

—Si me buscas, me encontrarás.

Mis estúpidos ojos se llenan de lágrimas de miedo.

—No has cambiado, sigues siendo el cabrón egocéntrico que solo piensa en sí mismo.

Un rastro de sonrisa cruzó su mirada fría y dura.

—Creo que me conoces lo suficiente, Grace, para saber por qué estoy enfadado.

—No querías tener nada que ver conmigo.

—Esto no tiene nada que ver contigo —escupe—. Me perdí seis años de la vida de mis hijos. Seis cumpleaños. Seis Navidades, seis putos años, Grace.

Se me retuerce el estómago, estoy al borde de un colapso emocional total.

—Haz la prueba de paternidad —advierte.

—¿Y si no lo hago?

—Prepárate.

Mis ojos sostienen los suyos.

—¿Para qué?

—El maldito apocalipsis en la tierra.

Se levanta y, sin decir nada más, sale de mi oficina. Permanezco mirando fijamente la puerta por la que acaba de salir.

Oh, no…

El miedo se apodera de mí. Pongo la cabeza entre mis manos y lloro.

Me siento en el auto a la vuelta de la esquina de mi casa mientras trato de recomponerme.

Estaba tan agitada que tuve que dejar el trabajo, les dije que había muerto un viejo amigo.

Ahora soy una sucia mentirosa.

Tengo los ojos rojos e hinchados y, maldita sea, me siento muy inestable. Aterrorizada.

Sus palabras vuelven a mí:

Si intentas impedir que los vea… prepárate para las consecuencias.

Dios mío, ¿cómo llegamos a esto? La semana pasada, mi vida era normal, mi mayor drama era encontrar zapatillas de ballet. Esta semana es como un mal sueño.

Una pesadilla real.

Lo peor es que ya conozco su paternidad, ni siquiera es necesario hacer la prueba. No hay ni una semilla de duda en mi mente. Gabriel Ferrara es su padre biológico y no puedo hacer nada al respecto.

Que no te quisiera a ti nunca significó que no los quisiera a ellos.

—Oh…

Entorno la cara llorando. Sus palabras aún me dolían. Volví a ser aquella mujer que estaba locamente enamorada de él, la mujer patética con el corazón en la suela de su zapato, recibiendo sus golpes golpe a golpe.

—Basta, contrólate. Tienes que irte a casa.

Bajo el parasol para fijarme en el retrovisor y veo un auto negro parado a un lado de la carretera y estacionado a unos doscientos metros detrás de mí.

¿Cómo?

Me doy la vuelta y se me hunde el corazón por milésima vez hoy. Está haciendo que me sigan para que no desaparezca. Y si fuera mejor persona, le diría que huir con sus hijos nunca se me ha ocurrido. Pero sí… especialmente hoy.

Eres la persona más egoísta que he conocido.

Tiene razón, soy egoísta… pero hace falta serlo para reconocerlo. Y él es el puto rey.

Me levanto y me quito el polvo. Me limpio los ojos y me pongo las gafas de sol. Sé que tengo que seguir las reglas, pero que se joda. Vamos a hacer esto a mi manera.

Salgo y conduzco por la carretera hasta que veo nuestra casa.

Puedo superar esto.

Me siento en el sofá mientras el médico guía a los niños a través de la prueba de paternidad.

—Así. —Les enseña cómo se limpia la boca con un hisopo—. Es fácil, ¿ves?

Dos guardias de seguridad esperan fuera, en el porche, y un médico y una enfermera están dentro con nosotros. Permanezco en silencio porque… ¿qué hay que decir? Saben o al menos sospechan que he estado ocultando a sus hijos, y solo puedo imaginar lo que todos ellos deben pensar de mí. Me dijo que me fuera.

Observo cómo pasan un hisopo por la boca de Lucía y luego por la de Dominic, toman un mechón de pelo de cada uno y meten los hisopos en tubos de ensayo.

—Ya está, todo hecho. —El médico sonríe.

—¿Cuánto tardarán en llegar los resultados? —pregunto.

—Alrededor de veinticuatro horas, mañana en algún momento —responde.

Asiento con la cabeza y quiero soltar que ya sé el resultado y que no soy una estafadora dormida que intenta sacarle millones, pero maldita sea, solo pareceré más perdedora.

—Gracias. —Abro la puerta principal en señal de que se vayan.

—Adiós. —La enfermera sonríe suavemente al pasar junto a mí—. Buena suerte.

¿En serio? No necesito suerte, zorra. Miro fijamente al guardia de seguridad que está delante de la puerta.

—Adiós.

Cierro la puerta tras ellos con un brusco chasquido. Miro a mis dos preciosos bebés que me miran con sus perfectos ojos inocentes.

—Salgamos a cenar, a comer algo rico y delicioso. —Ensancho los ojos—. Torta de chocolate de postre.

—Yupi —chillan.

—Ve a cambiarte. —Sonrío.

Salen disparados y desaparecen escaleras arriba.

Mamá necesita un trago.

Gabriel

—¿Listo para comer? —dice Alessio desde la puerta de mi oficina.

—Sí. —Me concentro en el correo electrónico que tengo delante—. Dame un minuto.

Se deja caer en el sofá de mi oficina y saca el teléfono mientras espera.

—¿Has visto la nueva contadora del nivel tres?

—No.

—Ridículamente sexy —responde—. Pelo rubio y tetas grandes y jugosas.

Levanto una ceja mientras mis ojos permanecen pegados a la pantalla.

—Crees que un par de tetas jugosas es suficiente.

—Hay mucho talento en este edificio en este momento, déjame decirte.

—Guárdatelo en los pantalones —suspiro, sin interés—. ¿Dónde está Ricardo?

—Se reunirá con nosotros allí.

Envío el correo y leo el siguiente que está marcado como urgente.

—Date prisa. —Mira el reloj—. Tengo una cita a la que tengo que volver.

—De acuerdo. —Me levanto, tomo la cartera y me la meto en el pantalón del traje—. Vámonos.

Salimos al vestíbulo, entramos en el elevador y nos colocamos frente a las puertas.

El elevador se detiene dos pisos más abajo y exhalo pesadamente. Joder, necesitamos un elevador privado.

—Ni hablar. Hago mi mejor detección de talentos en estos elevadores.

Pongo los ojos en blanco y se abren las puertas. Dos chicas de unos veinte años están de pie esperando para entrar. Ambas visten faldas lápiz que no dejan nada a la imaginación. Una tiene el pelo oscuro y la otra es rubia arenosa. Sus ojos se abren de par en par cuando nos ven.

—Señoritas. —Alessio sonríe de forma seductora—. Bajando. —Mi mirada se dirige hacia él—. Ya te gustaría.

Sonríe, sabiendo exactamente lo que estoy pensando.

—Hola, Sr. Ferrara. —La morena me sonríe tímidamente al subir, sus ojos se detienen en mi cara.

Asiento con la cabeza. —Hola. —Mantengo la mirada en las puertas mientras se cierran.

—Hace un día precioso fuera —dice Alessio.

—¿A que sí? —La rubia sonríe—. Me encanta el sol, ojalá tuviéramos playa en Nueva York para poder broncearme.

—Siempre puedes broncearte en el parque —responde Alessio—. El bronceado en el parque está de moda. Santo cielo.

Interiormente pongo los ojos en blanco; joder… sus frases para ligar son malísimas.

—El frío me hace sentir desgraciada —continúa la rubia.

¿A quién le importa?

—Parece que necesitas una gran inyección de vitamina D —responde Alessio mientras se ajusta despreocupadamente los gemelos.

Tuerzo los labios; sé a qué vitamina D se refiere.

El de los pantalones.

El elevador se detiene en el nivel diez. —Estos somos nosotros. —La rubia sonríe a Alessio—. Me alegro de volver a verle, Sr. Ferrara.

—Llámame Alessio.

Suelta una risita. —Bien… Alessio. —Las puertas van a cerrarse y él extiende la mano para detenerlas—. ¿Cómo te llamas? —Misha.

Se miran fijamente durante un instante y exhalo con fuerza. Date prisa, joder.

—Encantado de conocerte, Misha. —Inclina la cabeza.

Las puertas se cierran y él sonríe, orgulloso de sí mismo.

—¿En serio? —Curvo el labio.

—Lo va a conseguir.

—¿La vitamina D es lo mejor que tienes?

—Siempre funciona. —La puerta se abre de nuevo y él sonríe con sensualidad—. Buenas tardes, señoras.

Pongo los ojos en blanco. Ya estamos otra vez.

Entramos en el bar y vemos que Ricardo está sentado en una mesa de la esquina hablando por teléfono, y nos acercamos a él. —Sí. —Nos escucha y entrecierra los ojos mientras nos sentamos—. Esto es insatisfactorio.

—¿Quién es? —digo con la boca.

Aprieta el puño y apunta con él a su teléfono.

—¿Puedo ofrecerte una bebida? —pregunta la camarera mientras se acerca—. Un agua mineral, por favor. Lo mismo —dice Alessio.

Ricardo levanta la mano en señal de pregunta y señala su cerveza.

—Algunos tenemos que trabajar, ¿sabes? —murmura Alessio.

Ricardo escucha a la persona que está al otro lado del teléfono. —De acuerdo, lo entiendo. —Vuelve a escuchar—. No lo creo ni por un momento.

—¿Con quién estás hablando? —Frunzo el ceño.

—Porque ningún estacionamiento es tan grande, mi velocímetro no miente y, cuando dejo

mi Lamborghini para que lo aparquen, no espero que tu puto valet se vaya a dar una vuelta por Nueva York en él. —Alessio abre mucho los ojos y yo me río.

—Porque hay cincuenta putos kilómetros de más en el reloj —suelta—. ¿Cómo voy a saberlo? —Casi se le salen los ojos de las órbitas—. Porque es un auto de colección que vale dos millones de putos dólares. Claro que sé lo que marca el velocímetro.

—Santo… —boquea Alessio, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué carajo? —Aquí tienes, dos aguas minerales —dice la camarera.

Ricardo vuelve a levantar la mano cuando ve llegar nuestras bebidas.

Doy un sorbo a mi bebida y miro fijamente el restaurante; tengo una visión de Gracie sentada en su escritorio. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta y unos labios carnosos… Se me encoge el corazón.

Crees que conoces a alguien…

Pienso en todos aquellos años y en la noche que pasamos juntos; nos veo revolcándonos en mi cama.

En mi escritorio.

En la ducha.

Un collage de piel desnuda y orgasmos, el fuego incontrolable que ardía entre nosotros.

La expresión de su cara por la mañana… Se me retuerce el estómago.

—Tierra a Gabo. —Alessio agita la mano delante de mi cara para devolverme al aquí y ahora.

Levanto la vista hacia él. —¿Eh?

—¿Qué demonios estás haciendo? —Frunce el ceño.

—¿Eh?

—¿Qué te pasa esta semana? —pregunta Ricardo—. Te has ido con las hadas.

—Nada —replico—. Tengo muchas cosas en la cabeza, eso es todo.

—¿Cómo qué?

—Como cuántas maneras hay de romperte la cara de feo —digo bruscamente mientras abro el menú—. Métete en tus asuntos. —Mi teléfono vibra sobre la mesa y contesto mientras los chicos vuelven a su conversación—. Gabriel Ferrara.

—Hola, Sr. Ferrara, soy el Dr. Granger.

Se me para el corazón. —Sí.

—Ya están los resultados de la prueba de paternidad, señor. —Cierro los ojos mientras me preparo—. Es una coincidencia positiva, se confirma sin lugar a dudas que eres el padre biológico de ambos niños.

Una emoción inesperada me invade y se me hace un nudo en la garganta. Son míos.

Me siento en la parte de atrás del auto mientras Mark me lleva del trabajo a casa.

Podrías cortar el aire con un cuchillo; me pesa el corazón y ambos estamos en silencio.

¿Cómo le dices a alguien con quien estás a punto de casarte que tienes dos hijos ilegítimos?

A Ariana se le va a romper el corazón.

Tengo el corazón roto… pero no por la misma razón.

Me he perdido mucho de la vida de mis hijos, tiempo que nunca podré recuperar.

Y Grace…

Tengo una visión de ella en su lugar de trabajo, su pelo castaño y un rostro que conocía tan bien. La profunda sensación de familiaridad que me producía ella, la única persona en

la tierra a la que confiaba mi vida.

Tan malvada… Y, sin embargo, sigue siendo una criatura etérea.

Mi mente zumba con un millón de escenarios, ninguno de ellos bueno.

El auto se detiene frente a mi edificio y ambos permanecemos sentados en el auto.

—Buena suerte —dice Mark en voz baja, sabe que me dirijo a la horca para herir a la persona que más me ama.

—Si pudiera cambiarlo… —susurro.

—Lo sé.

Me arrastro fuera del auto y tomo el elevador hasta mi piso, las puertas dobles se abren y el aroma de algo delicioso llena instantáneamente mis sentidos.

Mi corazón se hunde y cierro los ojos.

¿Cómo está ocurriendo esto?

Entro en el apartamento, dejo el maletín en mi oficina y encuentro a Ariana en la cocina. Me apoyo en el marco de la puerta y la observo un momento.

Hace lo que ama, la mejor cocinera de Nueva York, en mi opinión.

Lleva un delantal, está metiendo algo en el horno mientras se cuecen cosas en las placas, un millón de cosas sobre la marcha.

—Hola.

Levanta la vista, me ve y sonríe. —No te he oído entrar.

—Pero lo hice. —Sonrío mientras me besa. Veo su vaso de vino tinto.

—¿Bebiendo en una noche de colegio?

—Estoy de fiesta. —Me sirve un vaso.

—¿Qué celebramos?

Me pasa mi copa de vino y acerca la suya a la mía. —Treinta y cinco días para casarnos.

Fuerzo una sonrisa y choco mi vaso con el suyo. —Algo huele delicioso. ¿Qué va a servir mi chef esta noche?

—Tenemos un ceviche de pez rey seguido de un ragú con polenta cremosa y tiramisú de postre.

—¿Cómo tienes energía para cocinarme una comida de tres platos cada noche?

—Cuidar de ti es lo que más me gusta hacer.

Mi corazón se hunde. —Tenemos que hablar.

Sonríe y se pone de puntillas para besarme. —Lo sé, pero primero los trajes. —Me toma de la mano y me lleva a un taburete junto a la encimera de la cocina, donde me siento—. Ya sé que querías el negro…

La miro fijamente mientras finjo escuchar, pero mi mente vuelve a Gracie en el banco.

Déjate de tonterías, Grace. ¿Tienes algo que decirme?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, por la expresión de su cara, supe al instante que era verdad.

La forma en que me hizo un agujero en el corazón.

¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Cómo pudo ocultarme a mis propios hijos durante seis años? Mi mente vuelve a nosotros en la ducha aquella noche, desnudos y besándonos en los brazos del otro.

El nivel de intimidad que había entre nosotros no se parecía a nada que hubiera experimentado antes o después.

La lloré durante años, y pensar que… se me hace un nudo en la garganta. Tuvo a mis bebés todo el tiempo.

—¿Gabriel?

Levanto la vista sin tener ni idea de lo que Ariana ha estado diciendo. —¿Perdona?

—¿No me estás escuchando en absoluto?

—Perdóname, tengo… un día ajetreado.

—¿Qué tenías que decirme? —pregunta ella.

Me mira con sus grandes ojos marrones y confiados.

Díselo a ella.

—Yo…

Hazlo.

—Mañana tengo que irme a trabajar.

—Oh —responde ella—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Unos días.

—De acuerdo —ella sonríe—. ¿Quieres que vaya?

—No —doy un sorbo a mi vino—. Estaré trabajando todo el tiempo —miento.

—En fin, volvamos a los trajes —cambia de tema y, una vez más, mi mente vuelve a la catástrofe que se está desarrollando.

Mi vida es un desastre.

Grace

El sonido de sus gritos resuena en el silencio, las alas baten contra el agua mientras despegan.

Un pájaro en vuelo es algo hermoso.

Me siento en el porche trasero y contemplo el lago. Mi vida es un desastre… y en un momento en que debería estar frenética, me siento extrañamente tranquila.

La verdad ha salido a la luz y, maldita sea, resulta catártico.

Él lo sabe.

Ya no llevo el secreto sola.

Siempre supe que algún día la verdad saldría a la luz y, a medida que pasaban los años, me aterrorizaba un poco más.

No sólo de Gabriel… sino de que los niños me odien por no decirles la verdad sobre el esperma de donante y la fecundación in vitro.

Me alegra que haya salido.

Los niños aún son pequeños, y todavía no he tenido que tener la conversación con ellos sobre quién es su padre, espero que sean lo bastante jóvenes para que puedan perdonarme.

—Mamá —llama Dom desde dentro—. Acaba de llegar un auto. Cierro los ojos mientras me preparo para la batalla. Está aquí.

CAPÍTULO 13

Grace

REGRESO a casa y miro por la ventana para ver a Gabriel salir del auto. Es jueves, ni siquiera pudo esperar al fin de semana.

Lleva un traje marengo sin un pelo fuera de lugar, reloj grueso y zapatos caros, aquí parece un pez fuera del agua.

—Ha vuelto —dice Lucy desde su sitio junto a mí.

—Pórtate bien —le digo. Vuelvo a mirar a Dominic—. Hoy usa tus modales, por favor.

Se queda callado.

—Dominic, ¿me entiendes? Compórtate bien hoy.

Él asiente.

Todos miramos desde nuestro sitio por la ventana cómo Gabriel sube las escaleras delanteras, y yo abro la puerta antes de que llame.

—Hola.

—Hola. —Asiente con la cabeza, sus ojos encuentran a los niños que hay detrás de mí y los mira fijamente durante un rato.

Doy un paso atrás para permitirle el acceso—. Pasa.

Pasa a mi lado y entra en la casa, y Dom y Lucy lo miran como si fuera un extraterrestre.

Gabriel mira alrededor de nuestra pintoresca casita y se queda callado, por primera vez en la historia tengo la sensación de que se ha quedado sin palabras.

Ya somos dos.

—Por favor, conoce a… —mi voz se entrecorta y pongo las manos sobre los hombros de Lucía —. Ésta es Lucía. —Se la presento—. Lucía, éste es mi amigo Gabriel.

Gabriel me mira interrogante, y yo me encojo sutilmente de hombros.

No tengo ni idea de cómo presentarlo.

—Hola —le dice Gabriel.

Lucy se pone a sus pies y lo mira—. Eres muy grande.

—Alto —la corrijo.

—Eres muy pequeño —responde.

—Lucas Marks me llama ratón porque soy muy pequeña —dice con naturalidad.

—Bueno… —sus cejas se levantan como sorprendidas—. Dile a Lucas Marks que tiene las orejas grandes.

—¿Qué?

—Éste es Dominic. —Los interrumpí—. Dom, éste es Gabriel.

—Hola —dice Dom sin siquiera mirarme.

Gabriel hace un tic con la mandíbula mientras lo mira fijamente, claramente molesto por su grosero comportamiento.

Carajo.

—¿Quieres una taza de café? —pregunto para cambiar de tema.

Los ojos de Gabriel vuelven a mí—. Sí —responde.

—¿Por qué no salís fuera a jugar antes de cenar? —finjo una sonrisa; aquí todo es estupendo. No hay nada que ver. Feliz, feliz, feliz.

—No quiero salir —responde Dom.

Los ojos poco impresionados de Gabriel se dirigen hacia él.

—Pues sube, cariño. —Le abro los ojos de par en par—. Ahora no, cabrón.

Dom sube las escaleras dando pisotones como si yo fuera un gran inconveniente.

Este maldito niño será mi muerte.

Si algo he aprendido en los últimos seis años es que acostarse con un hombre dominante puede ser excitante, pero criar a uno como hijo es mucho menos deseable.

Lucy se pone a los pies de Gabriel mientras sigue mirándole.

—¿Por qué llevas eso?

—¿Llevar qué? —pregunta.

—Eso… —Señala su ropa.

—¿Mi traje?

Ella asiente con una sonrisa bobalicona—. Es curioso.

—¿Nunca habías visto un traje? —Él frunce el ceño.

Auxilio.

—Arriba, cariño —la interrumpí—. Por favor, deja de decirle lo incultos que somos. Mamá tiene cosas de mayores que discutir con Gabriel.

Lo miro y veo que su rostro es frío e inexpresivo.

Acepta la oferta, Lucy, créeme… el piso de arriba es una opción mucho mejor.

Sube las escaleras y la habitación se queda en silencio, ugh… No me dejes a solas con él.

Gabriel se hunde en una silla de la mesa del comedor y yo enciendo la cafetera.

Mierda… Busco en mi mente lo siguiente que decir.

Echo un vistazo por encima del hombro para verle echar un vistazo a mi casa, no puedo imaginar lo que estará pensando. En su mundo todo es opulento y exageradamente lujoso y ésta es una pequeña cabaña de madera en el lago donde todo es casero. Hasta los cojines del sofá son de ganchillo, aunque no me gusten. Mavis, al final de la calle, me hace todo tipo de cosas feas. Los niños piensan que sus creaciones son maravillosas y quién soy yo para ser un grinch.

Dejo el café de Gabriel sobre la mesa y me siento a su lado.

—Entonces… —me encojo de hombros.

—Entonces…

—Tú. —Me trago el cubo de arena que tengo en la garganta—. Supongo que ya están los resultados.

—Sí. —Sus ojos sostienen los míos.

—¿Cómo estabas tan seguro?

—Porque yo no me acuesto con cualquiera, y tú lo sabes.

Pone los labios en blanco y guarda silencio.

—¿Y qué pasa ahora?

Da un sorbo a su café y hace una mueca de dolor.

—¿Qué es esta puta mierda?

—Café, Gabriel.

—Cristo todopoderoso, sigues haciendo la peor puta taza de café. —Empuja su taza hacia delante—. Es incomible.

—Se bebe, no se come —le digo bruscamente.

Levanta una ceja como advertencia silenciosa, y yo le devuelvo la mirada. No lo hagas.

—Tú no.

Dios, esto nunca va a funcionar.

Nos quedamos en silencio un rato.

Finalmente, le pregunto lo que necesito saber.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hacer los arreglos.

—¿Arreglos?

—¿Para qué?

—Tendrás que volver a Nueva York.

—¿Perdona…?

—Estoy muy ocupado con muchas cosas y no tengo tiempo para venir aquí.

—¿Cómo?

—Por supuesto que correré con los gastos y te conseguiré un buen sitio, los de la mudanza empaquetarán por ti y se encargarán de todo.

Lo miro fijamente mientras tengo una experiencia extracorpórea.

—Estaba pensando en mi ático de Park Avenue, puedes decorarlo como quieras, supongo. —Se lo piensa un momento—. Pero quiero opinar sobre el diseñador de interiores que elijas.

Parpadeo sorprendida.

—No.

—¿Qué te parece entonces mi terraza de Manhattan? Pensé que quizás la preferirías, aunque sólo tiene cuatro habitaciones y no tiene tan buenas vistas. —Se lo piensa un momento—. Y el trayecto hasta mi casa será más largo en hora punta de tráfico.

—No… Creo que te preferiría en Park Avenue, es un ático de dos plantas, es mucho más grande y está más cerca de mi casa.

—No me muevo a ninguna parte.

—¿Qué quieres decir?

—La vida de los niños está aquí. Sus amigos y el colegio están aquí. —Me encojo de hombros —. No voy a trasladarlos a ningún sitio.

—Sí, lo harás.

—No. No lo haré.

Siento que mi temperamento empieza a subir. No puedes irrumpir aquí y exigirme que vuelva a Nueva York. No tienes nada que decir sobre dónde vivimos.

Entrecierra los ojos.

—Quiero y tendré el cincuenta por ciento de la custodia de mis hijos. Con o sin tu permiso.

—¿Tus hijos?

Cruzo los brazos mientras mi temperamento se prepara para estallar.

—Es una broma, ¿verdad?

—¿Qué coño significa eso? —susurra enfadado—. Tengo los papeles que lo demuestran.

—Dejaste muy claro la noche en que fueron concebidos que se trataba de una transferencia seminal.

Sus ojos parpadean con furia.

—Eres un donante de esperma y nada más.

—¿Cómo coño te atreves? —sisea—. Entras en mi oficina a altas horas de la noche, después de una fiesta de Navidad, y me seduces en mi mesa. Quedaste embarazada estratégicamente. Mantienes el secreto por nueve meses. Das a luz no a uno, sino a *dos* de mis hijos. Y me lo

ocultas. —Se levanta—. ¿A quién coño te crees que estás engañando con esta actuación de Pollyanna? Y ya que estamos en esto, ¿cómo te atreves a llamar Dominic a mi hijo?

—¿Cómo querías que lo llamara?

—Gabriel.

—Conozco un Gabriel y me desanimó el nombre.

—Puedes hablar, eres una bruja embustera que utiliza a mis hijos como arma contra mí.

—Fuera.

—No.

—Que te jodan —susurro enfadada—. No te queremos aquí.

—Ni siquiera me conocen.

—Y así debe seguir siendo. Vete a casa con tu prometida, Gabriel. Empieza de nuevo, ten un millón de bebés italianos con ella.

Me fulmina con la mirada—. Estoy organizando la mudanza.

—Vete al infierno.

—¿Quieres hacerlo? —levanta una ceja—. De verdad quieres presionarme, porque puedo pedir la custodia total si eso te conviene más.

—Y ahí está —susurro enfadada—. Sabía que iba a llegar. Lárgate ahora mismo.

—No puedes impedir que los vea.

—Nunca dije que lo impediría. Si quieres establecer una relación con ellos, ven y hazlo. Tú eres el adulto; tú eres quien tiene que hacer el esfuerzo. Tienes un jet privado, joder, puedes volar cuando quieras.

—Los quiero más cerca.

—Primero conócelos.

—Si viven en Nueva York, pueden volver aquí todos los fines de semana.

—¿Qué? —estallo—. ¿Puedes siquiera oírte? No te interesan en absoluto esos niños ni su bienestar. A ver si lo entiendo, ¿quieres que vivan en Nueva York durante la semana y que vuelvan aquí los fines de semana?

—Sí.

—Pero trabajas catorce horas diarias durante la semana. —Abre la boca para decir algo, pero lo interrumpo—. Y en el momento en que realmente podrías pasar algún tiempo de calidad con ellos los fines de semana, quieres empaquetarlos y enviarlos aquí para que no te molesten.

—No es así.

—Así es exactamente. —Marcho hacia la puerta y la abro—. Fuera.

Gabriel

Me hierve la sangre, la audacia de esta mujer.

—Tienes que pensártelo mucho, Gabriel.

—Piensa qué significa eso exactamente.

—Significa que si decides que quieres ser padre, es un trabajo a tiempo completo. Cada partido deportivo, cada ensayo de baile. Cada vómito y resfriado, cada maldita crisis. No puedes elegir para qué estás presente en sus vidas. No dejaré que mis hijos suspiren por su padre ausente y adicto al trabajo. —Se encoge de hombros.

¿Y luego qué pasa cuando tienes más hijos y tienes aún menos tiempo? —levanta las manos—. Quieres alejarlos de todos sus amigos y entonces tu nueva novia se queda embarazada y tú y ella están muy ocupados haciendo cosas del bebé y ella no los quiere

cerca… ¿qué les pasa entonces?

Se me cae el corazón.

—Es todo… o nada, Gabriel.

La miro fijamente durante un instante y su actitud cambia de agresiva a empática.

—Mira, sé que no es así como querías que fueran las cosas, yo tampoco, pero ocurrió, y siento no habértelo dicho entonces, pero sólo intentaba protegerlos.

—¿De su propio padre? —jadeo.

—Tienes que irte a casa y pensar realmente en esto —dice con tristeza—. Y si decides que todo esto es demasiado duro, lo entiendo. Lo entiendo, de verdad. —Se encoge de hombros —. Todo el mundo lo sabrá, y cuando los niños sean lo bastante mayores para entender la dinámica, podremos contárselo juntos entonces. —La miro fijamente durante un instante.

Tú no eres el chico malo aquí, Gabriel, sé que hice lo incorrecto al no decírtelo, pero estaba asustada y sola y no fue fácil. He llorado hasta quedarme dormida más veces de las que puedo contar, pero siempre he antepuesto sus necesidades, y que vengas aquí con tus exigencias egoístas, queriendo trastocar toda su vida para que no te sientas fracasado, no va a ser suficiente. Se merecen algo mejor que un padre a medias que solo quiere probar un punto. —Se me hace un nudo en la garganta—. ¿Sabes por qué no quería decírtelo?

—Ilumíname.

—Porque a los ojos de tu familia y del resto del mundo, son y siempre serán los hijos ilegítimos que fueron concebidos en tu escritorio una noche a altas horas de la madrugada con tu asistente personal. Nunca encajarán en tu vida, Gabriel, ¿no lo ves? —Se le llenan los ojos de lágrimas.

—No quiero que se sientan ciudadanos de segunda clase, y si se van a Nueva York… así será exactamente. Tu familia nunca los aceptará. Siempre serán los hijos bastardos de Gabriel Ferrara.

Se me hunde el corazón.

—Si los quieres en tu vida, y realmente espero que así sea, tienes que sumergirte en su mundo y entablar una relación con ellos. No puedo permitir que entren en la tuya hasta que no sepa con certeza que sus corazones están a salvo. —Aprieto la mandíbula—. Gabriel, tienes que entenderlo, el dinero no significa nada para ellos. No les importa cuál sea tu trabajo ni quién seas, sólo quieren que su padre les quiera, sólo quieren un padre normal que les corresponda. Ahora son felices, no esperan constantemente la visita de su padre porque sé que cuando se lo digamos, esperarán esa visita. Querrán tu atención todo el tiempo. La paternidad no es un trabajo a tiempo parcial. Si no puedes ser un padre comprometido y presente, entonces, por el amor de Dios, por una vez en tu vida antepone las necesidades de otra persona a las tuyas, haz lo correcto para todos y aléjate.

Su silueta se desdibuja y me giro rápidamente hacia la puerta.

—Estaré en contacto.

Bajo las escaleras y salgo hacia mi auto.

No esperaba que fuera así. Me siento un momento en el auto mientras reflexiono.

—Por una vez en tu vida antepone las necesidades de otra persona a las tuyas, haz lo correcto por ella y aléjate.

Tiene razón, realmente necesito pensar en esto.

Estoy siendo egoísta.

Con el piloto automático, arranco el auto y salgo a la carretera. Miro hacia la casa cuando desaparece por el retrovisor.

Carajo.

Ni siquiera me despedí de ellos.

Me tumbo en la oscuridad y miro cómo cambian las sombras en el techo.

Dormir… el sueño esquivo, soy un zombi andante.

Hace días que no duermo.

Ariana está dormida a mi lado, ajena a todo. Físicamente, estoy aquí con ella, pero el resto de mí no, está revoloteando en algún lugar de Greenville, en Maine.

Las palabras de Gracie se repiten una y otra vez en mi cabeza… Por una vez en tu vida antepone las necesidades de otra persona a las tuyas, haz lo correcto por ella y aléjate.

Sé que tiene razón. No se trata de mí; se trata de mis hijos y de lo que es mejor para ellos, y sé que tengo que dejarlos en paz. No puedo ser quien ellos necesitan, y eso me mata.

Trabajo tanto que apenas estoy presente en mi propia vida. ¿Cómo puedo estar presente para dos niños pequeños que viven al otro lado del país?

Tengo dos opciones: alejarme y abandonar a mis hijos pero quedarme con Ariana o… empezar una nueva forma de vida que implique vivir entre aquí y Greenville con mis hijos.

Gracie…

En un momento estoy pensando con la cabeza en alejarme y casarme con Ariana.

Y entonces, como un reloj, mi mente vuelve a Maine… Con ella. Tengo una visión de Lucy y Dominic, pelo oscuro, piel aceitunada.

Se parecen a mí.

Me los imagino en un concierto escolar sin su padre para animarles, y me produce una profunda tristeza.

¿Los afecta?

Grace dice que no, pero tendría que hacerlo, si no ahora, más adelante con toda seguridad. Sé que la situación es imposible, Grace no se mudará a Nueva York y yo no puedo irme.

Grace tiene razón y debería alejarme.

No les importará, de todas formas nunca me conocieron… Pensar en eso me rompe el corazón.

Se me hace un nudo en la garganta ante la situación en la que me encuentro. Me siento tan engañado.

Estoy en una encrucijada en mi vida, y sea cual sea el camino que elija tomar… extrañaré algo del otro lado.

—Me importa una mierda lo que pida, págalo. Consígueme esa puta historia —digo bruscamente mientras doblo la esquina en mi auto.

Me enfoco en Mark, que me sigue en el auto. Estoy tan nervioso que ni siquiera puedo sentarme en el auto con él. Conducir es lo único que parece que puedo controlar.

—No quiere hacer una entrevista; se ha negado a hablar con nadie.

—No insultes mi inteligencia, seguro que Miles Media está negociando con él ahora mismo. Consigue la puta historia. —Pulso fin de llamada y me detengo en un paso de peatones. Maldita incompetencia, me tienen harto.

Una anciana camina a paso de tortuga por la carretera. Date prisa, vieja.

Cruza otra señora, y luego otra. Exhalo pesadamente.

—Venga, joder, ¿a qué estamos esperando? —Y entonces lo veo… se me para el corazón.

Un hombre sale a la calle, llevando de la mano a sus dos hijos. Van vestidos de uniforme,

debe de estar acompañándolos al colegio. Charlan y hablan mientras caminan, ajenos a todos los que les rodean.

¿De qué están hablando?

El padre dice algo y los niños se ríen, y a mí se me retuerce el estómago. Los veo seguir andando, preguntándome a qué escuela van.

Bip, bip. Suena el claxon de un auto detrás de mí, devolviéndome al momento.

Miro por el retrovisor y fulmino con la mirada al conductor que tengo detrás. Cállate de una puta vez antes de que te haga daño.

Grace

Doy un sorbo a mi café mientras miro fijamente al espacio. La última semana fue un torbellino: primero, la sorpresa y el horror de que Gabriel nos hubiera encontrado; luego, la devastación, cuando mis peores temores se hicieron realidad.

Vino, se reunió con ellos, y cuando lo presioné a propósito para ver hasta qué punto estaba comprometido, se marchó sin luchar.

No quiere estar en sus vidas, y sé que debería estar agradecida de que al menos sea sincero, pero eso no me hace sentir mejor.

Estoy triste por los niños, una cosa era cuando no sabía que existían, pero ahora que lo sabe… ¿Cómo les explicaré esto cuando sean mayores?

Qué tonto.

Estos dos niños son un regalo, y no entiendo cómo no quiere formar parte de sus vidas.

Pongo la cabeza entre las manos. Puede que todo lo que ha dicho de mí sea cierto. Quizás soy la persona más egoísta del mundo. Cree que los mantuve en secreto por despecho… ¿Lo hice?

No, lo mantuve en secreto para protegerlos… si no puede verlo, que se joda.

De todos modos, no le debemos nada, y ya no hay que preguntarse qué pasaría si…

Al menos ahora lo sé.

Viernes por la noche.

Vacío el bote de salsa en la pasta mientras miro fijamente al espacio. Lucy está viendo la televisión en el salón y Dom está arriba en alguna parte.

He tenido un día de mierda, he sido maltratada por un cliente imbécil del trabajo cuya solicitud de préstamo fue rechazada y a partir de ahí todo ha ido en espiral. Llegué a casa, me duché e inmediatamente abrí una botella de vino. Ser el único adulto que vive aquí tiene algunas ventajas, puedo hacer lo que me dé la gana… siempre que no implique salir de casa.

—Mamá, hay alguien en la puerta —llama Lucía.

—¿Quién es? —Frunzo el ceño—. Ugh… ¿quién demonios viene a estas horas?

—No lo sé —dice ella, desinteresada, y vuelve a ver su programa.

Me echo el paño de cocina al hombro, atravieso la casa y abro la puerta principal a toda prisa. Unos ojos fríos y oscuros se cruzan con los míos. Gabriel. Oh, no.

—Hola. —Nos miramos fijamente durante un instante.

—¿Qué haces…?

—He venido a ver a mis hijos. —Me interrumpe al pasar junto a mí y entrar en la casa—. No estorbes.

CAPÍTULO 14

Grace

—¿QUE NO TE ESTORBE? —jadeo mientras marcho tras él—. Eso es… —Ensancho los ojos, a punto de explotar—, …no va a pasar.

Con traje azul marino y corbata, es evidente que vino directamente del trabajo. Deja el maletín del portátil en el suelo y mira a su alrededor mientras se pone las manos en la cadera. —¿Dónde están mis hijos?

El hecho de que llame a *mis* hijos hijos *suyos* es como agitar una bandera roja delante de mí.

—Escucha. —Lo tiro del brazo hacia la cocina para que no nos oigan—. No puedes presentarte aquí sin avisar —susurro enfadada.

—Acabo de hacerlo. —Sus fríos ojos se clavan en los míos y da un paso adelante, haciéndome retroceder—. Esta noche me quedo aquí.

Algo en su enorme cuerpo con toda su dominación de pie sobre mí hace que mi estúpido cuerpo reaccione, el aire crepita entre nosotros y maldita sea, este imbécil caliente es exasperante.

—Sí, bueno, eso no va a pasar. Tendrás que buscar un hotel o algo.

—Todo está reservado.

—No es mi problema.

—Aclaremos una cosa, Grace… —Da otro paso hacia delante, provocando que yo dé otro paso hacia atrás—. Yo soy tu problema, tu único puto problema. Esta noche me quedaré en esta casa con mis hijos.

—No.

—Llama a la policía y que me echen. —Sus ojos parpadean con furia—. Te desafío.

—No dudaré en hacerlo, imbécil.

—¿De verdad quieres empezar la guerra, Grace?

—Tráelo.

Me dedica una sonrisa lenta y sarcástica.

—¿Qué carajo esperas de mí? —escupo.

—Igualdad —gruñe—. Y maldita sea, me la vas a dar. Estoy aquí para despedirme de mis hijos para siempre, y aquí me quedo.

—No tengo una habitación libre, no hay ningún sitio donde puedas dormir.

—Yo dormiré en tu cama y tú puedes dormir con los niños. Es sólo una noche.

—No me acuesto con los niños —me burlo.

—Entonces compartes la cama conmigo. —Levanta una ceja sarcástica. Un millón de pensamientos depravados corren desnudos por mi mente…

—Eso está fuera de lugar —le digo bruscamente. Lo miro fijamente durante un rato mientras ordeno mis pensamientos.

Espera, ¿qué ha dicho?

—¿Has venido a despedirte de ellos? —Mis ojos buscan los suyos.

—Es lo mejor. —Ladea la barbilla hacia el cielo en señal de desafío.

Oh… mis pobres bebés.

Mi corazón se desboca en un charco en el suelo.

—De acuerdo —susurro, distraída—. Tú te quedas en mi cama y yo… —hago una pausa—, … dormiré en otro sitio.

Me mira fijamente durante un rato, y tengo la sensación de que también está recopilando sus pensamientos. —Gracias. —Echa un vistazo a la cocina como si buscara lo siguiente que decir —. ¿A qué hora es la cena?

Carajo. JODER… He hecho italiano, pero no cualquier italiano. Italiano malo, realmente malo. De los que le revuelven el estómago. Espaguetis a la boloñesa con salsa de pasta que venía en un bote y pasta instantánea, ni siquiera es buena pasta instantánea, es basura barata que compré por noventa y nueve céntimos.

Oh, a la mierda mi vida…

—Lo siento, no he hecho suficiente para ti.

Echa un vistazo a la enorme cacerola que hierve a fuego lento y su rostro se ilumina de diversión. —Hay de sobra, seguro que estará tan bueno como el de mi madre. —¡Ya está!

—Escucha, tú . . .

—Hola. —Lucy aparece por la esquina, cortándome el paso.

—Hola. —Gabriel le sonríe—. ¿Te acuerdas de mí?

Ella asiente de forma exagerada.

Gabriel mira alrededor de la casa. —¿Dónde está tu hermano?

—Está arriba —exclama Lucy mientras balancea los brazos con regocijo, ugh… ¿tiene ese efecto en todas las mujeres, incluso en las niñas?

—¿Puedes ir a buscarlo por mí? Tengo algo que decirte.

Lucy sale corriendo y mis ojos se abren de par en par, horrorizada. —¿Cómo que tienes algo que decirles a los dos? Se lo estoy contando.

—¿Qué… ahora? —jadeo.

—No hay tiempo como el presente. —Señala una silla de comedor—. Siéntate. —Me dejo caer en la silla mientras toda la sangre drena de mi cuerpo.

—¿Qué vas a decir?

—Lo que me salga de las bolas —suelta.

—Gabriel… no puedes… son niños pequeños.

—Tranquila, no voy a decirles que mamá se desvirgó en el escritorio de papá… aunque estoy segura de que sería una historia más interesante.

Mis ojos casi se salen de sus órbitas. —Coño, ¿hablas en serio? No te atrevas a decírselo y desaparecer, no es justo.

—Aquí está. —Lucy entra en la cocina, cortándome de nuevo el ritmo, y Dom va detrás de ella.

—Hola. —Gabriel les sonríe a los dos. Lucy sonríe y Dominic lo mira de arriba abajo con la cara seria.

Por primera vez en mi vida veo que el miedo se dibuja en el rostro de Gabriel.

Necesito hacerme cargo.

—Dom. —Puse mis manos sobre sus dos pequeños hombros—. Él es Gabriel, ¿te acuerdas de él, verdad? —Él asiente.

—Gabriel es mi amigo de Nueva York —les digo.

Los ojos de Dominic se dirigen hacia mí y sé que está recordando la última vez que Gabriel

estuvo aquí y cómo me hizo llorar.

Maldita sea, ¿por qué dije eso?

—Siéntense. —Los dirijo a la mesa del comedor—. Vamos a cenar todos juntos mientras discutimos algunas cosas.

Gabriel abre la boca para decir algo y yo levanto la mano para impedírselo.

—En la cena es donde discutimos las cosas de esta casa. —Ensancho los ojos hacia él en señal de que se calle.

—De acuerdo. —Se deja caer en una silla de comedor y los niños también.

Me giro para rellenar mi vaso de vino y bebo un gran trago. ¿Qué va a decir… qué demonios va a decir?

Es completamente ingobernable.

Joder…

—Yo también quiero un poco, por favor —dice Gabriel.

Dios mío, es un vino de supermercado que costaba 7,99 $.

Por favor, tierra, trágame entera.

—Claro. —Con el sudor chorreando entre mis pechos, tomo otra copa de vino del armario, la lleno y se la paso.

—Gracias. —Bebe un gran trago y da un respingo antes de que sus ojos horrorizados se crucen con los míos.

—Lo sé. —Asiento con la cabeza.

—¿Pero tú sí?

—Sí… más o menos. Sabe a mierda, pero es barato y cumple su función.

Inclino la cabeza hacia atrás y escurro el vaso. Inmediatamente lo vuelvo a llenar y me pongo manos a la obra para servir la cena.

—¿Cómo te ha ido hoy en el colegio? —pregunta Gabriel.

—Ha estado bien. —Lucy sonríe.

—¿En qué clase estás? —responde.

Miro la olla de salsa de espaguetis, realmente no quiero que se la coma.

A la mierda, ¿por qué no he pedido pizza esta noche como quería?

—¿Cómo se llama tu profesor? —pregunta mientras intenta continuar la conversación.

Sirvo los dos cuencos de los niños y luego el mío, y después me pongo con el suyo.

¿Qué hago?

Lo va a odiar, lo va a odiar de verdad… Pero, ¿y si…? Echo un vistazo por encima del hombro para ver si me está mirando.

—¿Están en la misma clase? —Continúa intentando entablar conversación.

Si lo va a odiar de todos modos, voy a hacer que lo odie de verdad. Abro mi nevera y escaneo el contenido, ¿qué puedo poner en ella? Necesito la trampa explosiva definitiva. No te metas conmigo, cabrón.

Mis ojos recorren los condimentos de la puerta y sacan la mostaza, los pepinillos, la guindilla en frasco, las anchoas y las cebollas en vinagre.

—¿Y es simpática? —pregunta Gabriel.

Lucy se va por la tangente contándole todo sobre la escuela y yo me pongo a trabajar.

Subo el fuego de la cacerola y vuelvo a mirar por encima del hombro. Si me pilla haciendo esto, estoy muerta.

Pongo tres cucharadas de mostaza, echo los chiles y luego los pepinillos, añado medio bote de anchoas y luego echo unas cebollas en vinagre enteras.

Con eso debería bastar.

Lo remuevo para calentarlos. Hago un gesto de asco al mirar la olla, parece un guiso de ojos de pescado.

—Espero que estén listos para una sensación de sabor. —Le sirvo a Gabriel un cuenco enorme y retuerzo los labios para ocultar mi sonrisa.

—¿Conseguiste esta receta de Becco? —pregunta.

—Oh, Becco. —Suspiro tristemente—. Extraño a Becco. —Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Cómo te acuerdas de mi restaurante favorito de Nueva York?

—Cómo podría olvidarlo, es de lo único que hablabas siempre. ¿De verdad solía hablar siempre de pasta? Qué raro.

Hmm…

Pongo los cuencos de cada uno delante de ellos en la mesa y Gabriel baja la mirada hacia su guiso de globo ocular. Me vuelvo rápidamente hacia la encimera para que no me vea la cara, y doy un sorbo a mi vino mientras me lo imagino atragantándose.

Soy brillante.

Me siento a la mesa y miro a Dom, que está mirando a Gabriel al otro lado de la mesa.

Se me hunde el corazón.

Tengo que arreglar esto, si esta es su despedida final quiero que sea agradable para los dos.

—Dom. —Sonrío—. Gabriel es italiano, viene de Italia. —Los ojos de Dom se dirigen a Gabriel en busca de confirmación.

—Sí. —Gabriel asiente.

—Habla italiano. —Sonrío mientras se lo indico.

Los ojos de los niños se abren de par en par mientras lo miran fijamente.

—¿Tú parli italiano? —le pregunta Dominic.

Gabriel se queda boquiabierto y sus ojos se cruzan con los míos. —¿Quién les ha enseñado?

—Tuve una niñera italiana para que los niños pudieran aprender en sus años de formación, ahora se ha mudado pero era increíble. No puedo… —Por primera vez se queda sin habla.

—Les he preparado lo mejor que he podido.

Sobrecogido por la emoción, se le llenan los ojos de lágrimas y asiente con la cabeza, sin palabras. Coge el tenedor y se zampa un buen bocado. Observo y veo el momento exacto en que la prueba, tose bruscamente y se lleva la mano a la boca mientras intenta tragarla.

—Delicioso, ¿verdad? —Sonrío.

—Qué rico, mamá —dice Lucy mientras toma otro bocado.

Gabriel bebe un gran trago de agua mientras nos mira a todos comiendo alrededor de la mesa.

—¿Te gusta? —pregunto.

—Hmm. —Ensancha los ojos y empieza a empujar con el tenedor una cebolla en escabeche alrededor de su cuenco mientras intenta averiguar qué es—. No se parece a nada que haya comido nunca.

—¿Vives en Italia? —pregunta Lucía.

—No, vivo en Nueva York —responde mientras da otro bocado. Hace una mueca de dolor y cierra los ojos mientras intenta enfrentarse en silencio al horror.

Me gustaría que los niños no estuvieran aquí para que pudiera decir lo que realmente piensa, esto no tiene precio.

Lucy habla y habla, y yo miro a Dominic, que no ha dicho ni una palabra, y sé que tengo que soltarlo.

—Chicos, hay una razón por la que he pedido a Gabriel que venga a vernos —les digo—. Y es

una razón muy especial.

—No creo que sea necesario… —Gabriel me interrumpe—. No querría estropear esta… —sus cejas se levantan mientras empuja la comida con este tenedor— …delicadeza.

—¿Por qué fuiste malo con mi mamá? —Dominic lo dice sin rodeos.

Gabriel se mete un buen bocado en la boca para no tener que contestar y vuelve a toser. Pone los labios en blanco mientras intenta procesar lo que tiene en la boca. —¿Qué clase de salsa para pasta es ésta? —Hace una mueca de dolor antes de tomar el agua y tragársela.

—Deliciosa salsa para pasta —responde Lucía.

Gabriel enarca las cejas, sorprendido. —Tienes el paladar de tu mamá, eso seguro.

—No le gustas —dice Dominic mientras mira a Gabriel fijamente a los ojos. Se miran fijamente al otro lado de la mesa.

Joder, ya estamos.

—No seas grosero, Dominic —digo bruscamente.

Los ojos de Lucy se abren de par en par al mirar entre los dos.

—Cerca di mostrare un po' di rispetto a tua madre. Questa è casa sua —dice Gabriel. «Muestra un poco de respeto a tu mamá en su mesa».

—No —dice Dominic.

—Parlami in italiano —responde Gabriel. «Háblame en italiano».

—No. —Dominic se levanta y marcha escaleras arriba.

—Torna subito qui —lo llama Gabriel. «Vuelve aquí ahora mismo».

—No.

La mesa se queda en silencio y Lucy lo mira fijamente antes de continuar finalmente comiendo.

Gabriel deja el tenedor y yo señalo su cuenco. —Tienes que comértelo todo.

—Quiero vivir.

Exhalo pesadamente, eso fue un desastre. Debería haberle echado arsénico en la comida y habernos sacado a todos de la miseria.

—Come. La comida. —Sonrío entre dientes apretados—. No me obligues a alimentarte a la fuerza… porque… lo haré.

Gabriel me fulmina con la mirada y acaba cogiendo el tenedor.

Dios mío, no podría haber ido peor. Dom es un manojo de nervios, a veces demasiado incluso para mí.

—Lucy, ¿por qué no le llevas la cena a Dom?

—De acuerdo. —Lucy toma el cuenco de su hermano y se va caminando escaleras arriba.

Espero a que esté fuera del alcance de mis oídos. —¿Qué le dijiste en italiano?

—Estaba siendo grosero, así que lo puse a raya.

—¿Qué? —Entorno la cara—. No puedes ponerle a raya el primer día de ser padre.

—No puede ser grosero conmigo el primer día de ser mi hijo. Ni el primer día, ni nunca. Tiene que aprender enseguida que no se tolerará el mal comportamiento.

Me desplomo en la silla y miro alrededor de la mesa vacía.

—Cómete la comida.

—Te voy a conseguir una cocinera.

—¿Por qué?

—Porque no me extraña que esté de mal humor. Al pobre desgraciado lo están envenenando hasta la muerte. —Remueve la comida de su cuenco—. Y que conste que cortas las putas cebollas. No las eches enteras.

Echo un vistazo a las cebollas encurtidas en forma de globo ocular de sus espaguetis y me entra la risa floja.

—Tu cocina no tiene nada de divertida, Grace.

—Algo así.

—En absoluto —suelta.

—Pues tienes que comer lo que cocino a los niños; les dice que eres como ellos.

—Si les gusta esto… —Hace un gesto a su plato mientras busca la palabra adecuada—. Entonces no nos parecemos en nada. —Apoya la cabeza entre las manos y exhala pesadamente, decepcionado.

Le observo un momento. Se siente realmente fuera de sí. Siento empatía.

—Dominic es de carácter fuerte.

Se queda sentado un momento, como si procesara mis palabras. —Quería que esta noche fuera agradable para que me recordaran con cariño.

—Bueno, en ese caso… no seas tú mismo.

—¿Qué? —Entorna la cara—. ¿Ese es tu consejo, que no sea yo mismo?

—Eres un cerdo maleducado. Si quieres caerles bien, pórtate bien.

—No soy un cerdo maleducado.

—Oh, sí que lo eres. Y para que conste, Dominic es un calco de ti y no se echará atrás, es muy manejable. Si quieres su respeto, tienes que ganártelo.

—Bueno, eso funciona en ambos sentidos.

—No. No te atrevas a sacar esa carta.

Se queda callado y Lucy vuelve rebotando a la mesa, se sienta y sigue comiendo.

Gabriel la observa durante un rato como si tuviera una experiencia extracorpórea.

—¿Dónde voy a dormir? —pregunta Gabriel.

—En mi habitación.

—Supongo que eso es arriba. —Empuja la silla como si estuviera a punto de levantarse.

—No. —Me levanto apresuradamente—. Tengo que ordenar las cosas ahí dentro. Termina de cenar y lo prepararé.

Él asiente, distraído. —Gracias.

Miro entre él y Lucy, ¿la dejo aquí sola con él?

Es su padre…

Dios, realmente necesito entender esto.

—¿Les parece bien quedarse aquí juntos mientras subo a organizar algunas cosas? —Mis ojos se detienen en Lucy mientras espero su reacción, ella sonríe bobaliconamente con un asentimiento exagerado.

Traidora.

¿No puede al menos mostrarse desinteresada por él por mi bien?

—Creo que lo estamos haciendo bien, ¿verdad, Lucía? —Gabriel le sonríe.

—Sí.

Veo borrosamente a los dos y se me llenan los ojos de lágrimas. Me vuelvo hacia la puerta para que no puedan verme la cara y tropiezo con las escaleras. En la oscuridad, me hundo para sentarme en una a media altura.

Puedo oír los latidos de mi corazón en el pecho mientras me recorre un pánico abrumador.

Aparece aquí, dice unas palabras bonitas y ella ya lo adora de buena gana.

Así de fácil… y se va.

Me siento un rato en la oscuridad y les oigo hablar a lo lejos. Gabriel le hace preguntas y a ella

le encanta la atención.

Dice algo que no oigo y oigo que Gabriel se ríe y luego ella también se ríe.

Mi preciosa niña, tan feliz de estar hablando con su padre, sonrío suavemente en la oscuridad.

Bien, tengo que ponerme las pilas e intentar arreglar esta situación con Dominic, quiero que él también tenga un recuerdo feliz. Me pongo en pie, subo las escaleras y llamo a la puerta cerrada. —Dom.

Silencio…

Abro la puerta y lo encuentro sentado en su cama jugando con su Nintendo Switch, y me siento a su lado. —¿Estás bien? —Sí. —Sigue jugando.

—¿Gabriel te ha molestado?

—No —dice, sigue tocando mientras se hace el desinteresado.

—¿Qué te ha dicho en italiano? —pregunto.

—No mucho.

Me siento a su lado un momento y no quiero hacer esto más dramático de lo necesario, esto tiene que ser en su tiempo, no en el mío. —¿Te parece bien que duerma aquí contigo esta noche en la cama lateral?

—Sí, de acuerdo. —Sigue jugando.

Maldita sea, esto no me lleva a ninguna parte y tengo que limpiar mi habitación para Gabriel.

—Volveré pronto, Bubba.

Asiente y sigue jugando al estúpido juego.

Me apresuro a entrar en mi dormitorio y miro el caos a mi alrededor. Ahhh… Por qué no soy una superestrella de las amas de casa, sería mucho más cómodo en momentos como éste.

Meto la colada en el cesto de la ropa, recojo algunas prendas que cuelgan sobre la silla de la esquina de la habitación y las arrojo al estante superior de mi armario.

Recorro con la mirada el contenido del armario, desorganizado y desordenado.

Vaya, si mira ahí dentro, estoy totalmente jodida.

Uf, ahora no tengo tiempo de preocuparme por eso. Cierro la puerta de un portazo.

Retiro las sábanas de la cama. Debería cambiar las sábanas.

Maldita sea, ayer cambié las sábanas y mi otro juego de sábanas sigue en la cola.

Mierda.

Estas sábanas tendrán que servir.

Rehago la cama y aliso los cojines, oh, mierda, no puedo olvidarme de eso… Rebusco en el cajón de la mesilla de noche mi vibrador y lo meto en el cesto de la colada y lo escondo con algo de ropa.

Hago una limpieza rápida de mi tocador y tiro el maquillaje en el cajón de arriba mientras miro alrededor del dormitorio, qué más… ¿me he dejado algo?

¿Hay algo aquí que sea demasiado personal para que él lo vea?

A quién quiero engañar, es mi dormitorio, todo es personal.

Gabriel

—Voy a darle un vistazo al lago —miento.

Lucy me sonríe con la carita más bonita que he visto nunca. Salgo corriendo por la puerta y marco inmediatamente el número de Mark.

—Hola —responde.

—Hola, cambio de planes.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a pasar la noche aquí.

—¿Qué? Creía que estabas allí para despedirte.

—Lo estoy haciendo. —Hago una pausa mientras miro por encima del lago—. Es sólo que... no es tan fácil como pensé al principio.

—Bueno... ¿qué debo hacer? —pregunta.

—Quédate en el hotel y... —Me encojo de hombros—, ...ven a buscarme en la mañana.

—De acuerdo. Disfruta de cada segundo, ¿de acuerdo?

Ahora cuento el tiempo con mis hijos en segundos, se me hace un nudo en la garganta al pensarlo.

Cuelgo y regreso hacia la casa. En la oscuridad, veo a Grace y Lucía lavando los platos mientras charlan.

Nunca me había sentido tan fuera de control en mi vida.

—Lucy, enséñale a Gabriel dónde está mi dormitorio, por favor —le dice Grace.

—Por aquí —dice Lucía, me toma de la mano mientras me guía por la casa.

—Qué manitas más bonitas tienes —sonrío.

Me sostiene las dos para que las mire e intento memorizar cada detalle. Me siento mal del estómago. ¿Por qué me enfadé con Dominic? Me siento como una mierda por ello, pero él no me faltará al respeto. Ni ahora, ni nunca.

Hice lo correcto.

Llegamos al final de la escalera.

—Y esta es mi habitación —Lucía sonríe orgullosa mientras me enseña su habitación. Es rosa y bonita y tiene grandes letras en la pared que deletrean su nombre. Las muñecas y los ositos de peluche están perfectamente colocados contra su almohada.

—Es muy bonita.

—Lo es —sonríe mientras mueve los brazos.

Mis ojos se detienen en el pasillo.

—¿Dónde está la habitación de Dominic?

—Por aquí —sale de la habitación saltando a mi lado y se dirige por el pasillo al suyo—. Está aquí dentro.

Me quedo en la puerta y lo observo un momento, está sentado en la cama concentrado en un videojuego. Echo un vistazo a su dormitorio, es azul marino e infantil. En lugar de muñecas, hay estatuas de Lego expuestas con orgullo por todas partes.

—Qué habitación más bonita.

Sigue jugando, ignorándome por completo.

—Dominic, no seas grosero —le dice Grace desde detrás de mí—. Detén el juego, por favor.

Exhala pesadamente y deja el mando.

—Estaba comentándote que es una habitación bonita —repito.

Dominic me mira fijamente a los ojos sin ninguna emoción.

—¿Eso es todo?

Es como yo. Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír.

—No quiero que empecemos con mal pie —le digo.

Pone los ojos en blanco y es como agitar una bandera roja delante de un toro.

—¿Qué gesto acabas de hacer?

—Dominic, no seas grosero; ésta es tu última advertencia —Grace me lleva de la mano por el pasillo—. Tu habitación está por aquí, Gabriel.

Me arrastra hasta su dormitorio y cierra la puerta tras nosotros.

—Aléjate de él y deja que se calme.

—¿Qué?

—Te dije que le dieras tiempo, está procesando.

—¿Procesando qué… ser un maleducado?

—Que estés aquí. Es un niño —escupe—. Y ahora tú lo estás siendo. Quédate aquí y duérmete.

—No —escupe—. No me enviarán a mi habitación si yo no he hecho nada malo.

—Por el amor de Dios, no salgas de esta habitación. Podrás hablar con él adecuadamente por la mañana. El sueño es un reset para los niños, todo se olvida de un día para otro —me suelta con los dientes apretados. Me agarra por los hombros, me acerca a la cama y me empuja hacia atrás. Reboto sobre mi espalda y algo en ella, encima de mí, provoca una oleada inesperada en mi polla.

Siento que cómo se endurece mientras la miro fijamente.

—¿Qué? —dice ella.

—¿Qué, qué? —balbuceo, asqueado por el rumbo que han tomado mis pensamientos—. ¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo?

Una sonrisa inoportuna se dibuja en mi cara.

—¿Qué demonios te pasa, qué estás haciendo?

—Si me tiras a tu cama, te espera una maldita consecuencia.

Me apoyo sobre los codos.

—Dios mío —ella entrecierra los ojos—. Eres un pervertido.

—Me alegra que por fin estemos de acuerdo en algo.

—Vete a dormir y no husmees en mi dormitorio.

—No te hagas ilusiones.

—El baño está al final del pasillo —sale de la habitación a toda prisa y cierra la puerta tras de sí.

Me tumbo boca arriba y miro al techo. Cojo una almohada y me la pongo debajo de la cabeza. El aroma de Grace me envuelve e inhalo profundamente. Conozco ese olor… El perfume que usaba me volvía loco. En más de una ocasión tuve que decirle que no se lo pusiera porque los días que lo hacía yo no conseguía hacer nada; estaría demasiado ocupado pajeándome en el baño de mi oficina todo el día.

Cierro los ojos. Palpita… palpita… palpita… mi polla.

Cojo otra almohada, con el mismo olor. Miro y veo su bata colgada en la parte trasera de la puerta, me levanto y me la acerco a la nariz.

Pálpito.

Pálpito.

Pálpito en mi polla…

Aquí todo huele a Gracie en Techni-chupapollas-color.

Carajo, cómo me excita ésta maldita mujer.

Vuelvo a acercarme la bata a la cara e inhalo profundamente.

Sólo puedo oler a Gracie. Un recuerdo persistente de aquella noche que pasamos juntos empieza a sonar en mi mente. Su piel cremosa y pálida, lo apretada que estaba… lo bien

que cogió mi polla.

Qué fuerte acabé.

Pálpito, pálpito, pálpito…

Basta ya… estás a punto de casarte con otra… sádico.

Exhalo pesadamente, asqueado de mi polla. Joder… va a ser una noche muy larga.

Son las dos de la madrugada en mi teléfono.

No he pegado ojo, una polla dura como una roca sin ningún sitio a donde ir te hace eso.

Dando vueltas e intentando pensar en otra cosa.

La realidad es que no voy a poder dormir hasta que me corra, no hay forma de evitarlo. No va a bajar.

Meto la mano en el bóxer y me doy una lenta y larga caricia… Mmm.

Necesito masturbarme… hace mucho tiempo que no lo hago.

Mis ojos recorren el dormitorio en penumbra en busca de algún lubricante o toallitas. Salgo de la cama, enciendo la linterna de mi teléfono y camino de un lado a otro, buscando algún kit para pajearme.

Reviso el tocador y nada.

Mmm… El baño.

Seguramente habrá algo ahí dentro. Abro la puerta y miro por el pasillo en penumbra, todo está en silencio. Miro a la izquierda y a la derecha y me pongo de puntillas por el pasillo, utilizando la linterna de mi teléfono para iluminar el camino.

Palpitando va mi polla.

***En serio*… cállate de una vez, me estoy esforzando al máximo.**

Entro al baño y cierro la puerta en silencio. Alumbro con la linterna el armario del baño y veo un frasco de aceite para bebés.

Sí…

Lo tomo junto con la caja de pañuelos y me giro para salir cuando se abre la puerta del baño.

—Ahh. —Grace salta asustada y enciende la luz—. Qué… me has dado un susto de muerte.

Sus ojos bajan por mi cuerpo.

—¿Qué demonios es eso?

Miro hacia abajo para ver de qué está hablando y veo que la punta de mi polla erecta asoma por la parte superior de mis calzoncillos.

Carajo.

—Oh… Ésa es… mi polla.

—Ya lo veo, susurra enfadada. ¿Por qué está tan dura?

CAPÍTULO 15

Gabriel

—NO LO ESTÁ.

—Sí, lo está.

Oh Dios…

—¿Por qué te metes en mis asuntos privados? —susurro.

—Porque tu buscapleitos privado está en mi baño.

—Me ofende —balbuceo al sentir que la situación se descontrola—. Y para tu información, no es un buscapleitos: es un solucionador de problemas.

—En esta casa no hay problemas que resolver —susurra enfadada—. Guárdalo.

Sale corriendo del baño y la oigo pisar fuerte por el pasillo.

Me miro, con el aceite en una mano, los pañuelos en la otra y la polla dura medio colgando de los calzoncillos. He tocado fondo.

Carajo.

La luz de la mañana brilla a través de las ventanas y me siento en el borde de la cama vestido por completo. Miro el reloj por décima vez.

6:54 a.m.

¿A qué hora se levantan en esta casa?

Normalmente estoy levantado, vestido y de camino al trabajo mucho antes.

Me acerco a la ventana, abro las cortinas y contemplo el paisaje.

Acaba de salir el sol y hay una niebla suspendida sobre el lago, los sonidos de los pájaros trinan a lo lejos y los árboles se mecen con el viento. La vista desde aquí arriba es otra cosa.

Es hermoso, sereno.

A diferencia de mí.

Pasé la noche pajeándome, preguntándome si Dominic vendrá a hablarme hoy antes de que me vaya, y qué pasará respecto al desastre nacional de la visita al baño a las 2:00 am… qué noche.

Tiene razón, mi polla es un buscapleitos, una gran molestia.

Una cosa es segura: Grace me sigue atrayendo físicamente.

Lo cual es una auténtica pesadilla porque me caso con otra persona dentro de cuatro semanas.

***Crujen* las tablas del suelo desde el pasillo, alguien está despierto. Oigo la puerta del cuarto de baño y, cinco minutos después, oigo tirar de la cadena del váter, y luego oigo subir las escaleras cuando alguien baja por ellas.**

¿Quién era? ¿Grace?

Mi mente se remonta al horror de que me pillaran con una erección y una botella de aceite a las 2 de la madrugada.

Uf, ¿cómo demonios voy a escaparme de ésta?

Haz como si no hubiera ocurrido.

Voy con esa estrategia.

Mi puerta se abre ligeramente y me giro para ver dos ojitos marrones que me miran fijamente a través de la rendija.

—Buenos días, Lucía —doy unos golpecitos en la cama a mi lado—. Pasa.

Empuja la puerta y me sonríe.

—Buenos días.

El corazón me da un vuelco en el pecho. Está toda arrugada y somnolienta, la cosa más mona que he visto nunca con su pequeño pijama rosa.

—¿Cómo dormiste? —le pregunto al entrar.

—Bien. —Se pone a mi lado—. ¿Y tú, cómo dormiste?

—He tenido noches mejores —me encojo de hombros.

Me pone la manita en la rodilla mientras hablamos y oh… Este día ya es perfecto.

—¿Dónde está tu mamá?

—Abajo.

Nos sentamos un momento en silencio.

—¿Vamos a ver a mamá? —pregunta finalmente—. Le gusta darme los buenos días con un abrazo.

—Seguro que sí —sonrío, maldita sea si no es la más dulce—. Deja que me vista y nos vemos allí abajo.

Me mira de arriba abajo.

—Pero si ya estás vestido.

La verdad es que aún no quiero enfrentarme a Grace, estoy dando rodeos. Este paseo de la vergüenza es especialmente duro. Me miro a mí mismo mientras busco una excusa para no venir ahora.

—Tengo que ir al baño.

—Oh. —Me mira—. ¿Para hacer caca?

—¿Qué demonios?

—No creo que eso sea algo que debas decirle a alguien.

—¿Pipí, entonces?

—No hablemos de funciones corporales, ¿vale? —Frunzo el ceño—. ¿Funciones corporales de qué? Dios.

—Nos vemos abajo —digo, un poco más firme.

—Bien.

Con su manita aún sobre mi rodilla, me sonríe como si esperara que dijera algo.

—De acuerdo… —Ensancho los ojos ante ella—. ¿A qué está esperando? ¿Se supone que tengo que decir algo aquí?

—Bien.

Sigue mirándome con los ojos entornados y me doy cuenta de que ahora está tan insegura como yo.

—Me alegro de haberte conocido —le digo.

Su sonrisa irradia felicidad, y por un momento siento que el corazón se me sale del pecho. Le retiro el pelo de la frente mientras me quedo mirando su preciosa carita.

—Te pareces mucho a tu mamá.

Ella suelta una risita nerviosa.

—Te pareces a Dom.

Mi corazón se hunde.

—¿Dónde está?

—Sigue durmiendo.

Hmm… De repente, quiero bajar las escaleras rápidamente, quiero estar abajo antes que él.

—De acuerdo, vete y te veré abajo.

Sale corriendo de la habitación y la veo desaparecer mientras sonrío tras ella. Ha sido el mejor despertar de todos los tiempos.

Voy al baño, me lavo la cara y bajo lentamente las escaleras con miedo. Oigo hablar a Gracie y Lucía y me detengo a mitad de camino para escuchar lo que dicen.

—¿Dónde está Dom? —pregunta Grace.

—Júpiter.

—¿Qué quieres decir?

—Los chicos fueron a Júpiter para volverse todos más tontos.

—No creo que eso sea muy amable con los chicos, ¿verdad?

—Pero es solo una broma, ¿no lo entiendes?

—No tiene gracia.

Sonrío mientras les escucho hablar, y charlan durante un buen rato. Me doy cuenta de que escucharles es espeluznante, así que piso con fuerza el último escalón para que me oigan llegar.

—Buenos días —digo al entrar en la cocina.

Lucía sonríe ampliamente.

—Buenos días.

—Buenos días —refunfuña Grace dándome la espalda mientras se prepara el café.

Acerco una silla a la mesa del comedor y tomo asiento, mis ojos se detienen en su redondeado y apretado culo y mi polla se retuerce en agradecimiento.

¡Alto!

—¿Qué pasa hoy? —pregunto para distraerme de la situación.

Grace se vuelve hacia mí, y por primera vez veo su cara, sin maquillaje y con el pelo despeinado. Es encantadora.

—Te vas —dice bruscamente.

Se me encoge la polla.

Asiento con la cabeza, avergonzado de mi comportamiento a la luz de la luna.

Da un sorbo a su café mientras sus ojos sostienen los míos.

No tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza en este momento, pero estoy seguro de que es maligno.

Debí haberme puesto un chaleco blindado.

—Disculpas por… —ensancho los ojos—. Ya sabes.

—No se acepta —me fulmina con la mirada—. ¿Quieres un café?

—Claro —finjo una sonrisa—. Esto es incomodísimo. Gracias.

Se vuelve hacia la cafetera y mis ojos bajan por su cuerpo y se detienen de nuevo en su culo. Siento una oleada de sangre en mis entrañas.

Contrólalo.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Me pasa la taza de café.

—Voy a tender la colada —le dice a Lucía—. ¿Estás bien aquí dentro con Gabriel?

Lucía me sonríe ampliamente.

—Sí.

El orgullo me invade. Grace sale por la puerta de atrás y yo espero a que esté fuera del alcance de mi oído.

—¿Tu mamá tiene novio? —le pregunto a Lucía.

—No.

Hmm…

—¿Tiene… —hago una pausa mientras intento articular mis palabras—… amigos hombres que vienen a veces?

—Solo Jack.

—¿Jack? ¿Hay un Jack?

—¿Quién es Jack?

—Es el entrenador de Dom en las ligas menores.

—Oh… ¿lo es, verdad? —entrecierro los ojos—. El viejo entrenador deportivo deseando el truco de la mamá soltera… ¿eh? ¿Eso no va contra algún código ético o algo así?

—¿Código de qué?

—No importa. —Doy un sorbo a mi café y el vil sabor del veneno quemado me golpea la lengua. Toso y casi me ahogo—. ¿Qué…?

—¿Qué ocurre? —Lucía frunce el ceño.

—Esto no es café.

—¿Qué es, entonces?

—Es un cóctel molotov. —Hago un gesto de dolor—. Esta maldita mujer no sabe cocinar ni una mierda.

—¿Un Molotov qué? No me jodas.

—Haces muchas preguntas. —La interrumpí.

—Dices muchas cosas raras…

—Gracias por señalarlo. —Me paso la mano por la cara—. Cuanto antes salga de aquí, mejor… Eso si salgo vivo antes de morir envenenado —murmuro en voz baja.

—¿Quién está envenenando hasta la muerte?

—A nadie —digo bruscamente—. Dios mío, nunca en mi vida había tenido tantas ganas de gritarle a alguien. Métete en tus asuntos.

Siento los ojos de alguien sobre mí, y me giro para ver a Dominic de pie junto a la puerta, observándonos. Lleva un pijama a cuadros y tiene el pelo de punta.

—Buenos días, Dominic. —Me esfuerzo a sonreír, decidido a hacerlo mejor con él hoy.

—Hola —refunfuña al entrar en la cocina—. ¿Dónde está mamá?

—Por detrás —responde Lucía mientras come sus cereales.

Pasa junto a mí y desaparece por la puerta trasera, y yo me quedo mirándolo por la ventana. Se acerca a Grace mientras cuelga la colada en el tendedero. Ella le dedica una amplia sonrisa, se arrodilla y lo abraza con fuerza. Se abrazan mientras él le dice algo y ella se ríe y le responde.

Se me retuerce el estómago de celos.

Claro que a él le gusta más ella, la ha tenido toda su vida mientras que a mí me han ocultado y mentido.

Me invade la ira. Que se joda.

Me dejo caer en la silla y actúo despreocupadamente mientras la adrenalina me recorre.

Dominic sube las escaleras y entra en casa, y yo salgo de mi ensoñación.

—¿Dónde está el cesto de la ropa limpia? —pregunta Dominic a Lucía.

—¿Por qué? —Ella lo mira de arriba abajo y mastica mientras come.

Me pregunto, ¿qué le pasa a este chico con las preguntas?

—Necesito mi uniforme de la Liga Infantil.

—No lo sé.

¿Esta casa no tiene ningún tipo de organización?

Desaparece en la lavandería y yo bajo la voz.

—¿Viene Jack alguna vez por la noche? —susurro.

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabes? ¿Vives aquí? —susurro.

Se encoge de hombros. Me pellizco el puente de la nariz con frustración. Para ser una niña entrometida, no tiene mucha información útil.

—¿Qué es esto? —dice Dominic desde la puerta.

Echo un vistazo y lo veo sujetando un gran vibrador rosa, y mis ojos se abren de par en par.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en el cesto de la colada, entre la ropa.

Recuerdo que Grace sacó anoche de su habitación una cesta con la colada, debió meterla allí para ocultármelo. Entorno los labios para ocultar mi sonrisa.

—¿Qué es eso? —Lucía frunce el ceño.

Me levanto y se lo arrebato.

—Es un… —miro alrededor de la habitación mientras busco una respuesta adecuada—. Es un masajeador.

—¿Un masajeador? —Dominic frunce el ceño—. ¿Qué masajeas con esto?

Coño.

—Ahhh… —dudo mientras recorro mi mente en busca de una respuesta—. Cuello y esas cosas.

—¿Qué tipo de masajeador es? —pregunta Lucía.

No tengo ni puta idea…

—Masajeador de gatitos —respondo.

Dominic frunce el ceño.

—Qué raro.

—Estoy de acuerdo.

Sonrío mientras la satisfacción me invade. El bueno de Jack no está haciendo el trabajo.

Grace

Pongo las prendas en el tendedero con fuerza. ¿Quién demonios se cree que es este imbécil que irrumpe aquí, exige que le dé una habitación y luego me falta al respeto teniendo una erección furiosa a las 2 de la madrugada?

Me invade la visión de su polla dura y de lo bonita que se veía.

Uf…

Sacudo la ropa con fuerza. Odio a este hombre y odio que su polla esté merodeando por mi casa de noche.

Toda dura y follable. Y él también lo sabe, sabe lo buena que es su polla y no hace más que

exhibirla, y maldita sea, necesito follar ya.

Me hierve la sangre, me pongo la última ropa y entro para encontrar a Dominic, Lucía y Gabriel sentados a la mesa, comiendo cereales juntos.

Hmm, todo esto es muy civilizado.

Cojo mi café, le doy un sorbo y, casualmente, echo un vistazo para ver algo que está de punta en la mesa, delante de Gabriel.

¿Eh?

Mi vibrador…

Escupo el café.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Qué estás… qué coño… qué estás haciendo? —tartamudeo.

—Comiéndome los cereales. —Los ojos traviesos de Gabriel se clavan en los míos.

—Dom encontró tu gatito masajeador en el cesto de la ropa sucia.

Mis ojos se abren de par en par.

Gabriel sonríe satisfecho —Es un masajeador muy pequeño.

No, no, no… esto no puede estar pasando.

—Bueno… —Tambaleo la cabeza mientras intento pensar en una respuesta—. Tengo un cuello muy pequeño— escupo.

—Aléjate de mis masajeadores.

Salgo de la habitación al pasillo y pongo la cabeza entre las manos.

Este es sin duda el momento más embarazoso de toda mi vida.

¿Cómo pude olvidar que estaba en el cesto de la colada?

Qué demonios me pasa… y por supuesto tenía que estar aquí para verlo.

Oh.

Dios.

Quiero morir mil veces.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, subo las escaleras.

Lo odio, odio todo de él.

Todo esto es culpa suya, estaba avergonzada cuando apareció por aquí y lo metí en el cesto de la ropa sucia y me olvidé por completo de él porque ni siquiera me siento cómoda en mi propia casa. ¿Cómo se atreve a irrumpir aquí y dormir en mi dormitorio, que es un lugar privado, mi santuario?

Oigo a Lucía charlando abajo mientras empiezo a pasear de un lado a otro de mi habitación.

Con cada vuelta sobre la alfombra, me enfurezco más.

No voy a tolerar esto.

Tiene que salir de esta casa ahora mismo, joder.

Es uno de los hombres más ricos de América, no me digas que no puede encontrar un hotel.

No me lo creo.

Bajo las escaleras y me dirijo a la cocina.

—Gabriel, ¿puedo hablar contigo un momento? —le anuncio.

Gabriel levanta la vista de sus cereales como si yo fuera un gran inconveniente.

—Sí.

—Sola. —Hago un gesto hacia la escalera con la barbilla.

Pone los ojos en blanco mientras me imagino dándole un puñetazo en toda la boca a su estúpida mandíbula cuadrada.

—Vuelvo enseguida. —Finge una sonrisa a los niños.

Me doy la vuelta, subo las escaleras y entro en mi dormitorio, y él entra detrás de mí.

—¿Qué?

—Cierra la puerta —gruño, y por el sonido de mi propia voz, está claro que la parte psicótica de mi cerebro se ha activado por completo.

Cierra la puerta y pone las manos en las caderas, la arrogancia personificada.

—¿Qué quieres?

—Tienes que despedirte de los niños y largarte de mi casa.

Entorna los ojos y da un paso adelante.

—Me iré cuando esté bien y preparado.

—Escucha, tú. —Le pincho en el pecho—. Tu pequeña fábrica de gemelos me dijo en la madrugada que ya estás bien, así que…

—Ya me he disculpado por eso.

—No lo suficientemente bien.

—Cálmate.

—¡Cálmate! —grito—. No me calmaré.

Un rastro de sonrisa cruza su rostro.

—Te molesta el masajeador.

—No estoy molesto, estoy jodidamente enfurecido. ¿Cómo te atreves a invadir mi intimidad?

—Tu hijo lo encontró, ¿qué demonios querías que le dijera? ¿Que mamá se ha estado azotando el coño con una polla falsa?

—Eres un animal.

—Ya lo hemos establecido —responde.

—Tienes que salir —escupo.

—Lo intento —gruñe—. Deja de presionarme, ¿crees que quiero quedarme aquí y…?

—Y las pajas con el aceite y los pañuelos… ¿qué coño, Gabriel?

—¿Por qué maldices tanto? Y vamos, esta vez sí sonríe. Tienes que admitir que que me pillen es bastante divertido.

—Si fueras un niño de trece años, sería divertido; un hombre adulto que está comprometido para casarse, es horroroso.

—No fue culpa mía —responde—. Fue tuya.

—¿Cómo demonios va a ser culpa mía? —chillo.

—Bueno… —está avergonzado y busca las palabras. Se pasa las manos por el pelo oscuro—. Esas sábanas huelen a ti y… —ensancha los ojos como si buscara una guía divina—. Sólo soy humano, ¿sabes?

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Venga ya, Gracie, deja de hacerte la ingenua —pone los ojos en blanco.

Gracie…

Oírle llamarme Gracie me trae un mar de recuerdos y lo miro fijamente mientras mi cerebro funciona mal.

—No te hagas ilusiones, Gabriel, siento cero atracción por ti. Eso jamás lo admitiré.

—Somos muy parecidos —susurra enfadado.

—No nos parecemos en nada —replico—. Tú te crees Dios y yo sé que eres el diablo.

Le parece divertido y me dedica una lenta sonrisa sexy.

—Una pequeña diferencia de religión nunca hace daño a nadie.

Siento el calor de su mirada hasta los dedos de los pies.

No…

Sácalo de aquí, ahora mismo.

—Escucha, solo… —lanzo las manos al aire en señal de derrota, no tengo ni idea de cómo afrontar esta situación—. De verdad que tienes que dejar de ser tan Gabriel Ferrara y empezar a ser más niños de despedida. Ve a despedirte y márchate.

Exhala pesadamente antes de salir de la habitación, y lo oigo bajar las escaleras dando pisotones.

Le sigo con la mirada, con el sonido de mi corazón bombeando tan fuerte que casi se me sale del pecho.

Esta es mi peor pesadilla.

Veinte minutos y diez ataques de pánico después, bajo las escaleras.

Calma, mantén la calma… todo va perfectamente y estoy totalmente tranquila.

—¿Vienes al juego de Dominic? —oigo que Lucy le pregunta a Gabriel.

No.

—Ahhh… —oigo a Gabriel hacer una pausa—. ¿Quieres que lo haga?

—Sí —dice Lucy entusiasmada—. Podemos sentarnos juntos.

Vete a la mierda de vuelta a Nueva York de una vez.

—¿Estamos listos para irnos? —llamo mientras recojo las llaves del auto y el bolso.

—Listo, mamá.

—Suban al auto, chicos —le paso las llaves del auto a Dom.

Salen rebotando por la puerta principal y Gabriel aparece por la cocina. Ahora lleva otra ropa, ¿de dónde la sacó? ¿será que Mark también está en Greenville y se las trajo? Lleva una camiseta gris y unos jeans, el pelo negro despeinado y, cuando sus ojos oscuros se clavan en los míos, siento que se me revuelve el estómago por primera vez en mucho tiempo.

Russel y yo rompimos hace más de un año y desde entonces he tenido dos citas con dos perdedores. Mis movimientos han sido escasos.

—¿Qué haces? —me dice con su voz profunda—. Ve a prepararte.

—Estoy preparada.

Sus ojos bajan por mi cuerpo y vuelven a subir hasta mi cara.

—No vas a salir vestida así.

Me miro —¿se me derramó algo encima? ¿vestida así cómo?

—¿Llevas ropa de gimnasia en público? —frunce el ceño.

—Sí, Gabriel. No soy una modelo de pasarela como tu prometida, ni me gustaría serlo. Vete a casa con ella.

Entrecierra los ojos.

El cielo se ha puesto rojo, este hombre es el sexista más exasperante y cerdo de todos los tiempos. Salgo pisando fuerte, me meto en el auto, arranco el motor y él golpea la ventanilla.

La adrenalina me recorre el cuerpo y lo fulmino con la mirada a través de la ventanilla.

Vuelve a llamar.

—Mamá… —dice Lucy desde el asiento trasero—. ¿Qué haces?

Sé el adulto de esta situación.

—Nada —finjo una sonrisa y bajo la ventanilla mientras actúo con calma—. Sí, Gabriel.

—Vendré al juego antes de irme esta tarde.

—De acuerdo —agarro el volante con fuerza y abro los ojos hacia él.

No me presiones, cabrón… estoy a punto de acabar contigo.

—Así que les veré a todos esta tarde, ¿vale? —dice por encima de mí a los niños del asiento trasero.

—De acuerdo —Lucy sonríe.

Gabriel dirige su atención a Dom.

—Te veré esta tarde, ¿Dominic?

Dominic se encoge de hombros.

Los fríos ojos de Gabriel se dirigen hacia mí y, por la expresión de su cara, es obvio que me culpa del odio de Dominic. Esto no tiene nada que ver conmigo. Me fulmina con la mirada y yo le devuelvo la mirada.

Que te den.

Me aparto y conduzco por la carretera antes de decir algo desagradable y horrible delante de mis hijos. Tengo que ser mejor persona… por ellos.

El público aplaude y yo me siento en las gradas y miro fijamente al espacio. Estoy aquí en cuerpo, pero mentalmente, estoy a un millón de kilómetros.

Sábado por la tarde en la Liga Infantil, es media tarde y el peso del mundo está sobre mis hombros. La adrenalina de nuestra pelea de esta mañana abandona mi cuerpo, sustituida por una sensación de melancolía.

Tengo una visión de él en calzoncillos anoche, su pecho desnudo y su polla dura…

Uf…

Por imposible que sea Gabriel, no puedo negar la atracción física que siento por él. Está en lo más profundo de mi alma y ahora sé con certeza que nunca me libraré de esta maldición.

Lo odio, y maldita sea, necesito que se vaya y se case.

Déjanos en paz.

—Estás callada —dice Deb desde mi lado—. ¿Estás bien?

Echo un vistazo y veo a Gabriel subir las escaleras y sentarse en la primera fila de sillas.

—Sí, estoy bien —suspiro—. Sólo tengo la sensación de que todo mi mundo se está desmoronando.

Gabriel se vuelve y me busca, nuestros ojos se cruzan y nos miramos fijamente durante un instante mientras algo se arremolina entre nosotros.

No sé exactamente qué es.

—Quizás tu mundo no se esté desmoronando —responde Deb mientras sus ojos se detienen en Gabriel—, quizás esté encajando en su sitio.

CAPÍTULO 16

Grace

—¿HABLAS EN SERIO? —digo exasperada.

—Deja de quejarte de que esté en tu casa. Está intentando hacer lo correcto y vino a despedirse en persona. Pudo haber ido al juzgado y haber conseguido una orden para llevárselos a Nueva York como tú pensabas. Le has dicho que es todo o nada, tus palabras y no las suyas. Es evidente que lo ha pensado mucho y se dio cuenta de que no puede estar ahí para los niños tanto como ellos lo necesitan y se está apartando amablemente. Sé que no es la decisión que esperabas, pero eres tú quien hizo todo ese ridículo escenario del todo o nada.

—Porque no quiero que mis hijos estén esperándolo todo el tiempo mientras él está en Nueva York con sus nuevos hijos, ignorándolos totalmente. Ahora son felices; no les falta de nada.

—Lo entiendo. De verdad. —Deb suspira mientras sus ojos se enfocan en él—. Y él también lo hace. Piensa en sus necesidades antes que en las tuyas e intenta hacer las cosas bien, al menos dale algo de crédito por eso.

—¿Y la invasión de mi intimidad? —ensancho los ojos.

—¿Eh?

—No lo culpes por haber dejado tu consolador tirado por ahí —dijo ella al abrir los ojos—.

Mamá, —Lucía sube corriendo las escaleras hacia mí toda emocionada—. Gabriel está aquí.

Mi estómago se revuelve de furia ante su entusiasmo.

—¿Es él? —Mis ojos recorren la primera fila y puedo ver su espalda mientras se sienta y observa. Sus anchos hombros destacan a leguas.

—¿Puedo ir a sentarme con él? —me suplica mientras salta en el acto.

Finjo una sonrisa. —Claro.

Lucía salta hasta la primera fila y se contonea por los asientos hasta llegar a él. Observo cómo le toca el hombro. Él sonríe ampliamente cuando la ve y aparta la chaqueta del asiento para hacerle sitio y que ella se siente a su lado. Le dice algo y ella le sonríe bobaliconamente, su emoción por su presencia es palpable. Observo su interacción con el corazón en la garganta.

—¿Cómo puedes estar triste por eso? —dice Deb—. Mira qué contenta está.

—Se va.

—Lo sé.

—¿Qué hay de bueno en que ella lo conozca? Es un desastre a punto de ocurrir.

—Deja que pase su hora con ellos. Esta noche volverá a Nueva York y no volverán a verlo.

—Cierto. —Suspiro—. No entiendo por qué quiso venir en persona a despedirse. Si te vas, despídete por mensaje. No nos hagas pasar por esto.

Deb levanta una ceja poco impresionada. —No son solo tus hijos, lo sabes, ¿verdad?

El juego sigue y sigue, pero mi mente está a un kilómetro de distancia. Mi mirada no deja de bajar hacia Gabriel y Lucía, que hablan y ríen mientras miran, y odio admitirlo, pero me da rabia que Lucía se quede pasmada por su actuación de chico bueno.

Soy tu madre, ten un poco de lealtad, niña.

—Fue un gran partido —dice Deb.

Levanto la vista, a kilómetros de distancia. —Sí. —Aplaudo mientras finjo saber que el partido ha terminado—. Qué demonios, estuve tan perdida en mis pensamientos que me perdí todo el evento.

Gabriel y Lucía suben las escaleras de la tribuna para vernos.

—Dios mío —murmura Deb en voz baja—. No puede estar más bueno.

—Las apariencias engañan —susurro con una sonrisa falsa.

Le tiende la mano a Debbie. —Hola, soy Gabriel. —Su voz es grave y ronca.

Debbie le estrecha la mano. —Hola —sonríe con picardía mientras lo mira fijamente—. Soy Debbie, la mejor amiga y prima de Grace.

—Oh. —Sus ojos se abren de par en par—. No sabía que eran parientes.

Bang, bang, bang va la sangre por mis venas. ¿Por qué me afecta tanto su proximidad? Basta ya, hormonas.

—¿Tú también vives aquí? —le pregunta Gabriel a Debbie.

—Sí, soy la razón por la que Grace vino por primera vez a esta ciudad.

—Hmm. —Gabriel se muestra malhumorado—. Tengo que culparte a ti por robármela, ¿verdad?

—Supongo que sí. —Debbie se ríe y yo pongo los ojos en blanco. No intentes encandilarla… imbécil. Vuelve a Nueva York.

—Oh. —Los ojos de Deb se desvían hacia mí—. Si pudiera decir algo, lo haría, pero estoy demasiado distraída por la adrenalina que me corre por las venas.

—Dominic ha jugado muy bien —dice Gabriel despreocupadamente.

—Lo hizo, ¿verdad? —Deb está de acuerdo.

¿Lo hizo? No tengo ni idea; no vi ni un minuto del partido. Demasiado ocupada diseccionando el naufragio.

—¿Bajamos? —pregunta Gabriel.

Asiento con la cabeza, incapaz de decir una palabra agradable. Bajamos por la tribuna y nos acercamos al lateral del campo y Dominic sale de los vestuarios con su bolsa; levanta la vista y ve a Gabriel y se le cae la cara de vergüenza. Mi corazón también. Gabriel fuerza una sonrisa y me muero un poco por dentro. Tanto por él como por Dom.

—Gran juego —dice Gabriel.

—Gracias —refunfuña Dom.

De repente es incómodo.

—Me pongo en marcha —dice Deb. Se pasa la mano por el pelo de Dom—. Gran partido, colega.

—Gracias, tía Deb.

—Que tengas un buen fin de semana. —Me besa la mejilla—. Encantada de conocerte, Gabriel.

—Tú también. —Sonríe.

Los cuatro permanecemos en silencio, sin saber qué decir a continuación. Los ojos de Gabriel se clavan en los míos—. He hecho arreglos para que te cuiden económicamente, mi contable se pondrá en contacto para obtener tus datos bancarios.

—No es necesario, no queremos tu dinero.

—No seas tonta, Grace.

—Ni siquiera…

—Bueno. —Sus ojos sostienen los míos—. Supongo que debería ponerme en marcha.

La emoción me embarga como un naufragio mientras nos miramos fijamente.

—Es lo mejor —dice como si percibiera mi crisis interior.

—Tienes razón… en todo.

Asiento con la cabeza, incapaz de decir una palabra.

—Así que adiós. —Sonríe a los gemelos. No tienen ni idea de lo importante que es este adiós. No los abandones. Si no quiere ser su padre, no puedo cambiarlo. Es mejor que se vaya ahora y no en una larga despedida.

—Gabriel vuelve a Nueva York, chicos, despídanse —les digo.

Lucía lo mira. —¿Cuándo volverás?

Frunce el ceño. —Yo… no puedo volver.

Oh. Su carita decae.

—Dale un abrazo —les indico.

Gabriel se arrodilla y Lucía le da un fuerte abrazo de oso. Él cierra los ojos mientras la estrecha.

—Ha sido un placer conocerte —le dice—. Nunca te olvidaré.

Lucy sonríe en su pelo mientras él la estrecha. Mis fosas nasales se inflaman mientras intento mantener la compostura.

Al final se separan del abrazo y él se vuelve hacia Dominic.

—¿Me das un abrazo de despedida? —le pregunta Gabriel.

Dominic suspira como si fuera un gran inconveniente.

—Abraza a Gabriel —digo bruscamente mientras abro mucho los ojos—. ¿Puedes dejar de ser una mierdecilla por una vez en tu vida? Esta podría ser la única vez que puedas abrazar a tu padre, por favor, hazlo.

Gabriel agarra a Dominic y lo abraza con fuerza, y verlos a los dos juntos es demasiado; la presa estalla esta vez y me limpio rápidamente una lágrima solitaria mientras se escapa. Ni siquiera sé por qué lloro; sé que es lo mejor.

—Ha sido un honor conocerte —dice Gabriel mientras endereza la camiseta de su hijo—. Cuida de tu mamá.

Dominic asiente. Gabriel se levanta y sus ojos embrujados se encuentran con los míos.

—Adiós.

—Adiós.

Nos miramos fijamente durante más tiempo del que deberíamos, sus ojos bajan hacia los niños y luego, sin decir nada más, se da la vuelta y se marcha. La tierra se mueve debajo de mí…

Los niños empiezan a charlar al instante como si no hubiera pasado nada, y para ellos no pasó nada. Siento que el dolor me atraviesa como un maremoto. No por mí, sino por ellos. Llegó a conocerlos, y aun así no los quería. Me duele el nudo en la garganta mientras miro fijamente al suelo. ¿Cómo podía alejarse de las dos cosas más maravillosas de la tierra? ¿Qué demonios le pasa?

Gabriel

Me meto en el auto que me espera y doy un portazo. Mark se vuelve para mirarme.

—Conduce —digo bruscamente.

—¿Estás…?

—Sí. —Lo corto—. Conduce el puto auto.

Tengo el codo apoyado en la ventanilla y la cara apoyada en la mano y, cuando salimos

del estacionamiento, cierro los ojos para no tener que mirar cómo desaparecen. Una profunda y oscura bola de plomo se asienta en la boca de mi estómago y sé que nunca desaparecerá. Ha sido lo más difícil que he hecho nunca.

Me lavo los dientes y entro en el dormitorio. Ariana ya está en la cama leyendo. La observo un momento, su largo pelo oscuro está trenzado y su camisón de seda color crema resalta sobre su piel aceitunada. No hay duda, Ariana es una de las mujeres más bellas de la tierra. Levanta la vista por encima de su libro y me sonríe.

—¿Qué haces?

—Mirándote.

Da unos golpecitos en la cama de al lado.

—Ven y mírame así desde aquí.

Me meto en la cama y la tomo en brazos. Estoy plagado de culpa por un millón de razones. Le mentí sobre dónde estuve anoche, tengo dos hijos de los que no le he hablado, no me entusiasma lo más mínimo la boda, pero lo peor de todo es que… no puedo dejar de pensar en Grace. La estrecho entre mis brazos. Se merece algo mucho mejor.

Su mano se desliza por mi bóxer, su anillo de compromiso se engancha en la tela y yo meto la mano y lo saco.

—Estoy cansado.

—¿Desde cuándo estás demasiado cansado para el sexo?

—Desde esta noche.

Desde que la vi.

La pongo de lado, de espaldas a mí, y la abrazo por la espalda.

—Faltan tres semanas para que nos casemos —susurra en la oscuridad—. Estoy tan emocionada por empezar nuestra vida juntos.

Me toma la mano y me la besa, y cierro los ojos horrorizado.

Joder…

—Volvamos sobre este informe la semana que viene —respondo al personal alrededor de mi mesa de juntas—. Buen trabajo este mes, nuestras cifras están que arden.

Todos abandonan la sala de reuniones con un murmullo de charla. Recojo mis cosas y empiezo a caminar de vuelta a mi oficina. Paso por la recepción.

—Sr. Ferrara, su madre y Ariana están en su oficina, señor —me dice una de las chicas.

—Gracias.

Sigo andando y pongo los ojos en blanco. Genial. ¿Qué hacen aquí? Estoy demasiado ocupado para sus chorradas de boda de hoy.

Entro en la oficina y las encuentro a las dos con los tacones de aguja quitados y bolsas de la compra por todas partes. Las dos tienen una copa de champán de mi bar.

—Señoras —digo mientras miro a mi alrededor, a la zona del desastre—. ¿A qué debo este placer?

Ariana se levanta de un salto y me rodea el cuello con los brazos.

—Hemos venido a enseñarte lo que ha llegado.

Me besa rápidamente y yo me zafo de sus brazos y le doy un beso en la mejilla a mi madre.

—Mamá.

—Hola, cariño. —Sonríe—. Siéntate. —Señala el sofá.

—Hoy no tengo tiempo para esto.

—Seremos rápidas. —Mamá sonríe—. Enséñaselo, Ariana.

Ariana rebusca en las bolsas, saca una caja y la abre muy despacio.

—Date prisa, esto no es un maratón —suspira—. No tengo todo el día, ¿sabes?

Mamá se ríe mientras se deja caer en el sofá a mi lado para ver el espectáculo.

La caja se abre y Ariana saca dos copas de champán de cristal.

—Son para todas las mesas para los discursos.

Me pasa una.

—Mira el grabado.

Mis ojos escrutan la copa.

Gabriel y Ariana
Eternamente unidos por el amor.

Curvo el labio con disgusto.

—Un poco exagerado, ¿no crees?

—Nooo —jadean a la vez.

—Uf.

—Ah, y hay más —Ariana abre mucho los ojos.

—Apenas puedo contener mi excitación —murmuro en voz baja.

—Estos son los bombones para la mesa.

Saca una caja de muestras plateada, la desenvuelve y presenta unas estatuillas de chocolate de una novia y un novio envueltas en papel de aluminio.

—Mira más de cerca —me dice mamá mientras me pasa un novio.

Miro más de cerca. ¿Por qué demonios este chocolate se parece a mí?

—Remasterizaron digitalmente nuestras caras en ellos.

Me acobardo. Lo último que quiero ver en mi boda es a todos mis conocidos chupándome en una copa.

Mamá se ríe a carcajadas como si fuera lo mejor que le ha pasado nunca.

—Esos bombones han hecho que mi vida sea completa.

Le devuelvo la caja.

—Tu vida debe de ser muy aburrida. Tengo que volver al trabajo.

—Enséñale la sorpresa —mamá me agarra del brazo para que no pueda levantarme.

—Por favor, no lo hagas —suspiré.

Ariana saca unos candelabros de cristal.

—Mira qué perfectos son, y todos los invitados se llevan uno a casa como recuerdo. —Señala la base grabada—.

Gabriel y Ariana,
Eternamente unidos por el amor.

—Si me dieran esto en una boda y esperaran que me lo llevara a casa, mataría al novio a golpes con él.

Me levanto y me acerco a mi mesa.

—Llevaos su fiesta del té a casa, chicas, tengo que trabajar.

—Y ahora, el verdadero espectáculo.

Me arrastro la mano por la cara. Ojalá se acabara este espectáculo.

Ariana levanta una tapa y hay dos palomas blancas en una jaula dorada de plata.

—¿Qué coño? ¿Son reales? —Frunzo el ceño.

—Claro que son de verdad. Tengo que devolverlas esta tarde, pero quería traértelas para enseñártelas. Cuando nos declaren marido y mujer, trescientas palomas serán lanzadas al aire como símbolo de nuestro amor eterno.

La miro horrorizado y sin palabras. Ariana mueve las pestañas, orgullosa de sí misma.

—¿Las amas?

—No, no las amo.

—¿Por qué no?

—Cuando te dije que podías organizar la boda, no me di cuenta de que ibas a montar un espectáculo circense completo con un puto zoo —chasqueé—. Sin palomas.

—Pero…

—Nada de putas palomas —digo bruscamente.

Ariana pone cara de decepción.

—Te estoy anulando, Gabriel. Si Ariana quiere palomas, Ariana tendrá palomas. Sólo lo mejor para mi nueva hija —mamá sonríe—. Tienes todas las palomas que quieras, cariño, consigue cuatrocientas sólo para afirmar tu dominio.

Mamá me guiña un ojo y yo aprieto la mandíbula.

—No te pases, mamá.

Siempre quise una esposa que mi mamá aprobara, pero estas dos juntas es exagerado.

—Vete —digo bruscamente—. Mi próxima cita es aquí.

Ríen y charlan mientras recogen sus sorpresas de mierda y luego se calzan los tacones altísimos. Las observo por un momento, hermosas, inmaculadamente arregladas, ambas con ropa de diseño, el pelo oscuro perfectamente peinado sin nada fuera de lugar, y tengo una sensación extracorpórea de que me estoy casando con el gemelo pequeño de mi madre. La idea es inquietante, ¿cómo no he visto esto antes?

Ariana me besa la mejilla y mi madre me besa la otra y salen de mi oficina igual que entraron. Un torbellino de glamour. La puerta se cierra tras ellos y mi oficina se queda en silencio. Intento concentrarme, pero en lugar de eso me acerco a la ventana y contemplo las vistas de Nueva York. Meto las manos en los bolsillos del traje y mi mente se traslada a Greenville… con ella. Pienso en lo diferentes que habrían sido las cosas si hubiéramos acabado juntos. Esta boda sería la peor pesadilla de Gracie. La mía también.

Perdido entre dos mundos…

Me pasa la lengua por la punta y mi polla llora de agradecimiento. Agarro dos puñados de su pelo y empujo mi polla entre sus dos labios, se desliza lentamente por su garganta.

Un millón de sensaciones, mis pelotas se contraen a punto de dispararse y siento el calor de su boca perfecta a mi alrededor. Chúpame, gruño. Más fuerte.

La succión vibra a través de mi cuerpo y empiezo a perder el control.

Tan bueno, *tan jodidamente bueno*.

Le meto la polla hasta la garganta y empiezo a cabalgarla con fuerza. Entre arcadas profundizo más. Chúpamela hasta dejarla seca. Entramos en ritmo. Trágate hasta la última gota que te dé. Voy más rápido, más profundo. Tómatelo todo.

Sus gemidos sólo hacen que me ponga más duro, y estoy a punto de explotar, sus uñas se clavan en los músculos de mis cuádriceps y pierdo el control.

Me meto de golpe y me contengo mientras me corro en su garganta, mi respiración es entrecortada mientras lucho por respirar. El sudor cubre mi cuerpo, la miro y ella abre los

ojos.

Pelo largo y castaño, piel cremosa, pechos voluptuosos y un cuerpo hecho para el pecado.

Gracie.

Me despierto de un tirón y, al respirar con dificultad, miro a mi alrededor y veo a Ariana profundamente dormida a mi lado.

La habitación es silenciosa y tranquila, tan distinta del caluroso lugar que acabo de visitar.

Siento que acabo de eyacular y me paso las manos por el pelo.

Joder…

Jadeo mientras intento recuperar el aliento, sólo fue un sueño.

No pasa nada, sólo era un sueño.

A quién quiero engañar, fue una puta pesadilla.

Espero en el restaurante y doy un sorbo a mi whisky, es mi cita mensual para comer con mi querida amiga Claire.

Claire y yo somos íntimas desde hace más de diez años, es fría, tranquila y divertidamente seca. Curiosamente, se casó con uno de mis enemigos, Tristán Miles. Tienen hijos y resulta que en realidad es un buen chico, aunque nunca lo admitiré abiertamente.

Me recuerdo a mí mismo: hagas lo que hagas hoy, no digas nada sobre los acontecimientos recientes.

Claire llama a las cosas por su nombre y no necesito que me hable de mi vida.

Ya sé que es una pesadilla, no voy a pasarme el almuerzo recibiendo sermones.

Se pasea por el restaurante y, cuando la veo, me río a carcajadas mientras me levanto para saludarla.

—¿De qué te ríes? Me besa la mejilla.

—¿Por qué caminas así?

—Instructora de pilates del infierno. Se ríe y se sienta frente a mí. Mi culo es hierba. Estoy en una racha de salud que está a punto de matarme.

—Funciona. Estás radiante. Sonrío.

—Oh, tengo tantas cosas que contarte. Parlotea mientras se quita la chaqueta. Por cierto, ¿por qué no me llamaste la semana pasada? Antes de que pueda contestar, vuelve a hablar por encima de mí.

—No vas a creer lo que hizo Patrick.

Sonrío mientras escucho, hay algo en Claire Anderson que me transmite una sensación de calma. Nos conocimos poco después de la muerte de su primer marido y, por alguna razón, congeniamos. Despotrica mientras la escucho y probablemente sea la persona más normal que conozco… aparte de Gracie.

—¿Qué hizo? Doy un sorbo a mi whisky.

—Pensó que arrancaría el Aston de Tristán en el garaje… Baja la mirada hacia mi bebida. ¿Por qué bebes whisky a la hora de comer?

Pongo los ojos en blanco. Lo siento, mamá.

—De todos modos, no sé por qué lo hizo, y el auto se salió de la marcha, dio un bandazo hacia adelante y chocó contra la pared de ladrillos. Me río entre dientes mientras imagino el escenario.

—Y Tristán está fuera, en París, y estoy intentando arreglarlo antes de que vuelva porque se va a volver absolutamente loco.

—¿Cuándo vuelve?

—Pasado mañana.

—Ni hablar.

—¿Por qué, por qué no? Levanta la mano para llamar la atención del camarero: Sólo quiero un vaso de vino, esta mierda sana apesta. De todas formas, todo el mundo dice que no pueden arreglarlo a corto plazo, quiero decir, es una pequeña abolladura y un parachoques, ¿tan difícil puede ser hacerlo?

Apoyo la cara en la mano mientras escucho su caos y sonrío.

—De todos modos, le he dicho a Patrick que tiene que pagarlo, y entonces…

—¿Le sobran treinta mil dólares?

—¿Qué?

—Es un Aston Martin, no van a ser trescientos pavos, Claire.

—Uf… —pone los ojos en blanco—. ¿Por qué tiene que tener un auto tan cutre?

—Porque es un imbécil —digo, dando un sorbo a mi bebida.

—Entonces… —por fin se tranquiliza cuando sus ojos encuentran los míos—. ¿Cómo estás?

Se me cae la cara antes de que pueda tomarla.

—¿Qué ocurre? —ella frunce el ceño.

—Nada.

—Gabriel —advierte ella—. No me mientas, tu cara me acaba de decir que algo va mal.

La miro fijamente un momento.

—Gabo. —Me toma la mano por encima de la mesa—. ¿Es Ariana?

—No. —Sacudo la cabeza.

—¿La boda?

Me arrastro la mano por la cara.

Se le cae la cara de vergüenza.

—La boda… ¿qué pasa con la boda?

—Esto no se lo puedes decir a nadie.

—Soy yo, sabes que no lo haré.

—Entonces… —hago una pausa mientras intento articular mis pensamientos—. La semana pasada vi a Grace Porter.

—Oh, Gracie, he aquí una ráfaga del pasado. —Sonríe—. ¿Qué hace ahora?

—Vive en Maine con dos de mis hijos.

Ella frunce el ceño, sin comprender.

—¿Qué?

—Nosotros… —me detengo.

—Gabriel, escúpelo.

—Antes de que me dejara hace siete años, pasamos una noche juntos.

—¿Cómo es que no lo sé?

—Quedó embarazada y nunca me lo dijo. Hace poco me enteré de que tengo gemelos de seis años. Un niño y una niña. Tenemos los resultados de la prueba de paternidad; definitivamente son míos.

Sus ojos se abren de par en par, horrorizada.

—¿Qué demonios? —Se lleva la cabeza a las manos—. ¿Cómo ha podido no decírtelo?

—Exacto. —Doy un gran trago a mi bebida—. Vino a verme semanas después, y no quise verla porque estaba en reuniones y…

—No pongas excusas, debería habértelo dicho. Es información necesaria.

Exhalo pesadamente.

—Lo sé.

—Dios mío. —Sus ojos buscan los míos—. ¿Tienes hijos?

Asiento con tristeza.

—No estés triste, esto es maravilloso. —Me toma la mano por encima de la mesa—. ¿Qué ha dicho Ariana?

—No se lo he dicho.

—¿Qué? —replica ella—. ¿Por qué no?

—Porque Grace no me quiere en sus vidas.

Me mira fijamente, horrorizada.

—¿Y?

—Le ha dicho a todo el mundo que fueron concebidos mediante FIV y esperma de donante, y me ha pedido que si no puedo ser un padre devoto, me haga a un lado y los deje en paz. No quiere que les falte un padre ausente.

—Oh. —Sus ojos sostienen los míos—. ¿Qué te parece?

Me encojo de hombros.

—Es lo mejor. Soy un adicto al trabajo que vive en Nueva York. Estos niños están a ocho horas de distancia y… —se me corta la voz—. No pueden extrañar lo que no conocen.

Se deja caer en la silla y piensa un momento.

—¿Cómo son?

—Tengo fotos. —Abro el móvil y paso el dedo por una foto que le hice a Lucía en el partido—. Esta es Lucía.

Le paso el teléfono y Claire sonríe al mirarlo.

—Mírala, es preciosa —arrulla.

—Nunca has visto un niño más guapo, Claire. —Sonrío con orgullo—. Tan inteligente y dulce.

Claire sonríe tristemente.

—¿Y el niño?

Vuelvo a pasar el dedo por el teléfono. He sacado unas cuantas fotos de fotografías que estaban en marcos sobre la chimenea; sabía que querría mirarlas más tarde.

—Este es Dominic.

Le devuelvo el teléfono y ella jadea y se tapa la boca con la mano. Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

—Es tan…

—¿Yo? —Termino su frase—. Un completo imbécil.

Se ríe.

—¿De verdad?

—Uf. —Doy un sorbo a mi bebida—. Totalmente ingobernable. Nos peleamos la primera vez que nos vimos.

—Oh. —Se pone la mano sobre el corazón mientras se desmaya—. Son tan bonitos.

Doy un sorbo a mi bebida y levanto la mano para pedir otra.

—Los niños fuertes necesitan padres fuertes, Gabriel —dice—. Si quieres estar en sus vidas, no dejes que Grace dicte lo que puedes y no puedes hacer.

—Pero…

—Sin peros. Pueden venir de visita y viceversa. ¿Por qué crees que tiene que ser todo o

nada?

—Grace dijo…

—Que jodan a Grace —escupe—. Lo siento, eres su padre, esto no va con ella.

—Pero lo es.

—¿Qué quieres decir?

Dudo antes de dejar que la siguiente frase salga de mis labios.

—No puedo ver a Grace y no desearla. Si los veo a ellos, tengo que verla a ella, y no puedo estar casado con una mujer mientras deseo a otra.

Sus ojos se abren de par en par cuando por fin empieza a comprender toda la complejidad de la situación.

—¿Sigues sintiendo algo por ella? —susurra.

—Es como si nunca se hubiera ido. Sólo pienso en ella, sueño con ella. El otro día estuve a punto de llamar a Ariana por el nombre equivocado mientras practicábamos sexo porque en mi cabeza estaba con Grace. Me tumbo en la cama junto a mi dulce y hermosa prometida mientras pienso en una mujer que lleva siete años mintiéndome, la maldita Grace Porter.

—Oh, joder. —Me mira fijamente—. Oh, joder. Esto es malo. Esto es muy malo, Gabriel. Tu boda con Ariana es dentro de tres semanas.

—¿Crees que no lo sé? —susurro enfadado—. Soy la peor persona del mundo. Estoy abandonando a mis propios hijos porque sé que no puedo no querer a su madre.

Se sujeta las sienes y levanta la mano para llamar al camarero.

—Necesito vino para esta conversación.

Me pongo las manos delante de la boca mientras pienso.

—¿Por qué me pasa esto ahora que he sido tan feliz? Por primera vez en mi vida, por fin tengo las cosas claras.

Tuerce los labios mientras piensa.

—Háblame de Grace.

—No sé ni por dónde empezar —me enfurezco—. Es insufrible y una mentirosa. Una listilla total. Me odia, todo lo que sale de su boca es sarcástico y exasperante. Por no hablar de que es la peor cocinera, no tienes ni idea de lo mala que es la comida, Claire, mataría literalmente a un perro. Tiene una casa horrible en medio de ninguna parte, con cojines de punto y todo tipo de muebles de mierda al azar, y lleva ropa de gimnasia por todas partes y se le ve hasta la última curva del culo. Huele como un sueño húmedo andante y tuve que pajearme en su cama porque soy un pervertido y nunca he conocido a una mujer más jodidamente exasperante.

Claire me mira fijamente, horrorizada.

—Sigues enamorado de ella.

—No estoy enamorado de ella —escupo—. Me siento atraído por ella, gran diferencia.

—Estabas enamorado de ella cuando trabajaba para ti.

—No.

—Sí que lo estabas. Recuerda que una vez me lo confesaste, dijiste que paseabas a propósito a otras mujeres delante de ella para que te odiara.

—No lo hice.

—Porque sabías que si le gustabas de la misma forma que ella a ti, no tendrías ninguna posibilidad de resistirte.

Me arrastro la mano por la cara, disgustado.

—Háblame de Ariana —me pregunta.

Me encojo de hombros con tristeza.

—Ariana es una buena persona.

—Ella escucha.

—Ella me ama.

—Si Ariana no se te hubiera declarado, ¿te habrías declarado alguna vez?

Aprieto la mandíbula, odiando mi respuesta.

—Probablemente no.

—No lo creía. —Continúa—. Si Gracie fuera italiana y tú y ella hubieran salido por aquel entonces, ¿le habrías pedido matrimonio?

—Sí, pero no quiero hacerle daño a Ariana. Es la persona más buena que conozco; no se merece esto.

—No puedes casarte con alguien porque sea agradable, Gabriel. No puedes casarte con alguien para no hacerle daño. Casarte con ella mientras sientes algo por otra persona es más doloroso. ¿Cómo puedes pensar que este matrimonio va a funcionar?

—Me caso dentro de tres semanas —susurro enfadado—. Es demasiado tarde para…

—¿Cancelar? —me interrumpe.

—Sí.

Permanezco en silencio mientras pienso.

—Dime una cosa, Gabriel… si te casas con Ariana, ¿puedes decirme sinceramente que nunca volverás a pensar en tus hijos y en Gracie? ¿Te arrepentirás de esto el resto de tu vida?

La idea de no volver a ver a Lucía y a Dominic me duele en el corazón y su silueta se desdibuja.

Nos sentamos un momento mientras reflexionamos sobre todo.

—Si vas a cancelar esta boda, tienes que hacerlo hoy. No dejes plantada a Ariana en la semana de la boda. Se merece algo mejor que eso.

—No voy a cancelar la boda —digo bruscamente. Echo la cabeza hacia atrás y escurro el vaso—. Soy un hombre de palabra. Me caso con Ariana tal y como dije que haría.

—Bien —suelta.

—Bien —respondo.

—No iré a tu boda.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo verte cometer el mayor error de tu vida.

Grace

—Dios mío, es tan adorable. —Sonrío en el escenario. Lucía da vueltas con su pequeño disfraz de oso.

—¿Y qué me dices de ese árbol? —susurra Deb.

Mis ojos se desvían hacia Dominic, que está de pie, orgulloso, con sus bracitos en alto como ramas.

—El mejor árbol que he visto nunca. —Suelto una risita.

Estamos en la obra de los niños del colegio. Ahí estás, Grace. Me giro y veo a Felicity Fox contoneándose entre la fila de asientos para llegar hasta mí.

—Te he estado buscando por todas partes.

Uf… la mujer más molesta que jamás haya pisado la tierra. Es la directora de la Asociación de Padres y Madres del colegio de los niños. Lleva un chándal Adidas blanco ajustado y el pelo largo y oscuro recogido en una coleta alta. Está guapísima, inmaculadamente arreglada y es la mejor esposa de Stepford de Greenville. Sólo que sin el marido, que se largó hace unos años y desde entonces ella ha convertido la vida de todos los demás en un infierno.

—Uf —murmura Deb en voz baja.

—Hola, Felicity. —Obligo a sonreír—. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien. —Se deja caer en el asiento de al lado—. Me he dado cuenta de que no te has apuntado a la venta de pasteles.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Es que estoy muy… ocupada en este momento.

—Todos estamos ocupados, Grace —responde rotundamente—. Pero vas a ayudar el miércoles, ¿verdad?

—Tengo que trabajar.

—¿Qué quieres decir? —jadea—. Pero si ayudas todos los años. Y es el peor día de mi vida.

—Sí, pero este año estoy muy agobiada.

Totalmente mentira, tengo el miércoles libre, pero no puedo ocuparme de gastar un día entero con esta mujer. Me juré a mí misma que el año pasado sería el último.

—¿No puedes tomarte el día libre? —suelta.

—No.

—Esto no sirve para nada.

—Es una venta de pasteles, Felicity —interviene Deb—. No es el fin del mundo.

—Sí, pero necesitamos a Grace por… —Duda—. Bueno… por lo obvio.

—¿Qué obvio? —pregunta Deb.

—Bueno… no sabe hornear, así que tiene que servir.

—Yo sé hornear —replico.

—Vamos, Grace. —Pone los ojos en blanco—. Todos sabemos que compras tus tortas todos los años.

—¿De verdad?

—¿Por qué si no me vería obligada a tirar tus tortas?

—¿Tiras mis tortas? —jadeo.

—Es una venta de pasteles. —Ella abre los ojos como si yo fuera estúpida—. No es una venta de compra. Si quisiéramos tortas del supermercado, las pediríamos. —Esboza una sonrisa condescendiente—. Pero ya sé cómo eres.

Empiezo a oír los latidos de mi corazón enfadado en mis oídos.

—¿Cómo soy?

—Ya sabes. —Se ríe—. Como Grace Porter.

—Jodidamente increíble —murmura Deb en voz baja.

Me muerdo un lado de la mejilla para no decirle adónde ir. Odio a esta mujer con cada fibra de mi ser, se cree tan perfecta… me mata que lo sea.

—Bueno, estoy muy ocupada y no puedo hacer la estúpida venta de pasteles con la que obviamente estás obsesionada, y ahora que sé que no te gustan mis tortas, ni siquiera me molestaré en comprarlas.

—Qué triste para tus hijos que su madre no les apoye en la escuela.

Me hierve la sangre mientras el cielo se tiñe de rojo.

—¿Estás…?

Deb me golpea en la pierna para hacerme callar.

—Adiós, Felicity, ahora estamos algo ocupadas. —Hace un gesto hacia el escenario.

Felicity pone los ojos en blanco y vuelve a moverse entre los asientos.

—Si alguna vez me vuelvo tan aburrida, dispárame —susurra Deb mientras la ve desaparecer.

—Con mucho gusto.

Acaban de dar las 9 de la noche, los niños están bien metidos en la cama y, después de trabajar hoy, preparar la cena y fregar los platos, acabo de ducharme y sentarme por primera vez.

Hojeo Netflix, buscando una nueva serie que ver.

He estado tan preocupada desde que Gabriel volvió que no he hecho más que preocuparme.

Supongo que ahora que se ha ido, por fin puedo relajarme.

Mi teléfono emite un mensaje en la cocina, ¿quién me envía un mensaje a estas horas de la noche? Me levanto y lo tomo, es de Gabriel.

Hola

Frunzo el ceño, ¿qué quiere?

Le respondo.

Hola.

Mi teléfono suena al instante y el nombre de Gabriel ilumina la pantalla.

¿Qué demonios?

—Hola —respondo.

—Hola, Gracie. —Su voz es suave, engatusadora. Sólo utilizaba esta voz conmigo cuando estábamos solos en su oficina.

—Hola. —Frunzo el ceño—. ¿Qué pasa?

—Yo sólo…

Escucho mientras espero a que termine su frase, pero no lo hace. Me invade una sensación extraña, algo le pasa.

—¿Dónde estás? —pregunto en voz baja.

—En mi oficina.

Tengo una visión de él de pie junto a la ventana y contemplando la vista de las luces parpadeantes mientras hablamos.

—¿Trabajando hasta tarde? —pregunto.

—Sí.

Espero a que se explaye, pero de nuevo no lo hace. Tengo la sensación de que tiene algo que decir, pero por alguna razón no lo hace.

—Los niños están en la cama —le digo.

—Bien… ¿están bien?

Que me pregunte si están bien hace que se me haga un nudo en la garganta.

—Sí.

Silencio…

¿Qué demonios está pasando aquí?

—Esta semana actuaron en una obra de teatro en el colegio. Lucía era un oso y Dom un árbol.

—¿Sí? —Puedo oír la sonrisa en su voz—. ¿Cuál era la obra, cuando un oso caga en el bosque?

Suelto una risita.

—Algo así.

Volvemos a caer en un silencio incómodo.

—Sabes, Gabriel, he estado pensando.

—¿Sobre qué?

—Quizás… —hago una pausa—. Quizás me pasé de la raya.

—¿Qué quieres decir?

—Si alguna vez quieres decirles quién eres y venir a visitarnos. Ven a casa y hazlo. —Silencio —. No depende de mí que los quieras en tu vida. Fue egoísta por mi parte pensar que lo era. Yo sólo… —Hago una pausa mientras se me hace otro enorme nudo en la garganta.

—¿Tú qué?

—Quizás sea la persona más egoísta de la tierra —susurro entre lágrimas—. Simplemente me asusté… ¿sabes? —Silencio.

Ambos colgamos de la línea, esperando a que el otro diga algo, finalmente lo hace.

—Buenas noches, Gracie —susurra.

—Buenas noches.

La línea se corta y miro fijamente el teléfono que tengo en la mano.

¿Qué demonios fue eso?

Gabriel

Entro en mi ático justo a las 11 de la noche. He tenido el peor día de la historia y está a punto de ser diez veces peor.

Encuentro a Ariana sentada en el sofá, me mira y sonríe.

—Debes de estar cansado, trabajas demasiado.

Asiento y me siento a su lado.

—Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—No puedo casarme contigo.

CAPÍTULO 17

Gabriel

—¿QUÉ? —Se incorpora—. ¿Qué quieres decir?

—Justo lo que dije. —Me concentro en mantener la calma, lo último que quiero es que esto se convierta en una guerra—. Ariana. —Cojo su mano entre las mías—. Eres una mujer preciosa. Inteligente y dulce y la esposa soñada de todo hombre.

—¿Pero no la tuya?

—No es eso. Tú lo eres. —Hago una pausa mientras intento articular mis pensamientos con claridad—. Esta semana he descubierto una información que ha cambiado la trayectoria de mi vida.

—¿Qué te pasa? —balbucea—. ¿Estás enfermo? —Me toma la cara entre las manos.

—No. No es nada de eso. —Me trago el nudo que tengo en la garganta, realmente no sé si puedo hacerle daño así—. Cariño. —Le aparto el pelo de la cara mientras me mira fijamente—. Esta semana supe que soy padre de dos niños gemelos de seis años de una relación que tuve hace años.

—¿Qué? —Se le cae la cara de vergüenza.

—Te mentí el fin de semana pasado y fui a reunirme con ellos en Maine.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Quién, dónde… quién es la madre?

Aquí vamos.

—Se llama Grace Porter.

Ella frunce el ceño.

—¿La conozco?

—No. Fue mi asistente personal durante siete años.

Sale volando del sofá.

—¿Qué? —grita—. ¿Dejaste embarazada a tu puta asistente personal? —Empieza a caminar—. ¿Dejaste embarazada a tu asistente personal? ¿Estoy oyendo bien?

—Sí.

—¿Cómo pudiste?

—No es algo de lo que esté orgulloso, créeme.

—¿Y no sabías nada de esto?

—No.

—¿Cuánto dinero quiere? ¿Con qué te amenaza? —exclama.

—No es nada de eso.

—Todo es así, Gabriel. ¿Crees que es una coincidencia que haya venido a buscarte tres semanas antes de casarnos? —Me tira un cojín a la cabeza; está volando y perdiendo completamente los nervios.

—Fui a buscarla.

Se queda quieta y voltea hacia mí.

—¿Fuiste a buscarla?

Asiento con la cabeza, avergonzado.

—¿Por qué? —Se deja caer para sentarse a mi lado, con los ojos llenos de lágrimas.

La miro fijamente, la culpa en mi alma parece a punto de asfixiarme hasta la muerte.

—No lo sé —susurro.

—Sí que lo sabes. —Se le escapa una lágrima y rueda por su mejilla—. Por el amor de Dios, Gabriel. Si algo te importo, al menos me debes honestidad.

Entorno los labios, sin saber qué decir para evitar que esto la lleve al límite.

—¿La amabas? —susurra.

—Yo…

—Entonces, ¿la amabas? —dice más severa.

—Sí.

—¿Y por qué rompieron?

—Porque no era italiana.

Su rostro decae mientras encaja las piezas del rompecabezas.

—¿Así que fuiste a buscar a la mujer que amaste hace tantos años para descubrir que tiene dos hijos tuyos?

Asiento con la cabeza.

Su pecho sube y baja mientras lucha por el control.

—Quieres una vida con ellos…

Su silueta se desdibuja, el nudo en mi garganta bloquea el aire.

—¿Gabriel? —susurra mientras sus ojos buscan los míos—. Por favor, dime que me equivoco…

—No.

—No, ¿no quieres una vida con ellos? —pregunta esperanzada.

—Quiero decir… no te equivocas. —Me encojo de hombros—. Lo último que quiero es hacerte daño, Ariana. Te amo. Sabes que te amo.

—¿Pero estás enamorado de mí? —susurra.

Parpadeo para detener las lágrimas.

Bofetada.

Siento el aguijonazo de su golpe al girarme la cabeza.

—Nos vamos a casar dentro de tres semanas —grita mientras pierde todo el control—. ¿Cómo coño has podido hacerme esto?

Coge su copa de vino y me la lanza a la cabeza, que se estrella contra la pared. El vino tinto salpica por todas partes.

—Cálmate.

—¡¿Cálmate?! —grita—. No me calmaré, joder. Me dejas por otra mujer diecinueve días antes de nuestra boda. ¿Qué pasó el fin de semana pasado, te acostaste con ella? —grita—. ¿Es por eso por lo que no nos hemos acostado esta semana, porque tú aún tenías en la lengua el sabor de tu asistente de pacotilla?

Me pongo en pie, con los nervios a flor de piel.

—Basta —grito.

—Las invitaciones ya se han enviado, ¿qué esperas que haga? Ya está todo pagado.

—Guárdalo todo para que cuando te cases, algún día tendrás la boda que deseas. Llévate a tus amigas de luna de miel, vete y disfruta.

—¿Qué? —estalla. Coge el mando de la televisión y me lo lanza—. No quiero una luna de

miel con mis amigas. —Se pone histérica, llora y grita—. Te amo, Gabriel. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

—Me odio por esto. Pero, ¿qué quieres que haga? —grito—. No te mentiré, ya lo sabes.

—Lo solucionamos —grita ella—. Claro que estás desconcertado, acabas de enterarte de que tienes hijos. Seguro que te confunde, pero lo nuestro es real. —Me toma la mano entre las suyas—. No hagas esto.

—¿Cómo lo evitamos? —Me encojo de hombros.

—Nos casamos y resolvemos esto como adultos. Todas las relaciones tienen una ex, Gabriel. Los hijos de una relación anterior no deberían importar, los aceptaré como propios. Te lo prometo. Podemos ser una familia mixta, tus hijos y nuestros hijos.

Miro fijamente su rostro desconsolado y lo tomo entre mis manos.

—Cariño. —Le beso la frente—. No se trata sólo de los niños. Mi afecto por Grace es real. Desearía que no existiera, pero ya no puedo negarlo. Ha permanecido en mí todo el tiempo, y ahora… No quiero que haya tres personas en nuestro matrimonio, te mereces algo mejor.

Llora sobre mi pecho y la abrazo con fuerza. Siento cómo se le rompe el corazón y no puedo hacer nada para evitarlo.

Me odio por hacerle esto.

Grace

Me preparo una taza de café en el comedor y atravieso la oficina para volver a mi mesa.

—¿Quieres ir a comer al restaurante indio? —dice Marci.

—Ojalá —respondo—. Estoy baja de presupuesto.

—Uf, qué aburrida eres.

—No tan aburrida como el almuerzo que preparé —respondo.

—¡Ja! Verdad.

Vuelvo a mi oficina y me siento en mi mesa cuando oigo sonar mi teléfono al recibir un mensaje. Lo ignoro, ya lo miraré a la hora de comer. Otro ding, luego otro.

¿Quién coño me manda tantos mensajes? Saco el móvil para ver que es Deb.

¡¡¡Maldita sea, Llámame!!!

Pongo los ojos en blanco y marco su número; contesta al primer timbrazo.

—Oh, Dios mío —jadea como si el mundo se viniera abajo.

—¿Por qué te pones tan dramática?

—Canceló la boda.

—¿Quién?

—Gabriel Ferrara canceló su boda.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Qué? ¿Cómo sabes?

—Está en todas las noticias.

—Espera. —Al instante abro Google y pongo la barra de búsqueda…

Compromiso de Gabriel Ferrara

Parece que el cuento de hadas se ha acabado para Gabriel Ferrara y su prometida, Ariana Rossi.

Las fuentes nos dicen que esta mañana se ha enviado un correo electrónico a los invitados de la boda para informarles de que la boda entre la glamurosa pareja se ha

cancelado.

Se especula con que el Sr. Ferrara fue quien puso fin a la unión, ya que la notificación a los invitados procedía de su correo electrónico personal. Todo ello sólo diecinueve días antes de la fecha prevista para la boda.

Ariana, devastada, sin duda se estará secando las lágrimas: casi se queda con el multimillonario más codiciado del mundo… tan cerca.

Aún no se ha revelado ninguna información sobre los motivos por los que finalizó la unión.

Más información en el enlace.

—¿Qué coño? —susurro.

—Lo sé.

—¿Crees que le habló de los niños? —Mis ojos se abren de horror al pensarlo.

—La otra noche te llamó y estuvo raro.

—¿Qué…? ¿No creerás que lo dejó por los niños… verdad?

—Tal vez.

—Si ella lo amara, no le importaría. Quiero decir, pasaron años antes de que la conociera. —Me muerdo la uña del pulgar mientras pienso en voz alta—. Seguro que no. Quizás le dio un ultimátum. Ellos o yo. No, no lo haría —me burlo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque estoy segura de que lo idolatra.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todas las mujeres lo idolatran —digo impaciente—. Mi próxima cita esta aquí, tengo que irme.

—Llamaré esta tarde —dice Deb.

—De acuerdo.

—¿Así que no has sabido nada de él? —pregunta Deb.

—No. —Miro fijamente el lago; el sol acaba de ponerse y estamos en mi lugar favorito, mi embarcadero.

—Tienes que admitir que esto es raro, se entera de lo de los niños, te llama y luego su compromiso termina, todo en una semana.

Me encojo de hombros.

—¿Quizás había alguien más? —Miro hacia Deb—. ¿Seguro que no sigue siendo un mujeriego después de todos estos años? ¿Quizás te engañó? —Deb frunce el ceño.

—De ninguna manera.

—¿Por qué estás tan segura?

—Créeme, si Gabriel estuviera enamorado de ti, no desearías nada más.

—Espero que se haya acostado con su hermano. —Deb sonríe con satisfacción—. A lo mejor se tiró a sus dos hermanos y a su lindo chofer y, bueno, los descubrió.

Suelto una risita al imaginarme el escenario.

—Entonces, ¿qué pasa en este caso, recibiría un pago de su acuerdo prenupcial aunque nunca se casaran? —Deb frunce el ceño—. ¿Se quedaría sin nada o… es decir, vivían juntos?

—Ni idea. —Pienso un momento—. Si fue él quien terminó con ella, sé que cuidaría de ella.

—¿Qué te hace decir eso?

—Es un buen hombre.

—No es un buen hombre —se burla Deb—. Es un idiota, no lo olvides nunca.

—Oh, ya sé que es un idiota. Quiero decir que no intentaría estafarla. Económicamente, su moral es fuerte. Cuida de su gente.

—Excepto de sus propios hijos. —Deb levanta una ceja en un desafío silencioso.

—Me lo ofreció, pero lo rechacé, ya te lo he dicho.

—Patético intento a medias, en mi opinión.

Mi corazón se hunde.

—Sí… —Doy un sorbo a mi vino—. Lo era.

Mi mirada se eleva hacia el cielo rosado, la naturaleza está ofreciendo un espectáculo espectacular esta noche, la vida es una gran contradicción. Es difícil creer que, sentada aquí y contemplando una belleza tan increíble, pueda sentir una tristeza tan profunda y abrumadora. Mis hijos no querían su dinero, *necesitaban su amor*.

—Haré el papeleo y estaremos en contacto. —Le estrecho la mano—. Ha sido un placer conocerle, Sr. Thompson. —Nos levantamos y caminamos hacia la puerta.

—¿Cuánto tiempo suelen tardar en tramitarse las solicitudes de préstamo? —pregunta.

—Cada caso es diferente, pero creo que el tuyo será relativamente rápido. —Abro la puerta de mi oficina para que se vaya.

—Fantástico. Que tengas un buen día. —Se aleja por el pasillo y oigo voces elevadas procedentes de la recepción.

—No me iré hasta que la vea —dice una mujer.

—Hoy tiene la agenda llena, lo siento.

—Se trata de un asunto personal.

Frunzo el ceño mientras escucho, esa voz me resulta familiar. ¿Qué está pasando ahí fuera? Salgo y se me para el corazón. Es Elena Ferrara, la madre de Gabriel.

Se vuelve y me ve, su barbilla se inclina hacia el cielo mientras el desprecio gotea de cada uno de sus poros.

Joder… no está contenta.

Dejo caer los hombros mientras me preparo para la batalla.

—¿Ha venido a verme?

—¿Qué te parece? —replica mientras me adelanta por el pasillo y entra en mi oficina.

—¿Quién es? —susurra Marci.

—Sólo… dame diez minutos. —Prácticamente corro a mi oficina y encuentro a Elena sentada tranquilamente en mi mesa. Lleva el pelo oscuro recogido en un peinado glamuroso, un vestido negro ajustado, tacones de aguja nude y un bolso Chanel también nude. Tiene la espalda recta y todo en ella grita elegancia.

Siento que se me va la sangre del cuerpo, hoy tengo un aspecto horrible y llevo los zapatos más viejos que tengo.

Ayuda…

Cierro la puerta y me siento.

—Hola, señora Ferrara. —Finjo una sonrisa.

Me mira fijamente, con un rostro frío y sin emociones. Siento que empiezo a sudar mientras su animosidad llena la habitación.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Creo que ya lo sabes. —Se sienta y cruza las piernas.

Una gota de sudor corre entre mis pechos.

—No. En realidad, no.

Suena su teléfono y ella echa un vistazo a la pantalla, rechaza la llamada y lo cuelga.

Suena mi teléfono y ella mira la pantalla que tengo sobre la mesa.

Gabriel

Oh, demonios… el peor momento. Dejo que suene e inmediatamente vuelve a sonar.

Ella levanta una ceja. Sabe que estoy aquí.

—Yo no…

—Te tiene bajo vigilancia —dice casi para sí misma.

Espera… ¿qué?

Mi teléfono vuelve a sonar.

Gabriel

Oh, demonios, esto es una auténtica pesadilla. Levanto el teléfono.

—No te atrevas a contestar a eso. —Se burla.

—No iba a hacerlo —miento. Apago tranquilamente el teléfono. Empiezo a sudar balas; esta mujer es una zorra.

—¿En qué puedo ayudarla, Sra. Ferrara? —digo con más firmeza.

Sus ojos fríos sostienen los míos.

—¿Cuánto quieres?

—¿Perdona?

—No insultes mi inteligencia, Grace, ambos sabemos que tienes una agenda.

Empiezo a oír la adrenalina mientras grita por mi cuerpo.

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

—Oh, por favor —se burla ella—. ¿De verdad esperas que me lo crea?

Toc, toc, toc suena en la puerta. Echo un vistazo. ¿Quién llama con tanta urgencia?

Toc, toc, toc.

La puerta se abre de golpe y entra un hombre, lleva un traje negro y parece aterrorizado.

—Perdone que la moleste, Sra. Ferrara. —Le tiende un teléfono—. Gabriel quiere hablar con usted urgentemente.

Mis ojos se abren de par en par, ¿cómo coño sabe que ella está aquí?

Me están vigilando… ¿qué…?

Ella le arrebata el teléfono y lo apaga.

—Fuera —le ordena.

—Por favor, no lo haga.

Sale corriendo de mi oficina y yo miro a mi alrededor en busca de una ventana por la que saltar.

—¿Cuánto? —Sus fríos ojos sostienen los míos.

—¿Para qué?

—Salir de la vida de mi hijo —suelta enfadada—. ¿Qué otra cosa podría significar? ¿De verdad crees que puedes seducir a mi hijo, quedarte embarazada sin decírselo y presentarte tres semanas antes de su boda con el amor de su vida, arruinarlo todo y salirte con la tuya? No eres más que una zorra manipuladora y no lo toleraré.

Me quedo con la boca abierta de asombro… no acaba de decir eso.

—Déjame adivinar… ¿Lo sedujiste en su mesa una noche después del trabajo? —Sus ojos se clavan en los míos—. Supongo que llevabas algo sexy, quizás un liguero que le dejaste ver a

propósito. —Su mueca se convierte en una sonrisa sarcástica—. ¿Y la tierra se movió por ti, pero él no quiso saber nada de ti después?

—La miro fijamente, sorprendida hasta el silencio.

—Te contaré un pequeño secreto, Grace Porter. Gabriel se ha acostado con la mayoría de sus asistentes. Tú no eres nada especial. —Me mira arriba y abajo—. Mírate.

Bum.

Bum.

Bum… me late el corazón en los oídos.

Se inclina hacia adelante en su asiento.

—Si crees que puedes pedir recompensa por mi hijo con tus bastardos hijos ilegítimos, será mejor que lo pienses de nuevo.

Aprieto la mandíbula mientras imagino que vuelco mi vaso de agua sobre su asquerosa cabeza.

—El superará esta fantasía de la familia feliz en… veamos… —mira su reloj— …unas dos semanas, ¿y dónde estarás tú entonces?

Las lágrimas amenazan, y se me hace un nudo en la garganta mientras intento contenerlas.

—Diez millones de dólares.

La miro fijamente, sin palabras.

—Quince. —Sus ojos fríos sostienen los míos—. Gabriel ha tenido relaciones sexuales con la mayoría de sus asistentes personales…

—Veinte millones de dólares. No seas tonta, Grace, al final te va a dejar. No hay forma de que puedas retener a un hombre como Gabriel Ferrara. Los dos lo sabemos. Coge el dinero ahora porque, créeme, después no conseguirás nada.

Cojo una foto enmarcada de mi escritorio y se la paso.

—Los hijos bastardos ilegítimos de los que habla tienen nombres: Lucía y Dominic. Tienen seis años.

Se le cae la cara de vergüenza al mirarlos, el parecido con Gabriel es asombroso, no puede negarlo.

—Son iguales a su padre —susurro—. Eche un último vistazo a esa foto, señora Ferrara, porque por encima de mi cadáver volverá a verlos.

El aire se arremolina entre nosotros, un conjuro del mal como nunca antes había sentido.

—No me subestimes, Grace —se burla—. Eso podría arreglarse.

—¿Es una amenaza? —Siento que recupero un poco el equilibrio—. Por favor, vuelva a amenazarme para que pueda grabarlo con mi teléfono. Estoy segura de que a Gabriel le encantará oír lo que mamá querida tiene que decirle a la madre de sus hijos.

Se podría cortar el aire con un cuchillo mientras nos miramos.

—Cometes un grave error —susurra.

—Váyase. —Me levanto y abro la puerta de la oficina—. Seguridad —llamo.

Los dos guardias de seguridad aparecen a la vista.

—Acompañen a esta mujer fuera de mi oficina, por favor, y llamen a la policía. Quiero que le pongan una orden de alejamiento. Acaba de amenazarme de muerte.

Jadea mientras se levanta.

—No he hecho nada de eso. —Sus ojos furiosos se cruzan con los míos—. ¿Cómo te atreves?

—Ha elegido a la mujer equivocada. —Sonrío ante su cara de sorpresa—. Usted… y sus veinte millones de dólares… pueden irse al infierno.

CAPÍTULO 18

Gabriel

—Así que, considerando eso, lo subiré ahora para que puedan verlo —digo en la videoconferencia mientras comparto mi pantalla. Subo otra hoja de cálculo y suena mi teléfono móvil en mi mesa. Echo un vistazo a la pantalla y veo el nombre de Elías. Frunzo el ceño, Elías es el guardia que dejé en Greenville con Grace.

—Tengo que atender esta llamada; denme un minuto. —Retengo la llamada y contesto al móvil.

—Hola, ¿qué pasa?

—Bueno… —Hace una pausa—. Yo no diría que haya nada raro como tal, más bien peculiar. Sólo le llamo para saber por qué no me comentó acerca de la visita.

—¿De qué estás hablando?

—Su madre está aquí.

Frunzo el ceño. —¿Cómo que aquí?

—Su madre está en Greenville.

—¿Qué? —Se me salen los ojos de las órbitas—. ¿Qué coño quieres decir? —Me levanto de la silla—. No dejes que se acerque a Grace, ¿me oyes?

—Demasiado tarde, ya está en su oficina.

—¿Qué? —grito. Cuelgo e inmediatamente marco el número de mi madre.

No hay respuesta.

Carajo.

Llamo al número de Grace mientras empiezo a caminar… Ring ring… ring ring… Descuelga.

El número de teléfono al que has llamado no
está disponible en este momento.

—Carajo.

Marco el número de mi madre y ella rechaza la llamada.

—No te atrevas, joder —estallo, la rabia me invade y podría desmenuzar el teléfono con la mano desnuda. Llamo a Elías.

—Hola.

—¿Dónde están?

—En la oficina de Grace.

—Pon a mi madre al teléfono —gruño.

—¿Qué…?

—Cierto. Carajo. Ahora —grito.

Le oigo llamar a la puerta. Toc, toc, toc. Toc, toc, toc. Puedo sentir su pánico a través del teléfono.

—Perdone que la moleste, señora Ferrara. Gabriel quiere hablar con usted urgentemente

—dice.

El teléfono se apaga y ella me cuelga.

—¡No te atrevas, joder! —estallo.

Recorro frenéticamente mi teléfono hasta llegar a Frank, el chofer de mi madre, y marco su número.

—Demonios…

—¿Dónde coño estás? —grito.

—Ah…

—¿Por qué demonios permites que mi madre vaya a Maine?

—Dijo que lo sabía.

—No lo sabía. Entra a la oficina y llévatela inmediatamente. No se le permite acercarse a Grace Porter bajo ninguna circunstancia, ¿me entiendes?

—¿Cómo la saco de la oficina?

—Arrástrala por el puto pelo si hace falta —grito.

—Espera, ya están saliendo.

Escucho.

—Oh, no —murmura.

—¿Qué?

—Los guardias de seguridad están escoltando a tu madre hasta la calle.

Mis ojos se abren de par en par. Grace hizo que la echen. Eso significa que se han peleado.

—¿Por qué iría allí? —grito, nunca me había enfadado tanto—. Llévala de vuelta a Nueva York ahora mismo. —Cuelgo y llamo a Mark.

—Hola.

—Organiza el jet para ir a Greenville.

—¿Para cuándo?

—Lo antes posible. Mi madre acaba de ser escoltada fuera de la oficina de Grace por seguridad.

—Oh, joder… —murmura—. Eso no está bien.

—¡Tú crees! —gruño—. Tenemos que llegar cuanto antes.

—De acuerdo, en ello. —Cuelga y yo camino de un lado a otro mientras intento calmarme. Intento llamar de nuevo a Grace y salta directamente el buzón de voz, su teléfono está apagado.

—Si me has jodido esto, mamá… Te lo juro por Dios.

Intento llamar a mi madre, pero su teléfono también está apagado.

Estoy a punto de explotar.

Suena mi teléfono, es Mark.

—Malas noticias —responde.

—¿Y ahora qué?

—No podemos obtener autorización para salir del aeropuerto hasta las siete de esta noche.

—¿Por qué no?

—El espacio aéreo está lleno, es lo más pronto que podemos salir.

—Este es el día del infierno. —Me paso las manos por el pelo—. Bien, tendrá que bastar. —Cuelgo precipitadamente y mi intercomunicador zumba—. ¿Qué? —grito mientras pierdo lo último de mi paciencia.

—Sr. Ferrara, ¿continúa su reunión? Los asistentes están esperando en línea, señor.

Joder… la reunión, se me había olvidado.

Umm… Intento volver a centrarme.

—Haz que hagan un descanso para comer, reanuda la reunión dentro de media hora. —Cuelgo y vuelvo a llamar a mi madre.

El número de teléfono al que has llamado no está disponible en este momento.

Me hierve la sangre mientras el cielo se tiñe de rojo.

Voy a matarla con mis propias manos.

Grace

Me siento en la oscuridad y contemplo el lago desde el porche trasero de mi casa. Son las nueve de la noche. Los niños están bien arropados en la cama y, sin embargo, no consigo calmarme.

Estoy furiosa a más no poder.

Deb ha estado por aquí intentando controlar los daños, pero es imposible.

Las palabras hirientes de la Sra. Ferrara vuelven a mí una y otra vez, como un megáfono en repetición.

Si crees que puedes pedir recompensa por mi hijo con tus bastardos hijos ilegítimos, será mejor que lo pienses de nuevo.

Odio haber dejado que me afectara.

Déjame adivinar… ¿Lo sedujiste en su mesa una noche después del trabajo? —Sus ojos se clavan en los míos—. Supongo que llevabas algo sexy, quizás un liguero que le dejaste ver a propósito. —Su mueca se convierte en una sonrisa sarcástica—. ¿Y la tierra se movió por ti, pero él no quiso saber nada de ti después? Te contaré un pequeño secreto, Grace Porter. Gabriel se ha acostado con la mayoría de sus asistentes. Tú no eres nada especial.

Sabes qué, dio en el clavo… así es exactamente como ocurrió. Fui a su oficina a altas horas de la noche y… oh, mi corazón se contrajo de vergüenza.

Me limpio una lágrima solitaria que se me escapa del ojo.

Su familia no es nada para nosotros, ¿por qué debería importarme lo que piensen de mí?

Parece que mi historia con Gabriel Ferrara se repite; no hace ni dos semanas que ha vuelto y ya me siento como una basura inútil.

Que esté cerca no es bueno para mí, todo en él me recuerda a una época en la que me sentía débil y vulnerable.

Deb cree que debería haber aceptado los veinte millones, la familia Ferrara seguiría odiándome, por supuesto, pero no más de lo que ya lo hacen, y al menos así no tendría que preocuparme por el dinero. Incluso si me limitara a depositar diez millones en un fondo fiduciario para cada hijo hasta que cumplieran veintiún años, seguiría siendo beneficioso.

No tendría que tratar con ninguno de ellos… pero entonces el inconveniente es que los niños nunca conocerían a su padre… ¿y cómo se puede poner precio a eso? Y siendo realistas, si él está en sus vidas, recibirían mucho más que diez millones cada uno en su testamento, vale miles de millones.

Exhalo un suspiro derrotado y miro fijamente al espacio, él ya se despidió el fin de semana pasado, no entiendo por qué su madre vino hasta aquí cuando él ya se ha limpiado las manos. Deb cree que fue él quien rompió con su prometida y el viejo murciélago está furioso por ello y me culpa a mí.

¿Es culpa mía?

¿Cómo puede ser culpa mía si ni siquiera sé lo que está pasando? Enciendo el teléfono y espero a que se active la señal.

16 llamadas perdidas - Gabriel

Uf…

Lo vuelvo a apagar.

Aléjate de mí, imbécil, no quiero tener nada que ver contigo ni con tu familia tóxica.

Relleno mi copa de vino.

—¿Tienes un vaso más para mí? —Una voz grave me sobresalta, y alzo la vista para ver a Gabriel de pie en la oscuridad del patio trasero, mirándome.

—¿Qué haces aquí? —brusco.

—He venido a ver si estás bien. —Sube lentamente los escalones y toma asiento en la silla que hay a mi lado.

—Estoy bien. —Me envuelvo en la manta con más fuerza para intentar protegerme de este monstruo—. Vuelve a Nueva York, Gabriel. —Se queda en silencio mientras mira hacia el lago.

—No te quiero aquí.

Asiente y apoya los codos en las rodillas, y nos sentamos en silencio un rato, el viento silba entre los árboles y la brisa me revuelve el pelo. Quiero estar en cualquier sitio menos aquí, a solas con él.

—¿Cuánto te ofreció? —pregunta.

Lo miro, sorprendida.

—Eso es lo que hizo… ¿no? Se ofreció a sacarte de mi vida.

Mientras lo miro fijamente, una nueva comprensión me invade. Sé por qué es como es, por qué siempre está en modo ataque y a la defensiva. Su madre es pura maldad, no puedo imaginarme haberme criado en ese ambiente.

—Veinte millones —susurro.

Un destello de dolor cruza su rostro antes de ocultarlo. —¿Lo aceptaste?

—Si tienes que preguntarme eso es que no me conoces en absoluto. —Pongo los ojos en blanco, disgustada—. Sinceramente, no necesito esta mierda, Gabriel. Por favor… sólo… vete —susurro.

Intento mantener la calma y dramatizar lo menos posible, pero tengo que hacer la pregunta. —¿Por qué estás aquí? —pregunto.

—Rompí el compromiso con Ariana.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Todo.

Frunzo el ceño, confusa. —No entiendo.

—Gracie… —Hace una pausa, como si intentara formularlo correctamente en su cabeza—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué vine a buscarte? —pregunta en voz baja.

—Yo… —Me encojo de hombros, sin saber qué decir—. No.

—He venido a buscarte porque nunca… —Sus ojos buscan los míos—. Pensaba en ti en momentos extraños y en lugares aleatorios. La cosa más mínima hacía que aparecieras en mi cabeza.

—Gabriel… —le corto.

—Déjame terminar —suelta. Junta las manos como si se armara de valor—. He venido a buscarte para acabar con este extraño —frunce el ceño mientras intenta articularse— sentimiento

inconcluso que tengo entre nosotros.

—No tiene…

—Pensé que estarías casada y serías feliz y yo podría poner fin a todo lo que necesitaba y empezar mi nueva vida.

—Lo miro fijamente, horrorizada.

—Pero me salió el tiro por la culata, porque en cuanto te vi, lo supe.

—¿Supiste qué?

—Que me estaba casando con la mujer equivocada.

¿Qué coño está pasando ahora?

—Y entonces me enteré de lo de los niños… Y me enfadé.

—Pero…

—Para.

—Podemos hacerlo…

—Basta —digo bruscamente mientras salto de la silla—. ¿Qué estás diciendo?

—Rompí con Ariana porque quiero ser un padre para mis hijos y porque… no puedo verlos sin… —Hace una pausa.

—¿Sin qué?

—Sin verte. ¿Cómo puedo estar casado con otra persona sabiendo que aún siento algo por ti?

Este hombre es el fin viviente.

—¿Qué? —escupo con rabia—. No sientes nada por mí. Nunca lo hiciste entonces, ¿por qué demonios ibas a hacerlo ahora?

—Estás enfadada.

—No estoy enfadada —respondo—. Estoy disgustada. Pobre Ariana. Eres un puto imbécil. Esa pobre chica está a tres semanas de su boda y tú rompes con ella por un polvo barato que tuviste en tu mesa hace siete años.

—Nunca fue un polvo barato —gruñe mientras empieza a perder los nervios—. Sabes muy bien que no lo fue.

Eres patético. —Entro furiosa.

—¿En qué sentido soy patético? —interroga.

—Tienes miedo de casarte y buscas una excusa para librarte de la boda. —Una ráfaga de viento azota la casa—. Cierra la puerta —digo bruscamente—. No me metas en esto, eres tan malo como tu madre.

—La boda no tiene nada que ver con esto. —Cierra la puerta—. Me has preguntado por qué mi madre te echa la culpa y te digo por qué. Nunca he dicho que esté en posición de buscar algo contigo ahora mismo, sólo expongo los hechos de lo que ha pasado en mi vida esta semana.

—No te molestes *nunca* en buscar algo conmigo, Gabriel —digo enfurecida mientras lo golpeo con fuerza en el pecho—. Vuelve a Nueva York. Sé un hombre y cásate con Ariana.

—No quiero a Ariana. Te quiero a ti.

—Mala suerte —susurro enfadada—. No quiero tener nada que ver contigo. Aparte de mis bebés, aquella noche fue un gran error.

—Teníamos algo, y has estado criando a nuestros hijos tú sola…

—No estaba sola.

—¿Qué significa eso? —Pone las manos en las caderas, indignado.

—¿Eso es lo que piensas? —Levanto las manos indignada—. Claro que sí. Que he estado aquí sentada sola y con el corazón roto, llorando por el infame Gabriel Ferrara todo este tiempo.

—¿Qué *has* estado haciendo?

—Tuve una relación de tres años con un hombre al que amaba profundamente.

Se le cae la cara de vergüenza. —¿Estás con alguien?

Tengo muchas ganas de mentir ahora mismo, pero sé que no puedo.

—Ya no… pero…

—Entonces… —Trata de tomarme en brazos.

¿Qué coño?

Me zafo de su agarre. —Gabriel… te lo digo con toda sinceridad, así que, por favor, escúchame. Vuelve y cásate con Ariana. No dejes escapar algo maravilloso por una noche cualquiera de hace siete años que no significó nada.

—Mientes.

—Mamá —suena una vocecita desde las escaleras.

Ambos miramos hacia arriba y vemos a Lucía de pie.

Mierda.

—Oh, hola, cariño. —Finjo una sonrisa—. Perdona, ¿te despertamos?

Asiente mientras se frota los ojos como adormilada y baja las escaleras.

—Hola Lucía —dice Gabriel en voz baja.

—Hola. —Le sonríe y levanta los bracitos para abrazarle.

Uf… ahora no.

Gabriel se arrodilla y la abraza. —Siento haberte despertado, princesa.

¿Por qué tiene que ser tan condenadamente tierno todo el tiempo?

—¿Te vas a quedar en la cama de mamá? —pregunta.

—No.

—Sí. —Respondemos al mismo tiempo.

—Me encantaría quedarme, así podré verlos a ti y a tu hermano por la mañana. —Sus ojos encuentran los míos—. ¿Te parece bien?

—¿Grace?

Lo fulmino con la mirada. —No —digo a espaldas de Lucía.

—Gracias —responde mientras me ignora por completo—. ¿Por qué no subes a la cama, Lucía, y yo subo a darte las buenas noches dentro de un momento?

Maldita sea, por qué se conocen tanto, esto no está bien.

—De acuerdo —dice Lucía, mientras sube las escaleras y desaparece.

—Tienes que irte a casa.

—Lo que necesito es terminar nuestra conversación.

—La conversación ha *terminado*. Me parece repugnante que estés aquí y digas estas cosas mientras tu pobre prometida está llorando ahora mismo en casa.

—Ya no es mi prometida, y no puedo ser responsable de los sentimientos de los demás.

—Y esa afirmación de ahí es exactamente la razón por la que me repugnas —susurro enfadada —. Siempre serás el idiota egoísta que recuerdo.

—No puedes negarlo, Grace. La chispa sigue existiendo entre nosotros.

Da un paso adelante, haciéndome retroceder. Su proximidad me roba todas las neuronas y me quedo sin habla mientras le miro fijamente.

—Gabriel…

—Sí, Gracie —levanta una ceja, juguetón.

—Esto no va a pasar nunca, así que quítatelo de la cabeza ahora mismo.

Me doy la vuelta y subo las escaleras. Genial, ahora tengo que limpiar mi habitación para que el imbécil se quede a dormir. Lo miro desde lo alto de las escaleras.

—Esta noche es tu última noche bajo mi techo.

—Ya veremos.

—Vete a la mierda —le digo.

—No —me contesta.

Este hombre es exasperante. Entro en mi habitación y cierro la puerta. Miro el caos a mi alrededor.

No estoy bromeando; esta *es* la última vez.

Gabriel

—Tu habitación está lista —dice Grace cuando vuelve a bajar las escaleras—.

Tu habitación.

—Gracias.

Mis ojos sostienen los suyos antes de que ella los aparte bruscamente. Ni siquiera puede mirarme.

—¿Dónde dormirás? —pregunto.

—En la habitación de Dom.

Asiento con la cabeza, sin saber qué decir a continuación.

—Buenas noches.

Desaparece escaleras arriba y me deja solo. Miro alrededor de la silenciosa casa. Está vacía de gente y, sin embargo, se siente llena, como si el amor que comparten fuera una fuerza tangible.

Mi móvil emite un pitido y miro la pantalla: Ariana.

Me dejo caer en el sofá antes de abrirlo.

Tengo el corazón roto.
Vuelve a mí.
Te amo.

Cierro los ojos con pesar. Imagino a Ariana con el corazón roto en Nueva York.

Las palabras de Grace vuelven a mí… Te lo digo con toda sinceridad, así que, por favor, escúchame. Vuelve y cásate con Ariana. No dejes escapar algo maravilloso por una noche cualquiera de hace siete años que no significó nada.

¿Es eso lo que estoy haciendo?

Una bola de plomo se asienta en mi estómago, mi vida es un desastre. Joder…

CAPÍTULO 19

Grace

EL SONIDO de la respiración regulada de Dom suena en su dormitorio como un zumbido. El sol apenas asoma por las cortinas, y creo que no he pegado ojo en toda la noche.

¿Cómo puedo estar casado con otra persona sabiendo que aún siento algo por ti?

Exhalo pesadamente. No necesito este drama en mi vida y, después de darle mil vueltas toda la noche, tomé una decisión: no volveré a pensar en esto.

Salgo lentamente de la cama, me pongo la bata y voy al baño. Me miro en el espejo y me estremezco, oh demonios… tengo un aspecto horrible.

Me lavo la cara, me recojo el pelo en un moño y bajo las escaleras.

—Buenos días —oigo ronronear su profunda voz.

Al levantar la vista, veo a Gabriel de pie junto a mi máquina de café, recién duchado y con pantalones de traje azul marino, con la camisa blanca abierta y el pecho y el torso bronceados a la vista.

Al instante recuerdo nuestras mañanas en su oficina.

—¿Café? —levanta una ceja en señal de pregunta.

—¿Qué haces? —amarro más fuerte el lazo de mi bata, sintiéndome de repente muy expuesta.

—¿Qué crees? —levanta su taza de café.

—Creo que estás posando, eso es lo que creo.

Me dedica una lenta sonrisa sexy mientras prueba su café.

—Debería preguntarte qué estás haciendo.

—¿Cómo que qué estoy haciendo?

—¿Por qué llevas esa horrible bata?

Me quedo con la boca abierta mientras me miro. —Es una bata preciosa.

—Claro que lo es, para cualquiera de noventa años.

—Escucha…

—Tenemos que hablar —me interrumpe.

—Claro que sí —susurro.

—Tengo que volver a Nueva York, pero regresaré el fin de semana —da un sorbo a su café despreocupadamente—. Entonces podremos decírselo a los niños.

—¿Decírselo?

—Tomé la decisión y voy a permanecer en sus vidas; no puedes pedirme que no lo haga. Soy su padre, Grace; quiero que lo sepan. Mi nueva vida con ellos tiene que empezar, y no voy a posponerlo más.

Mi corazón se hunde y sé que tiene razón, no puedo luchar más contra esto, la escritura ya está en la pared. Asiento con resignación.

—El sábado me mudo a mi nueva casa —continúa.

—¿Tu nueva casa? —frunzo el ceño.

—He alquilado una vivienda en la ciudad.

—¿Aquí?

—De momento no había nada adecuado para comprar, pero estoy al acecho.

Me siento débil.

—¿De verdad te vas a mudar aquí?

—Dividiré mi tiempo a partes iguales entre aquí y Nueva York. Estableceré una segunda oficina aquí y podré hacer todo lo demás por Zoom.

¿Qué demonios?

—Tengo una vacante de asistente personal, si te interesa el puesto —guiña un ojo.

—Estoy bien.

—He oído que el bono navideño es estupendo —sonríe.

—Paso. —Le arrebato mi taza de café—. ¿Cuándo te vas?

—Esta mañana —sus ojos sostienen los míos—. Estoy esperando a que se despierten para verlos antes de irme.

Doy un sorbo a mi café, sin saber qué decir a continuación.

—¿Qué haces hoy? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Tengo la semana libre.

—Oh —piensa un momento—. Les pediría a todos que vinieran a Nueva York conmigo, pero…

—¿Pero qué?

—Estoy en medio de una situación en Nueva York y ahora no es un buen momento.

Su madre.

—No iría de todas formas. ¿Has pensado en lo que te dije anoche? —le pregunto.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya tomé mi decisión.

—No es demasiado tarde, Gabriel. Aún puedes tenerlo todo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que quiero que seas feliz, que puedas seguir siendo padre, ver a tus hijos y casarte con Ariana.

—Eso no es lo único que quiero, Grace —sus ojos sostienen los míos.

—Gabriel… No va a pasar nada entre nosotros.

—Ahora no.

—Nunca.

Miro hacia abajo para ver las ondulaciones de su vientre y luego, recordando dónde estoy, vuelvo a levantar los ojos hacia los suyos. Un rastro de sonrisa cruza su rostro.

—¿Qué?

—¿Te gusta lo que ves?

—No.

Me cierro la bata con más fuerza.

—Horrible.

—Ah… —da un sorbo a su café—. Ya me dijiste una vez que era horrible.

—¿Ah, sí? —frunzo el ceño.

—Sí, justo antes de que me dijeras que te habías follado el mouse de mi computadora.

Oh, demonios… nunca podré superar eso.

—Sí, bueno… —siento que se me sonroja la cara de vergüenza— mis días de relaciones

sexuales con papelería han pasado a la historia.

—Qué lástima.

—O no. —Necesito cambiar de tema—. ¿Por qué tienes a alguien vigilándome?

—Porque quiero que estés a salvo.

—Estoy a salvo.

—Si la prensa se entera de esta información sobre ti y los niños, tendrás a los periodistas acampando en la calle. Esto es para tu protección, no la mía.

No quiero que sepa todo lo que hago. —No.

—No es negociable, Grace, y no está sujeto a discusión —sus ojos sostienen los míos en un desafío silencioso.

Puede que esté viendo por primera vez esta versión ligeramente nueva y mejorada de Gabriel Ferrara, pero su instinto más fuerte sigue siendo luchar. Hoy no tengo energía para más dramatismos, voy a dejarlo estar por ahora.

—Sube y despierta a los niños, de todas formas tienen que levantarse ya —le digo.

—De acuerdo.

—Voy a preparar el desayuno. ¿Quieres?

—Ejem… —sus ojos se desvían hacia la cocina mientras vacila—. Quizás…

Tiene miedo de comer lo que cocino. Enarco los labios para ocultar mi sonrisa.

—Te prepararé algo especial.

—No es necesario.

—Estaría bien que desayunaras con los niños, ve a despertarlos.

Desaparece escaleras arriba y yo abro la nevera y me asomo. Ahora, ¿cuál es el peor desayuno que puedo hacer?

Gabriel

Subo las escaleras y me dirijo al pasillo. Veo a Lucía sentada en la cama, con el pelo revuelto, un bonito camisón rosa y leyendo un libro.

¿Qué niño lee un libro nada más despertarse? Es un genio literal.

—Eres una niña tan buena, no me extraña que tu mamá esté tan orgullosa de ti.

Me sonríe dulcemente y siento que se me derrite el corazón.

—Seguramente fuiste una bebita muy preciosa —me siento a su lado, en el borde de la cama.

—Lo era —dice sin una pizca de humildad.

Sonrío ante su inocencia.

—Ojalá te hubiera conocido entonces.

Ella asiente mientras piensa.

—Yo también.

—¿Tienes fotos tuyas de cuando eras bebé?

—Mamá las tiene. Incluso hay algunas de cuando todavía estábamos en su vientre.

***Grace embarazada*.**

—¿Puedo verlas? —pregunto.

—De acuerdo.

Sonríe, emocionada, se pone en marcha y yo la sigo por el pasillo hasta el dormitorio de Grace. Se agacha y mira debajo de la cama.

—¿Qué haces? —frunzo el ceño.

—Están aquí debajo.

Saca un baúl de debajo de la cama.

—Oh.

Abre la tapa y sonríe orgullosa.

—Estas son todas nuestras fotos.

Miro la caja con asombro, un transporte al pasado, a todo lo que me he perdido.

—Gracias, Lucía, esto es perfecto.

—Mamá guarda todo lo especial debajo de la cama.

—¿Lo hace?

—Hmm…

—Bueno, esto es estupendo. Gracias.

Le retiro el pelo de la frente mientras la miro fijamente. No estoy seguro de haber visto nunca una niña más perfecta, aunque supongo que nunca he mirado a ninguna de cerca.

—¿Se ha despertado ya tu hermano?

—No lo sé. ¿Dónde está mamá?

—Abajo.

—Voy a ir a verla.

—De acuerdo.

Se va caminando y yo espero a que baje las escaleras y cierro la puerta en silencio.

Veamos qué otras cosas especiales guarda mamá debajo de la cama.

Me arrodillo y miro debajo, hay unas cuantas cajas y las deslizo lentamente hacia fuera. Fotografías principalmente. Hmm, justo al final hay otra caja que parece idéntica a la de las fotos del bebé. Me pregunto qué habrá dentro. Lo aparto todo y casi tengo que medio arrastrarme bajo la cama para recuperarlo.

Tiene polvo y parece que no se ha abierto en mucho tiempo. Vuelvo a mirar hacia la puerta. Si Grace entra ahora, estoy muerto. Abro lentamente la caja y frunzo el ceño, está llena de notas, baratijas y cosas al azar. Cojo un posavasos y le doy la vuelta.

Peter's Nueva York

Hmm, ese es el bar al que solíamos ir, hace años que no vamos, la verdad.

¿Por qué se habría quedado con esto? Qué raro.

Sigo rebuscando en la caja y saco una servilleta, en la que hay garabateada una nota.

No es posible extrañar tanto a alguien.
Gabriel… ¿dónde estás?

Se me retuerce el estómago. Vuelvo a leerlo.

No es posible extrañar tanto a alguien.
Gabriel… ¿dónde estás?

¿Cuándo escribió esto? Le doy la vuelta para intentar encontrar una fecha.

¿Me extrañaba?

Pero anoche me dijo que sólo habíamos echado un polvo barato en un escritorio… *mintió*.

Suena un pequeño golpe en la puerta.

—¿Gabriel?

Maldita sea, Lucía tiene una sincronización impecable.

—Un momento —grito.

Lo vuelvo a meter todo debajo de la cama y meto rápidamente la caja que tengo en la mano en mi bolsa de viaje y me pongo la ropa encima. Me llevo esta caja a casa; tengo que estudiar esa servilleta. Ya la volveré a meter más tarde.

Abro la puerta y veo a Lucía de pie, esperándome pacientemente.

—¿Sí?

—El desayuno está listo —me sonríe.

—Genial.

Levanto la vista y veo a Dominic salir de su habitación.

—Buenos días, Dominic —le digo.

—Hola —refunfuña mientras entra en el baño y cierra la puerta.

Hmm, tenemos que trabajar en esto, el maldito chico me odia.

—Vamos a ver a mamá —cojo a Lucía de la mano y camino por el pasillo con paso ligero.

Escribió sobre mí en una servilleta… y la guardó. Las cosas mejoran.

—¿Va todo bien? —los ojos de Mark parpadean para encontrarse con los míos en el espejo retrovisor mientras conducimos hacia el aeropuerto—. Estás muy callado.

Me paso la lengua por los dientes.

—¿Cuáles son los ingredientes de los huevos revueltos?

—Huevos —frunce el ceño—. Leche, quizás queso. —Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos—. ¿Por qué lo preguntas?

—Acabo de comer huevos revueltos que sabían a pescado y estaban mezclados con cáscaras de huevo —me limpio la boca con un pañuelo mientras se me revuelve el estómago.

—¿De verdad?

—No tienes ni idea de lo mal que cocina —vuelvo a limpiarme la boca para intentar quitarme ese sabor vil que tengo en la boca.

Sonríe para sí en el asiento delantero.

—No tiene la menor gracia.

—En realidad, lo es.

—Sí, bueno… —vuelvo mi atención hacia la ventana—. Si muero, dile a la policía quién me envenenó.

—Por supuesto.

—Me mudaré aquí el fin de semana.

—¿Permanentemente?

—De jueves a lunes por la mañana cada semana.

—Ah. —Continúa conduciendo—. Tienes tu propia casa en la propiedad que he alquilado. Aunque entiendo que no quieras estar aquí. Puedes quedarte en Nueva York, quiero decir… afrontémoslo, este lugar es un puto vertedero.

—Iré —sus ojos parpadean para encontrarse con los míos—. Me gusta esto. —Dobla la esquina hacia el aeropuerto—. Además, yo voy donde tú vas, ¿recuerdas?

Le dedico una sonrisa ladeada y asiento con la cabeza en señal de agradecimiento silencioso. Mark es la única persona que va donde yo voy, sea cuando sea. En un momento de mi vida en el que todo es desconocido, su presencia firme es una fuerza tranquilizadora.

—¿Cómo te fue anoche, con Grace quiero decir? —pregunta.

—Bueno… —me paso la mano por la mandíbula mientras pienso—. Me ha dicho que me odia.

—De acuerdo —conduce mientras escucha—. ¿Y los niños?
—Les decimos quién soy el fin de semana.
—¿Qué se siente al tener dos hijos?
Tuerzo los labios.
—Aterrador.
—Entonces… ¿qué hay hoy, jefe? —sonríe cuando llegamos al aeropuerto.
—Primera parada. Mi mamá.

El avión aterriza en la pista e inmediatamente marco el número de Frank.
—Hola, Sr. Ferrara.
—¿Dónde está mi madre?
—Está en una comida benéfica para el Instituto Ferrara en el Ayuntamiento.
Aprieto la mandíbula, molesto.
—¿A qué hora termina?
—Hasta bien entrada la tarde, señor.
Me cago en la puta.
—De acuerdo, llámame mañana cuando se haya levantado.
—Sí, señor.
Cuelgo y miro por la ventana mientras imagino cómo va a ser el día de mañana.
Veinte millones de dólares es todo lo que vale mi felicidad.

Las luces de la ciudad centellean sobre Nueva York. Me sirvo un vaso de whisky y lo coloco en mi escritorio junto a la caja que saqué de debajo de la cama de Grace. Llevo todo el día esperando ansiosamente llegar a esta caja, ¿qué quería decir cuando escribió en aquella servilleta?
Saco la tapa de la caja, me siento y empiezo a rebuscar lentamente en ella, hay fotos y tarjetas de notas, una extraña combinación de cosas que realmente no van juntas, pero todas parecen ser de la época en que Grace estaba embarazada.
Recojo un trozo de papel arrancado de un libro.

El Señor sabía que lo extrañaría tanto que un solo bebé no podría llenar el hueco que dejó.
Así que me dio dos.

Durante un buen rato me quedo mirando su letra y no sé qué demonios de caja es ésta, pero es jodidamente deprimente.
Con un gran sorbo de whisky, escarbo un poco más y encuentro un diario, la cubierta está arrugada como si lo hubieran llevado a todas partes. Lo abro y leo la entrada.

Fui a Nueva York para hablarle de nuestro bebé.
Se negó a verme y nunca me había sentido tan humillada en toda mi vida.
O con el corazón roto.
No puedo ver esta página por las lágrimas, no sé si podré hacerlo sola.
No me dio otra opción.
Sola estoy.

Cierro los ojos con pesar.
Se me retuerce el corazón cuando pienso en aquel día, si hubiera manejado las cosas de otra manera. Si sólo hubiera bajado a verla, ¿serían las cosas diferentes ahora? ¿me

conocerían mis hijos?

Se me nubla la vista y, sintiéndome la mayor mierda del mundo, sigo rebuscando en la caja hasta que llego a una tarjeta de felicitación para el bebé de color rosa pastel y la abro.

Gracie,
Fuiste muy valiente durante el parto
y estamos muy orgullosos de ti.
Te amamos,
Mamá y papá.

Ni siquiera les habló de mí a su madre y a su padre. Me la imagino con dos bebés pequeños y sin que nadie sepa quién es el padre; me duele el corazón.

Realmente lo hizo todo sola.

No puedo imaginarme lo que sería tener un hijo y no poder decirle a nadie quién es el padre. ¿Le hicieron preguntas o mintió directamente desde el principio?

Pienso en la oferta de mi madre de veinte millones de dólares y en lo insultante que es. Si hubiera querido el dinero, podría haberlo aceptado hace años.

Hay una caja de terciopelo negro debajo de todo y frunzo el ceño y la abro; dentro está la pulsera de tenis de diamantes que compré para Grace. Cuidadosamente atada en su sitio, brilla y parece nueva, como si nunca se la hubiera puesto.

¿Por qué iba a ponérsela? Te odia, ¿recuerdas?

Mi estómago se retuerce un poco más. No podría haberla cagado más si lo hubiera intentado.

Hojeo el diario y leo otra entrada,

Hoy empiezo las clases prenatales y lo que debería ser un día emocionante y que esperaba con ilusión… lo único que siento es pavor.

Soy la única madre soltera de la clase, ya es bastante malo tener que hacer esto sola… pero verme obligada a ver cómo se emocionan los maridos y parejas de todas las demás es demasiado para soportarlo.

Se me hace un nudo en la garganta mientras miro la entrada, odio que lo haya hecho sola. Odio por lo que la hice pasar.

Descuelgo el teléfono y marco los números. *Ring ring… ring ring…*

—Hola —responde Grace.

—Hola. —Sonrío, sólo oír su voz me hace sentir mejor.

—Gabriel, hola. Lo siento, pero los niños están dormidos.

—No es por los niños.

—¿Qué ocurre?

—Sólo quería oír tu voz.

Silencio…

Cierro los ojos, lleno de pesar.

—Grace —susurro—, lo siento mucho.

—¿Por qué?

—Por no haber estado ahí cuando me necesitabas.

—No tiene impor…

—A mí me importa —la interrumpí—. Odio no haber estado… —me detengo a decir algo más, inseguro de cómo mejorar la situación—, a tu lado.

Nos quedamos en silencio mientras ambos esperamos en la línea a que el otro diga algo.

—Estaré allí el jueves por la noche después del trabajo —le digo—. En cuanto termine, me pondré en camino.

—Probablemente será demasiado tarde cuando llegues para ver a los niños, tienen colegio al día siguiente.

—Lo sé. —Pienso un momento—. Esperaba que tú y los niños pudieran venir a mi casa el viernes por la noche… y…

—¿Estás seguro de que aún quieres decírselo?

—Positivo.

—No es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—No voy a cambiar de opinión.

—Llámame el viernes.

—De acuerdo.

—Buenas noches.

Sonrío mientras me invade la esperanza.

—Buenas noches, Gracie.

Salgo hacia el auto que me espera y encuentro a Mark de pie junto a él.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

—¿Cómo has dormido?

—Como un bebé.

El trayecto hasta la oficina es relativamente corto, y mi mente es un torbellino de excitación nerviosa. Sólo quiero volver a Greenville… con ella.

Pienso en el fin de semana y en la mudanza a la nueva casa y en contárselo a los niños, y sonrío por la ventana. Tengo tanto que esperar.

Estoy más emocionado por este fin de semana que por mi próxima boda. Eso ya dice mucho.

Pensé que tal vez estaba cometiendo el mayor error de mi vida al acabar con Ariana, pero encontrar esa caja me ha aportado una sensación de alivio.

No estoy solo en esto, Grace sintió lo mismo, y sé que ha pasado mucho tiempo desde entonces… pero si lo sintió una vez, puede volver a sentirlo.

El auto se detiene delante de la oficina ante un circo mediático con guardias de seguridad esperando alrededor.

—Carajo.

—¿Sigo conduciendo?

—No, tengo que entrar. Sube el auto.

El auto se detiene y Mark sale y me abre la puerta. Las cámaras empiezan a parpadear y los guardaespaldas empiezan a empujar a la gente.

—Atrás.

—Sr. Ferrara, ¿está usted destrozado por lo de la boda? —grita alguien.

—¿Es cierto que tiene una aventura, Gabriel? —grita otro—. ¿Quién es la otra mujer, Sr. Ferrara?

Atravieso el tumulto mientras las cámaras parpadean.

—¿Dónde está Ariana ahora? ¿Es cierto que se ha internado en una clínica de salud mental?

Aprieto la mandíbula con furia mientras me abro paso entre la multitud. A la mierda con esto. Tomo el elevador y paso por recepción.

—Buenos días, Sr. Ferrara.

—Buenos días.

—La Sra. Ferrara está en su oficina, señor.

—Estupendo. Gracias.

Subo por el pasillo y entro en mi oficina para encontrarme con mi madre sentada en mi mesa, con la espalda erguida, sin un pelo fuera de su sitio. Entorno los labios para no atacarla verbalmente, cierro la puerta tras de mí y me siento en el escritorio. Apenas puedo contener mi ira, y la animosidad se arremolina en el aire.

—¿Sí, madre? —le digo—. ¿Puedo ayudarte?

Cruza las piernas y vuelve a sentarse en la silla.

—Estás enfadado.

La fulmino con la mirada mientras me muerdo la lengua.

—Acudí a ella para protegerte —balbucea mientras empieza a ponerse nerviosa—. Y vi su maldad de primera mano con mis propios ojos.

La ira de mi alma empieza a arder con un nuevo fuego.

—No puedes tirar por la borda lo que tienes con Ariana por Grace Porter. No puedo permitirlo.

—Ariana y yo terminamos.

—No seas ridículo, tú amas a Ariana.

—Y se supone que *tú* me amas a *mí*. —Golpeo el escritorio con la mano, haciéndola saltar.

—Claro que te amo.

—Intentaste comprar a mis propios hijos para que salieran de mi vida —grito—. ¿Cómo carajo es eso amarme?

La fulmino con la mirada, a punto de estallar.

—Esta vez fuiste demasiado lejos, madre.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—No digas eso —susurra—. Ella no es buena para ti, Gabriel.

—*Tú* no eres buena para mí —grito—. Sal. De. Mi. Maldita. Oficina. Ahora. Mismo.

La puerta se abre de golpe y aparece Alessio. —¿Qué pasa? —pregunta mientras cierra la puerta tras de sí.

—Sácala de aquí —digo bruscamente mientras me dirijo a la ventana. Me paso las manos por el pelo, demasiado enfadado para mirarla siquiera.

—¿Qué pasó? —frunce el ceño.

—Tu mamá le ofreció a Grace Porter veinte millones de dólares para que me dejara.

—No lo hice —miente—. Le ofrecí un contrato de confidencialidad, hay una gran diferencia.

Los ojos de Alessio se abren de par en par.

—¿Ahora estás con Grace Porter?

—No, no está con ella. Está sufriendo un colapso mental, eso es lo que está haciendo. —Suelta mamá, enfurecida—. Va a arreglar las cosas con Ariana… si es que ella quiere volver con él.

—Fuera —exclamo, sintiendo que una bomba atómica está peligrosamente cerca de estallar.

—No me quedaré mirando cómo arruinas tu vida —escupe.

—Bien. De todas formas, no estás invitada.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —grita.

—Significa que no quiero tener nada que ver contigo. —Señalo la puerta—. ¡Fuera!

—Tonto —responde ella—. Estás arruinando todo por lo que has trabajado tan duro.

—Te lo advierto. Si vuelves a atreverte a acercarte a Grace o a mis hijos… *te las verás conmigo*, ¿me oyes?

—No puedes hablarme así. —Recoge su bolso enfadada, sale de mi oficina y cierra la puerta tras de sí, la oficina se queda en silencio.

Alessio empieza a caminar preso del pánico. Eso fue demasiado.

La adrenalina me recorre el torrente sanguíneo y estoy seguro de que todo el edificio acaba de oír ese intercambio.

Demasiado para mantener la compostura y la calma.

Carajo.

Suena el teléfono en mi mesa, el nombre de Elías ilumina la pantalla.

¿Y ahora qué?

—Sí —contesto bruscamente.

—Hola. Umm… Sr. Ferrara.

—¿Qué pasa?

—Sólo llamaba para decirle que Grace está almorzando con un hombre —dice nervioso —. La buscó en su trabajo y entró rodeándola del brazo al restaurante.

¿Qué?

—¿Quién es? gruño.

—Creo que es el hombre que me pidió que vigilara, Jack Spalding.

Los pelos de mi nuca se erizan mientras una furia como nunca antes había corrido por mi sangre. —Entra y siéntate en la mesa junto a ellos.

—¿Dentro del restaurante?

Empiezo a oír los latidos de mi corazón en mis oídos.

—No les dejes solos ni un puto segundo.

CAPÍTULO 20

Grace

—HOY ESTÁS TAN BELLA, ¿lo sabías? —Jack sonríe sobre la mesa—. Me encanta cuando estás de azul.

—Eso ya lo has dicho. —Le dirijo una sonrisa ladeada—. Pero gracias.

Jack es el hombre más simpático que conozco y, maldita sea, realmente quiero que me guste. Es rubio, de ojos azules y guapo, es atlético y tiene todos los atributos que cualquier mujer desearía, todo un partido en realidad. Somos amigos desde hace años y hace poco empezamos a salir de vez en cuando. Sé que le gusto de un modo romántico… es decir, no lo oculta.

Sigo esperando que me llegue la chispa, que ocurra algo que mágicamente me haga verlo de otra manera.

De momento, no ha habido suerte.

Pero no me rindo, sé que sería un gran compañero, sólo tengo que conseguir que mi cuerpo se ponga a la altura de mi cabeza. Estoy aguantando hasta que llegue la atracción… y seguro que tiene que llegar pronto, ésta es nuestra quinta cita.

—¿Qué vas a tomar? —pregunto mientras abro el menú.

—Hmm. —Da un vistazo a las opciones—. Tomaré lo que tú tomes.

Levanto la vista.

—¿No quieres elegir tú?

—Me complace hacer lo que tú hagas. —Sonríe soñadoramente sobre mí mientras se apoya en su mano—.

No lo hagas.

—De acuerdo, yo me pido una ensalada. —Cierro el menú de golpe—. Y una copa de vino.

—Me parece bien.

Nos sumimos en un silencio incómodo, yo estoy callada y él está incómodo, pero sinceramente, quién demonios sabe ya, he perdido toda esfera de referencia sobre cómo se supone que debo sentirme en una cita.

Miro a la gente del restaurante que está charlando y riendo, entusiasmada por verse. Siento una abrumadora sensación de fracaso.

¿Qué demonios me pasa? Por una vez, ¿no puedo querer a alguien que sea bueno para mí? No todo son mariposas y química, y maldita sea, ¿dónde está la camarera?

—Hoy sembré unas judías. —Jack sonríe—. Te van a encantar cuando estén listas para recoger, es emocionante ensuciarse las manos en el huerto.

Sonrío al viejo y querido Jack, tan dulce y amable aunque no tenga ni idea del tipo de emoción que busco.

—¿Cultivas todas tus verduras? —le pregunto.

—Hasta la última. Puedes venir a ayudarme el fin de semana si quieres. Te enseñaré a desmalezar correctamente.

Dios mío…

—Estoy bastante agobiada este fin de semana, gracias de todos modos. —Me fuerzo a sonreír mientras miro alrededor del restaurante—. ¿Dónde está la condenada camarera?

Gabriel llega el jueves y se lo contaremos a los niños. Los nervios se me revuelven en el estómago sólo de pensarlo.

—¿Qué haces? —pregunta.

Levanto la vista de mi ensoñación.

—¿Cómo dices?

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Me visita un viejo amigo.

—Estupendo. Me encantaría conocerlos.

Gabriel te comería vivo y se limpiaría los dientes con tus huesos.

—Claro. Finjo una sonrisa. Te avisaré.

Por el rabillo del ojo, veo que el reloj avanza. 2:19 a.m.

Creía que mis noches en vela preocupándome por Gabriel Ferrara habían terminado hacía tiempo.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Tumbada en la oscuridad, mirando al techo como un zombi, flotando en algún lugar entre el cielo y el infierno.

En las alturas del cielo, mis hijos se reunirán con su padre, ya no llevaré la carga de la culpa por negarles la verdad. La parte del infierno no es tan sencilla, me aterroriza que Gabriel vuelva a mi vida.

Del poder que tiene sobre mí, del amor que no sé si podré sacudirme.

El dolor y la destrucción que sé que traerá a mi corazón.

Es extraño, como si sintiera un desapego por todo lo relacionado con el amor, por todos los hombres que han intentado amarme a lo largo de los años y por la idea del matrimonio y de ser feliz para siempre.

Como una enfermedad que se arrastra en la oscuridad, esperando para atacar. Mi apego al dolor que causó se hace más fuerte que nunca, ¿y qué dice eso de mí?

Le amaba, pero más que eso, me encantaba odiarle.

Es más fácil culpar a otro de las cosas que van mal.

Claro que la atracción entre nosotros sigue ahí, pero eso es todo.

Una atracción física nunca ganará una guerra ni hará girar el mundo sobre su eje.

Sólo el amor puede hacerlo, y esto es lo más alejado que puede estar de ello.

Espero que cuide de mis bebés.

Sólo se me ocurre una cosa peor que el hecho de que no me ame…

El hecho de que no los ame…

Es viernes por la tarde, tomo los cuatro cartones de leche y los meto en la nevera. Lo peor de hacer la compra es desembalarla cuando llegas a casa.

Mi teléfono suena y leo el mensaje en cuanto llega, es de Gabriel.

Por fin aquí y acomodado.
Te veré esta noche.
Mi dirección es…

Leo la dirección y frunzo el ceño, ugh, es tan predecible. Claro que tiene una casa en la calle

más exclusiva de la ciudad. Se me revuelve el estómago. *Está aquí*.

—Chicos —digo mientras actúo sin entusiasmo—. Vamos a cenar esta noche con nuestro amigo Gabriel de Nueva York, ¿se acuerdan de él?

—¿De verdad? —Lucía rebosa de emoción.

Dominic levanta la vista de su sitio en el sofá.

—¿Puedo quedarme en casa?

—No, cariño.

Se me hunde el corazón, maldita sea, odio que Dom nos viera pelearnos a Gabriel y a mí en aquella primera visita, definitivamente no fue mi mejor momento. Gabriel es un buen hombre y te caerá bien si le das una oportunidad.

Dominic curva el labio, poco impresionado.

—¿Qué te vas a poner? —le pregunto para cambiar de tema.

—¿No puedo llevar esto? —Se mira a sí mismo.

—¿Por qué no te pones algo bonito?

—¿Cómo qué?

—No sé, vístete con unos buenos pantalones y una camisa o algo así.

—¿Puedo ponerme mi nuevo vestido amarillo? —interviene Lucía.

—Claro que puedes. ¿Puedes trenzarme el pelo?

—Sí. —Sonrío.

Dom vuelve a ver la televisión y sé que tengo que hacerle avanzar o, de lo contrario, se quedará ahí sentado procrastinando para siempre.

—Dominic, sube a ducharte y a lavarte el pelo, cariño —le digo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. —Ensancho los ojos—. Apaga la televisión, por favor.

Sube las escaleras refunfuñando y oigo la puerta del baño cerrarse tras él. Los nervios bailan en mi estómago. Esta noche es la noche. Hasta ahora nunca habían hecho preguntas sobre su padre biológico, eran demasiado pequeños para comprenderlo todo.

Por favor, que esto salga bien.

Lucía sube las escaleras entusiasmada, y entonces me asalta otro pensamiento: ¿qué demonios me voy a poner?

Una hora y media más tarde, subimos por la carretera mientras ojeo los mapas en mi teléfono.

—Debería estar aquí arriba a la izquierda. —Sigo conduciendo—. Y recuerden que esta noche usaremos nuestros mejores modales. Ha sido muy amable por parte de Gabriel invitarnos a cenar.

Sólo quiero que esta noche transcurra sin el drama de las travesuras descaradas de Dominic.

—¿Qué vamos a comer? —Dominic suspira.

—Comerán lo que les sirvan.

—¿Y si son sesos? —responde Dom.

—Entonces te comes los sesos.

—¿Y si son orugas? —Sonríe sombríamente mientras Lucía frunce el ceño horrorizada.

—Entonces te comes las malditas orugas.

—Gira a la derecha.

Google me avisa de la entrada y miro las luces que desaparecen colina arriba. Caramba. El amplio camino de entrada es enorme y grandioso, con grandes luces blancas a ambos lados; parece más una carretera principal que un camino de entrada.

—Aquí es —digo mientras giro a la derecha.

—¿Ésta es su casa? —jadea Lucía—. ¿Es rico o algo así?

—Debe de serlo —asiente Dom—. Sólo los ricos tienen entradas así. Seguro que también tiene piscina.

—¿A quién le importa si es rico o no? —replico—. Es de mala educación hablar de dinero, chicos. Por favor, no lo hagan nunca.

Oh diablos, estos chicos van a sonar tan incultos y pueblerinos. Bueno… lo son.

Seguimos subiendo la colina durante kilómetros y el auto está en silencio mientras observamos los hermosos alrededores.

De acuerdo… esta entrada es deslumbrante, es como los jardines botánicos, incluso yo estoy asombrada. Uf… tan típico de él. Menudo imbécil.

Me empiezan a sudar las palmas de las manos mientras sujeto el volante. La magnitud de esta noche está empezando a asustarme de verdad.

—Chicos… por favor, prométanme que esta noche se portarán bien con Gabriel, ¿vale?

—Sí, mamá —Lucía sonríe desde el asiento trasero.

Mis ojos miran a Dominic por el retrovisor en busca de confirmación.

—¿Dom?

—Sí. Resopla. Ya te lo he dicho.

Llegamos a la cima de la colina y mis ojos se abren de par en par ante la vista. La casa es blanca y enorme, de tres pisos de altura e iluminada con las mismas lujosas luces de grandes bolas. Tiene un amplio porche y hermosos jardines.

—Wooooooah —jadean los niños desde el asiento trasero.

Me trago el nudo de arena que tengo en la garganta mientras estaciono el auto. Ya está.

Se abre la puerta principal y aparece Gabriel, que saluda y sonríe mientras baja a saludarnos.

—Hola.

Me abre la puerta del auto. Sé amable con los niños. Lo miro y sonrío torpemente.

—Hola.

Alto, con el pelo oscuro y una mandíbula que podría cortar cristal. Lleva unos jeans azules que le quedan bien ajustados y una camiseta blanca. Sólo lo he visto con ropa informal un puñado de veces, por suerte para mí… porque tiene un aspecto condenadamente delicioso.

—Ejem.

Me aclaro la garganta mientras intento despejar mi mente de sus pensamientos pornográficos.

—Lucía. —Sonríe mientras se inclina y la abraza—. Estás preciosa.

Le alisa los volantes del vestido. Dominic sale del auto y Gabriel le sonríe.

—Hola, Dominic.

Dominic finge una sonrisa, pero no le ofrece la mano ni un abrazo ni nada.

—Hola.

Carajo, muchacho… sé amable.

—Por favor… entren. —Gabriel hace un gesto hacia la casa y lo seguimos escaleras arriba. Atravesamos las enormes puertas dobles de la entrada y al instante la opulencia nos golpea en la cara.

El vestíbulo tiene una escalera doble de madera, y el suelo es de baldosas de mármol blanco y negro colocadas siguiendo un patrón.

—Vaya… esto es… —Me aferro a mi bolso—. Qué bonito.

—No pasa nada.

Nos acompaña hasta la cocina y la sala de estar de gran tamaño y casi me quedo con la boca

abierta. La cocina es del tamaño de un restaurante y toda de mármol blanco, y el salón tiene sofás blancos de gran tamaño y una alfombra blanca. ¿Cómo mantienen limpio todo este material blanco?

—Woooah —jadea Lucía mientras corre hacia las puertas de cristal de acordeón de la parte trasera—. ¿Eso es un barco?

—Santo… —Dom jadea.

Me asomo y veo una piscina infinita con vistas a una montaña impecable. Hay tumbonas a rayas blancas y negras alineadas junto a ella y un bar para nadar.

¿Qué demonios?

—Hay un barco —grita Dominic.

Miro más allá de la piscina y veo un lago con un bote de remos flotante amarrado al muelle. Mis ojos horrorizados se encuentran con los de Gabriel y él da un respingo, sabiendo exactamente lo que estoy pensando. El barco en el lago es exagerado, debo admitirlo. Se encoge de hombros.

—¿Podemos ir a mirar? ¿Podemos ir a mirar? —Lucía rebota en el sitio.

—¿Podemos, mamá? —interviene Dominic.

—¿Es seguro ahí fuera? —pregunto.

—Claro.

Gabriel abre las puertas de cristal y los niños salen corriendo al jardín trasero. Miro a la izquierda de la propiedad y veo una casa; sale humo de la chimenea.

—¿Vive alguien ahí? —pregunto.

—Mark.

—¿Mark Mark? —Mis ojos se abren de sorpresa—. ¿Tu chofer de Nueva York?

Gabriel se ríe entre dientes.

—Sí, Mark Mark.

—Oh…

—Estaba deseando salir de Nueva York y quería empezar de nuevo conmigo.

—Oh… —Me encojo de hombros—. No me lo puedo creer…

—¿Que me mudé aquí?

El olor de su aftershave me envuelve, y contengo la respiración para no saber lo bien que huele, lástima que él lo sepa.

—A tiempo parcial —digo mientras me acerco al borde de la escalera para mirar a los niños que están junto al lago.

—Estaré aquí cuatro días a la semana, estaré más tiempo aquí que en Nueva York.

Giro hacia él.

—¿Estás seguro de esto?

Levanta la mano hacia lo que nos rodea.

—¿Te parece incierta esta casa?

Se me revuelve el estómago de nervios mientras nos miramos fijamente.

—Voy a decírselo durante la cena —dice.

—¿Qué vas a decir?

—He repasado la conversación en mi cabeza un millón de veces y sigo volviendo a una cosa.

—¿Qué es eso?

—La verdad.

—¿La verdad? —Frunzo el ceño—. ¿Cómo que la verdad? La verdad entre nosotros es fea.

—Voy a decirles que éramos amigos y nos besamos y… tuvimos relaciones sexuales.

—¿Qué?

—Son demasiado jóvenes para la parte del sexo —susurro asustada.

—Bien… la parte del sexo en el escritorio no.

Asiento con la cabeza.

—Les diré que lo hicimos en una cama. —Me guiña un ojo juguetón.

—Nada de hablar de sexo —tartamudeo—. Puedes contarles todo sobre los pájaros y las abejas dentro de cinco años.

—Trato hecho —responde sin vacilar.

Cinco años.

Nos miramos fijamente y es extraño… Algo es diferente esta noche. No nos odiamos, o tal vez estoy harta de odiarle. En cualquier caso… es agradable no querer apuñalarle.

—Entonces… ¿qué hay para cenar? —pregunto.

—Bueno… —Se encoge de hombros—. Iba a cocinar, pero…

—¿Pero no sabes cocinar?

—Viniendo de ti, es una pregunta insultante —responde—. Pedí pizza para que la noche sea más tranquila.

—De acuerdo.

—No estaba seguro de lo que les gustaba, así que pedí una de cada sabor.

—¿Cuántas pizzas has pedido?

—Diez.

—Diez —jadeo.

—Pizza de Nutella de postre. Tengo dos.

—Bien, una para mí y otra para ti.

—O las dos cosas para mí y ninguna para ti.

—Eso también. —Sonrío ante el retorno de las bromas amistosas que siempre compartíamos.

Sus ojos centellean con un cierto algo mientras nos miramos fijamente. Basta ya.

—Te he preparado las habitaciones de invitados —dice.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que tú también querrías quedarte si ellos se quedan. Ya sabes, hasta que se instalen conmigo.

—No tenía previsto que se quedaran. No les he preparado una bolsa de viaje ni nada.

Se le cae la cara de vergüenza.

—No puedes precipitarte, Gabriel, primero pasemos esta noche. Quién sabe cómo reaccionarán.

Asiente, descorazonado.

—Se quedarán, se quedarán siempre. Sólo que esta noche no —le digo.

—Bien.

Puedo sentir su decepción.

—¿Has pedido vino con la pizza? —pregunto para cambiar de tema.

—He traído el mío de Nueva York. Probé tu vino local el fin de semana pasado, ¿recuerdas?

Sonrío.

—Ahh… claro que sí. Inteligente elección.

—¿Quieres un vaso?

—Quizás sólo uno.

Sus ojos sostienen los míos durante un largo rato, como si esperara que dijera algo, y el aire se arremolina entre nosotros. Aparto la mirada.

Quizás no deba beber nada esta noche.

Gabriel lleva las pizzas al comedor.

—Comeremos aquí; he puesto la mesa.

Miro hacia el comedor formal, la mesa antigua de dieciséis plazas está perfectamente puesta con vajilla de plata de lujo y servilletas de lino, hay flores frescas en el centro de la mesa y parece sacada de un decorado de película o algo así.

—Quizás deberíamos comer en la cocina, alrededor de la encimera —sugiero.

—¿Por qué?

—Es menos formal y más relajado, aligerará el ambiente.

Piensa un momento mientras mira alrededor de la mesa.

—Quizás tengas razón. —Se pasa las manos por el pelo, como si le diera un ataque de pánico.

—¿Estás nervioso?

—No estoy nervioso —suelta—. Estoy flotando.

—Todo va a ir bien.

—¿Cómo lo sabes? Dominic me odia.

Resoplo aire en mis mejillas.

—Bueno, tenemos que trabajar en ello. Roma no se construyó en un día. Entrará en razón, se parece mucho a ti.

—Eso no me ayuda, sé cómo pienso.

Lo miro fijamente, es la primera vez desde que conozco a Gabriel que habla abiertamente de una debilidad.

—Acabemos con esto de una vez.

—¿Qué vas a decir otra vez? —susurro mientras lo sigo a la cocina.

—La verdad. —Deja las diez cajas de pizza sobre el mostrador.

—La verdad apesta. ¿Quizás debería decírselo?

—No. Quiero hacerlo.

—¿Estás seguro?

—Siéntate —suelta, llena nuestras copas de vino, me pasa una, echa la cabeza hacia atrás y la vacía. Inmediatamente rellena su vaso y hace un gesto al mío—. Sigue.

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa.

—Niños —llamo—. Ha llegado la cena.

Entran a toda velocidad desde la otra habitación y se suben a los taburetes.

—Dios mío —jadea Lucía—. ¿Por qué hay tantos?

—Porque tenemos hambre, por eso —responde Dominic mientras abre la primera caja—. Qué asco, cebolla.

Arruga la nariz con asco.

—Éste de aquí, de pepperoni, tu favorito. —Les paso a los dos un trozo. No tuve valor para decirle a Gabriel que sólo se comerían una de sus diez pizzas.

—Gracias —dice Dom mientras da un gran bocado.

—Qué rico. —Lucía sonríe, entusiasmada. Miro a Gabriel y está blanco como un fantasma.

—Chicos, tenemos algo que decirles —les digo.

Siguen comiendo, totalmente absortos en su pizza.

—Gabriel… —Ensancho los ojos hacia él—. Ahora.

—Bueno. —Gabriel hace una pausa como si estuviera articulando sus palabras—. Tu mamá y yo acabamos de descubrir una información muy emocionante.

Siguen comiendo, totalmente desinteresados.

—Como saben, su mamá y yo somos amigos desde hace mucho tiempo… —Da un gran trago a su vino—. ¿Están escuchando a Gabriel?

Asienten con la cabeza mientras comen, no están escuchando.

—En fin —continúa—. Su mamá y yo trabajamos juntos, y una vez estuvimos enamorados.

—¿Qué?

Ambos dejan de comer para mirarle.

—Es decir, no me di cuenta en ese momento, y… —Se traga el nudo que tiene en la garganta —. En fin, un día, cuando su mamá se marchaba de Nueva York para trasladarse aquí, a Greenville, compartimos un beso de despedida muy especial.

Se me retuerce el corazón al recordar aquella noche.

Dominic frunce el ceño, sus ojos me miran en busca de confirmación y yo sonrío nerviosamente y le tomo la mano por debajo de la mesa.

—Y su mamá se mudó aquí y yo me quedé en Nueva York y estuve muy triste durante mucho tiempo.

Eh…

¿Qué coño está haciendo?

—Entonces, un día, su mamá se enteró de que estaba embarazada, y le hizo mucha ilusión tener dos bebitos en el vientre. —Me sonríe suavemente.

Empiezo a oír los latidos de mi corazón en mis oídos.

—¿Recuerdan cuando los médicos fueron a su casa y tenían esos hisopos que se metían en la boca y les cortaron un trocito de pelo?

Lucía asiente de forma exagerada.

—Bueno, esa prueba nos dijo que… —Vuelve a mirarnos a todos como si buscara una guía divina—. Soy su padre.

Dominic lo mira fijamente, sin emoción.

—¿Qué has dicho? —Lucía frunce el ceño.

—Soy tu padre. —Esboza una sonrisa ladeada—. Me hace mucha ilusión y espero que a ti también.

Los ojos de Lucía se abren de par en par.

—¿Padre… como un papá? —jadea.

—Sí. —Sonríe—. Como un papá.

Dominic deja caer la pizza en el plato.

—Sí. —Sonrío torpemente mientras mis ojos recorren a todos los comensales—. ¿No es emocionante?

—Sí. —Lucía se levanta de un salto y salta hacia Gabriel, que la abraza.

—Pensé que eras mi papá —miente.

Gabriel se ríe mientras le aparta el pelo de la cara.

—¿Ah sí?

Se me derrite el corazón al verlos a los dos, y entonces echo un vistazo para ver a Dominic mirándome con odio.

—¿Qué tienes que decir, hijo?

—No quiero un papá —dice rotundamente—. ¿Podemos irnos ya a casa? Estoy cansado.

A Gabriel se le cae la cara de vergüenza.

Pequeña mierda.

—No, nos quedaremos aquí y comeremos pizza como habíamos planeado. Gabriel se ha

desplazado hasta aquí desde Nueva York para conocerte, y tú *serás* educado.

No hay que andarse con rodeos con Dominic, tengo que ser franca con él sobre esto desde el principio. Empuja su plato hacia delante en señal de protesta.

—Ya no tengo hambre y quiero irme a casa.

Los ojos poco impresionados de Gabriel se dirigen hacia él y sé que tengo que calmar la situación antes de que se convierta en una discusión.

—No, Dominic, no estropearás este momento —le digo con severidad—. Si no puedes ser amable, vete a esperar al salón y mira la televisión. No puedes dictar cómo transcurre esta noche. Es una noticia muy emocionante para ti y para Lucía.

Es terco como una mula y Lucía se merece algo mejor que él para arruinar esto. Sale dando pisotones de la habitación, los ojos heridos de Gabriel lo siguen y luego vienen a encontrarse con los míos.

—Por eso los dos tenemos el pelo negro. —Lucía sonríe a Gabriel, totalmente imperturbable. Alarga la mano y le toca el pelo.

—Sí.

—Y los dos tenemos los ojos marrones.

—Los tenemos. —Le sonríe.

Echo un vistazo al salón y veo a Dom apuntando con el mando a distancia a la televisión. Maldita sea, por qué ha tenido que reaccionar así, tal vez debí decírselo en privado antes de venir.

Lucía se vuelve a acercar, se sienta y empieza a comerse su pizza mientras Gabriel y yo nos sentamos en silencio, de vez en cuando sus ojos vagan por el salón de vuelta a Dominic.

El ambiente es pesado, y no tengo ni idea de lo que pasa por la cabeza de Gabriel, pero no puedo ni empezar a imaginarme cómo se sentiría él. Oír a su único hijo decir que no quiere un padre… ¡Ay!

Menudo lío.

Es culpa mía; fue demasiado pronto. Debimos habérselo dicho en nuestra casa, donde Dominic se sentía cómodo y seguro en su propio entorno.

Idiota.

Gabriel mastica su pizza, y el asco le cruza la cara.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—No sé qué clase de pizza es ésta, pero por Dios, está mala. —Tuerce el labio y la deja caer de nuevo en el plato.

El pobre desgraciado ni siquiera puede conseguir una pizza decente en este lugar. Creo que de todas las cosas que le he servido de comer en las últimas semanas y no puedo ocultar mi sonrisa. PREGUNTAR A MAFE, VER PAG 349 DE Bonus 1-25

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunta secamente.

—*Eres* un snob con la comida.

—Yo… —enarca las cejas mientras busca una respuesta— …admito abiertamente que prefiero la comida comestible.

Me da un ataque de risa.

—Me alegra que te parezca divertido.

Abre otra caja de pizza y se asoma, entrecierra los ojos mientras se fija en algo.

—¿Eso es piña? —Coge un trozo y lo echa en el plato—. Pero qué…

—Cómetelo.

Da un mordisco y hace un gesto de dolor mientras mastica en cámara lenta.

—¿Y bien?

—Ésta es un poco mejor… supongo. —Se encoge de hombros.

—Terminé —anuncia Lucía—. ¿Puedo retirarme de la mesa?

—Sí, adelante —le digo.

Se va saltando al salón a sentarse con su hermano.

—No hagas caso a Dominic, esto es culpa mía —susurro.

Levanta una ceja como si estuviera de acuerdo conmigo.

—Sólo quería decir que debímos habérselo dicho en mi casa.

—¿Qué es lo que no te gusta de esta casa? —dice enfadado.

—Sólo digo que… quizás deberíamos quedarnos un tiempo en nuestra casa hasta que vuelva en sí.

—¿Así que te vas a casa sin más? Llevo esperando esta noche toda la puta semana.

—Entonces ven con nosotros —susurro.

—No voy a echarte de tu cama ni una noche más.

—Entonces puedes dormir en el sofá.

—Aquí hay siete habitaciones —jadea.

—Todavía no —susurro—. Esto es mucho para un niño pequeño, ponte en su lugar por un minuto.

Exhala pesadamente.

—Terminemos de cenar y luego volvamos a mi casa.

Un rastro de sonrisa cruza su rostro.

—¿Qué?

—Nada. —Tuerce los labios—. Es que me gusta cómo lo dices.

—Gabriel…

—¿Sí, Gracie? —Sonríe dulcemente.

—Déjate de juegos, te digo ahora mismo que esto es sólo por su bien, no tengo ningún interés en ti y estarás durmiendo en el sofá.

—Claro que sí. —Sonríe como si conociera un secreto.

Maldita sea, el juguetón Gabriel Ferrara es muy atractivo.

—Lo digo en serio. —Ensancho los ojos para acentuar lo que digo.

—Tú mandas, Gracie. —Levanta las dos manos en señal de rendición.

Gracie.

—Volvamos a casa. —Llamo a los niños.

—Oh, no —llama Lucía.

—Yo también voy —responde Gabriel—. Vamos a traer las pizzas de Nutella de postre.

—Sí —responde Lucía.

No hay respuesta de Dom.

—¿Cuánto tiempo vamos a consentir al rey Dominic?

—Arruga el labio, poco impresionado.

—Hasta que consigas gustarle.

—¿Y si ese día no llega nunca?

—Más vale. —Me levanto y empiezo a empaquetar la pizza—. No es como Lucía, no le gustarás así como así. Empezaste con mal pie cuando me enfadaste, eso es todo. Entrará en razón cuando vea que tú y yo congeniamos.

—«¿Cojamos?».

—No «cojamos», idiota —susurro—. Congeniamos.

—¿Cojamos? —repite pícaramente.

—Dios mío —susurro—. Entra en el auto antes de que te atropelle.

Quince minutos después, llegamos a la entrada de mi casa, Gabriel en su auto detrás de mí.

—Han salido los patos —jadea Lucía—. ¿Podemos ir a verlos?

—Sí, de acuerdo.

Ambos saltan del auto y desaparecen por el lateral de la casa. Salimos al porche y vamos a abrir la puerta principal. Gabriel viene detrás de mí y se acerca demasiado, siento su aliento en mi cuello y cada célula de mi cuerpo se pone en alerta.

—¿Te importaría guardar algo de distancia? —le pregunto.

Retrocede dos pasos exageradamente.

—Sabes, te estás sintiendo demasiado cómodo conmigo —le advierto.

—Dijiste que podíamos ser amigos.

—Sí, pero…

—¿Pero qué, Gracie? Estoy siendo amable.

¿Estoy siendo demasiado dramática? —Solo para que lo sepas.

—Créeme, lo sé. —Pone los ojos en blanco mientras se mete las manos en los bolsillos—. Ahora eres como la puta Madre Teresa.

No me digas.

No tienes ni idea.

Abro la puerta, entramos y miro alrededor de nuestra casa, parece tan pequeña e insignificante ahora que he visto su nueva casa.

—Hogar, dulce hogar —suspira sarcásticamente Gabriel.

—Se siente cómodo aquí.

Dominic entra por la puerta trasera con una cesta de leña y se dirige a la chimenea, se agacha y empieza a estrujar el papel.

—¿Enciendes el fuego tú solo? —pregunta Gabriel.

Dominic asiente mientras sigue cargando la leña.

—Dominic es el bombero de nuestra casa —digo con orgullo.

—Impresionante. —Gabriel asiente—. No estoy seguro de poder encender un fuego yo solo, tendrás que enseñarme algún día.

Dominic sigue haciendo lo que está haciendo, ignorándolo.

—Dominic… —dice Gabriel—. Sé que estás enfadado porque no he estado cerca de ti y de tu hermana… pero quiero que sepas que… yo también estoy enfadado.

Dominic levanta la vista hacia él, luego se contiene y se hace el desinteresado, vuelve a su tarea.

—Me siento engañado por haberme perdido tanto de tu vida hasta ahora —continúa Gabriel.

La culpa me atraviesa como un tren.

—Pero quiero que sepas que ahora estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte.

Dominic toma el mechero y enciende el papel, las llamas anaranjadas parpadean.

—Y sólo porque hayamos empezado mal, no significa que no vayamos a tener una relación maravillosa en el futuro.

Dominic hace una pausa mientras aviva el fuego y sé que me está escuchando.

—Voy a hacer que valga la pena la espera… A ti, a Lucía, y a tu mamá.

Todas esas noches me tumbaba en la cama y lloraba hasta quedarme dormida porque quería que mis hijos tuvieran un padre, y ahora, al oír esto, es… Se me hace un nudo en la garganta.

—Dom —llama Lucía desde la cubierta trasera—. El pato marrón ha vuelto. Rápido.

Dominic me mira en busca de aprobación para irse.

—Puedes salir si quieres —le digo.

Sale corriendo por la puerta trasera y Gabriel se desploma para sentarse en el brazo del sofá. Me invade la empatía y le pongo la mano en el hombro.

—Va a volver en sí.

Gabriel pone su mano sobre la mía. —Ojalá estuviera tan seguro.

Sus músculos cálidos y fuertes sobre mi mano me toman por sorpresa y trato de retirarla, sólo para que Gabriel la sujete con más fuerza.

—No mentía, Gracie. No voy a ir a ninguna parte. Te lo prometo.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Gabriel, lo único que importa es tu relación con los gemelos. No me metas en esto.

Nos miramos fijamente mientras la emoción brota entre nosotros, recuerdos de un pasado horrible que mi corazón no me deja perdonar. Su rostro parpadea con las sombras rojas y doradas del fuego.

—Sólo te pido que dejes la puerta abierta.

—Esa puerta lleva cerrada muchos años, Gabriel.

Me pasa la mano por la pierna mientras me mira fijamente, y conozco esa mirada, hace tiempo soñaba con ella todas las noches.

—Ya no soy el chico de entonces.

—Entonces, ¿quién eres tú? —pregunto.

—Soy el hombre que quiere corregir sus errores —su mano se desliza hasta mi hombro—. Un hombre que sabe lo que quiere.

—Nunca vamos a acostarnos. Quítatelo de la cabeza ahora mismo.

—No busco sexo, busco una conexión. —Sus ojos buscan los míos—. Quiero sentir el latido de tu corazón desde dentro, quiero mostrarte el mío.

Oh…

Se levanta, separándonos milímetros, y me toma la cara entre las manos. Lo miro fijamente mientras mi corazón se detiene por completo.

—Sácame de mi miseria. —Se inclina y sus labios rozan suavemente los míos—. Dime que hay una oportunidad para nosotros.

CAPÍTULO 21

Grace

SU LENGUA pasa lentamente por mis labios abiertos y mis rodillas casi ceden debajo de mí. Se me cierran los ojos cuando el momento se apodera de mí.

Oh…

Volvemos a besarnos, y esta vez su lengua se desliza lentamente en mi boca, despertando todos los instintos femeninos que he reprimido durante años.

Este hombre… la reacción física que tengo ante él… es carnal, primitiva y condenadamente adictiva.

Espera… ¿qué demonios estoy haciendo?

Me separo del beso y doy un paso atrás.

—Gabriel, tienes que parar.

—¿Qué ocurre? —Vuelve a tomarme y atrae mi cuerpo contra el suyo—. Vuelve aquí.

—No. —Doy un paso más hacia atrás—. No se trata de ti y de mí, sino de los niños y de tu relación con ellos.

—Lo que los niños necesitan es que estemos juntos.

—Eso no es cierto en absoluto, y además… —Busco en mi mente la carta del Monopolio para salir de la cárcel gratis—. Ya estoy saliendo con alguien.

Sus ojos se entrecierran y da un paso hacia mí, obligándome a retroceder.

—¿Quién es? —gruñe.

El dominio de su acción hace que un fuego salvaje recorra mi cuerpo. Siento el pulso entre las piernas.

Sólo tírame a la mesa y hazme tuya de una vez.

—Un hombre muy agradable —respondo con voz demasiado aguda—. No puedes venir irrumpiendo aquí con unas cuantas palabras bonitas y esperar que lo deje todo.

Sus ojos se clavan en los míos y entonces, como si se diera cuenta de que miento descaradamente, esboza una sonrisa lenta y sexy.

—¿Y tú estás recibiendo todo lo que necesitas de él?

Ni de lejos.

—Sí —chillo.

—Bueno. —Sus ojos oscuros sostienen los míos mientras levanta la mano hacia mi cara y me toma la mandíbula, su pulgar me pasa por el labio inferior.

—Espero que te folle tan profundamente como yo quiero hacerlo.

Pum.

Pum… va mi corazón.

Me siento débil…

Se da la vuelta y, sin decir nada más, sale por la puerta trasera y baja hacia el lago, donde están los niños.

Me acerco a la ventana y lo observo, con mi cuerpo pidiendo a gritos que lo toque más, me

duele como nunca. Siento un hormigueo de excitación y se me erizan todos los pelos de la nuca.

Pero no puedo ir allí, ahora no.

Nunca.

Es tarde y los niños se van a la cama, Gabriel insistió en dormir en el sofá.

Quiero quedarme despierta y ver la televisión, pero no confío en mi zorra interna.

Sólo puedo pensar en su polla y en lo mucho que la deseo.

Estoy disgustada conmigo misma.

Pongo las mantas en el extremo del sofá.

—¿Seguro que no quieres dormir en mi cama?

Sus ojos oscuros sostienen los míos y sé que lo desea tanto como yo.

—Si duermo en tu cama, follaremos cien por ciento.

Siento que me derrito en un charco.

¿En qué posición?

—Bueno. —Me muestro desinteresada—. Eso no va a pasar, así que al sofá.

Me doy la vuelta y salgo prácticamente corriendo escaleras arriba sin mirar atrás. Avanzo por el pasillo hasta mi dormitorio y cierro la puerta tras de mí.

Echo un vistazo a la cerradura. ¿Debo dejarla abierta? Me lo imagino entrando a escondidas mientras todos duermen, tengo una visión de su cara entre mis piernas, sus labios húmedos por mi excitación, su polla dura, palpitante y lista para cabalgar.

¿Qué coño te pasa?

Tiro de la cerradura y empiezo a caminar. Necesito deshacerme de esta energía no apta para menores.

Esto es malo, malo, malo.

Me despierto agotada. Anoche apenas pegué el ojo. Estuve dando vueltas en la cama hasta altas horas de la madrugada y, sinceramente, creo que no me dormí hasta las seis de la mañana.

Uf, y hoy tengo un millón de cosas pendientes.

Me arrastro fuera de la cama y voy al baño. Me miro en el espejo del baño, me limpio las ojeras y me arreglo el pelo.

No debería importar mi aspecto, pero de algún modo importa.

Me pongo la bata y bajo las escaleras para ver que Dominic ya está viendo la televisión. Echo un vistazo al sofá y veo las mantas bien dobladas en un extremo.

—¿Dónde está Gabriel? —pregunto.

Dominic se encoge de hombros, con los ojos pegados al televisor. Miro alrededor de la casa y me asomo al patio trasero.

—¿Se ha ido a casa?

Vuelve a encogerse de hombros. Dios mío, este niño es exasperante.

—Dom, escúchame, por favor.

—No lo sé, se había ido cuando me levanté —gime como si yo fuera una gran molestia.

—Oh.

Voy a la entrada y veo que su auto ya no está. Bueno. Un problema menos del que preocuparme, supongo. Siento que el peso de mi mundo se levanta de mis hombros. Maldita sea, ese hombre me estresa.

—Tenemos ballet esta mañana y luego tu juego. Nos espera un gran día. ¿Quién quiere panquecas?

Mis ojos recorren la tribuna.

—No está aquí —dice Debbie mientras bebe café.

—Pensaba que sí —murmuro, distraída—. ¿Para qué venir hasta aquí si ni siquiera vas a ir al juego?

—Bueno. —Da un sorbo a su café mientras piensa—. Quizás heriste sus sentimientos anoche cuando lo rechazaste.

—Arruiné los planes de su polla, eso es todo. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué se cree, que va a decir unas cuantas cosas bonitas y ya me tumbaré con las piernas arriba para él?

—Totalmente. Está buenísimo —responde Deb, con los ojos clavados en el campo.

—Uhm, perdona. —Suelto una risita de sorpresa—. Estás casada.

—Lo sé. —Ella suspira—. Felizmente, pero carajo… la forma en que te mira.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes sentir la testosterona bombeando por su cuerpo. —dice fingiendo un escalofrío—. Lo que daría por que un hombre me deseara así.

—Eso que dices es muy raro. —Frunzo el ceño mientras la observo—. ¿Va todo bien entre Scott y tú?

—Sí. —Ella suspira—. No sé, supongo que nunca tuvimos ese fuego entre nosotros.

—¿Ni siquiera al principio?

—No. —Exhala pesadamente—. Somos mejores amigos que tienen sexo, siempre hemos sido mejores amigos que tienen sexo. Nunca fue una atracción carnal. Ahora sólo tenemos sexo una vez cada quince días, y es más una cuestión de cercanía que sexual.

—¿Todavía están enamorados el uno del otro? —pregunto.

—Supongo.

Sigue mirando el juego como si no le interesara esta conversación.

—Últimamente está distante, pero no puedo imaginarme una vida sin él. Sólo quiero decir que… —Hace una pausa, como si buscara las palabras—. Las atracciones físicas de ese tipo no son algo cotidiano. Si tienes una con alguien y él te la devuelve, merece la pena explorarla.

—Pero nuestra historia…

—Es historia —me interrumpe—. Déjalo.

Jack baja por la parte delantera de la tribuna y los dos lo observamos. Lleva su uniforme y sus calcetines superblancos subidos tres cuartos por las espinillas.

—¿Cuántas citas has tenido con Jack?, pregunta.

—Cinco.

—¿Y aún no se han besado? —Ella levanta una ceja poco impresionada.

Sacudo la cabeza a los lados.

—Es raro, ¿no crees?

—Es que no lo siento. —Pongo los ojos en blanco, sabiendo que tiene razón—. Me pasa algo, estoy segura.

Jack levanta la vista y nos ve, se le ilumina la cara y nos saluda.

—Voy a bajar a verle. —Me pongo en pie.

—¿Y hacer qué?

Uf, odio cuando Deb se pone sensata y dura conmigo.

—Habla con él, ¿qué te parece?

Atravieso la fila de asientos y bajo las escaleras para reunirme con él en la explanada lateral del estadio.

—Hola a ti. —Sonríe—. Bonito día, ¿verdad?

—Hola, Jack. Por eso me gusta Jack, es tan sencillo… hablar del tiempo y esas cosas, es lo que necesito en mi vida. Gente buena, solidaria y amante del tiempo.

—No me devolviste la llamada anoche. —Frunce el ceño.

Mierda, ni siquiera sabía que había llamado.

—No tenía el teléfono conmigo—le digo—. Lo siento.

Carajo.

—Hola —ronronea una voz profunda a mi lado.

Levanto la vista y veo a Gabriel que se eleva sobre nosotros. Su pelo oscuro está ondulado, lleva gafas de sol y el aroma celestial de su aftershave me envuelve. Lleva unos jeans negros y un jersey gris, y parece un orgasmo andante. Maldita sea.

—Gabriel. —Me trago un nudo nervioso en la garganta mientras miro entre los dos hombres—. Hola —tartamudeo con mi voz aguda. ¿Qué demonios le pasa a mi laringe cuando estoy cerca de él?

Le tiende la mano a Jack.

—Gabriel Ferrara.

—Hola, soy Jack Spalding. —Jack sonríe y le estrecha la mano, yo miro nerviosamente entre los dos—. ¿A que hoy hace un día estupendo? —continúa Jack—. El sol brilla y la vida es buena.

La cara de Gabriel se ilumina de diversión mientras lo mira de arriba abajo.

—Bien, vale.

Oh, demonios… ¿Qué significa eso? Es una referencia a Ned Flanders, Gabriel lo llama Ned Flanders. Ahhh… Abortar misión… Ensancho los ojos hacia Gabriel. Compórtate, cabrón.

Gabriel se mantiene erguido, con los pies bien abiertos, la espalda recta y la dominación rezumando por cada célula.

—Gabriel es un viejo amigo de Nueva York —balbuceo.

—Aunque no soy exactamente un amigo, ¿lo soy? ¿Quién eres tú?

Jack sonríe emocionado.

—Soy el padre de los gemelos.

Jack se le queda mirando mientras hace cuentas.

—¿Qué… qué te trae a Greenville?

—Mi familia.

—Tus hijos —lo corrige Jack.

—Mis hijos y Grace.

—Pero Grace está conmigo.

—No por mucho tiempo. —Los ojos de Gabriel sostienen los suyos en un desafío silencioso.

La cara de Jack cae.

—Me he mudado a Greenville para recuperar a mi chica —anuncia Gabriel.

—¿Te has mudado aquí? —susurra Jack, incapaz de ocultar su consternación.

—Basta, Gabriel —le digo bruscamente—. Sé amable.

—Oh… pero estoy siendo amable. Le comunico a Jack mis intenciones. Ser solapado no es mi estilo, ya lo sabes, Gracie.

Jack se queda mirando a Gabriel, horrorizado. Probablemente nunca había conocido a alguien tan agresivo en la vida real; no mucha gente lo ha hecho.

—Todo vale en el amor y en la guerra… cierto, ¿Jack? —Los ojos de Gabriel sostienen los de Jack.

Jack se le queda mirando, sin habla.

—Que gane el mejor. —Gabriel me dedica una lenta sonrisa sexy y luego mira a Jack—. Buena suerte, Jack… la vas a necesitar.

Se da la vuelta y se adentra en la multitud mientras los dos lo seguimos con la mirada. Ha sido la exhibición de poder más egoísta de la historia del universo. Y estaba jodidamente caliente. Oh, Dios… tengo la cara de color rojo fucsia, las axilas sudorosas y, maldita sea, ¿por qué el ego de ese hombre está tan fuera de control? Pobre Jack.

—Lo siento mucho. Ignóralo —tartamudeo—. Él es… ah, Gabriel es un tipo de hombre diferente.

Jack sigue mirándole fijamente. Si te soy sincera, creo que a él también lo ha excitado. Vuelve a arrastrar los ojos para encontrarse con los míos.

—¿Puedo verte esta noche?

—Ahh… —Miro a mi alrededor en busca de guía divina. Arranca la tirita, no dejes que esto continúe. —Tengo mucho que hacer ahora —respondo—. Los gemelos se están instalando con Gabriel y necesito estar presente.

—Ya ganó, ¿cierto?

—No. No volveré con Gabriel. Ni ahora ni nunca. Siento que hayas tenido que tratar con él hoy, no fue justo.

Sus ojos buscan los míos y gana la empatía. No puedo terminar con él bajo estas circunstancias. Al menos hoy no. No es que tengamos nada que terminar, ni siquiera nos hemos besado.

—Quedemos para comer en la semana, ¿te parece?

—De acuerdo. —Me dedica una sonrisa ladeada—. Me gustas mucho, Grace. Creo que tenemos futuro.

Se me hunde el corazón, cómo desearía que eso fuera cierto.

—¿Te llamo durante la semana? —pregunto.

Asiente con la cabeza, aparentemente apaciguado por el momento, y con un gesto de la mano me dirijo de nuevo a la tribuna.

—Dios mío —susurro mientras me siento junto a Deb.

—¿De qué iba eso?

—Gabriel es una pesadilla literal.

—¿Por qué?

—Acaba de decirle a Jack que está en la ciudad para recuperar a su chica.

Los ojos de Deb se iluminan de emoción.

—Qué cavernícola.

—Esto no tiene gracia —susurro enfadada.

—No, pero es algo caliente, ¿no?

—Cállate. Todos estos años lo único que quería era que luchara por mí y por los niños, pero ahora que por fin ha decidido hacerlo, es lo último que necesito o quiero.

Saco el móvil y le envío un mensaje a Gabriel.

¿Cómo te atreves?

Una respuesta rebota directamente.

Nadie se interpone en lo que quiero.

Mis ojos se desorbitan mientras me enfurezco.

¡No puedes tenerme!

Su respuesta llega de rebote.

Pero lo haré.

—Uf, este hombre es exasperante. Le enseño los mensajes a Deb y ella los lee.

—En serio, ¿puedo ver cómo tienen sexo? Será un maldito show erótico. —Sonríe—. Abre una cuenta en OnlyFans, harás mucho dinero.

Le arrebato el teléfono.

—No vamos a acostarnos.

Eso sonó más fuerte de lo esperado, y los dos nos encogemos mientras miramos a nuestro alrededor. Una anciana nos mira de reojo.

—Pero en serio. —Me inclino hacia Deb y le susurro—: ¿Qué hago ahora?

—Ir a la tienda. Comprar lubricante.

Son las cuatro de la tarde, y no sé nada de Gabriel desde que lo vi en el juego esta mañana.

El cielo está rojo y he despotricado casi todo el maldito día.

Esto no está bien, su comportamiento es totalmente inaceptable. No puede aparecer aquí y ser un idiota arrogante para intentar poner nervioso a mi novio. Bueno, no sólo lo ha intentado, sino que lo ha hecho de maravilla. El pobre Jack está hecho polvo… ¿y quién podría culparlo?

No es que Jack y yo seamos amantes cruzados ni nada de eso… pero Gabriel no lo sabe. ¿Y si lo fuéramos?

¿Y si amaba a Jack con todo mi corazón y Gabriel acababa de plantar una semilla de veneno en nuestra relación?

¿Y entonces?

Remuevo la mezcla de brownie de chocolate en el bol mientras murmuro en voz alta para mí misma. Si cree que antes cocinaba mal, que espere a probar mi próxima comida. Le voy a poner mierda de perro en el plato. Remuevo la mezcla con vigor. Y si piensa por un puto segundo que estoy aguantando sus macholocuras, que se lo piense otra vez.

—¿Qué es una macholocura? —pregunta Dominic desde la puerta.

Mierda… ¿ni siquiera puedo murmurar para mis adentros en paz?

—Nada, Bubba, lo siento, es una palabra inapropiada. —Sonrío dulcemente—. Sólo pensaba en un programa que estoy viendo en Netflix —miento.

Una cosa que he aprendido en las últimas tres semanas sobre todo esto de la paternidad compartida es a no dejar que mis sentimientos se filtren y envenenen a los niños. Una vez que dices algo de pasada sobre el otro progenitor, se aferran a ello para siempre.

—¡Gabriel está aquí! —grita Lucía entusiasmada desde el piso de arriba.

Sí. Baja gritando las escaleras y sale corriendo por la puerta principal para saludarle. Dominic se acerca a la ventana delantera y se asoma por el lateral de las cortinas, observando en silencio.

—¿Por qué no sales tú también a conocerlo, cariño? —le digo.

—Eso estaría bien.

Dominic se encoge de hombros, sin saber qué hacer. Está entrando en calor con él. Mi enfado se disipa momentáneamente y sonrío.

—Ha estado bien que viniera hoy a tu juego, ¿verdad?

Se queda callado.

—¿Te gusta que Gabriel venga siempre a verte?

Vuelve a encogerse de hombros. Me acerco y me coloco detrás de él mientras le pongo las manos en los hombros, los dos miramos por la ventanilla cómo Lucía habla a millones de

kilómetros por minuto, ella está muy animada y él se ríe mientras la escucha y le habla. Están sacando algo del maletero de su auto y cargándolo sobre la hierba en un montón. Sonrío mientras los observo, y entonces recuerdo algo, algo muy importante: Gabriel Ferrara es un cabrón… al que odio.

Vuelvo a la cocina para seguir haciendo mis brownies.

—Llevan algo grande dentro, mamá —llama Dominic.

Espero que sea un ataúd, lo va a necesitar.

—¿Por qué no vas a ayudarles? —vuelvo a llamar.

—No sé si… —Se queda pensativo.

Uf, ¿por qué este niño piensa tanto?

—Están caminando por el lateral de la casa con las cosas —llama Dominic mientras corre hacia la puerta trasera.

—Sal a ver qué hacen. —Pongo los ojos en blanco mientras echo la mezcla para brownies en el molde de la torta.

—¿Vendrás? —pregunta Dominic esperanzado.

Uf…

—Claro. —Abro la puerta trasera y Dominic viene a ponerse a mi lado.

—Hola a los dos. —Gabriel nos sonríe mientras él y Lucía llevan algo a la orilla del agua.

—Hola. —Sonrío entre dientes apretados.

Cabrón.

Dom me toma de la mano y se muerde el labio inferior como si quisiera ocultar su sonrisa. Es tan mono que no lo soporto.

—¿Qué tienes ahí? —les llamo.

—Compré una mesa de cartas, sillas y una fogata.

Entrecierro los ojos.

—¿Por qué?

—Porque pensé que esta noche jugaríamos a las cartas aquí fuera.

Aprieto los dientes.

Pensaste mal, esta noche te ahogaré en el lago y enterraré tu cuerpo en el bosque.

—Oh —respondo rotundamente—. Estupendo.

Vuelvo a entrar. Realmente no tengo capacidad para tratar con él hoy, esto es una pesadilla. Gabriel empieza a colocar la mesa de cartas y a desplegar las sillas, y Dominic se acerca al borde del agua para observarlos.

—¿Puedes ordenar la leña para el fuego, Dom? —le pregunta Gabriel—. Necesito un hombre por aquí para controlar esta hoguera. ¿Crees que puedes hacerlo?

—De acuerdo —responde Dom con entusiasmo, y entra corriendo a recoger las cosas. Empieza a recoger la leña y a echarla en la cesta.

Pongo los ojos en blanco. Ahora utiliza las tendencias pirómanas de Dom para crear vínculos. Bien jugado.

Miro dentro del horno mis brownies mientras imagino a Gabriel atragantándose con ellos.

—Mamá, estamos haciendo una hoguera en la parte de atrás —llama Dominic—. Y estamos jugando al Uno.

Oh… Está entusiasmado.

—Eso suena muy divertido, nene —le respondo—. Quizás podríamos llevar también unas mantas —sugiero.

A Dom se le iluminan los ojos.

—¿Los de cuadros en la prensa de lino?

—Ajá.

Corre y sube las escaleras de dos en dos.

—¿Te importa si entro por tu puerta trasera? —ronronea la profunda voz de Gabriel.

Levanto la vista y lo veo de pie en el umbral de la puerta, me mira y sé exactamente a qué puerta trasera se refiere.

—Nunca entrarás por mi puerta trasera —murmuro secamente.

—Famosas últimas palabras. —Se asoma al horno para ver lo que estoy cocinando.

—Escucha, no me hables —susurro mientras miro a mi alrededor para ver si puedo hablar sin que nadie me oiga—. Estás en la perrera.

—Excelente.

—¿Cómo que excelente?

—A lo perrito es cuando mejor estoy.

—¿Cómo?

—Mamá. —Entra Lucía, interrumpiéndonos—. Estamos jugando al Uno y haciendo fuego fuera.

—Genial —digo con entusiasmo—. ¡Qué alegría! Ésta es la mejor noche de mi vida.

Lucía me da la espalda y yo cruzo los ojos y me meto el dedo en la garganta. Los ojos de Gabriel bailan con picardía. Pone una bolsa de la compra en la encimera de la cocina.

—Y mira… compré bocadillos.

—Es curioso que digas eso, estaba a punto de prepararte algo muy especial.

—Por favor, no lo hagas.

—Ja, ja, ¡qué gracioso! —murmuro mientras me vuelvo para comprobar los brownies.

Mátenme ya.

Esto es una pesadilla, pero los niños están tan emocionados que no puedo arruinárselo.

Y él lo sabe.

El maestro manipulador.

Exasperante.

Media hora más tarde, estamos sentados alrededor de la mesita de cartas a orillas del lago y Gabriel está leyendo las instrucciones de Uno en voz alta mientras los niños escuchan atentamente.

Joder, esto no es ciencia de cohetes. Reparte ya las cartas, no tengo tiempo para esta mierda.

—Cada jugador recibe siete cartas —lee.

—Lo sabemos. —Suspiro.

Levanta la mirada.

—¿Sabes? —Mira a su alrededor, decepcionado—. ¿Han jugado a este juego antes?

—No éste exactamente —miente Dominic—. Éste es de otro tipo.

¿Eh?

—Ah, bien. —Gabriel sonríe aliviado.

¿Por qué ha dicho eso Dom? Ya hemos jugado a este juego diez millones de veces.

Lucía me sonríe.

—Esto es muy divertido, ¿verdad, mamá?

—La mejor noche de mi vida. —Doy un sorbo a mi vino, poco impresionada. Seguro que la jardinería con Jack sería más divertida que esto.

Gabriel reparte las cartas y todos las tomamos y empezamos a organizarlas en la mano. Miro a

los niños, que sonríen bobaliconamente, están muy contentos.

Tengo una experiencia extracorpórea momentánea al recordar haber soñado con una noche como ésta para ellos.

Simple diversión con su padre.

La emoción me embarga e inesperadamente se me saltan las lágrimas. Parpadeo para ocultar las lágrimas y levanto la vista para ver a Gabriel observándome. Como si supiera exactamente cómo me siento, me dedica una suave sonrisa y una sutil inclinación de cabeza, y yo también sonrío.

Necesito sacarme a mí y a mis sentimientos de la ecuación. Esta noche lo es todo para los gemelos y Gabriel y eso es lo único que importa.

Dos horas después.

La leña ardiente cruje, y Gabriel y Dominic sostienen sus ramas sobre la llama parpadeante.

Llegó la noche, y con ella la apacible serenidad del lago.

Esto es precioso.

—Estoy deseando probar estos malvaviscos tostados —Lucía sonríe, ella y yo estamos sentadas en la mesa de cartas, esperando a que los chicos nos sirvan el postre.

—No puedo creer que nunca hayas probado esto. —Gabriel sonríe orgulloso mientras retuerce su bastón.

Creo que sí los probamos hace un tiempo, pero alguien se quemó el labio. Pero no pienso contárselo.

—Ya casi está —le dice Gabriel a Dominic—. Dale la vuelta otra vez.

Dominic vuelve a girar el palo, está concentrado como si esto fuera una operación de cerebro. No le ha dicho mucho directamente a Gabriel esta noche, pero está pendiente de cada palabra que dice. Estoy feliz y triste y abrumada, y maldita sea, verlos con él me hace darme cuenta de lo mucho que se han perdido.

—Ya está —le dice Gabriel a Dominic.

Se acerca a nosotros y nos entrega orgulloso nuestros palitos con los malvaviscos derretidos en el extremo.

—Cuidado, están calientes —nos advierte—. Soplen para enfriarlos.

Sus palabras son evangelio, y los niños empiezan a soplar sus malvaviscos de forma exagerada. Da un mordisco y sonríe.

—Ah, davvero delizioso “Ah, delicioso”.

Dominic lo prueba.

—È la cosa più deliziosa che abbia mai assaggiato «Es lo mejor que he probado nunca» —Gabriel sonríe.

—Lo mangeremo quando andremo in Italia, non è vero, Mamma? «Cuando nos mudemos a Italia comeremos esto, ¿verdad, mamá?”

—Habla en inglés, Dom, que no te entiendo —le digo.

—Cuando nos vayamos a Italia comeremos esto, ¿verdad, mamá? —se repite.

—Lo haremos. —Sonrío.

A Gabriel se le cae la cara de vergüenza mientras mira fijamente a Dominic.

—¿Quieres vivir en Italia?

Dominic asiente.

—Lo stesso vale per Lucia «Lo mismo vale para Lucía”.

—Mamma ha detto che non appena compiremo sedici anni ci trasferiremo lì per un paio di anni per imparare la lingua e le tradizioni. «Mamá dijo que cuando tengamos dieciséis años, iremos allí dos años para aprender la cultura».

Los ojos de Gabriel buscan los míos.

—Quiero que sepan quiénes son realmente —Sonrío con tristeza.

Se le llenan los ojos de lágrimas mientras me mira fijamente al otro lado de la mesa.

Este es uno de esos momentos en los que los planetas se alinean y sabes que todas las decisiones y el duro trabajo que realizaste hace años han dado sus frutos.

—Quería prepararles para su mundo lo mejor posible.

—Nuestro mundo, Gracie —susurra—. Es nuestro mundo.

Oh…

Esta vez sus lágrimas sí rompen el dique, y se las retira mientras ruedan por sus mejillas.

Es la primera vez que lo veo así, maravillosamente vulnerable.

—¿Por qué estás triste? —pregunta Lucía.

—Estoy contento. —Se levanta, me levanta de la silla y me abraza fuerte—. Gracias. Gracias —susurra mientras me estrecha—. No sabes cuánto significa esto para mí.

Dejo que me relaje en su abrazo y entonces, como un reloj, su cuerpo grande y fuerte empieza a hablar con el mío, y siento la punzada de excitación surgir entre nosotros.

Me zafo de su abrazo. Sus ojos sostienen los míos, y sé que él también lo ha sentido.

—Volvamos a este juego —anuncio para cambiar de tema—. Estoy a punto de patearte el culo, Sr. Ferrara.

—Sí —gruñe Dominic.

—Yo también —interviene Lucía—. Esta vez gano yo.

Gabriel vuelve a sentarse y sonríe entre lágrimas mientras mira alrededor de la mesa y, por primera vez en su vida, se queda completamente sin habla. Y por primera vez en mucho tiempo, me siento orgullosa de mí misma.

—A la cama. —Beso la cabeza de Dominic mientras sube las escaleras—. Subiré dentro de un momento para darte las buenas noches.

—De acuerdo.

—Buona notte —dice Gabriel desde mi lado.

—Buona notte —dice Dom mientras sube las escaleras—. Buenas noches, mamá.

Entro en la cocina para ordenar las cosas y Gabriel se queda junto a la puerta; es como si quisiera decir algo pero se estuviera mordiendo la lengua.

—Gracias por lo de esta noche —digo—. Significó mucho para los niños.

—Soy yo quien debería darte las gracias. —Sus ojos sostienen los míos y, como una marea en el océano, el estado de ánimo cambia; la electricidad crepita entre nosotros. No puedo…

—Esta noche te quedas con mi cama —le interrumpo, no sé lo que va a decir, pero en realidad no necesito oírlo.

—No, no.

—Estoy bien en la cama lateral, tú mides el doble que el sofá. Quédate en mi cama.

—Gracie, yo…

—No estropeemos una buena noche, ¿vale? Digas lo que digas… por favor, no.

Sus ojos sostienen los míos y sé que, en el fondo, sabe que tengo razón.

—Buenas noches.

Un latido bajo y profundo se ha estado gestando entre mis piernas, y maldita sea, realmente

necesito superar esta estúpida atracción. Sea lo que sea que mi cuerpo cree que necesita, no está ocurriendo… Ni ahora, ni nunca.

Subo las escaleras de dos en dos. Ojalá fuera ya mañana, va a ser una noche larga.

Echo las mantas hacia abajo y miro al techo, esto es un infierno abrasador. ¿Hay algo de aire en el dormitorio?

¿Por qué hace tanto calor?

Dominic está profundamente dormido en su cama, mientras yo estoy tumbada en la cama lateral. Mis pensamientos se dirigen a Gabriel y a lo emocionado que se puso cuando se enteró de que planeábamos ir a Italia algún día. Algo que siempre recordaré.

Estaba tan conmocionado; no tenía ni idea de que iba a ocurrir, y eso es lo que lo hizo aún más especial. Veo sus lágrimas y sonrío en la oscuridad.

Hacia abajo…

Hacia arriba…

Joder, necesito echar un polvo o, como mínimo, tener una cita íntima de tres horas con Bob, mi vibrador. Me siento acalorada, molesta y excesivamente sexual, y sé que es sólo porque él vuelve a estar cerca. Es estúpido, porque él es la última persona con quien quiero acostarme.

Si mi cuerpo estuviera a la altura del rencor lógico que le guardo.

Por desgracia, se ha disparado mi instinto primario humano y muy femenino de aparearme con un macho dominante.

Sólo estar cerca de él es… duro.

Difícil…

Apuesto a que estaría empalmado… Una visión de él desnudo y mirando hacia abajo me recorre la mente. Una visión que nunca he olvidado porque está grabada a fuego en mi cerebro.

Una noche con él en carne y hueso me ha proporcionado años de fantasías en mi mente.

¡Basta ya!

Uf. Me paso la mano por el pelo, me doy la vuelta y golpeo la almohada.

Me quedo mirando al techo durante más de una hora hasta que no puedo más, ¿quizás necesito ir al baño? Quizás por eso no duermo.

Salgo de la cama y me bajo el camisón blanco. No me extraña que no pueda dormir, estoy toda retorcida con esta cosa estúpida. No estoy acostumbrada a dormir en pijama.

Bajo de puntillas al baño. La pequeña luz nocturna roja que se conecta a la toma de corriente proyecta un cálido resplandor por toda la habitación.

Estoy de pie junto al lavamanos, lavándome las manos, cuando siento que me apartan el pelo y unos labios suaves me besan el cuello.

Está aquí.

Se me pone la carne de gallina mientras me tiemblan las rodillas.

Vuelve a besarme el cuello; esta vez sus dientes me rozan la piel y siento cómo una oleada de excitación me recorre la sangre. Su mano rodea mi cuerpo y me arrastra hacia su erección.

Nuestras miradas se cruzan en el espejo, y él me muerde el lóbulo de la oreja mientras me abraza con fuerza, su mano se acerca para ahuecar agresivamente mi pecho. Sólo lleva calzoncillos, su cuerpo ancho y musculoso ensombrecido en un hermoso tono rojo.

—Gabriel… —gimoteo—. No creo que…

—Deja de pensar —me dice al oído—. Sólo siente.

Su mano se desliza por la parte delantera de mis bragas y recorre con sus dedos los labios de mi sexo mientras me abre.

El fuego arde en sus ojos al sentir lo mojada que estoy.

Joder…

Me gira la cabeza y me besa, su lengua no para ante nada. Sus dedos se deslizan profundamente en mi sexo. Mi cuerpo se contrae a su alrededor y él gime en mi boca en señal de agradecimiento.

Algo se rompe.

De repente, estamos desesperados.

Me levanta la rodilla para que descanse sobre el tope, abriéndome de par en par, y luego hunde sus dedos profundamente en mi interior, estirándome. Gimo mientras su cuerpo se apodera del mío. Noto su polla hinchada y apretada contra mi culo.

Empieza a follarme con la mano mientras me besa profundamente, el sonido de mi excitación succionándole resuena por toda la habitación. Nuestro beso es animal, nuestros dientes chocan, su agarre de mi mandíbula es casi doloroso.

Pero no puedo parar…

Lo necesito, aunque sólo sea físicamente, aunque sólo sea por una noche. En este momento, ahora mismo. Mi cuerpo necesita lo que sólo el suyo puede darme.

Me da la vuelta y me sienta en el mueble del baño y me sube las piernas para que mis pies estén sobre la encimera. Estoy sentada en cuclillas y así estoy totalmente a su merced.

Sus ojos oscuros sostienen los míos mientras sus gruesos dedos se deslizan lentamente en mi sexo.

Primero dos, luego tres… luego cuatro. Movimientos profundos y potentes en los que casi rompe el mostrador. Me agarro a su antebrazo y siento cómo se flexiona mientras enrosca sus dedos en lo más profundo de mi cuerpo.

Gabriel Ferrara es una leyenda por una razón, nadie puede hacer que una mujer alcance mejor el orgasmo que él. Da en el clavo.

Cada.

Maldita.

Vez.

Esto es demasiado bueno, no puedo hablar… ni siquiera puedo respirar.

El suelo se mueve bajo nosotros mientras veo estrellas.

Suelto un profundo gemido cuando mi cuerpo hace exactamente lo que la naturaleza le ha ordenado. Me estremezco con fuerza y me aferro a él mientras un tren de mercancías de un orgasmo me atraviesa.

Me besa mientras mi cuerpo se estremece, su lengua se introduce profundamente en mi boca, y sé que mantiene el control por un hilo.

—Métete en mi puta cama. —Gruñe en la boca mientras me sujeta la cara con las manos.

Yo… no hay pensamientos en mi cabeza, ninguno que tenga sentido, al menos.

Lo siguiente es que me arrastra de la mano por el pasillo hacia mi dormitorio, cierra la puerta tras de mí y echa el cerrojo.

Miro alrededor de la habitación, confundida.

—¿Por qué está el colchón en el suelo?

—Porque estás a punto de recibirlo todo, carajo. —Me empuja hacia abajo.

—¿Sabías que esto iba a ocurrir? —Lo miro con el ceño fruncido.

—Claro que sí. Tus feromonas me han estado chupando la polla todo el día.

Saca su pene de los calzoncillos y lo desliza por mis labios, llenándome de su preeyaculación.

Joder…

Lo meto profundamente en mi boca y le doy vueltas con la lengua, él echa la cabeza hacia atrás y gime mientras me sujeta la cabeza con las manos. —Chupa. Mi. Polla.

Me la mete hasta el fondo de la garganta hasta que me dan arcadas.

Sus ojos están encendidos de fuego mientras se contiene demasiado para que yo pueda soportarlo.

Me retiro. —Es demasiado—. Toso.

—Tienes razón —Me empuja sobre la espalda y se acerca a mi cuerpo, subiendo mis piernas sobre sus antebrazos mientras se sostiene. —Eres demasiado, carajo—. Se desliza lentamente hasta el fondo, y cada músculo de mi cuerpo se contrae a su alrededor.

Nos miramos fijamente mientras nuestros cuerpos intercambian energía.

Una magia se arremolina entre nosotros, un hechizo que una vez lanzado no puede romperse. Mi cuerpo le da la suavidad que su dureza necesita y viceversa.

Sus ojos se cierran como si estuviera totalmente abrumado.

Lo miro con asombro.

Nunca ha existido un amante más adictivo, Gabriel Ferrara es lo máximo.

Colgado, experimentado e intenso.

El poder que rezuma su cuerpo lo consume todo.

La fantasía de toda mujer.

Se retira lentamente y vuelve a introducirse. —¿Bien?— susurra.

Asiento con la cabeza, agradecida de que, incluso cuando está tan excitado, sea consciente de su tamaño y del daño que podría causar su cuerpo. Vuelve a deslizarse y mueve las caderas, primero hacia un lado y luego hacia el otro, para abrirme y estirarme para él.

Mis pies están sobre sus hombros y así estoy completamente a su merced.

Se inclina y me besa con la succión perfecta. Mis ojos se cierran de placer.

—Dime si me pongo demasiado brusco, me susurra al oído mientras sus labios bajan hasta rozarme el cuello.

—Estoy bien —respiro—. Mejor que bien. Esto es jodidamente perfecto.

Se retira y luego entra a fondo.

—Oh… —gimo mientras me aferro a él.

Miro hacia el espejo y lo veo: sus gruesos cuádriceps se contraen mientras me bombea. Su cuerpo está cubierto de sudor y los anchos músculos de sus hombros saltan mientras se mantiene en pie.

Sus caderas propinan profundos golpes de castigo que me hacen atravesar el colchón.

Dios mío, puede que no sobreviva a esto.

Empieza a gemir, y el golpeteo de nuestra piel resuena en la habitación.

Echo un vistazo a la puerta; ¿he cerrado con llave?

Si un niño entra ahora mismo, quedará marcado de por vida, diablos, a quién quiero engañar… yo lo estaré de todos modos.

Ningún sexo es tan bueno.

Entramos en ritmo, sus profundos golpes castigadores son acogidos por la suavidad de mi cuerpo.

—Gracie —susurra mientras me mira.

Le sonrío suavemente y tomo su cara entre mis manos. Me incorporo a medias para poder besarle.

Que esté dentro de mí no es suficiente, necesito estar más cerca.

Se queda quieto mientras nos besamos; tiene los ojos cerrados, completamente perdido en el

momento. Mi orgasmo está tan cerca que puedo sentirlo, y me aprieto a su alrededor, él gime de placer.

Un estremecimiento me recorre y lo hago de nuevo, él me agarra más fuerte.

Está cerca.

—Cógeme —respiro—. Tómame. Dámelo todo.

Me penetra de golpe, sacándome el aire de los pulmones. Los dos gritamos cuando se corre dentro de mí.

Con el corazón palpitante, sin aliento y totalmente vencidos, nos besamos tiernamente, abrazados a través del subidón celestial.

El tiempo parece haberse detenido.

Al final, se deja caer en el colchón a mi lado y tira de mí para acercarme. Sigue besándome una y otra vez. Su lengua me adora tiernamente, su cuerpo se derrama sobre el mío, su polla yace exhausta en mi muslo.

Hay una hermosa ternura nadando entre nosotros, algo que nunca antes había sentido de él.

—Los sueños se hacen realidad —susurra en la oscuridad—. Nunca te dejaré marchar, Gracie.

Me besa de nuevo y luego cae de espaldas, totalmente agotado.

El techo se desdibuja mientras lo miro entre lágrimas. ¿Qué h*ice?*

Doy un respingo al despertarme… ¿Lo habré soñado…? Echo un vistazo y veo a Gabriel profundamente dormido boca arriba y cierro los ojos horrorizada.

Oh no… *joder*.

Su respiración regulada me indica que sigue profundamente dormido. Me levanto lentamente de la cama y, al balancear las piernas, siento un fuerte dolor entre las piernas.

Me duele, el hombre es un animal.

Me pongo la bata y salgo escondida de la habitación. Contengo la respiración mientras cierro silenciosamente la puerta tras de mí. No quiero que se despierte todavía, necesito recomponerme antes de tener que enfrentarme a él.

Me precipito por el pasillo y me veo en el espejo, con el pelo revuelto y la cara sonrojada. Parezco totalmente destruida; lo estoy, en todos los sentidos, así que es… apropiado.

Uf…

Bajo corriendo las escaleras y enciendo la cafetera, luego camino de un lado a otro mientras espero.

Esto es un desastre.

La colosal cagada de todas las cagadas.

Me destrozó tanto que tardé años en recuperarme… y con sólo oler su virilidad me convertí en una gata callejera en celo.

La máquina hace ping y tengo una visión de nosotros anoche.

Joder… eso sí que fue sexo del bueno.

¡Basta ya!

Preparo mi café y salgo a sentarme junto al lago. Inmediatamente llamo a Deb.

—Te acostaste con él, ¿verdad? —responde ella.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué ibas a llamarme a las siete de la mañana?

Esto es un puto desastre, susurro.

—Bueno… a tu amiga le gusta.

—Mi amiga es una zorra.

—Evidentemente.

—Dios. —Me paso la mano por el pelo, disgustada conmigo misma.

—Entonces…

—¿Y qué?

—¿Cómo ha ido?

—Era sexo porno. Me pellizco el puente de la nariz.

—Estúpidamente bueno.

—Hmm. —Piensa un momento—. Podría funcionar.

—No va a funcionar, Deb —susurro enfadada—. Ni siquiera quiero que funcione. Sí, está bueno, pero es un imbécil controlador y sediento de poder que me va a romper el corazón, y eso después de haberme quitado toda la confianza que tenía en mí misma.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Mamá —grita una voz desde la puerta trasera.

Me giro y veo a Dom de pie junto a la escalera trasera, con el pelo revuelto y el pijama de rayas.

—Tengo que irme.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Deb.

—Fingir mi muerte suena bien.

Cuelgo y camino hacia Dominic y lo tomo en brazos.

—Buenos días, mi chico especial.

Me abraza durante un buen rato. Lo que más me gusta en el mundo son los abrazos matutinos que me dan mis dos hijos, es como si no me hubieran visto en un año.

Lucía sale dormida; lleva su peluche y está toda arrugada y somnolienta. Me agacho y la abrazo a continuación.

—¿Dónde está papá? —pregunta despreocupada.

Mi mundo gira sobre su eje.

Papá.

De repente, me siento demasiado emocional. Voy a fastidiarles esto. Esto va a ir mal entre nosotros y él va a dejarlos y todo va a ser culpa mía. Sigue durmiendo.

—¿Podemos ver dibujos animados? —pregunta Dom.

—Claro.

—¿Podemos desayunar Pop-Tarts?

Yo tomaré tequila.

—¿Por qué no?

Se acomodan en el sofá y empiezan a ver sus programas mientras yo intento idear cómo manejar esta crisis.

Bien… pienso largo y tendido mientras estoy de pie junto al lavamanos, mirando por la ventana sobre el lago.

¿Y ahora qué?

No me siento bien. No me siento eufórica, ni en las nubes, ni siquiera remotamente emocionada.

Todo lo que puedo sentir es pavor. Un pesado manto de fatalidad inminente.

—Buenos días. —Oigo la suave voz de Gabriel detrás de mí.

—Hola —llama Lucía.

—Hola —refunfuña Dominic.

Cierro los ojos cuando siento sus dos manos deslizarse alrededor de mi cintura por detrás, sus labios se posan en mi cuello.

—Buenos días. —Bombea sus caderas hacia mí y noto su erección bajo la ropa.

—Para. —Me zafo de su agarre.

—¿Qué pasa, noche dura? —Se ríe entre dientes—. Hoy estamos un poco cansados y malhumorados, ¿verdad, ángel?

—Dios mío. —Preparo dos tazas más de café—. ¿Puedes… no?

—¿No qué? —se burla; tiene ese brillo travieso en los ojos.

—Ser tan… —Ensancho los ojos mientras busco la palabra adecuada—… prepotente.

—Imposible. —Me acerca y me besa los labios—. Acabo de pasar la mejor noche de mi vida y oficialmente camino sobre el aire.

—Tómate el café —murmuro secamente—. Eres espeluznante así.

—Eso fue tan… —Sus cejas se levantan como si estuviera imaginando algo—. Anoche hacía un calor de locos. ¿Verdad? —Me acerca los labios a la oreja—. Se me hace la boca agua sólo de pensarlo.

—Basta —susurro mientras me alejo de él—. Tenemos que hablar.

Da un sorbo a su café mientras me mira.

—¿Estás adolorida?, porque mi polla lo está.

—Lo dudo, tu polla es de lo más resistente. —Miro a mi alrededor con culpabilidad—. Escucha… eso no puede volver a ocurrir.

—¿Qué quieres decir? —sonríe, pensando que se trata de un numerito para ligar.

—Tú y yo, esto tiene que acabar… no es bueno.

Se ríe entre dientes, me agarra bruscamente por el trasero y tira de mí para acercarme.

—Esto es sólo el principio, y eres terrible mintiendo, porque fue jodidamente bueno.

Toc, *toc*, *toc*, suena en la puerta.

—Hay alguien en la puerta —llama Dominic justo cuando la abre.

—Hola —dice una voz de mujer.

—Hola —responde Dominic.

A Gabriel se le cae la cara de vergüenza y se precipita al salón.

¿Eh?

Salgo y veo a una mujer preciosa, tiene el pelo largo y oscuro y una estructura ósea perfecta. Su rostro se encoje en lágrimas cuando ve a Gabriel al otro lado de la habitación en calzoncillos y se me para el corazón.

Carajo… Ariana.

CAPÍTULO 22

Grace

—HOLA, ARIANA —dice Gabriel con calma—. ¿Qué ocurre?

Su voz es engatusadora y suave, la misma que utiliza con los niños.

—Estuve esperando en tu casa toda la noche. —Entorna la cara llorando—. Y no volviste a casa.

Desde aquí puedo sentir cómo se le rompe el corazón.

—Ven, vamos… —Le tiende el brazo—. Deberíamos salir fuera y hablar.

Lucía y Dominic observan con gran interés. Abre la puerta principal y hace un gesto.

—Por aquí.

—¡No voy a ninguna parte! —grita ella como una loca.

Oh-oh.

Gabriel tuerce los labios, claramente enfadado.

—Grace… lleva a los niños a casa de Debbie, por favor.

—¡No! —grita Ariana—. Deberían saber lo que has hecho.

Los ojos de Gabriel parpadean para encontrarse con los míos con urgencia.

—Ahora.

Ahh…

—Vamos, chicos. —Cojo las llaves—. Su papá necesita hablar en privado.

—¡Quédate donde estás! —me grita.

Los niños se congelan en el acto.

—¡Grace! —exige Gabriel.

—¡Ahora! —grito.

Agarro las manos de Dominic y Lucía y los arrastro hacia la puerta de atrás. Bajamos corriendo los escalones, salimos corriendo hacia el auto y oigo cristales romperse dentro.

Argh, ahora está destrozando mi casa.

—¿Qué está pasando? —exige Dominic.

No tengo ni idea de cómo responder.

—Umm… —Abro la puerta del auto con fuerza—. Hablaremos por el camino.

Ariana empieza a gritar y a chillar dentro, y resuena por todo el vecindario.

Ay carajo… ahora se está volviendo loca, y quién podría culparla. Encontró a su recién ex en calzoncillos de seda con otra mujer y sus hijos. Si supiera lo que pasó realmente anoche…

Lo sabe.

Pobre, pobre chica.

—Pero seguimos en pijama —protesta Dom.

—No hay problema —balbuceo mientras lo empujo al auto.

Otra cosa se rompe adentro. Mierda… ¿estará bien? ¿Debería llamar a la policía o algo?

Nos metemos en el auto y salimos por la carretera como locos.

—¿Quién era? —exige Dominic.

—La amiga de tu papá.

—¿Por qué lloraba?

Agarro el volante con fuerza. ¿Cómo demonios respondes a esa pregunta? No puedo mentir, lo vio con sus propios ojos.

—Ella y tu papá salían juntos, él rompió con ella y está claro que está enfadada. —Mis ojos se desvían para encontrarse con los suyos en el retrovisor—. No pasa nada, estas cosas ocurren a veces entre adultos.

Sus ojos sostienen los míos, y puedo ver su pequeña mente corriendo a un millón de kilómetros por hora.

—Siempre hace llorar a las chicas, ¿verdad?

Se me encoge el corazón. Los niños nunca han visto nada de esto; sin un padre o un hombre a tiempo completo en casa, han estado felizmente protegidos de cualquier tipo de altercado o pelea.

—No, no siempre hace llorar a las chicas. Las relaciones adultas son complicadas, Dom —respondo—. Por suerte para ustedes, chicos, las cosas de niños son mucho más fáciles de manejar.

—¿Por qué nos fuimos?

—Gabriel no quiso que estuviéramos cerca de ella porque está enfadada y disgustada, eso es todo. Se pondrá bien, no te preocupes.

Mi mente se desvía hacia Gabriel, que está en la casa. Espero que esté bien. ¿Quizás debería dejar a los niños en casa de Deb y volver a ver cómo está?

Seguramente mi presencia sólo agravará la situación. No… tengo que alejarme.

Nos detenemos en la entrada de casa de Deb y ella está fuera con una taza de café, regando su jardín. Frunce el ceño mientras todos salimos del auto en pijama.

—¿Qué pasa?

—Vino la novia de Gabriel y estuvo llorando y rompiendo cosas —responde Dominic mientras se acerca a la casa—. Se está volviendo loca y está destrozando nuestra casa.

Los ojos de Deb se abren de par en par al encontrarse con los míos.

—¿Hablas en serio?

—Mortal. —Suspiro—. Necesito café.

Deb y yo nos sentamos en su banco de la cocina, sumidos en nuestros pensamientos.

—Creo que deberías volver y ver cómo está —dice Deb—. ¿Y si…?

Me paso la mano por la cara mientras pienso.

—Se pondrá bien.

—¿Cómo sabía dónde vives?

—Ni idea.

—¿Y se sentó fuera de su casa toda la noche esperando a que volviera a casa?

—Aparentemente. —Se me hunde el corazón—. Estuve exactamente en su lugar y me siento mal sabiendo lo dolida que estaría.

—Pero ahora es tuyo. —Deb da un sorbo a su café.

—Uf, así no soy yo. —Sacudo la cabeza con disgusto—. No te emociones, fue algo puntual.

—¿Estás segura?

—Mucho.

Gabriel

Grace saca corriendo a los niños por la puerta de atrás y se me hunde el corazón, lo último que querría es que tuvieran que enfrentarse a esto. Vuelvo mi atención hacia Ariana; está llorando histérica y descontroladamente.

—Cálmate —le digo.

—¿Que me calme? —jadea—. ¿Que me calme? —vuelve a gritar—. ¿Te la has follado?

Permanezco en silencio, sin saber qué decir.

—Dime la verdad, Gabriel. ¿Te acostaste con ella en la que iba a ser *nuestra* noche de bodas?

Carajo.

Me dejé llevar tanto por Grace y los niños que perdí completamente la noción del tiempo. *Se* suponía que ayer era el día de nuestra boda.

Soy un imbécil de mierda.

—¿Te has acordado siquiera? susurra entre lágrimas, su voz se quiebra, traicionando su dolor.

—Claro que me he acordado —miento. Necesito calmar esta situación y sacarla de aquí, está completamente inestable—. He venido a ver a mis hijos.

—No me mientas. —Coge un vaso y me lo lanza a la cabeza; se estrella contra la pared.

—Eh —digo con severidad—. En esta casa no se rompe nada.

Coge otro vaso y lo lanza, los cristales vuelan por todas partes al estallar contra la pared.

—Voy a quemar toda su puta casa, no es más que una destrozahogares.

Uf… ha estado hablando con mi madre.

—Volvamos a mi casa. ¿Dónde coño está Mark?

—No. Quiero esperar a que vuelva. —Se cruza de brazos y empieza a caminar—. Quiero preguntarle algunas cosas.

—¿Como qué?

—Eso lo tengo que saber yo y lo tienes que averiguar tú.

Mi ira se acerca peligrosamente a la superficie y la agarro de la mano.

—Fuera. Ahora mismo.

—No —grita, y empieza a golpearme con fuerza en el pecho—. ¿Cómo has podido? —grita histérica—. ¿Cómo has podido hacerme esto? —Sigue golpeándome una y otra vez—. Dijiste que me amabas. Estábamos empezando nuestra vida juntos, ¿cómo pudiste abandonar algo tan hermoso?

Me golpea el pecho y ya es oficial, soy la peor clase de ser humano. Está completamente rota.

—Cariño, lo siento. Lo siento muchísimo.

Tiro de ella para intentar calmarla y la estrecho entre mis brazos mientras llora contra mi pecho.

Permanecemos abrazados durante mucho tiempo, y no sé cómo hacer que esto mejore. No hay forma de que pueda. Estoy total e irrevocablemente enamorado de Gracie y, si te soy sincero, siempre lo he estado. Mis sentimientos por Ariana sólo arañan la superficie de lo que siento por Grace… y ahora con los niños de por medio, todo lo demás palidece en comparación.

¿Qué clase de hombre soy?

El cuerpo de Ariana se deshace en lágrimas mientras la abrazo.

—Shhh. —Intento calmarla—. No pasa nada —susurro—. Todo va a ir bien.

—¿Cómo puede volver a estar todo bien si no te tengo a ti? —Sus ojos llorosos sostienen

los míos.

Quiero decírselo directamente, decirle que está mejor sin mí, porque aunque estuviéramos juntos, yo seguiría enamorado de otra mujer.

Pero no puedo.

No ahora, no cuando está así.

Le debo algo mejor que esto, tengo que cuidar de ella. Vamos, te llevaré de vuelta a Nueva York, le digo suavemente mientras la abrazo.

Me mira.

—¿Volverás a Nueva York conmigo?

—Sí.

Sonríe entre lágrimas esperanzadas.

Carajo.

—Vamos. La rodeo con el brazo, la saco suavemente de casa y la meto en mi auto. Es como una niña rota, sollozando incontrolablemente. No soporto verla así.

Mira lo que has hecho.

Conducimos en silencio de vuelta a mi casa mientras mi mente corre a millones de kilómetros por minuto.

¿Qué pensará Grace de que me vaya con Ariana?

Esto me parece mal incluso a mí, pero ¿cómo puedo evitarlo? ¿Qué clase de persona sería si no me preocupara por Ariana cuando está así?

Aparcamos en mi entrada y nos dirigimos a la casa; Mark está en la entrada y levanta la vista desconcertado mientras estaciono el auto.

Lo fulmino con la mirada. ¿Dónde coño estabas?

Se le cae la cara al atar cabos y se apresura a abrirme la puerta. —¿Hola? —balbucea.

Salgo del auto y doy un portazo; mi furia es palpable.

—¿Qué está pasando?

—Ariana vino a casa de Grace esta mañana. Por lo visto, estuvo sentada delante de la casa toda la noche.

Los ojos de Mark se abren de par en par, horrorizado. No la he visto, balbucea, juro que no he visto nada.

—Organiza el avión, tengo que llevarla a casa.

—Sí, señor.

Me acerco al lado del auto de Ariana, que está hecha un ovillo y sigue llorando. Alargo la mano y la saco del auto, y Mark abre mucho los ojos al ver su estado. Se apresura a abrirnos la puerta y yo la llevo dentro y la dejo con cuidado en el sofá. Tráeme una manta. Sí, claro. Mark sube corriendo las escaleras.

—Ariana, voy a prepararte algo de comer —le digo suavemente mientras le retiro el pelo de la frente.

—No tengo hambre —susurra.

—Estás comiendo. Has adelgazado mucho desde la última vez que te vi. Necesitas algo en el estómago.

Mark reaparece con una manta y yo la coloco cuidadosamente sobre ella. Le pongo una almohada bajo la cabeza y la acurruco.

—Vuelvo enseguida, ¿vale? —Me vuelvo hacia Mark—. No le quites los ojos de encima —gruño.

Estoy tan furioso que apenas puedo mirarle a los ojos. ¿De qué sirve tener guardias en

esta casa y en la de Grace si ninguno de ellos hace su puto trabajo? Van a rodar cabezas por esto.

—Sí, señor. —Mark se deja caer para sentarse en el sofá de enfrente, como si temiera por su vida.

Debería estarlo.

Salgo a la cocina y abro la nevera, ¿qué demonios le voy a preparar? Saco el móvil y envío un mensaje a Grace.

Lo siento
Ariana está angustiada,
Me la llevo a casa, a Nueva York.
Te llamaré en cuanto pueda.

Pulso enviar.

Le preparo a Ariana un sándwich de queso a la plancha y un chocolate caliente. Verifico mi teléfono, no hay respuesta de Grace.

Carajo.

Le envío otro mensaje.

Esto no es lo que parece,
No puedo dejar que se vaya sola a casa,
está demasiado alterada.

Hago una pausa mientras pienso qué escribir a continuación.

Físicamente voy con Ariana,
pero te dejo mi corazón.
Volveré en cuanto pueda.
Te amo

Pienso un momento, no puedo decir te amo por primera vez en un puto mensaje de texto, y menos en estas circunstancias.

Borro las palabras *te amo* del mensaje y vuelvo a leerlo.

Esto no es lo que parece,
No puedo dejar que se vaya sola a casa,
está demasiado alterada.
Me voy físicamente con Ariana,
pero dejo mi corazón contigo.
Volveré en cuanto pueda.
Xox

Pulso enviar y salgo al salón con el queso a la plancha y el chocolate caliente.

Mark está inmóvil y Ariana duerme. La pobre está agotada; es evidente que no durmió en toda la noche. Dejo la comida sobre la mesita. —Conversemos en mi oficina.

Mark me sigue por el pasillo y cierro la puerta tras nosotros. —¿Dónde coño estabas? —gruño.

—Yo no… no lo sabía… ella no estaba —Tropieza con sus palabras mientras busca una respuesta.

—¿Dónde demonios estaban los guardias de la casa de Grace esta mañana? Estoy que

reviento, ¿cómo pudo ocurrir esto?

—Les mandé un mensaje y hoy no empezaban hasta las nueve porque aún no habías salido.

—¿Qué? —estallo—. Mi ex-prometida me abordó en una casa con mis hijos dentro. ¿Crees que esto es jodidamente aceptable?

—No, señor.

—Así que dime, ¿cómo es que Ariana estuvo aquí sentada en la puerta principal toda la noche y tú no la viste?

—Después de que te fueras ayer por la tarde, vi unas películas y luego me fui a la cama. No había ni rastro de nadie por aquí. Pensé que los guardias de casa de Grace se habían hecho cargo del turno.

—Pensaste mal, organiza lo del puto avión. —Salgo furioso de mi oficina y subo las escaleras para hacer la maleta.

Arrojo las cosas en mi bolso con fuerza. Después de las mejores veinticuatro horas de la historia… pasa esto. Compruebo mi teléfono para ver si Grace contestó.

Nada.

Empiezo a caminar mientras marco su número, ring ring…*ring ring…ring ring.*

Te has puesto en contacto con Grace Porter, deja un mensaje.

Cuelgo.

Me ocuparé de Grace más tarde; tengo que llevar a Ariana sana y salva a casa con su familia antes que cualquier otra cosa.

Mark llega a la puerta. El avión está listo. Cuando quieras.

Hay una camiseta en el bolso. Saldremos en veinte minutos.

Cuatro horas después.

El avión aterriza en la pista del aeropuerto JFK mientras miro por la ventanilla.

Ariana durmió sobre mi hombro todo el camino de vuelta a casa, y empiezo a preguntarme si habrá tenido algún tipo de crisis nerviosa. No se comporta como ella misma, normalmente es tan fuerte y orgullosa, y no sé qué decirle para que no se enfade aún más.

Mantener la boca cerrada es la mejor opción.

***Llévala a casa sana y salva.* Ya he llamado a sus padres. Tengo una visión de ella llorando y golpeándome el pecho mientras la sostenía y se me hunde el corazón.**

El recuerdo más horrible que se grabará a fuego para siempre en mi cerebro, no quiero ni imaginar qué ocurrirá cuando me vaya. Me siento físicamente enfermo por ello.

Echo un vistazo a mi teléfono, no hay llamadas perdidas.

Mi atención se desvía para mirar por la ventana. Ni siquiera me despedí de los niños.

¿Qué estarán pensando?

Aparece una mujer extraña gritando y llorando y entonces los sacan a toda prisa de su propia casa y de repente me he ido con ella.

Tal vez debería dejar a Ariana en casa y luego volar de vuelta a Greenville… pero entonces tengo que presentarme a la junta mañana aquí en Nueva York.

Joder, esto es una pesadilla logística, que vivan tan lejos.

Voy a llamar a Grace para ver si puede venir aquí esta semana. Los niños pueden tener

una semana de vacaciones, seguro que son circunstancias atenuantes. Dominic y yo acabamos de dar la vuelta a la esquina, no quiero que esto esté en su mente esta mañana. Es un pensador exagerado como yo, sé cómo se lo tomaría. Pensará que elegí irme con Ariana antes que con ellos, que me fui porque quise.

Necesito estar con ellos.

La mano de Ariana se desliza por mi muslo y toma mi mano entre las suyas.

—Gracias.

La miro de arriba abajo. —¿Por qué?

—Por regresar a casa conmigo.

***No he vuelto a casa contigo.* La miro fijamente un momento mientras hago una evaluación interna del riesgo. No puedo volver a alterarla antes de llevarla a casa sana y salva.**

Aprieto su mano entre las mías y le dirijo una sonrisa triste.

—Vamos a llevarte a casa, ¿vale?

Me sonríe esperanzada y me besa el hombro. —Te amo.

Le doy una sonrisa ahogada mientras mi corazón se rompe de nuevo por ella.

Este es posiblemente el peor día de todos los tiempos.

El avión se detiene y yo me levanto y tomo las maletas. Mark baja nuestras maletas y yo la ayudo a levantarse de su asiento. Cojo su bolso, la tomo de la mano y la conduzco fuera del avión y bajo las escaleras hasta el auto que espera en la pista.

Abro la puerta y espero mientras ella sube y yo me meto detrás de ella.

Ya casi llegamos.

Ariana sujeta mi mano en su regazo mientras conducimos por Nueva York, y yo asiento en silencio con el corazón en la garganta. ¿Qué pasará cuando lleguemos?

Me mata hacerle daño, ¿cómo lo hago?

Pienso en todos los hombres y mujeres que dejan un matrimonio y abandonan a sus hijos. ¿Cómo puedes irte un día por otra persona y no volver atrás?

Me siento mal por haber dejado hoy a mis hijos para llevarme a Ariana a casa… Mi teléfono vibra en mi bolsillo, *Grace.*

El impulso de leer el mensaje me quita todo el control para luchar contra él. No puedo abrir el móvil delante de Ariana, se volverá loca.

Con el codo apoyado en la puerta, me pellizco el puente de la nariz.

Estoy atrapado en una pesadilla.

Vivo en dos lugares intentando ganarme el amor y el respeto de hijos, ya no me interesa nada trabajar ni estar en Nueva York, y estoy perdidamente enamorado de una mujer mientras rompo el corazón de otra.

Entramos en el estacionamiento subterráneo y Ariana me sonríe, agradecida de que la haya traído a mi casa.

Se me encoge el corazón cuando doblamos la esquina y veo el auto de sus padres estacionado en mi lugar.

Se sienta hacia adelante.

—¿Por qué están aquí mis papás? —Sus ojos asustados me miran—. ¿Llamaste a mis papás?

Agarro su mano.

—Estoy preocupado por ti —le digo suavemente.

—Entonces no me dejes —grita.

Los ojos de Mark parpadean para encontrarse con los míos en el retrovisor.

Joder… allá vamos.

Mark detiene el auto junto a sus padres y yo abro la puerta.

—No —grita mientras se aferra a mí—. No puedes hacer esto, nos amamos, Gabriel.

Su madre y su padre se acercan al auto y la miran por encima de mí.

—Gracias por venir —le digo con tristeza. Salgo del auto mientras ella se aferra a mí.

—Ariana, cariño. Te vienes a casa con nosotros —le dice su madre.

—No, Gabriel, no me dejes.

Su padre mete la mano en el auto y ella empieza a forcejear con él.

Sus siluetas se desdibujan mientras el nudo en la garganta casi me corta el aire.

La saca a rastras de mi auto y, al son de sus gritos, la mete en el suyo.

Me hago a un lado, impotente.

Esto es devastador.

Su madre se sienta en el asiento trasero a su lado y su padre cierra la puerta de golpe y se vuelve hacia mí.

—Nunca te perdonaré esto.

Mis fosas nasales se inflaman mientras intento mantener la compostura. —Merecidamente.

Observo cómo el auto desaparece lentamente.

Nunca me había sentido tan culpable y triste. Ariana no se merece nada de esto.

Mark y Andrew permanecen en silencio cerca del elevador y yo paso junto a ellos.

—Están todos sobre aviso —gruño—. Cuando pago una fortuna por seguridad, quiero seguridad, carajo.

Se les cae la cara de vergüenza, y yo pulso con fuerza el botón del elevador y les cierro la puerta.

Estoy tan harto de este puto día que no lo soporto.

Voy hasta arriba; las puertas del elevador se abren directamente en mi ático, salgo y me dirijo directamente a mi bar. Con manos temblorosas, me sirvo un vaso de whisky y me lo bebo directamente; me quema hasta el fondo.

Y así debe ser, me lo merezco.

Me sirvo otro y me tumbo en el sofá. Miro fijamente al espacio durante un buen rato. Me imagino a Ariana y no quiero ni imaginarme lo que está pasando en casa de sus padres ahora mismo.

Rebusco en mi bolsillo y veo que Grace me ha enviado un mensaje.

Está bien, espero que estés bien.
Haz lo que tengas que hacer.

Exhalo aliviado, gracias a Dios.

Me llevo el vaso a los labios, con la mano temblorosa como una hoja. Sinceramente, no sé si alguna vez he estado tan estresado. Voy al botiquín y rebusco entre las medicinas; por fin encuentro Xanax, me tomo dos y me las bebo con más whisky.

Respiro hondo y camino de un lado a otro mientras intento que mi sistema nervioso se calme.

Lenta y seguramente, siento que el Xanax hace efecto, los latidos de mi corazón se ralentizan y los temblores empiezan a remitir.

Me tumbo en el sofá y miro fijamente a la pared. Mi ático está en silencio y cuando las

sombras del día se van, me quedo solo en la oscuridad con mi conciencia. Me siento solo aquí.

—Y esto de aquí. —Señalo la pizarra—. Es… —Chasqueo los dedos mientras intento recordar—. Carajo, ¿qué es? Se me escapó su nombre.

—¿John? —interrumpe Alessio.

—Sí. —Aprieto la mandíbula—. John se ocupará de los…

—¿Programas? —Alessio me interrumpe.

Los miembros de la junta se miran unos a otros y yo quiero hundirme en el suelo.

—¿Podemos tomar un descanso de cinco minutos? —me interrumpe Alessio—. Tengo que atender una llamada muy importante.

—Por supuesto, nos vemos aquí dentro de quince minutos —les digo a todos.

Salgo de la sala de juntas y me dirijo a mi oficina. Me lavo la cara en el baño y siento que alguien está a mi lado. Levanto la vista y veo a Alessio apoyado en el marco de la puerta.

—¿Estás bien, hermano?

—Sí. —Me seco la cara y paso junto a él de vuelta a mi oficina.

—¿La noticia sobre Ariana que apareció hoy en el periódico te ha inquietado?

—¿Te refieres a la foto de ella y yo bajando de mi jet, cogidos de la mano, con el titular 'Ferrara y Ariana se reencuentran en una escapada romántica'?

Hace un gesto de dolor.

—Más o menos.

—Tengo que acabar esta reunión antes de pensar en ese basurero.

—¿Has hablado con Grace?

—No, anoche me desmayé y me quedé dormido. La llamaré esta noche.

—Vete a casa —me dice—. No estás en tu mejor momento y estás haciendo más mal que bien ahí dentro. Carajo.

—Voy a decirles que tienes migraña y me haré cargo de la reunión.

Mis ojos buscan los suyos.

—No iré a casa, pero si pudieras encargarte de la reunión, te lo agradecería. Lo siento.

—No lo estés. —Me estrecha en un abrazo—. Por eso tienes un hermano, para que te ayude cuando caes.

—Gracias. —Le abrazo un poco más de lo normal—. ¿Estás bien? —Frunce el ceño.

Asiento con la cabeza.

—Sí, una semana dura.

A las cinco de la tarde, salgo del edificio Ferrara ante una multitud de fotógrafos.

—Sr. Ferrara, ¿vuelve a celebrarse la boda?

Los de seguridad me empujan entre la multitud.

—Ariana y tú hacen una pareja preciosa. ¿Puedes hablarnos de su escapada romántica? —me llama otra persona.

Me meten en la parte de atrás del auto y salimos al tráfico. Zumbamos por las calles de Nueva York y, al mirar mi teléfono, veo cinco llamadas perdidas de Elias, el guardia de seguridad de Grace. Frunzo el ceño y marco su número.

—Hola, Sr. Ferrara —dice nervioso.

—¿Qué?

—Sólo decirte que Grace volvió a comer hoy con Jack Spalding.

La adrenalina recorre mi organismo y mis ojos parpadean enrojecidos.

—Así es.

Grace

Doy un sorbo a mi té mientras acerco el mando a distancia al televisor para cambiar de canal. Probablemente debería irme a la cama, son más de las diez de la noche, pero no estoy cansada en absoluto.

Oigo subir el escalón delantero y luego un suave golpe en la puerta. ¿Quién demonios es?

Abro la puerta apresuradamente y veo a Gabriel, lleva un traje azul marino y sus ojos oscuros y fríos se clavan en los míos. La animosidad gotea de cada una de sus células y un escalofrío de miedo me recorre. —¿Gabriel?

—¿Adónde *coño* fuiste hoy? —gruñe.

CAPÍTULO 23

Grace

ANTES DE QUE pueda procesar lo que acaba de decir, pasa a mi lado, entra en casa y empieza a caminar. Está más que furioso.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Ya me oíste, no te hagas la tonta —echa humo—. ¿Dónde comiste hoy? —se burla.

Mierda, mi almuerzo con Jack, lo había olvidado por completo.

—Bien… —Abro la boca para responder, pero me corta.

—Hice añicos mi vida… para estar contigo… y aquí estás, yendo a almorzar con otro hombre —gruñe—. Lo que pasó después de comer es lo que quiero saber.

Empieza a caminar con las manos en las caderas, su furia es palpable.

—Estoy pasando la peor semana de toda mi vida, y tengo que preocuparme de Ariana y del trabajo y de los niños, y ahora, para colmo, tengo que venir corriendo hasta aquí para frenar a mi novia fuera de control.

Empiezo a oír los latidos de mi corazón enfadado en mis oídos y apoyo mi peso en el pie trasero.

—Primero, no soy tu novia. No vuelvas a llamarme así.

—Oh, sí que lo eres, maldita sea. —Las venas de su frente sobresalen tanto que casi puedo verle el pulso.

—¿Desde cuándo? —Me pongo las manos en las caderas, disgustada.

—Desde el sábado por la noche.

—¿Qué? No hubo ninguna conversación de ser exclusivo. —Entorno la cara—. Tuvimos sexo, Gabriel, eso es todo.

—¿Eso es todo? —estalla—. ¿No es eso, maldita sea?

—Cálmate.

—No me calmaré, maldita sea —grita.

—Vas a despertar a los niños —susurro enfadada.

—De acuerdo, ve a despertarlos. —Señala hacia arriba como un loco—. Ve a decirles que he tirado por la borda toda mi vida para estar con su madre, que acaba de decirme que me utilizó para tener sexo. Seguro que les encantará oírlo.

Ahora empieza a molestarme este hijo de puta.

—De hecho, nunca te pedí que dejaras nada. —Levanto las manos—. Vuelve a tu vida, Gabriel. —Salgo a la cocina y él me pisa los talones—. Cásate con ella y déjame en paz de una vez, no tengo tiempo para tus dramas.

—No volverás a verlo. ¿Me entiendes?

—No puedes decirme lo que tengo que hacer.

—¡Mírame! —estalla—. Harás lo que yo diga.

—Nunca haré lo que tú digas —grito.

—Puedes y lo harás.

—Escucha… No puedes volver aquí haciéndote el santo y asumir que soy el demonio. En serio, Gabriel… —Resoplo aire en mis mejillas, esta es una situación sin salida—. No soy Ariana —digo bruscamente—. No soy lo que tú quieres y tampoco querría serlo nunca.

—Tú eres lo que yo quiero.

—Sé que aún la amas.

—No de la forma en que se supone que debo hacerlo —me responde—. Te amo.

¿Cómo?

Nos miramos fijamente. Su pecho sube y baja mientras lucha por respirar.

—Te amo, Grace —susurra—. Siempre te he amado.

Oh, no…

Se me llenan los ojos de lágrimas porque, maldita sea, la vida es cruel. Durante tantos años lo único que deseé fue oír esas palabras y, sin embargo, ahora que las oigo, no siento nada. Lo siento.

—¿Qué significa eso? —Frunce el ceño.

—Nunca quise que desperdiciaras tu vida —susurro, la emoción inesperada me embarga y los ojos se me llenan de lágrimas—. Nunca quise que sintieras un amor unilateral. No se lo desearía ni a mi peor enemigo.

Su rostro decae mientras sus ojos buscan los míos.

—Gabriel… Rompiste algo entre nosotros, y yo no… —Entorno la cara llorando—. Ojalá te quisiera… sería maravilloso que los niños tuvieran a sus padres juntos.

Se aparta de mí mientras las lágrimas rompen el dique y corren por mi cara. Odio no poder hacer esto ni siquiera por ellos.

—Cuando me rompiste el corazón, pensé que nunca me recuperaría —susurro.

Lo miro fijamente a la espalda; ni siquiera puede mirarme.

—Y entonces lo hice, pero cuando me curé, me curé diferente. Ya no soy la misma chica, Gabriel, y no sé cómo recuperarla, es como si estuviera muerta por dentro.

Baja la cabeza.

—Lo siento —susurro—. No me odies…

Levanta la cabeza como si estuviera enfadado. Touché.

Entorno la cara llorando y él sale por la puerta de atrás sin mirar atrás.

La puerta se cierra haciendo un ruido seco. —Lo siento —susurro a la habitación vacía—. Pero no puedes culpar a nadie más que a ti misma.

La alarma suena aparentemente dos minutos después de que por fin me durmiera y la apago con fuerza. Me tumbo un momento y miro al techo mientras intento orientarme.

¿Sucedió realmente anoche, o lo soñé todo?

Me arrastro fuera de la cama y entro en el baño para ver al monstruo salvaje que me mira fijamente.

La rompehogares.

No estoy orgullosa de mí misma ni de mis actos del sábado por la noche, nunca debería haberme acostado con él cuando sabía que tenía esperanzas en nosotros. Pero en mi defensa le había dicho una y otra vez que no quería nada con él en adelante, simplemente no me escuchó.

La noche del sábado nunca estuvo planeada, simplemente ocurrió… cuando me abordó en el baño en mitad de la noche.

No fue precisamente algo romántico, coño.

Sabía exactamente lo que hacía, utilizó mi atracción física hacia él en mi contra, hizo que me

resultara imposible detenerme. Sus dedos ya estaban profundamente dentro de mí antes de que pudiera siquiera pensar en una protesta, para entonces mi cuerpo había tomado el control de mi cerebro. No asumiré la culpa de esto.

No… esto es cosa suya.

Me recojo el pelo y abro la ducha. Va a ser un día largo. Ya estoy agotada.

Meto sus meriendas en los bolsos.

—Vamos, chicos, tenemos que salir —digo—. Vamos a llegar tarde.

Lucía toma su mochila del mostrador.

—Ve a esperar delante, yo saldré en un segundo.

Sale por la puerta principal.

—¡Hola! —jadea emocionada—. ¡Mamá, papá está aquí!

¿Qué?

Asomo la cabeza por la esquina y lo veo de pie en el porche. Dominic baja saltando las escaleras y corre hacia la puerta principal.

—Hola, amigo mío —le dice Gabriel.

Dom le dedica una sonrisa ladeada.

—Hola.

—Hoy he venido a llevarte al colegio, si te parece bien. Odio no haber podido despedirme de los dos el fin de semana.

Dominic se muerde el labio inferior para ocultar su sonrisa, y sus ojos se desvían hacia los míos.

—¿Te parece bien, mamá?

Salgo al porche y me encuentro con Gabriel Ferrara en toda su gloria masculina. Traje gris con camisa blanca, pelo oscuro recién lavado y una mandíbula tan cuadrada que podría cortar cristal. Su aftershave fue enviado directamente por la mismísima Afrodita.

—Hola —digo torpemente.

Pone los labios en blanco y asiente.

—Me gustaría llevar a los niños al colegio.

—Por supuesto.

—Los recogeré y volveré a mi casa para cenar temprano. Los llevaré a casa sobre las siete y media.

Abro la boca para protestar.

—Regreso a Nueva York esta noche y no volveré a verlos hasta el viernes cuando vuelva.

Los ojos de los niños parpadean para encontrarse con los míos.

—¿Podemos irnos, mamá? —suplica Lucía.

Incluso Dom parece emocionado.

—Claro.

Dom entra corriendo a por su mochila y Lucía se despide de mí con un beso y baja al auto de Gabriel a esperar.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Sé que lo de anoche fue incómodo, pero realmente estamos mejor como amigos.

—No me hables.

Se me cae la cara de vergüenza.

—¿Qué, por qué?

—Porque no me interesa nada de lo que tengas que decir. —Se da la vuelta y baja los escalones

hacia su auto.

Dominic sale con su mochilita y me da un beso de despedida.

—Que tengas un buen día, cariño. —Finjo una sonrisa.

Los veo entrar en el auto y alejarse, y de repente se van… con él. Se va a poner desagradable, puedo sentirlo.

Esto podría ser el principio del fin.

Gabriel

Conducimos por la carretera y mis ojos se desvían para ver a Grace desaparecer por el retrovisor. Tengo el corazón en la garganta, esperaba que después de pensarlo toda la noche hubiera cambiado de opinión. Es evidente que no.

—Entonces. —Finjo una sonrisa a los niños—. Díganme dónde está su escuela.

—Sube aquí y gira hacia allí —dice Dom mientras levanta la manita—. ¿Quieres decir a la derecha? —Frunce el ceño—. Esa es tu mano derecha, así que esa dirección es la correcta.

—Ah, sí. —Él asiente.

—Soy zurda —anuncia Lucía.

—¿Ah, sí? —Frunzo el ceño.

—Yo también —responde Dominic.

—Te pareces a mí. —Sonrío con orgullo—. Soy zurdo.

Los ojos de ambos se abren de par en par.

—¿En serio?

—Vaya… —susurra Lucía asombrada—. Somos zurdos como papá.

Y así, sin más, mi día mejora.

Llegamos a la escuela y estaciono el auto.

—¿Qué haces? —pregunta Dominic.

—Bueno… —Hago una pausa, inseguro de lo que pregunta.

—Mamá nos deja y se va.

—¿Puedo entrar a ver tu clase? —pregunto—. Me gustaría verla.

—Oh, sí —jadea Lucía—. Te enseñaré toda la escuela. La biblioteca es lo mejor.

—Bien, genial. —Sonrío. Miro el reloj: tengo una reunión de Zoom a las nueve y cuarto, pero tendrán que esperar.

Salimos del auto, Lucía me toma de la mano y bajamos hacia el colegio. Todas las madres que están alrededor de la puerta principal se giran para mirarnos mientras nos acercamos, llevan ropa de gimnasia y cochecitos con niños más pequeños. Es una brigada de coletas, ni una sola mujer está maquillada. Raro.

Pasamos junto a ellos, sonrío torpemente y asiento con la cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días —responden unos cuantos.

—¿Quién es? —les oigo susurrar.

Lucía se vuelve hacia ellos.

—Éste es nuestro papá —dice, totalmente imperturbable.

Sus ojos se abren de par en par y me muerdo el labio para ocultar mi sonrisa.

—¿Has visto sus zapatos? —susurra alguien.

Seguimos caminando.

—¿Qué les pasa a mis zapatos? —le susurro a Dom.

Los mira con desprecio.

—Nadie lleva zapatos así.

—Pues deberían —le respondo.

—Nuestra clase está aquí arriba —me dice Dominic.

Subimos las escaleras y Lucía me lleva de la mano. Es como si hubiera entrado en el país de las maravillas artísticas. Hay cosas colgando de aros suspendidos del techo, las paredes están cubiertas de arte y dibujos, y miro a mi alrededor asombrado.

—Esto es… espectacular. —Sonrío.

—Ponemos nuestras bolsas aquí —me dice Lucía, que me enseña el soporte para bolsas con pequeñas estanterías—. Yo soy la manzana y Dominic es la jirafa. —Me señala las pequeñas baldosas que hay encima de cada sitio para las bolsas.

—Ya veo. —Observo cómo colocan las bolsas en su sitio—. ¿Y tú dónde te sientas?

—Me siento aquí. —Lucía corre hacia su asiento.

—Y éste es mi asiento. —Dominic me muestra su asiento—. Tengo que sentarme al lado de Maryanne.

—¿Es simpática? —pregunto.

—No, intenta darme órdenes todo el día.

Me río entre dientes y miro hacia la pared del fondo, hay un gran título sobre un montón de dibujos.

Nuestro fin de semana

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Ah, los lunes hacemos dibujos de nuestro fin de semana y se cuelgan en la pared durante la semana, me dice Lucía.

Me dirijo a la pared del fondo y mis ojos escudriñan los dibujos, y entonces lo veo y se me para el corazón.

El nombre *Dominic* en la esquina superior derecha, la imagen es de una fogata y cuatro personas sentadas a su alrededor. Sostienen palos con malvaviscos. El profesor ha escrito un comentario en la parte inferior.

Vino mi papá y jugamos Uno e hicimos una fogata.
Fue el mejor.

La emoción me embarga y la imagen se desdibuja.

Qué me pasa últimamente, estos niños me han convertido en un terremoto emocional.

—Esto es lo mejor que he visto nunca. —Sonrío mientras lo miro fijamente—. Cuando lo quiten de la pared, ¿puedo quedármelo, por favor? Me gustaría colgarlo en mi oficina para poder mirarlo todos los días.

Dominic me sonríe y yo le aparto el pelo de la frente mientras lo miro fijamente.

Este chico.

—¿Y dónde está tu foto, Lucía? —Mis ojos vuelven a escudriñar la pared, y veo el nombre *Lucía* en la fila inferior—. Es el dibujo de una chica con el pelo oscuro.

La novia de mi papá vino y se enfadó.
Rompió nuestros vasos

—Oh… —Mis ojos se abren de par en par, horrorizados.

—¿Quieres también mi dibujo para tu oficina? —Sonríe esperanzada.

No tanto.

—Ahh… Claro.

Dominic me sonríe y sé que lo sabe. Algunas cosas no deben estar en la maldita pared de la clase, Lucía. Uf… Esa es una conversación para otro día.

—Bueno, tengo que irme —les digo—. ¿Te recojo esta tarde?

Ambos sonríen como si éste fuera el mejor día de su vida.

¿A quién quiero engañar? También es definitivamente el mío.

Me acompañan a la puerta; Lucía me toma de la mano con orgullo mientras Dominic camina a nuestro lado. No es susceptible y cariñoso como ella, y por mucho que quiera tomarle la mano o abrazarle, sé que no puedo excederme, tengo que esperar a que esté preparado. No se trata de mí.

—Nos vemos esta tarde. —Sonrío mientras me inclino y abrazo a Lucía. Mis ojos se dirigen a Dominic, que se queda con las manos firmemente en los bolsillos.

—Adiós. —Me da una sonrisa ladeada.

—¿Los recogeré en la puerta esta tarde? —pregunto.

Ambos asienten.

—De acuerdo entonces.

Los observo mientras se alejan saltando y sonrío ampliamente. Son oficialmente los niños más adorables de todos los tiempos.

—Hola —dice una voz detrás de mí. Me vuelvo y veo a una mujer. No creo que nos hayamos conocido antes. Tiene el pelo largo y oscuro, está impecablemente arreglada, atractiva y diferente de las otras mujeres aquí. Más Nueva York y menos pueblerina.

—Hola. —Extiendo mi mano para estrechar la suya—. Soy Gabriel.

—Hola, Gabriel, encantada de conocerte. Soy Felicity Fox. —Sostiene mi mano un momento más de lo necesario—. No te he visto antes por aquí.

—Vivo en Nueva York. Bueno, acabo de mudarme aquí y estaré viviendo entre los dos lugares. Soy el papá de Dominic y Lucía.

—¿En serio? —Sus ojos se agrandan mientras me mira—. ¿Has vuelto con Grace, o te mudaste con tu esposa o…?

—No, vivo solo.

—Oh… —Se pasa la mano por su larga coleta negra mientras sus ojos se clavan en los míos.

Ni lo pienses.

—Encantado de conocerte, Felicity. —Corto la conversación—. Tengo que irme.

—Adiós. —Sonríe de manera seductora. Me doy la vuelta para irme.

—Oh, Gabriel —llama.

—¿Sí?

—¿Cuál es tu apellido?

Quiere buscarme en Google.

—Porter.

—Oh… —Piensa un momento—. Yo… —Sacude la cabeza como si estuviera confundida.

—¿Qué?

—Pensé que ese era el apellido de la familia de Grace.

—Lo es —respondo secamente.

—Ah, entonces, ¿ustedes dos estaban casados?

Vete ya, molesta.

—Tengo que irme, encantado de conocerte. Adiós. —A propósito no respondo a la pregunta y me doy la vuelta para caminar hacia la salida de la escuela mientras todos los ojos de las mamás están sobre mí. Siento que me observan todo el camino hasta el auto.

Ja, las mujeres del campo siempre están calientes… supongo, qué otra cosa se puede hacer por aquí más que follar, y si Jack es un buen ejemplo de cómo son los hombres del lugar…

En fin…

Me meto y salgo del estacionamiento. Ahora… ¿dónde consigo una taza de café decente en este lugar olvidado por Dios?

Conduzco hasta la calle principal y localizo una cafetería; la gente está sentada delante en pequeñas y pintorescas mesas y sillas. Esto servirá. Aparco el auto y entro, y una vez más todo el mundo se para a mirarme. ¿Es que nadie ha visto nunca un traje? En serio… ¿Cómo fue que Dios se olvidó de este lugar?

Paso junto a ellos y entro por la puerta principal del café, suena una campanilla sobre la puerta y me acerco al mostrador. Un hombre joven está sirviendo y me dedica una sonrisa exagerada.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, ¿un kopi luwak, por favor?

—¿Un… qué? —Frunce el ceño.

—¿Un kopi luwak?

—No sé qué es eso.

—Claro. Uf… —miro la pizarra sobre la caja registradora y no sé qué es todo esto—. Bien, dame una Jamaica Blue Mountain.

—¿Un qué, qué?

Exhalo. ¿Qué demonios beben en este sitio? Necesito comprar una cafetera urgentemente.

—Bien, solo… dame el café que tengas. —Suspiro.

—¿Americano?

—Supongo.

—¿Cómo se llama?

—Gabriel.

Sonríe.

—Serán tres dólares con veinte, Gabriel.

Diablos, a ese precio, probablemente sea agua de fregar. Le pago y me voy a un lado de la cafetería mientras espero. Suena el timbre y entran dos mujeres.

—Hola, Thomas. —Saludan al cajero por su nombre.

—Hola, Greer, hola, Sadie —dice—. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor. —Toman asiento junto a la ventana.

—Hola, Thomas —llama un hombre desde su mesa—. Tu hermano debe de estar contento con su partido de anoche, marcó en los últimos cinco minutos.

Thomas sonríe mientras teclea el pedido. —Sí, hoy se ama a sí mismo más de lo normal.

Todos parlotean y hablan entre ellos y yo miro a mi alrededor, a la gente de este extraño café. ¿De verdad se conocen todos?

¿Y por qué todo el mundo es tan patéticamente amable? Es como *La dimensión desconocida*.

—Sr. Gabriel —llama Thomas.

Me dirijo al mostrador y me pasa el café. Que tenga un buen día, señor.

—Gracias. —Cojo el café, salgo y vuelvo a mi auto; doy un sorbo y tuerzo los labios.

Duro… pero apetecible, supongo.

Este sitio es raro.

9:10 a.m.

Me conecto a la compu y hago clic en el enlace de la reunión de Zoom. Me siento y espero a que se unan los demás participantes.

Echo un vistazo a la oficina en la que estoy sentada, tan poco de mi gusto, con el peor mobiliario de todos los tiempos. Voy a tener que traerme algunas comodidades de casa, no puedo vivir aquí la mitad del tiempo sin las cosas que necesito.

Empiezo a hacer una lista en mi agenda.

Máquina de café.

Mobiliario de oficina.

Cama.

Lino.

Echo un vistazo a mi traje. *Ropa más informal.*

Gimnasio, necesito un gimnasio aquí. Llevo una semana sin entrenar. Me siento como una mierda.

Mi mente revolotea hacia Gracie. *Jamás quise que sintieras que tu amor no era correspondido.*

Se me hunde el corazón, hay muchas razones por las que me siento como una mierda.

Las otras caras empiezan a aparecer en mi pantalla y respiro hondo.

Mi nueva normalidad empieza ahora.

La recogida del colegio es agitada, para cuando salieron, tardamos media hora en llegar a casa. Tuve que terminar pronto el trabajo, pero esta semana era algo urgente.

—¿Y qué más pasó hoy? —pregunto mientras los niños y yo entramos en casa.

—Bárbara se cayó de las barras durante la merienda y se hizo daño en el brazo.

—¿Está bien? —pregunto.

Dom se encoge de hombros.

—Probablemente esté actuando.

—No estaba actuando, Dominic —dice Lucía, indignada—. Ni siquiera la conoces.

—Ni quiero conocerla.

Sonrío al escucharlos discutir, una conversación tan simple pero que, de algún modo, me parece fascinante. Cada día desgrano un poco más sus diferentes personalidades y aprendo algo más. Entramos en la cocina y los niños se paran en seco.

—Él es Mark —les presento.

Mark está en el horno cocinando algo.

—Hola —sonríe, lleva un delantal y tiene todo el aspecto de un cocinero.

—Estos son mis hijos, Lucía y Dominic —sonrío con orgullo.

—Vaya. —Sonríe mientras se pasa un paño de cocina por encima del hombro—. Ustedes sí que se parecen a su papá.

—Mark es mi amigo de Nueva York —les digo—. Viene siempre que yo vengo. Vive en la

casa junto a la piscina cuando estamos aquí.

—Ah. —Lucía asiente.

Dominic lo mira fijamente con la misma mirada perdida que solía dirigirme a mí.

—Les he preparado unos brownies —dice Mark—. Espero que tengan hambre. —Les presenta una bandeja de brownies y ambos toman uno.

—Gracias —murmura Dominic.

—Hoy tuve que trabajar, así que Mark nos ayudó a preparar la cena —sonrío mientras veo cómo se comen los brownies—. Tengo que aprender a cocinar, me mata no poder hacerlo yo mismo.

—¿Les gustan las hamburguesas, chicos? —pregunta Mark.

Ambos asienten.

—Mark hace las mejores hamburguesas de todo Nueva York —les respondo.

Los ojos de Lucía se abren de par en par.

—¿Ah, sí?

—Espera a probarlas —mueve las cejas y ambos sonríen.

—Vamos arriba, tengo algo que enseñarles. Traigan sus brownies.

Me siguen escaleras arriba y por el pasillo, y las llevo al dormitorio contiguo al mío. —¿Qué les parece?

Les presento el dormitorio; es de color azul pálido y tiene una chimenea y un techo ornamentado. Tiene dos camas individuales con otomanas en los extremos, una con una colcha azul pálido y la otra con una colcha rosa pálido. Cada cama tiene un peluche sentado en la almohada. Hay una mecedora en un rincón y una caja de juguetes, aunque todavía no hay juguetes dentro.

Hice que les trajeran camas nuevas, chicos. Los dos miran el dormitorio.

—Pensaba que… —vacilo—. Pensé que querrían quedarse a dormir una vez y sé que les gusta estar juntos, así que…

—¿Podemos quedarnos a dormir esta noche? —pregunta Lucía entusiasmada.

—Esta noche no, pero quizás… si Dom quiere… ¿quizás el sábado por la noche?

Dom mira alrededor de la habitación como si evaluara cada detalle.

—Podría dormir en el suelo aquí dentro si… quiero decir, si quisieran hacer una acampada —ofrezco esperanzado.

Dom me dedica una media sonrisa y asiente con la cabeza.

—Bien. ¿De acuerdo? —La emoción me recorre.

Lucía va a la caja del rincón en la que venían los peluches y lee la dirección escrita en ella.

—¿Qué es Ferr…ar…?

—Ferrara. Es mi apellido.

Los dos me miran sin comprender.

—Miren. —Hago scroll en mi teléfono, saco una foto de mi oficina y les enseño el cartel escrito en el edificio..

F E R R A R A

—Ves, ese es mi apellido. Este es mi trabajo.

—Oh.

—Woooah, qué cool —dice Lucía—. ¿Te gusta, Dominic?

Él estudia la foto y asiente.

—Mi papá se llama Ferrara, y su papá se llama Ferrara. En la historia, toda mi familia se

apellidaba Ferrara.

Me quedo mirándolos un momento e iba a tener esta conversación mucho más tarde, pero siento que el universo me dio una oportunidad.

—¿Les gustaría añadir Ferrara a sus nombres? —pregunto—. Porque son mis hijos, y los hijos llevan el nombre de su padre al final.

Lucía sonríe ampliamente.

—¿Qué sería? —pregunta Dominic.

—Sería Dominic Porter Ferrara. Así tendrías el nombre de mamá y el mío. —Sonrío suavemente mientras miro entre ellos—. ¿No sería maravilloso que tuviéramos el mismo nombre?

Grace

Me siento en la casa limpia y miro el reloj.

Ha sido un día raro, sin dejar ni recoger a los niños del colegio, sin cena que cocinar, sin niños que vigilar.

Sólo yo… y todo este horrible tiempo libre.

He dado un paseo, me he desahogado durante una hora con Deb por teléfono, he doblado toda la colada y he limpiado la casa, no sé qué hacer a continuación.

Veo brillar los faros en el camino de entrada. *Ya están en casa.*

Me levanto de un salto, abro la puerta a toda prisa y bajo a su encuentro. Gabriel sale primero y yo sonrío. Hola.

Me atraviesa con la mirada y no responde antes de abrir la puerta trasera del auto.

Estupendo.

—Allá vamos. Hora de volver a casa —dice sonriendo a los niños.

Los chicos bajan del auto y él se inclina y abraza a Lucía.

—Te veré el viernes —le dice. Se vuelve hacia Dom y le revuelve el pelo—. Te veré el viernes, colega.

Dominic le sonríe todo sorprendido. Gabriel se vuelve hacia el auto. Me ignora por completo… claro que sí.

—Adiós —digo con esperanza, seguro que al menos podemos ser civilizados.

Saluda sin mirar, entra en el auto y arranca. Los niños rebotan felices dentro y yo miro el auto mientras se aleja. Uf… Sigo a los niños dentro.

—Mamá, la pasamos muy bien —Lucía sonríe.

—Arriba y a la ducha, que es muy tarde —le digo. Subimos las escaleras con ella hablando a mil por hora.

—Comimos brownies y luego jugamos al béisbol y luego jugamos a perseguirnos.

—Yo ayudé a encender el fuego —interviene Dominic—. Y tenemos camas nuevas y nos quedaremos a dormir el fin de semana —dice mientras empieza a desvestirse.

—Eso suena… —sonrío con tristeza, odio que hagan planes que no me impliquen— …genial.

—Ah, y tenemos peluches —dice Dom.

—Y cenamos hamburguesas y papas fritas, las hizo Mark que es un buen cocinero y muy divertido —me dice Lucía mientras se cepilla el pelo.

—Ah… y vamos a cambiarnos el nombre a Ferrara —dice Dominic despreocupadamente.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Vamos a cambiarnos el nombre para que sea igual al de papá —Lucía sonríe al entrar en la

ducha—. ¿No es genial?

Me pongo roja.

—Vuelvo enseguida. Bajo las escaleras como loca.

No, no creo que se haya atrevido a tanto…

Marco su número y contesta al primer timbrazo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —escupo.

—Lo que me salga de las *bolas*.

CAPÍTULO 24

Grace

EL TELÉFONO HACE CLIC cuando me cuelga. Me hierve la sangre. No me acabas de colgar. Marco su número inmediatamente. *Ring ring… ring ring…*

Te has contactado con Gabriel Ferrara.
Deja un mensaje.

—Ahh. —Cuelgo precipitadamente, el imbécil rechazó la llamada. Vuelvo a intentarlo.

Te has contactado con Gabriel Ferrara.
Deja un mensaje.

—¡Ya está! —estallo—. Esta vez fuiste demasiado lejos, imbécil.

—Mamá, ¿me lavo el pelo? —llama Lucía desde arriba.

Cierro los ojos y respiro profundamente para calmarme; tengo que estar tranquila hasta que se vayan a la cama.

—Sí, ya voy.

Subo las escaleras. Estoy harta de que este ególatra piense que puede hacer lo que quiera con los niños sin consultarme.

Cambiarles el nombre. Ja… se está engañando a sí mismo. Esto no funciona así.

Me siento en el retrete mientras los niños se duchan y se bañan, repasando mis opciones. No hay ninguna.

Mañana tengo que ir a ver a un abogado. Esto se acaba ahora.

Llego corriendo a mi oficina a las 9:05, con retraso como de costumbre.

Otra noche en vela seguida de una mañana caótica. Suena mi teléfono y miro el número.

Escuela

—Oh no, ¿qué pasó?

—Hola —respondo.

—Hola, Grace, soy Shelby, de la recepción del colegio.

—Hola, Shelby, ¿va todo bien?

—Sí, sí, no es ninguna urgencia ni nada. Sólo te informo que hemos recibido una petición del padre de los niños, un tal Sr. Gabriel Ferrara, para que se le incluya en toda la correspondencia de la escuela a partir de ahora.

Pum, pum, pum… van los latidos de mi corazón en mis oídos.

—¿Lo hiciste, ahora?

—Está bien, ¿no? Es el protocolo para comprobar contigo que esto está bien.

Cierro los ojos y tengo muchas ganas de gritar que no, pero sé que tengo que elegir mis batallas; ésta no es una de ellas.

—Está bien, Shelby.

—Bien, que tengas un buen día.

—Tú también.

Cuelga y me quedo mirando la pared un momento; de hecho, me paso el día mirando la pared. Tengo la profunda sensación de que todo está cambiando y no puedo hacer nada al respecto.

¿Por qué me acosté con él? ¿En qué demonios estaba pensando?

- - -

Me siento en mi auto mientras marco el número. He tenido que esperar a mi hora de comer para llamar a Gabriel y ahora, como no quiero que mis colegas cotillas oigan lo que tengo que decir, estoy escondida en mi auto. Ring ring… ring ring…

—Sí —contesta.

Al instante, se me ponen los pelos de punta. ¿Por qué cree que está bien contestar así al teléfono?

—Creo que debes contestar al teléfono con un “hola”.

—¿Qué pasa, Grace? Estoy muy ocupado.

Siento que me sube la temperatura. Sinceramente, nunca había conocido a alguien tan exasperante.

—Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—No te hagas el gracioso, Gabriel. Sabes muy bien por qué te llamo.

Exhala de forma exagerada.

—Oh, veamos, Grace… podrían ser muchas las razones por las que me estás llamando. Lo que le hice de cena a los niños, el chiste que conté en la mesa, el hecho de que quiero que tengan mi nombre además del tuyo, o quizás sea algo del cole… a menos que quieras volver a utilizar mi polla para excitarte.

Me hierve la sangre.

—No seas vulgar —susurro enfadada.

—Seré como soy.

—¿Podemos ser civilizados?

—No me sirve.

Silencio…

—No tengo tiempo para sentarme aquí y escucharte respirar por teléfono, Grace. ¿Qué. Quieres?

—Los niños dicen que quieres que se cambien el nombre a Ferrara.

—No.

—¿No habrás dicho eso? —pregunto esperanzada.

—Dije que me gustaría añadir mi nombre al final de Porter.

—Oh… —Frunzo el ceño, eso no es lo que me han dicho.

—¿Ya está?

—Bueno… ¿podemos hablar de esto?

—Acabamos de hacerlo. Adiós.

El teléfono deja de sonar, me colgó.

Espero en mi auto en la cola de la puerta de la escuela; al menos hoy llego lo bastante temprano como para hacer fila. Algunos días tengo que estacionar muy lejos y me veo obligada a entrar caminando.

Siento que mi cabeza está literalmente a punto de explotar. Gabriel tiene razón, hay una plétora de cosas: lo del nombre, la llamada de la escuela y luego que me colgara. Estoy deseando llegar a casa y tomarme un vaso de vino; puede que incluso coma papas fritas con salsa. Todas las apuestas están abiertas aunque sea noche de colegio, y las reglas son… no hay reglas. Sobrevivir hoy es clave.

Suena el timbre de la escuela, y veo a Dom de pie en la puerta esperando a su hermana. Es tan buen chico. Me pondría a su lado si no fuera porque Felicity Fox y su aquelarre de brujas están allí de pie, charlando y juzgando a todo el mundo como si fueran las dueñas de la escuela… ugh.

Felicity lleva unos jeans azules ajustados y un bonito suéter tejido de color rosa; su largo cabello oscuro está recogido en una coleta alta y sus abultados pechos están al aire.

¿Qué tipo de sujetador lleva? Al final, Lucía aparece, y ella y Dom se dirigen al auto y se sientan en el asiento trasero.

—Hola, chicos. —Sonrío.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal el día? —Salgo al tráfico.

—Bien —responden.

—Arnold se hizo caca encima. Tenía un virus estomacal.

—Oh. —Hago una mueca—. Pobre Arnold. ¿Está bien?

—Ese chico tiene verdaderos problemas —dice Dominic mientras mira por la ventana.

—Mamá, no te creerías lo que me pasó hoy con la comida —dice Lucía.

Mi mirada se desvía hacia la suya en el espejo.

—¿Qué?

—Mi sándwich de huevo explotó en mi fiambrera.

—Oh.

—Y su bolso olía a gas de pedo. —Dominic suspira—. Era asqueroso. ¿Qué es un dilf?

—¿Un qué? —Frunzo el ceño.

—Un dilf.

Mis ojos se abren de par en par, horrorizados.

—¿Dónde has oído esa palabra?

—Cuando estaba en la puerta, oí a la mamá de Zoe decir a sus amigas que nuestro padre es un auténtico dilf.

—¿Qué Zoe?

—Zoe Fox.

Felicity Fox… AHHHHHHH.

Agarro el volante con tanta fuerza que es un milagro que no se desintegre con mis propias manos.

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntar.

—Es un… —Busco la mentira adecuada—. Es un animal del zoo.

—¿Un qué?

—Como es grande, debe de pensar que se parece a un simio. —Finjo una sonrisa—. Es una broma divertida, ¿verdad? Ja, ja.

Dom curva el labio superior, poco impresionado.

—No se parece en nada a un simio.

Esa maldita mujer, si piensa por un minuto que va a clavarle las garras, que se lo piense otra vez. Como si mi vida no fuera lo bastante dura en este momento, no necesito que una Barbie de tetas turgentes me complique aún más las cosas.

—¡Mamá! —grita Lucía, interrumpiendo mis planes de asesinato—. ¿Me estás escuchando?

No, en realidad no, Lucía.

—Claro que sí. —Aprieto los dientes.

—Hoy se me ha salido el dedo gordo del pie del calcetín —continúa—. Ha estado asomando y rozándome el zapato todo el día.

Me pellizco el puente de la nariz. Necesito un trago, y lo necesito ahora.

—Y ahora tenemos que limpiar mi bolso porque huele a huevo —sigue delirando.

A la mierda mi vida…

—No puedo esperar.

Llegamos a casa, estaciono el auto, entramos y voy directamente a la nevera a por una botella de vino. La abro y, mientras busco un vaso, le doy un trago a la botella.

Empiezo a comprender cómo la gente se vuelve alcohólica.

Suena un golpe en la puerta y oigo cómo se abre.

—Hola, busco a Dominic y Lucia Porter —pregunta una voz de hombre.

—Ese soy yo —responde Dom.

¿Quién es?

Salgo volando de la cocina y veo a un repartidor.

—Tengo dos paquetes. Uno para Dominic y otro para Lucía —me dice.

—¿De quién es? —pregunto.

—Gabriel Ferrara, su padre.

Miro fijamente al repartidor, no es un repartidor normal, ¿cómo sabe quién es su padre? ¿Ha volado hasta aquí para entregar en mano estos paquetes?

Los ojos de los niños se abren de par en par, y Lucía empieza a botar en el acto.

Ni se te ocurra.

—Tengo instrucciones especiales que tanto Grace como los niños tienen que firmar por cada paquete.

Me acerco a firmar por el de Dominic y él también lo hace, y le entregan su paquete, luego hago lo mismo por Lucía.

—Gracias. —Cierro la puerta en las narices del repartidor.

Ambos toman sus paquetes y corren a tomar las tijeras.

Vuelvo a la cocina con el corazón en la garganta, qué les habrá comprado… una cartuchera, un poni, una isla… joder, literalmente podría ser cualquier cosa.

Me siento en el sofá con mi botella de vino mientras ellos tardan una eternidad en desenvolver sus regalos.

Date prisa de una vez.

Dom lo abre primero y jadea con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —pregunto bruscamente.

Lo levanta con orgullo. Es un teléfono. Un iPhone azul con una postal escrita a mano por Gabriel.

—¿Qué? —Le arrebato la tarjeta.

> Mi queridísimo Dominic:
>
> Te he comprado un teléfono para que puedas llamarme siempre que quieras.
>
> Es sólo para llamadas y no tiene internet y se está bloqueado para Wi-Fi (eres demasiado joven todavía).
>
> Por favor, guárdalo en la cocina, donde mamá pueda verlo en todo momento.
>
> Mi número de teléfono está programado, sólo tienes que pulsar el nombre Papá y se

conectará directamente conmigo.

Con todo mi amor,

Papá, xx

Dominic lo abre y una foto de él y Gabriel posando juntos ilumina la pantalla. Wooow. A Dominic casi se le salen los ojos de las órbitas. Esto es enfermizo.

—Dios mío —grita Lucía cuando por fin consigue desenvolver el suyo—. El mío es rosa.

Esto se pone cada vez mejor. Voy y vuelvo a llenar mi copa de vino.

Este es el día del infierno.

Empieza a sonar en la mano de Dominic, y sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué hago?

—¿Quién es? —Le sigo el juego.

Levanta el teléfono y aparece una foto de Gabriel, con su traje, sentado en su oficina de Nueva York, sonriendo y con un aspecto carismático y pegadizo.

—Desliza el dedo para contestar.

—Hola —responde emocionado y luego escucha un poco—. Ajá—Sonríe bobaliconamente—. Ajá. Acaba de llegar. —Sus ojos se dirigen hacia mí—. Está bebiendo vino de la botella.

—No —digo mientras agito la mano—. No digas eso.

—Estuvo bien. —Sonríe—. No mucho. —Le escucho atentamente—. La mamá de Zoe dice que eres un simio.

Mis ojos se abren de horror y empiezo a agitar la mano de nuevo. No, no.

—Deja de hablar. —¿Qué, mamá? ¿Por qué no puedo decírselo? Por el amor de Dios, Dominic.

—Dile que llamarás más tarde —le digo.

—Te llamaré más tarde, papá. —Sonríe, está tan emocionado que hasta mi corazón helado lo siente. Cuelga y enseguida suena el teléfono de Lucía.

—Me está llamando ahora —jadea Lucía como si fuera una sorpresa total.

—Contesta —le ordena Dom. Le arrebata el teléfono y lo pasa antes de devolvérselo.

—Hola, papá. —Lucía sonríe—. Ajá. —Coge el teléfono y sale por la parte de atrás y baja hasta el lago, se pasea mientras habla con él con una enorme sonrisa, es obvio que lo quiere a él y a su conversación para ella sola.

La observo a través de la ventana, probablemente esté ahí abajo contándole cada sórdido detalle de DILF.

Esto es genial, estoy fuera en mi propia casa.

Gabriel

Entro en el estacionamiento del colegio justo a las tres. Llegué a tiempo; aún no suena el timbre.

Salgo del auto y me acerco a grandes zancadas a la verja, quiero estar allí cuando salgan. Salí temprano del trabajo. Tenía muchas ganas de recogerlos hoy. No me preguntes por qué me parecía tan importante, simplemente lo era.

Llego a la puerta y veo a un grupo de mujeres de pie.

Uf…

Miro a mi alrededor buscando a Grace. No le dije que iba a entrar, con la esperanza de verla también.

¿Dónde está?

—Gabriel. —Oigo una voz que me llama desde atrás, y me giro. Es esa mujer, la ardiente y molesta… ¿cómo se llamaba?

—Hola. —Sonrío.

Me mira de arriba abajo como si fuera su próxima comida. Vaya, qué traje tan bonito. ¿Es de cachemira? Me pasa la mano por el brazo y, por el rabillo del ojo, veo la coleta de Grace balancearse mientras pasa a nuestro lado.

A la mierda.

—Ni idea —digo bruscamente mientras veo la espalda de Grace desaparecer en la escuela —. Me alegra verte… —Frunzo el ceño mientras intento recordar su nombre.

—Felicity. —Sonríe—. ¿Vienes a pasar el fin de semana?

Miro en dirección a Gracie. —Sí.

—¿Tomamos un café mañana?

—Lo siento, no puedo. Estoy muy ocupado. —Miro entre las mujeres con las que está pero que nunca me ha presentado y asiento con la cabeza—.

—Adiós.

—Adiós —dicen todas.

Sigo a Grace a grandes zancadas hasta el aula de los niños; la encuentro de pie a un lado. Cruzada de brazos, me fulmina con la mirada y aparta los ojos.

Genial, yo te ignoré primero… tú no puedes ignorarme a mí.

Voy y me pongo a su lado. —No te vi llegar.

—Estabas demasiado ocupado ligando. —dice levantando una ceja.

Está celosa.

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír. —Sí, bueno, mi polla es un parque de atracciones, ¿qué puedo decir?

Sus ojos parpadean hacia mí y está a punto de explotar.

—Los pueblos necesitan una bicicleta nueva que montar de vez en cuando —respondo mientras miro fijamente hacia delante.

Me ajusto los gemelos. —Ya sabes… Para divertirse.

Sus ojos parpadean con furia.

Se inclina más para que sólo yo pueda oírla.

—Que Dios me ayude —susurra enfadada—. Si te acuestas con alguien en esta puta ciudad, te cortaré la polla y te la meteré por tu celebrado culo.

—Tuviste tu oportunidad, Grace. —Mis ojos sostienen los suyos—. Y soy un animal de sangre fría.

—¿Eso es una amenaza?

Permanezco en silencio.

—Así que como no te quiero… ¿te vas a acostar con todos los del pueblo para darme una lección?, ¿es eso?

No te quiero.

Oír esas palabras activa algo en mi cerebro y pierdo todo el control de mis actos. Me inclino hacia ella.

—Me follaré a quien quiera follarme.

Veo cómo mis palabras la cortan como un cuchillo. Y en lugar de que tú me metas la polla por el culo… yo se la meteré por el suyo.

Sus ojos clavan los míos.

—Y gemirán en cada *puto* centímetro.

CAPÍTULO 25

Gabriel

SE TRAGA el nudo en la garganta y, en lugar de devolver el ataque como esperaba, se va corriendo al estacionamiento.

La veo desaparecer y siento pesar en la boca del estómago. Empiezo a sudar y suena el timbre del colegio. Los niños salen de clase mientras yo permanezco pacientemente a un lado.

—Papá, —grita Lucía entusiasmada. Corre y prácticamente salta a mis brazos.

Dominic me ve y esboza una amplia sonrisa. Se acerca corriendo y noto que quiere abrazarme, pero duda. En lugar de eso, me mira de arriba abajo.

—¿Por qué llevas eso?

—¿Qué? —Me miro a mí mismo—. ¿Mi traje?

Asiente con la cabeza.

—¿No te gusta?

Se encoge de hombros, sin querer contestar.

—Es un traje de veintidós mil dólares, tienes un gusto de mierda, carajo. Vayamos al auto. —Los dirijo hacia la puerta.

—¿Vamos hoy a tu casa? —pregunta Lucía.

—Mañana es nuestra fiesta de pijamas. —Levanto la vista y veo a Grace sentada en su auto—. Vamos a ver a mamá.

Lucía me toma de la mano y caminamos por el estacionamiento hasta el auto de Grace.

—Mamá, papá está aquí —le dice Lucía emocionada.

Me inclino para mirar dentro del auto, y ella lleva gafas de sol y mira fijamente hacia delante.

—¿Vienes a nuestra casa? —me pregunta Dominic.

—No, tengo que trabajar unas horas más. Mañana es nuestra fiesta de pijamas. —Me inclino para hablar con Grace a través de la ventana—. Sigue estando bien, ¿verdad, Grace?

Ella asiente, pero no responde. ¿Ha estado llorando?

—¿Así que no te veremos esta noche? —dice Lucía, decepcionada.

—Hasta mañana, chicos, hagan compañía a mamá esta noche. —Abro la puerta del auto y los niños suben—. Adiós. —Saludo con la mano.

Grace se marcha sin mirarme siquiera. Me acerco y me subo al asiento del copiloto de mi auto. Mark está al volante.

—¿La has visto? —pregunta.

—Sí. —Me pongo el cinturón de seguridad, asqueado de mí mismo—. Le dije que me iba a follar a todas las mujeres de la ciudad… por el culo.

—Bonito… —Mark frunce los labios—. ¿Qué tal salió?

Me pellizco el puente de la nariz.

—No muy bien.

Grace

Me tumbo en el sofá como un zombi, el coma de hidratos de carbono está en pleno apogeo y ya no me importa una mierda nada.

Todas mis pesadillas se han hecho realidad.

Lo logró, hizo exactamente lo que yo pensaba que iba a hacer.

Se ha colado en la vida de los niños y ahora va a convertir la vida en mi pequeño pueblo en un auténtico infierno acostándose con todas las mujeres en celo.

Estoy tan harta de él que ni siquiera puedo enfadarme. A estas alturas, ya estoy entumecida.

Los niños están jugando a videojuegos y tirados por el suelo.

Cenamos pizza. Bueno, yo comí pizza *y* pasta, pero ¿quién está pensando en calorías en un día como hoy?

El nombre de Deb ilumina la pantalla de mi teléfono.

—Hola, —respondo.

—Sólo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien. —Suspiro—. No es un simulacro, realmente estoy bien. He llorado todas las lágrimas que tenía por este hombre; no volveré a derramar ninguna más. Que se joda.

—Mientras los niños se quedan a dormir, ¿quieres salir mañana por la noche?

—¿Adónde?

—Podríamos ir a esa nueva coctelería y, ya sabes, irnos de farra.

—Necesito irme de fiesta.

—De acuerdo, ya está.

—Benderville mañana por la noche. —Sonrío.

—Te recogeré a las siete, primero la cena. Ponte tacones, vamos a ponernos lindas.

—Te amo. —Sonrío agradecida—. ¿Dónde estaría yo sin ti, Deb?

—Hmm… probablemente en un lugar mucho más exótico que éste.

—Cierto. —Sonrío.

Cuelgo sintiéndome mejor. Una noche con mi mejor amiga es justo lo que me recetó el médico.

Me siento y miro fijamente el campo. No he visto ni un segundo del partido, pero, maldita sea, no apartaré los ojos de él. No sé a qué demonios está jugando este tonto, pero me está tomando el pelo.

Una cosa es cabrearme tanto que me imagine su espantosa muerte, pero venir a sentarse al otro lado de Lucía, que hoy está a mi lado durante todo el partido… es imperdonable. Tiene el brazo sobre el respaldo de su silla y de vez en cuando me roza el brazo. Cada vez, me alejo como si me hubiera quemado. Están charlando y riendo y yo escucho cómo él la engatusa. No me extraña que los niños estén admirados de él, se desvive por impresionarlos.

—¿Quieres un perrito caliente? —le pregunta a Lucía.

—Sí, por favor.

—¿Y una soda?

—Coca-Cola, por favor.

—¿Se te permite tomar refrescos?

—Sí.

Sus ojos se desvían hacia mí en busca de confirmación, y yo miro fijamente al campo mientras

sigo ignorándolo.

—Mamá, puedo tomar Coca-Cola en ocasiones especiales, ¿no? —pregunta Lucía.

—Sí —respondo sin mirarlos.

—¿Quieres un perrito caliente, Grace? —pregunta.

—No, gracias.

—¿Qué te gustaría? —pregunta.

Me gustaría sacarte los ojos.

—Nada de ti. —Aprieto la mandíbula, maldita sea, odio tener que ser cortés delante de Lucía. Quiero gritar, patalear y berrinchar, quemarlo en la hoguera y arrojarlo a los lobos.

—Ja, mamá está gruñona hoy, ¿verdad, Lucía? —Lucía se ríe en el acto.

Lucía se ríe. —Claro que lo está.

Me pregunto por qué.

Me muerdo el interior de la mejilla para no escupir veneno sobre él.

Baja las escaleras de la tribuna y, sin volver la cabeza, lo observo por debajo de mis gafas de sol.

Imbécil, se cree irresistible para todas las hembras.

Odio que lo sea.

¿Y cómo se atreve a ser tan guapo, por qué no se vuelve más feo con la edad como el resto de la humanidad?

Se pone a la cola de la cafetería y, efectivamente, Felicity Fox va a ponerse a la cola detrás de él; lleva todo el día esperando esta apertura, sin duda.

Ella empieza a charlar y él le contesta pero sigue mirando hacia delante, de vez en cuando lo veo levantar la vista para ver si la estoy mirando.

Aparto la cabeza de ellos de forma exagerada. Sigo espiando, claro… desgarrándome las retinas con tanto ojo de reojo, seguro.

Diez minutos después, vuelve con una caja de comida. Le pasa a Lucía su perrito caliente y su bebida y luego me tiende un perrito caliente y una bebida.

—Aquí tienes, Gracie.

Gracie.

—Dije que no quería nada.

—A veces me veo obligado a servirte cosas que crees que no quieres pero que evidentemente necesitas. Es por el bien del resultado.

Habla de su pequeño arrebato de ayer.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y me dedica una lenta sonrisa sexy antes de levantar una ceja. Levanta el perrito caliente.

Siento los ojos de Lucía mirándome, así que le arrebato el perrito caliente y la Coca-Cola.

—No me has dado las gracias —Sonríe satisfecho.

—Ayúdame, murmuro en voz baja.

—Mamá —dice Lucía—. Da las gracias.

—Gracias —digo apretando los dientes.

Me dedica una amplia sonrisa y golpea su perrito caliente contra el mío antes de darle un enorme mordisco, totalmente imperturbable.

—Hmm, qué bueno.

Cabrón.

Gabriel

Escucho a los niños hablar de su día y sonrío al techo en la oscuridad.

Su primera fiesta de pijamas en mi casa.

Ha sido la mejor noche, hicimos una fogata y cocinamos en la parrilla. Hemos jugado al Uno, se han duchado y comimos helado, y ahora es hora de dormir.

¿Quién me iba a decir que una diversión tan inocente sería el mejor momento de mi vida?

Ellos están en sus camas individuales y yo estoy en el suelo de su habitación sobre cojines de sofá colocados en una cama improvisada. Les dije que tenía que quedarme aquí para que no se asustaran… pero en realidad es por mí.

Sólo quiero estar más cerca, es como si ahora que mi corazón se ha abierto al suyo, no pudiera soportar estar lejos de ellos; ni siquiera la habitación de al lado me sirve.

He perdido tanto tiempo con ellos que cada segundo cuenta.

—¿Qué estaba haciendo mamá esta noche? —pregunto despreocupadamente.

—Se fue a Benderville —responde Dominic.

Frunzo el ceño. —¿Dónde está eso?

—No lo sé.

—¿Con quién se fue?

—Debbie.

Benderville… Benderville… Oh, se fue a de fiesta con Deb.

Se me retuerce el estómago. Odio la idea de que salga por la ciudad mientras está enfadada conmigo.

Los niños se quedan en silencio mientras se duermen, pero mi mente se ha acelerado.

Eché a perder todo, realmente jodí todo.

Me levanto y salgo a escondidas del dormitorio para ir por un vaso de agua.

No la llames.

No la llames.

No la llames.

Demasiado tarde. Me encuentro marcando su número. *Ring ring… ring ring… ring ring…*

Has llamado a Grace, déjame un mensaje.

Frunzo el ceño, no es lo que quería.

—Este buzón de voz está lleno, me dice su teléfono.

Biiiiiip.

Mierda.

Abatido, cuelgo y llamo a Mark.

—Hola —contesta.

—¿Dónde está Grace?

—Dame un segundo; te llamaré enseguida.

Con el trasero apoyado en la encimera, espero en la cocina, la habitación iluminada sólo por la luz del ventilador superior.

Mi teléfono suena casi de inmediato.

—Sí.

—Está en un bar de cócteles llamado Mimosas. Está con su amiga Debbie.

—¿Quién está de guardia esta noche? —respondo.

—Tommy y Pearce.

Pienso un momento. ¿Los ha visto antes?

—Que yo sepa, no.

—Hazlos pasar.

—¿Que los haga qué?… —Duda—. ¿Crees que es una buena idea?

—No me cuestiones. Hazlo de una puta vez. Quiero conocer cada detalle de su noche.

—De acuerdo.

—Deben permanecer fuera de su alcance… a menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que esté hablando con otro hombre.

—¿Entonces qué?

—Entonces se instalan y esperan mis instrucciones.

—De acuerdo.

Cuelgo y miro a la pared.

Si esta noche habla con otra persona, se acabó.

A las 3 de la mañana, me siento en el sofá, con los pies sobre la otomana y un whisky en la mano.

Ira en mi alma.

Me hago el simpático y dejo que pase su noche fuera, no me mudo aunque a Grace se le hayan acercado cinco hombres esta noche.

Cinco.

Por suerte para ella, los ha rechazado… y por suerte para ellos también.

Mi teléfono vibra en mi mano. Sí, chasqueo mientras mi corazón se acelera.

—Grace acaba de llegar a casa en taxi; está a salvo dentro.

—¿Sola?

—Sí, señor.

Cierro los ojos, aliviado.

—Bien. —Cuelgo e inhalo bruscamente—. Esta mujer me tiene loco.

Llego a la entrada justo a las 4 de la tarde.

Los niños parlotean alegremente en el asiento trasero, pero mi estado de ánimo es sombrío.

Siento como si dejara mi corazón en la parada del autobús y no pudiera volver a recogerlo hasta el jueves, cuando regrese.

Cuanto más tiempo paso con ellos, más difícil me resulta marcharme.

Es como si tuviera un dolor en el corazón por todo el tiempo que he perdido. Cuando me enteré de lo de los niños, el tiempo transcurrido me pareció irrelevante.

Tenían seis años, era lo que había.

Pero ahora sé cuánta alegría me da pasar veinticuatro horas con ellos.

Seis años es insuperable.

Apago el auto y salgo a rastras del coche, los niños bajan lentamente y oigo abrirse la puerta principal. Levanto la vista y veo a Grace de pie en el porche.

Estás cansado… porque yo lo estoy, joder.

—Nos vemos el viernes. —Me obligo a sonreír.

Me doblo sobre una rodilla y Lucía me abraza con fuerza. —Adiós, cariño —susurro mientras la abrazo más tiempo del que debería.

Da un paso atrás y mis ojos buscan los de Dominic. —¿Me das un abrazo?

Se adelanta y me da un abrazo rígido y extraño con el brazo, e inmediatamente se retira.

Se me hunde el corazón y fuerzo una sonrisa.

—Nos vemos el viernes.

—Bien. —Se pone la mochila y se vuelve para entrar—. Levanto la vista y Grace se ha ido.

Ni siquiera se despidió.

Espero a que entren con el corazón en la garganta.

No se vayan.

Abro mis correos electrónicos y exhalo pesadamente. Los días van lentos en Nueva York, las noches van más lentas.

Tengo el corazón adolorido y la polla palpitante.

El momento culminante de mi día es a las 8 de la tarde, cuando llamo a los niños para darles las buenas noches.

—Alessio asoma la cabeza por la esquina. —¿Vamos a comer?

—Sí. —Cierro la computadora—. Tengo que tomar algunas cosas mientras estamos fuera.

—¿Cómo qué?

—Ropa.

—Nunca compras en tiendas. —Frunce el ceño—. ¿Dónde está tu estilista?

—Es una larga historia. —Pongo los ojos en blanco—. Vámonos.

Media hora más tarde, caminamos por los grandes almacenes en la sección de caballeros. Alessio echa un vistazo a la ropa.

—¿Por qué estamos aquí?

—Necesito comprar ropa nueva.

—¿Desde aquí? —Hace un gesto de dolor—. ¿Por qué?

—Necesito conseguir ropa que sea menos de diseño y más… —tuerzo los labios mientras intento pensar en la palabra adecuada—. Leñador.

—¿Qué? —arruga la cara, disgustado—. A Dominic no le gustan mis trajes de diseño.

Sus ojos parpadean sorprendidos.

—¿Estás seguro de que es un Ferrara?

—¿No recuerdas lo que era tener seis años? Sólo quieres que tu padre encaje y sea como todos los demás padres.

—Nunca has encajado —murmura secamente—. Créeme, tú tampoco encajas con los leñadores.

Me río entre dientes mientras levanto una camisa de cuadros y la miro con desconfianza.

—Eso es difícil, carajo.

—Cierto. —La vuelvo a poner en la percha y sigo mirando.

—¿Cómo es esta ciudad en realidad? —pregunta mientras seguimos mirando.

—Es… —me encojo de hombros—. Odio decirlo, pero me está gustando.

—¿Por qué?

—Grace y los niños están allí. —Me quito otra camisa de cuadros y la extiendo para que la mire.

—¿Puedo ir este fin de semana a conocerlos?

—No, todavía no.

—Dices eso todas las semanas. —Me la quita y la regresa a su lugar—. ¿Qué tal Grace?

—Me odia.

Sus ojos parpadean para encontrarse con los míos.

—Creí que estaban enamorados.

—Sólo uno de nosotros lo está.

—¿Tú? —frunce el ceño.

—Sí. —Le tiendo otra camisa—. Quizás debería comprarme un cinturón con una gran hebilla de vaquero de mierda.

—Quizás no deberías. —Levanta una camiseta, tuerce la cara y se la pone—. ¿Cómo está Ariana?

—La llamé ayer para ver cómo estaba.

—¿Y?

—Y… soy oficialmente el peor ser humano del mundo. Mientras yo le rompo el corazón, otra persona me rompe el mío.

—Karma —asiente con complicidad.

Finjo una sonrisa y la suelto inmediatamente.

—¿Qué se lleva en este pueblo?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Cosas normales de papás.

—¿Quieres decirme que vamos de compras para intentar que parezcas un padre normal?

—Sí —asiento con la cabeza—. Exacto.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—Toda la vida de mi hijo fue diferente porque no tuvo padre. —Cojo una camiseta y me la echo al brazo—. Sólo quiero que se sienta normal. Con un papá normal que hace cosas normales.

—Excepto que… no eres normal, nunca serás normal. Eres uno de los hombres más ricos del mundo.

—Sí, bueno… —cojo otra camiseta—. Eso significa una mierda para él. —Me echo otra camisa al brazo—. ¿Quieres venir a cenar a mi casa esta noche?

—Claro. —Me quita una camiseta y vuelve a ponérmela—. Ésta es mejor. —Me pasa otra camisa del perchero.

—Entonces, ¿cuál es el plan? A largo plazo, quiero decir —pregunta.

Pienso un momento.

—Convencer a Grace de que me ame.

7 p.m.

—Pica las cebollas en rodajas finas. —Observo atentamente a la mujer y sigo sus indicaciones. Corto las cebollas con cuidado.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Sabes que estás hablando con un iPad, ¿verdad? —dice Mark desde su taburete en la encimera de la cocina.

—Cállate.

—Vierte el aceite de oliva en la sartén y sofríe las cebollas hasta que estén aromáticas.

—¿Cómo demonios se convierte una cebolla en fragancia? —Frunzo el ceño.

—¿Qué coño es esa fragancia, zumo de cebolla?

Mark pone los ojos en blanco y da un sorbo a su cerveza. Mi puerta zumba.

—Ve a dejar entrar a Alessio, ¿quieres?

Mark desaparece para abrir la puerta.

—Mientras se cuecen las cebollas, prepara el pan rallado. —Observo atentamente lo que hace, ¿cómo hace tantas cosas a la vez?

Alessio llega a la cocina y frunce el ceño cuando me ve con el delantal puesto.

—¿Qué demonios haces?

—Cocinando.

—¿Por qué? ¿Dónde está tu cocinero?

—Noche libre. Estoy aprendiendo a cocinar en YouTube —respondo.

—Esto está yendo demasiado lejos. —Alessio pone los ojos en blanco—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

—Quiero cocinar para mis hijos.

—Pues pídele a mamá que te enseñe.

—No voy a hablar con mamá.

Alessio se pasa la mano por la cara.

—Me quedaré… pero sólo si llamas a mamá mañana.

—Fuera, pues.

—Deja marinar la carne en un recipiente cerrado —indica.

Alessio abre una cerveza y los chicos se ponen a charlar mientras yo voy a tomar un recipiente. Miro en un cajón, luego en otro, luego en otro.

—Puedo encontrar el fondo… Mmm.

Las cebollas chisporrotean.

—Se están quemando —llama Alessio.

—Mierda. —Agarro la sartén con la mano desnuda—. ¡Ahhh, está caliente! —La alejo y casi se vuelca toda.

—Eres muy malo en esto.

—Cállate.

Sigo buscando. Ya sé por qué se llama Tupperware, digo bruscamente.

—Es Tupper, ¿dónde está la tapa?

—Entonces, ¿me voy a casa o vas a llamar a mamá mañana?

—No voy a disculparme con ella, se equivocó. —Las cebollas echan humo—. Deja de distraerme, la mierda está ardiendo aquí.

—Sólo tienes que llamarla.

—No me importa que no te quedes. Vete a la mierda, entonces.

—Y no me interesa la intoxicación alimentaria. ¿Trato hecho o no?

—No hay trato —digo bruscamente—. Déjame a mi madre y no te metas en mis asuntos.

Alessio da un sorbo a su cerveza.

—Si esto sabe a mierda, nos vamos a comer fuera.

Miro en la sartén las cebollas quemadas. —Alta posibilidad.

Grace

Me miro por última vez en el espejo; tengo el pelo suelto y rizado, y llevo un bonito vestido color crema. Sandalias marrones de tacón alto y bolso a juego.

Esta noche es el baile del colegio y he hecho un esfuerzo y me he arreglado para intentar sentirme mejor.

No sé por qué estoy tan decaída en este momento, es como si cada vez que Gabriel llama a los niños para hablar con ellos por teléfono, me muero un poco por dentro. A lo mejor es que soy una egoísta a la que le gustaba tener a los niños para mí sola.

No tal vez, probablemente… Estoy un poco disgustada conmigo misma, si te soy sincera.

Uf… deja de pensar en él.

¿A quién le importa lo que haga?

A mí no.

—¿Están listos, chicos? —llamo.

—Estoy tan guapa que no me aguanto —dice Lucía.

Me río, esta chica tiene agallas, se las daré.

—¿Tengo que llevar esta estúpida camisa abotonada? —llama Dom desde su habitación.

—Sí, tienes un aspecto increíble.

—Odio estos pantalones —dice.

—Los llevas puestos —respondemos Lucía y yo al unísono.

—Venga, vamos.

Los relámpagos caen, la lluvia arrecia cuando entramos en el estacionamiento de la escuela.

—Menos mal que trajimos los paraguas, mamá —dice Lucía desde el asiento trasero.

—Lo sé, voy a dejarlos cerca de la puerta y luego iré a estacionar el auto. No sirve de nada que todos corramos bajo la lluvia y nos arriesguemos a mojarnos.

Me detengo bajo el toldo que lleva a la escalera y los niños salen en tropel.

—Nos vemos en cinco minutos.

—De acuerdo.

Doy la vuelta a la esquina y estaciono el auto, ahora sí que llueve a martillazos. Carajo. Cojo el paraguas y me apresuro a salir de la intemperie. La gente corre por todas partes, ¿por qué tiene que llover precisamente esta noche?

Subo las escaleras para llegar al vestíbulo de la escuela y veo a los chicos esperando junto a la puerta. La cancha de baloncesto se ha transformado en todo un paraíso invernal.

Del techo cuelgan árboles pintados a mano en bellos tonos rojos y dorados, y en el cielo centellean luces de hadas.

Wow. A los niños se les iluminan los ojos cuando lo ven. Esto es increíble.

Se me acelera el corazón cuando miro a mi alrededor. Es tan divertido verles experimentarlo todo por primera vez, es su primera discoteca escolar.

—¿Nos sentamos aquí? —Señalo la tribuna, nos dirigimos hacia allí y nos sentamos en la última fila de asientos.

Empieza la música y todos los chicos empiezan a correr hacia la pista de baile. Dios mío. A Lucía están a punto de salírsele los ojos de la cabeza.

—Mamá —grita Dominic—. Mira, papá está aquí.

—¿Eh?

Echo un vistazo y veo a Gabriel caminando entre la multitud hacia nosotros, lleva unos jeans azules y una camisa de cuadros azul marino. Esta noche tiene un aspecto diferente, informal y cálido.

¿Cómo se ha enterado de lo de esta noche? Ah, el boletín escolar.

Su pelo oscuro es un poco largo y ondulado, y sus grandes ojos castaños vienen a encontrarse con los míos, es como si caminara hacia mí en cámara lenta y yo sintiera su presencia en la boca del estómago. Alto, moreno y abrumador.

Me trago el nudo en la garganta mientras los niños corren a su encuentro.

Puede que Felicity Fox tenga algo entre manos… La DILF más dilatada que haya existido.

Coge a Lucía en brazos y la levanta.

—¿Qué haces aquí? —Lucía se ríe.

—No podía faltar en tu primer baile escolar. —Se ríe y se vuelve hacia Dominic y le sonríe—. Hola, hijo. —Le pone la mano en el hombro y Dom le sonríe.

Hijo.

Hay algo en el hecho de que lo llame así que me emociona.

Los ojos de Gabriel vienen a encontrarse con los míos.

—Gracie.

—Hola.

—Estás preciosa. —Sonríe suavemente.

Se me revuelve el estómago.

Le odias… recuérdalo.

—Gracias.

Se sienta a mi lado.

—Los extrañé esta semana —les dice con su voz profunda.

—¿Ah, sí? —Lucía sonríe.

Dominic se muerde el labio inferior para ocultar su sonrisa.

Yo también sonrío porque, por muy capullo que sea Gabriel Ferrara, se está convirtiendo en un padre estupendo.

Tiene las mangas remangadas hasta los codos y mis ojos se detienen en sus fuertes antebrazos. Sus venas parecen cuerdas y, cuando mueve la mano, cada músculo se contrae.

Es como un cable caliente para mis hormonas… córtalo.

Empieza otra canción y los amigos de los niños corren a buscarlos.

—¿Podemos irnos? —pregunta Lucía.

—Sí. Vayan a divertirse.

Salen corriendo y Gabriel y yo nos quedamos solos.

Los vemos bailar, girar y reír. Gabriel está asombrado y no les quita los ojos de encima.

Mientras yo sólo puedo pensar en la reacción visceral que mi cuerpo está teniendo ante su presencia.

Es como si hubiera una corriente eléctrica invisible entre nosotros.

—¿Qué tal la semana? —pregunta.

—Estuvo bien.

Sus ojos buscan los míos.

—Disculpas por… —se encoge de hombros—, …ser…

—Tú mismo. —Termino su frase.

—Iba a decir imbécil, pero tú mismo es lo mismo, supongo.

Asiento con la cabeza, sin saber qué responder.

—Cuando me dijiste que no me querías… —vacila—, … no sé qué me pasó… me dio asco.

No quiero entrar en una conversación sobre el perdón, quiero seguir enfadada con él.

La locura es segura, la locura lo mantiene alejado… así que elijo permanecer en silencio.

Nos sentamos un rato y miramos a los niños; parece tan raro tenerle sentado aquí a mi lado… mirando también a sus hijos.

Otra pareja se sienta a su lado y él empieza a charlar con el padre, y yo miro hacia la mesa de bebidas que necesita ayuda.

—Voy a ir a ayudarles —susurro, intentando no interrumpir su conversación.

—Claro, nena. —Sus ojos se cruzan con los míos. Parece tan sorprendido como yo por su comentario y pasa un momento entre nosotros.

Se siente… ni siquiera lo sé.

Carajo.

Me apresuro hacia la mesa de bebidas y empiezo a servir copas. Está ocupada y agitada, pero me da una excusa para no sentarme a su lado. Voy a quedarme aquí toda la noche.

La noche está llegando a su fin, y el DJ se acerca al micrófono.

—¿Pueden venir todos los papás a la pista de baile, por favor? Si no tienes pareja aquí, cojan a alguien.

Permanezco de pie junto a la mesa de bebidas. Después de todo, puede que alguien tenga sed.

Los padres empiezan a amontonarse en la pista de baile y yo observo con los brazos cruzados.

—Gracie —ronronea su voz profunda desde detrás de mí—. Somos nosotros. Estamos bailando.

—Estoy bien. —Finjo una sonrisa—. De verdad.

Me toma de la mano y me arrastra a la pista de baile.

Empieza a sonar "You Were Always on My Mind" de Willie Nelson.

No esta canción… cualquier cosa menos esta canción.

Gabriel me atrae hacia sus brazos y me abraza con fuerza. Me mira fijamente mientras empezamos a balancearnos al ritmo de la música.

Torpemente, miro a cualquier parte menos a él.

Sonríe suavemente.

—Es apropiado.

—¿Qué es?

—Que suene esta canción. —Me acerca y una corriente eléctrica corre entre nosotros—. Se trata de nosotros.

—Basta ya.

—Siempre estabas en mi mente, Grace —susurra—. Ni una sola vez estuviste lejos de mis pensamientos.

Nos miramos fijamente, con un océano de arrepentimiento nadando entre nosotros.

—Necesito que me perdones.

Lo miro fijamente mientras nos balanceamos al ritmo de la música.

—Dime cómo arreglar esto —dice suavemente—. Dímelo y lo haré.

—Ojalá lo supiera…

Sus labios se posan en mi sien mientras me abraza con fuerza. Nos balanceamos al ritmo de la música, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos.

Siempre estabas en mi mente.

Oh, esta canción… tan triste y tan relevante.

Mi cantante favorito cantando una de mis canciones favoritas y estoy bailando con alguien que antes creía que era el amor de mi vida.

Pero eso fue antes de que me quebrara. Antes de que me volviera fría y despiadada.

Esto es demasiado. Odio en quién me ha convertido. Se me llenan los ojos de lágrimas y, cuando termina la canción, necesito alejarme de él.

—Voy a refrescarme.

—Gracie.

Salgo del vestíbulo y salgo al aire frío, ya dejó de llover.

—Grace —lo oigo llamar desde detrás de mí.

—Déjalo, Gabo.

Quiero alejarme, no confío en mí misma para estar con él ahora mismo. Voy a bajar al patio y, al pisar el primer escalón, se me resbala el pie.

Me caigo y oigo el crujido de mi cabeza al chocar contra las escaleras de cemento al bajar. Ruedo y ruedo y caigo por todo el tramo de escaleras.

Dolor, sangre… oscuridad… nada.

CAPÍTULO 26

Gabriel

Bip…bip…bip…bip.

El monitor del corazón de Grace suena suavemente en la habitación a oscuras, y yo me siento a su lado con el corazón en la garganta. Si me conectaran a la máquina, no estoy seguro de que mi corazón sonara tan estable.

Un respirador y tuberías salen de ella, tiene los dos ojos negros y un bulto en la frente muy grande y ya morado. Grace cayó esta noche por veintidós escalones de hormigón… huyendo de mí.

Tiene una muñeca muy rota que hay que operar, y quizás también el tobillo, aunque está demasiado hinchado para saberlo en este momento. Lo que preocupa es la cabeza. Quedó inconsciente, la inflamación del cerebro era tan grave que tuvieron que inducirle un coma. ¿Y si tiene una lesión cerebral crítica y nunca se recupera?

Son las 3 de la mañana, y los cuidados intensivos son un lugar solitario donde la gente lucha por sobrevivir. No solo los que están en las camas, la gente sentada a su lado también lucha. Para mí… son los demonios.

«*En lugar de que me metas la polla por el culo… voy a metérsela a ellas, y gemirán cada puto centímetro*».

Me doy asco. ¿Qué me pasa? Si no la hubiera perseguido… no se habría resbalado.

Mi teléfono se enciende.

Graham Messing

Oh, el neurocirujano que contraté para que mirara sus exámenes.

—Hola.

—Hola, ¿eres Gabriel?

—Sí.

—Soy Graham Messing. Siento haber tardado tanto en responderte. Acabo de salir de una operación.

—No pasa nada —tartamudeo—. ¿Ha mirado los resultados?

—Sí, así es. Se dio un buen golpe.

Cierro los ojos mientras espero su próximo comentario.

—Mira, por lo que veo, lo que te dicen los médicos locales es cierto —escucho atentamente—. Hay una hinchazón considerable, pero parece que no ha sufrido una hemorragia subaracnoidea ni un ictus. Su actividad cerebral es normal.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, en este momento, todos los indicios apuntan a que no parece haber daños significativos a largo plazo. Sin embargo, como sabes, anoche no respondió a la medicación y, como no había indicios de hemorragia, los médicos optaron por inducirle un coma. Todos los cerebros se recuperan de forma diferente y, dada la información de que

disponían los médicos, creo que hicieron lo correcto.

—¿Por qué no se ha despertado todavía?

—Lleva su tiempo. Llamaré a su médico y le sugeriré que empiecen a reducir la inducción del coma dentro de otras seis u ocho horas. Necesitamos que la hinchazón baje.

—De acuerdo. —Me trago el nudo que tengo en la garganta—. ¿Y su tobillo y su muñeca?

—No te preocupes por eso; ella no se mueve, así que no puede hacerse más daño ahí. Ambos son superfluos en comparación con una lesión cerebral. Ésa es nuestra única preocupación en este momento.

—Bien.

—No corre peligro inmediato y está en buenas manos. El coma inducido le está dando tiempo para descansar y curarse, pero como sabes, cada caso es diferente, así que los tiempos y los resultados variarán.

Asiento con la cabeza mientras intento procesar lo que me está diciendo.

—De acuerdo.

—Volveré a hablar contigo por la mañana. Te sugiero que vayas a casa y duermas un poco.

—Vale, gracias, doctor. —Espero un momento en la línea—. Aprecio que revise las cosas por mí.

—Hablamos mañana. —Cuelga, e inmediatamente envío un mensaje de texto a Debbie.

Hola Debbie,
Acaba de llamar el neurocirujano especialista.
Confirmó lo que dijeron los médicos de aquí,
no ha tenido ninguna hemorragia cerebral
y la actividad parece normal.
Cree que cuando baje la hinchazón se pondrá bien.

Un mensaje rebota directamente.

Gracias a Dios ¿Por qué no está despierta entonces?

Respondo.

Dijo que el coma inducido da a su cerebro
la oportunidad de descansar y recuperarse.
Que lo reducirán por la mañana.

Observo los puntos mientras teclea.

Cruza los dedos.

Respondo.

¿Están bien los niños?

Sí, durmiendo profundamente.
Me alegra que no la vieran después de la caída.

A mí también.
Muchas gracias por tenerlos. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Intenta dormir un poco.
Xox.

Dejo escapar un suspiro tranquilo mientras miro fijamente a mi amor. Le retiro el pelo de la frente. Su cara magullada y golpeada parece tan rota. ¿Se ha golpeado en cada puto escalón al bajar? Seguro que sí.

—Cuando te despiertes, voy a matarte por ser tan torpe —susurro—. No tenías que ponerte dramática y tirarte por las escaleras para librarte de una discusión. —Sigo acariciándole el pelo—. Ambos sabemos que habrías ganado, de todos modos.

Bip... bip... bip... bip.

Su silueta se desdibuja.

—Por favor, despierta.

—¿Qué le pasa a mi mano? —susurra una voz somnolienta.

Me despierto sobresaltado, con la cabeza apoyada en la cama mientras me siento a su lado.

—Grace.

Frunce el ceño mientras me mira.

—Estás despierta, cariño. —Sonrío. Alargo la mano y llamo a las enfermeras—. Gracias a Dios que estás despierta. —Le aparto el pelo de la cara amoratada y la estrecho contra mí —. Llevo toda la noche en pánico. —Me alejo para mirarla y me mira con el ceño fruncido.

—¿Quién eres tú?

Mi mundo deja de girar...

—¿Qué? —Mis ojos se abren de par en par, horrorizados—. ¿No te acuerdas de mí?

—Ojalá no lo hiciera —murmura secamente—. ¿Qué haces, Gabriel... y por qué demonios me duele tanto la mano?

La abrazo y le sonrío en el pelo.

—Nunca me había alegrado tanto de oir tus idioteces, Grace.

La enfermera aparece en la puerta.

—Hola, Grace. ¿Cómo te encuentras?

Me aparto de su camino y ella empieza a comprobar sus constantes vitales. Le envío un mensaje a Debbie.

Está despierta
y de momento bien.

Mi teléfono suena inmediatamente.

—Hola, Deb —contesto.

—¿Está despierta?

—Sí —susurro mientras salgo al pasillo—. Ya está refunfuñando y todo. —El médico pasa junto a mí y entra en la habitación.

—Gracias a Dios. ¿Puedo llevar a los niños?

—Déjame que averigüe qué está pasando, sigue conectada a un montón de máquinas y supongo que le harán más pruebas. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—De acuerdo, gracias.

Cuelgo y vuelvo a entrar en la habitación para ver a la enfermera mirándola a los ojos con una linterna. El médico está hablando con ella.

—Tuviste una fea caída; estás en el hospital. ¿Recuerdas lo que pasó, Grace?

—Um. —Frunce el ceño y sus ojos encuentran los míos al otro lado de la habitación—. Estábamos bailando.

—Sí —asiento emocionado—. Estábamos bailando.

—Y luego. —Frunce el ceño mientras piensa—. ¿Dónde están los niños?

—Están en casa de Debbie. —Ella asiente.

—Tienes una muñeca rota que hay que operar y un tobillo al que tenemos que hacer más radiografías. ¿Cómo es tu dolor? En un nivel del uno al diez, ¿cómo lo calificarías?

—Doce —refunfuña—. Me duele la cabeza.

—Organizaremos algo para aliviar el dolor y, cuando te hayan hecho las radiografías, podrás comer y beber algo, ¿qué te parece?

—Gracias.

Ambos salen de la habitación y yo me siento a su lado en la cama y tomo su mano buena entre las mías.

—Me has dado un susto de muerte.

—Mmm. —Ella frunce el ceño.

Levanto su mano hasta mis labios y beso suavemente el dorso de la misma.

—Crees que soy dramática, solo tú podrías dar cada paso al bajar.

Me mira...

—¿Qué? —le pregunto.

—Estás hecho una mierda.

Lanzo una amplia sonrisa, ahí está.

—Tú tampoco te ves muy hermosa.

Durante la hora siguiente, le desenganchan las máquinas y le controlan el dolor mientras yo me siento en un rincón y observo.

—Pronto subirán los de rayos X para bajarte, ¿vale?

Ella asiente.

—Gracias. —La enfermera desaparece y ella mira a su alrededor—. ¿Qué ocurre?

—Necesito ir al baño.

—Mmm. Volveré a llamar a la enfermera.

—No. No voy a usar el urinario, esperaré.

—Yo te llevaré al baño.

—No.

—Grace. —Ensanché los ojos—. Tienes que dejar que te ayude. —Me agacho y la levanto como a una novia. La llevo al baño y la siento con cuidado—.

—Vale, sal ahora.

—¿Qué?

—No te vas a quedar ahí mirando cómo orino.

—Grace... te he lamido el trasero, estoy bastante seguro de que puedo llevarte al baño.

—Qué asco. —Entorna la cara—. Fuera.

Voy a esperar delante de la puerta y echo un vistazo a la habitación del hospital.

—¿Estás bien ahí dentro?

—Sí.

—¿Puedo pasar? —Espero un poco más—. ¿Estás lista?

—Uf... sí.

Vuelvo a entrar y la levanto, con la bata de hospital de algodón recogida sobre el regazo.

—Necesito lavarme la mano.

La llevo hasta el lavamanos, se mira la cara en el espejo y jadea al ver los moratones.

—Dios mío.

—Hiciste un buen trabajo, torpe zoquete.

Abro el grifo y ella mete la mano bajo el agua.

—¿Puedes ir a buscar a los niños?

—Deb los subirá esta tarde, vamos a arreglarte primero, ¿vale?

La llevo de vuelta a la cama y la tumbo con cuidado, y ella hace un gesto de dolor.

—¿Qué me pasa en la mano?

—Tienes la muñeca rota y necesitas que te la inmovilicen, sabremos más después de las radiografías.

Se le llenan los ojos de lágrimas; es evidente que las heridas la abruman.

—Hola. —Me siento en la cama a su lado—. No te preocupes. Te pondrás bien. —Le acaricio la cara con la mano—. Todo acabará pronto y te pondrás mejor.

—No tengo tiempo para una muñeca rota, Gabe.

—Shhh. Agradezcamos que una muñeca rota sea el colmo. —Le bajo la cama—. ¿Por qué no intentas descansar un poco?

Grace

La batalla para evitar que se me cierren los párpados es dura.

Estos analgésicos son buenos, pero me siento como una cuba. Gabriel está sentado en la silla del rincón; no se ha separado de mí. Y por mucho que le diga que se vaya a casa, en cierto modo me alegra que me ignore. Me alegro de tener a alguien aquí conmigo, porque empiezo a darme cuenta de lo débil que soy. Me siento llorosa, débil y vulnerable.

—¿Dónde están los niños? —susurro.

—Llegarán esta tarde —responde en voz baja.

—Pobrecitos, deben de estar muy asustados.

Se levanta y viene a sentarse a mi lado en la cama. —Están bien, Debbie está cuidando bien de ellos. Deberías descansar, necesitas dormir para poder curarte.

Me pone la mano en el hombro, y el cálido contacto me relaja al instante y mis pesados párpados ganan.

—¿Te gusta? —pregunta en voz baja.

Asiento con sueño.

—Me sentaré aquí mientras duermes, mi amor.

—Mmm.

Giro la cara hacia un lado para apoyarla en su brazo. Su presencia es reconfortante; atenúa el dolor y calma mis nervios. Me siento cada vez más pesada… Flotando… En paz.

—¡Mamá!

—Sshh —susurra la voz baja de Gabriel—. Mamá está durmiendo.

—Oh, no, mírale la cara —susurra Debbie—. Pobrecita, parece tan dolorida.

—Está bien —responde la voz tranquilizadora de Gabriel—. Pronto estará como nueva.

Es como si mi cuerpo estuviera dormido pero mi mente despierta. Oigo lo que dicen, pero estoy demasiado cansada para abrir los ojos o responder.

—Abuela —oigo decir a Lucía, un alboroto y abrazos.

—Oh, pequeños demonios escurridizos. —Debbie se ríe.

—Nos vinimos en el primer vuelo de esta mañana.

Mamá y papá están aquí. Lucho por abrir los ojos.

—Gabriel —dice sorprendida la voz de mi madre—. ¿Qué haces aquí?

—Ahhh. Chicos, ¿por que no se acercan a la máquina expendedora y nos traen algo? —Lo oigo entregarles unas monedas.

—Síií. —Los niños corren por el pasillo.

—Hola, señor y señora Porter —dice Gabriel—. Hace años que no nos vemos, me parece que nos vimos en la oficina unas cuantas veces cuando visitaban a Grace.

—Estoy confundido —dice mi padre—. ¿Qué haces aquí?

—Entonces… —Hace una pausa—. No hay una forma fácil de decir esto, así que solo voy a decirlo sin rodeos. Soy el padre biológico de los gemelos.

—¿Qué? —suelta mamá—. Eso no es cierto, los niños fueron concebidos mediante esperma de donante.

—Ahhh —interrumpe la voz de Deb—. Grace y yo salíamos en secreto mientras trabajaba para mí.

—¿Por cuánto tiempo? —replica mi papá.

—Más de un año. Estábamos enamorados.

—¿Cómo?

—Ella no quería quedarse en Nueva York y yo no quería irme. Rompimos y ella se mudó aquí. Poco después, descubrió que estaba embarazada.

—Nos lo habría dicho —responde mamá—. Es imposible que nos hubiera mentido durante todos estos años. Grace nunca nos mentiría, estás mintiendo.

—Le hice jurar que guardaría el secreto —dice—. Iba contra la política de la empresa que saliéramos juntos, y le rogué que no lo contara.

—Es verdad —dice Debbie en voz baja.

Mamá jadea.

—Hace poco hemos retomado el contacto y hemos intentado arreglar las cosas.

—¿Qué? —responde mamá—. ¿Por qué no nos lo habría dicho?

—Me estaba protegiendo —dice él.

—Dios mío —susurra mamá—. No puedo creerlo.

—Iba a decírtelo esta semana, pero ahora… con el accidente —continúa.

Los niños regresan en un alboroto a la habitación.

—Sshh, mamá está durmiendo —dice Debbie—. Vayamos al parque infantil —dice mamá—. Déjala dormir.

Oigo cerrarse la puerta y lucho por abrir los ojos.

—¿Por qué les dijiste eso? —susurra Debbie.

—¿Crees que Grace quiere que sus padres sepan que tuvimos una aventura de una noche y que les ha mentido durante todos estos años?

—Pero…

—Pero nada, yo asumo la culpa. Estoy acostumbrado a ser el chico malo, no pasa nada.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque… la amo.

Silencio…

Siguen hablando, pero sus voces empiezan a confundirse.

Lucho con mis párpados, me despierto… solo se abren.

Las voces se entrecortaban, la oscuridad se hacía más oscura.

Bla, bla, bla, bla, bla. El calmante me arrastra de nuevo hacia abajo.

El sol acaba de ponerse sobre el parque que hay frente a la ventana de mi hospital. Suena un suave golpe en la puerta y Gabriel se levanta y contesta.

—Hola, sí. Tiene hambre.

Se hace a un lado y la señora hace entrar el carrito de la cena.

—Hora de cenar. —Ella sonríe.

Me incorporo, emocionada, y Gabriel hace rodar la mesa sobre la cama para sentarse frente a mí.

—Tenemos sopa de pollo, seguida de pastel de carne y verduras, y un panecillo. —Lo pone todo delante de mí—. Y ensalada de frutas de postre.

Gabriel mira la comida con desconfianza.

—¿Puede tomar otra cosa que no sea pastel de carne?

—Es la única opción.

—Mmm —responde, poco impresionado.

—El pastel de carne está bien —le abro los ojos de par en par—. Para.

—¿Quieres agua o limonada?

—Limonada.

—Nosotros también tomaremos agua. —Gabriel me mira de reojo.

Lo carga en la bandeja y nos deja solos. Gabriel quita la tapa de mi comida y prepara el cuchillo y el tenedor.

—Sabes, puedes irte a casa. No hace falta que me hagas de niñera.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cómo vas a cortar ese pastel de carne de caballo con una sola mano?

Miro fijamente el pastel de carne.

—¿Caballo?

—Seguro que es dudoso. —Se inclina sobre mí y me corta la comida—. ¿Cómo vas a quitarle la tapa al agua? —Desenrosca la botella de agua y la vierte en el vaso.

—Nunca me he sentido tan inútil —suspiré.

—Mmm —dice, desinteresado—. Me parece que antes has sido mucho más inútil que esto.

—¿Cuándo?

—Cuando trabajabas para mí.

—¿Me tomas el pelo?

Sus ojos bailan con picardía.

—Mira… si yo no estuviera aquí, ¿quién te molestaría?

Tuerzo los labios para ocultar mi sonrisa y doy un gran mordisco a mi pastel de carne.

—¿Apaloosa o semental? —pregunta.

—Eres asqueroso, ¿lo sabías?

Suena un golpe en la puerta y Gabriel se agacha alrededor de la cortina para contestar, bloqueando la vista para que no pueda ver.

—Hola —dice una voz de hombre.

—Jack.

—¿Qué haces aquí? —responde rotundamente Gabriel.

—He venido a ver a Grace.

—No acepta visitas.

—No creo que eso dependa de ti.
—Le diré que has venido.
—¿Está bien?
—Lo estará.
—¿De verdad no vas a dejarme entrar a verla?
—No. Adiós, Jack.
Le cierra la puerta en las narices y luego vuelve a entrar y se sienta, totalmente imperturbable.
—¿Hablas en serio? —pregunto.
—¿Sobre qué?
—Gabriel…
—Mira, entiendo que no quieras salir conmigo. —Señala la puerta con el pulgar—. Pero tienes que estar de coña con él.
Sonrío, qué imbécil.

Una hora más tarde.

—Así que la operación de muñeca es mañana, y por suerte lo de tu tobillo es solo daño de ligamentos, así que no hace falta nada ahí. —El médico lee mi historial.
—Ajá.
—Espero que salgas dentro de unos días.
—Sí.
Mis padres y Gabriel escuchan atentamente, es la hora de visita en el zoo.
—No hay nada que comer después de medianoche —me recuerda.
—Ajá.
—El traumatólogo estará por aquí esta noche para hablar de la operación de mañana.
—Gracias.
Nos deja en paz.
—Me organizaré para tomarme un tiempo libre en el trabajo —dice mamá.
—¿Para qué? —pregunta Gabriel.
—Bueno, tendré que quedarme y ayudar. Está claro que no puede vivir sola y cuidar de los niños.
—Me quedaré con ella para ayudarla —responde Gabriel.
—No creo que…
—No hace falta que piense, señora Porter. Me quedaré con Grace y la ayudaré con nuestros hijos.
—No podrá ducharse ni nada.
—Y… —Gabriel fulmina a mi madre con la mirada—. No sé si sabes cómo se conciben los niños.
—Escuchen, ustedes dos… —Suspiro, los dos se están poniendo nerviosos.
—No creo que sea una buena idea —mi madre sigue.
Para ser sincera, no estoy segura de poder soportar que mi madre viva conmigo unas semanas… y papá tiene que trabajar.
—Puedo asegurarte que soy más que capaz de cuidar de Grace —replica Gabriel—. Reorganizaré mi horario y trabajaré desde aquí.
—Creo que es un asunto familiar —dice mi papá.
—Exacto, y yo soy la familia directa de Grace. Nuestros dos hijos necesitan tanto a su madre

como a su padre —replica—. Yo puedo subirla y bajarla por las escaleras hasta su dormitorio. Tú no puedes.

—No —interrumpe mi madre.

—Estoy aquí, lo sabes —digo bruscamente—. ¿Quizás alguien podría consultarme?

—Grace. Diles a tus padres que me quedaré contigo hasta que estés mejor.

Es verdad, mamá no puede subirme y bajarme por las escaleras… quizás podría dormir en el sofá.

Gabriel levanta una ceja impaciente en señal de advertencia silenciosa.

Bien…

—Gabriel se quedará conmigo, mamá, está bien, aunque gracias por la oferta.

—¿Estás segura? —*La verdad es que no.*

Cinco días después.

Toc, toc.

—Pasa —digo.

La puerta se abre de golpe y Gabriel y los niños sonríen ampliamente. Gabriel está empujando una silla de ruedas vacía y los dos niños están dando saltitos en el sitio.

Han sido los nueve días más largos de mi vida.

—Vámonos a casa.

CAPÍTULO 27

Gabriel

TIRO DEL auto hacia la entrada y lo detengo; los niños salen a toda velocidad y miro a Grace, que esboza una sonrisa y me doy cuenta de que piensa que es una mala idea.

—¿Estás dispuesta a que te atiendan de pies y manos, querida? ¿Gracie? —pregunto.

—Intentemos sobrevivir, ¿de acuerdo?

—¿De qué estás hablando? Tengo esto en la bolsa. —Salgo del auto y voy a su lado—. Esto es una torta.

No es un simulacro, esto sí que lo tengo preparado. Sin que Grace lo sepa, Mark ya nos ha preparado la cena y está en la nevera esperando a que la caliente. He tenido demasiadas reuniones y hoy no he tenido tiempo.

Levanto la mano y saco a Gracie del auto; se ha roto los ligamentos del pie izquierdo y la muñeca izquierda, y tiene la mano y el antebrazo escayolados. Es una pesadilla, no puede andar con el pie, pero tampoco puede usar muletas por la mano. Durante las próximas semanas, habrá que llevarla en brazos… no es que me queje. Cualquier excusa es buena para tomarla en brazos.

La llevo dentro por la puerta principal.

—Hogar, dulce hogar, cariño. —Miro a mi alrededor—. ¿Dónde quieres sentarte?

—¿En el sofá?

La dejo suavemente en el suelo.

—Aquí tienes.

—Gracias.

—Mira algo. —Le paso el mando a distancia—. Sacaré tus cosas del auto.

Esta es mi oportunidad de demostrarle lo genial que soy en casa. Muy pronto estará locamente enamorada de mí, voy a asegurarme de ello. Salgo corriendo hacia el auto y agarro sus cosas y una gran bolsa de plástico con medicamentos. La muñeca le da pena y le duele por la noche; el hospital me dio instrucciones estrictas de que debe tomar la medicación cada cuatro horas. Voy a poner el despertador para estar al tanto.

Vuelvo a entrar y subo sus maletas y enderezo la colcha. Deshago su maleta y llevo las cosas a la lavandería, lo meto todo en la lavadora y la enciendo. Estoy clavando esta mierda doméstica en la pared. Mi teléfono emite un mensaje, es de Mark.

Mete el strogonoff en el horno a 325 grados.

Le respondo.

En ello.

Vuelvo a salir por el salón. Está acurrucada con los niños a ambos lados.

—¿Estás bien, Gracie?

—Ajá.

—Bien, voy a preparar la cena.

Frunce el ceño.

—¿Estás cocinando?

—Sí —respondo despreocupadamente—. Claro que voy a cocinar, pensé que querrías una comida casera.

—Ah. —Sonríe, impresionada—. Sí, quiero.

¡Ja! Ya está medio enamorada de mí. Voy a la cocina, saco con cuidado del frigorífico el strogonoff de ternera ya preparado y lo meto en el horno. Enciendo el dial a 325 y contengo la respiración mientras se enciende la luz. Funciona… ¡Sí!

—¿Qué estás cocinando? —me llama.

—Una vieja receta familiar, strogonoff de ternera —digo—. Te va a encantar.

—Oh, vaya.

La oigo a ella y a los niños charlando sobre la cena. Ja, esto es brillante… Le envío un mensaje a Mark.

¿A qué hora caliento el macerado?

Su respuesta rebota.

Media hora.
Tres minutos en el microondas,
remueve y luego otros tres minutos.

Bien… ¿y ahora qué? Vuelvo a salir al salón.

—¿Se bañarán antes de cenar, chicos? —pregunto a los niños.

—Yo me ducharé primero —dice Dom.

Sube las escaleras de un salto. Los ojos de Grace encuentran los míos al otro lado de la habitación y sonrío con orgullo, las cosas van de maravilla.

Una hora después, nos sentamos alrededor de la mesa del comedor.

—Estaba absolutamente delicioso —Grace sonríe—. Gracias.

—Me encanta cocinar para mi familia —sonrío mientras empiezo a recoger los platos de la cena—. Chicos, vayan a divertirse mientras limpio la cocina.

Los chicos desaparecen y Grace me mira.

—¿Necesitas que Fabio te lleve a la cama?

—¿Fabio?

—Ya sabes, Fabio... ¿el dios del sexo?

—No, no conozco a Fabio —Me dedica una sonrisa torcida—. Pero me gustaría ir arriba, si te parece bien... sin el dios del sexo.

—Tus deseos son órdenes.

La levanto y me rodea el cuello con el brazo. Siento su tacto hasta la punta de mi polla.

Basta ya.

Empezamos a subir las escaleras y me arden las piernas, me duele el pecho y, maldita sea... últimamente no he hecho suficiente ejercicio.

—¿Estás bien? —pregunta ella.

—Sí, claro. Eres tan ligera como una pluma.

Pesas una tonelada, mujer.

Llegamos al final de la escalera y avanzo con dificultad por el pasillo, ya totalmente

sudado, y la siento en la cama. —¿Necesitas una ducha?

—No, he tenido una esta tarde en el hospital. —Echa un vistazo a la habitación—. Pero necesito analgésicos.

—Sí. —Me apresuro a entrar en el baño y recojo con cuidado las pastillas—. Voy a hacer entrar a los niños para darles las buenas noches y luego vendré a ayudarte a ponerte el pijama.

—De acuerdo.

Me apresuro a bajar las escaleras. —Chicos, vayan a darle las buenas noches a mamá. Voy a arreglar rápidamente la cocina.

—¿Ya? —refunfuñan.

Prácticamente tiro los platos al fregadero y limpio los bancos. Tengo que ayudarla a desvestirse y a prepararse para ir a la cama. La urgencia es real. Desvestir a Grace es lo que más me gusta en el mundo. Subo las escaleras de dos en dos y entro para encontrarme a los niños dando las buenas noches a Grace con un abrazo, y sonrío mientras los observo desde la puerta.

Es tan buena mamá. La adoran absolutamente. La tristeza se apodera de mí. ¿Cómo ha podido hacer esto sola durante tanto tiempo? Tengo tanto que compensarle a ella… y a ellos.

—A la cama —Grace sonríe.

Los dos se van a sus habitaciones. Yo arropo primero a Lucía. —¿Estás contenta de tener a mamá en casa? —pregunto.

—Sí. —Levanta los bracitos y me abraza. La estrecho entre mis brazos un momento—. Eres una niña tan buena. —Se tumba feliz de sí misma, la cubro con la manta y le beso la frente—. Buenas noches, ángel.

—Buenas noches, papá. —Papi.

Entro en la habitación de Dominic y ya está en la cama. Me siento en el borde y le tapo con las mantas. —¿Estás contento de que mamá esté en casa?

Asiente con la cabeza. —Gracias por cuidar de nosotros —murmura.

Mi corazón.

—Siempre cuidaré de ti.

Me dedica una sonrisa ahogada, y yo me inclino y le beso la frente. —Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, papá.

Éste podría ser el mejor día de mi vida.

Apago la luz y me acerco al dormitorio de Grace. —¿Dónde está tu camisón, nena?

—Está en el cajón de arriba.

Miro en el cajón. —No me voy a encontrar cara a cara con ese consolador aquí dentro, ¿verdad?

Sonríe somnolienta.

—Se ha escondido después de la última vez que te vio.

—Así debería ser. —Cojo el camisón y me siento a su lado—. Y cuando digo ven cara a cara, quiero decir… tú… ven a mi cara.

—Para —ella sonríe—. No estoy de humor para tus insinuaciones sexuales.

—Lo sé, lo sé. —Le quito la camiseta por encima de la cabeza—. Sólo me aseguraba de que me escuchabas.

Voy a desabrocharle el sujetador. —Primero ponme el camisón, gracias.

—Ya te he visto las tetas.

—Esto es... diferente.

Pongo los ojos en blanco y le tiro del camisón por encima de la cabeza y luego le desabrocho el sujetador que lleva debajo.

—¿Cómo se puede desabrochar un sujetador de debajo de la ropa por la espalda?

—No lo sé, es una casualidad, nunca lo había hecho en mi vida. —Tiro de las mantas hacia atrás y le bajo los pantalones.

—No mires.

Lo último que necesito cuando hago de Madre Teresa es una erección furiosa.

—¿Necesitas ir al baño?

—Sí, por favor.

La levanto y la llevo para que se siente en el retrete.

Ella abre mucho los ojos. —¿Puedes salir?

—Uf. —Salgo, espero un minuto y oigo tirar de la cadena.

—Vale. —La recojo, la ayudo a lavarse las manos y la vuelvo a tumbar en la cama. La pongo de lado y le coloco una almohada bajo la muñeca y el tobillo—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

Enciendo la lámpara lateral y apago la luz principal.

—Voy a darme una ducha —digo.

—De acuerdo. —Sonríe somnolienta. Esos medicamentos están funcionando muy bien.

Me ducho y me enjabono. ¿Está mal que esté más que emocionado por estar aquí cuidándola? Me siento como si me hubiera tocado la lotería o algo así. Al final, entro en el dormitorio en toalla y me encuentro a Gracie durmiendo como un bebé.

Me pongo los calzoncillos y me meto en la cama. Me tumbo de lado y la miro durante un buen rato.

Los moretones no son su mejor aspecto, he de admitirlo, pero para mí… es perfecta. Tiene el pelo largo esparcido por la almohada y sus pestañas oscuras se agitan al respirar.

Un ángel de la vida real… mi ángel.

Con su respiración regulada, me siento derivar hacia el abismo.

Por fin a su lado.

—Au —grita Grace.

Me despierto de un salto.

—¿Qué?

—Me golpeaste el brazo cuando te diste la vuelta.

—Oh. —Hago un gesto de dolor—. Perdona.

—¿Qué haces en esta cama?

—Yo… —Me froto los ojos mientras intento despertarme—. Pensé que podrías necesitar algo.

—No necesito que me hagas daño.

—Lo siento, lo siento —murmuro—. Vuelve a dormirte.

Exhala con frustración y nos quedamos un rato tumbados en la oscuridad.

—Ahora me duele la mano.

Me doy la vuelta y miro el móvil.

—Ya puedes tomarte unos analgésicos, de todas formas tenías que tomártelos dentro de media hora.

Me levanto y recojo las pastillas. Ella se sienta y se las toma.

—Necesito ir al baño.

La levanto y la llevo al baño. Joder… estaba en el sueño más profundo. La espero y luego la llevo de nuevo a la cama. Me vuelvo a tumbar y cierro los ojos.

—Gabriel —susurra.

—¿Eh? —Me despierto de un salto.

—Respiras demasiado alto.

—¿Qué? —Entorno la cara.

—Date la vuelta, no me dejas dormir.

—Pero no puedo dormir en ese lado.

—Pues vete al sofá —gruñe con voz de Exorcista.

—Joder, cálmate.

Me doy la vuelta y me pongo de espaldas a ella, sintiéndome muy incómodo. Ésta no es en absoluto mi postura para dormir. Intento quedarme lo más quieto posible para no molestarla. Al final, cierro los ojos pesados.

Bip.

Bip.

Bip.

Me despierto de un salto. —¿Qué coño está pasando?

—La alarma de tu teléfono está sonando.

—Oh. Olvidé apagarlo. —Lo apago.

—¿Cómo has podido olvidarlo?

—Si lo hubiera sabido, no lo habría olvidado. —Cierro mis pesados párpados.

—Mamá —grita alguien desde lejos—. Mamá.

Sigo soñando. Cállate, niña.

—Mamá…

Me despierto de un tirón.

—Joder.

Salgo a trompicones de la cama; Lucía está llorando a lágrima viva y yo me doy una patada en el pie contra el poste de la cama y salgo disparado hacia la pared.

—Ahhh… se me ha dislocado el dedo del pie.

—Deja de hacer tanto ruido, joder —refunfuña Grace—. Has despertado a Lucía.

—Me ha despertado. —Doy un respingo—. Mi dedo del pie no está bien.

—Me importa un carajo tu dedo.

—Evidentemente. —Entro cojeando en la habitación de Lucía—. ¿Qué te pasa, cariño?

Está llorando y me siento a su lado.

—¿Has tenido una pesadilla?

—Sí.

—No pasa nada. —Le acaricio el pelo—. ¿Puedes acostarte conmigo, papá?

—Vale.

Me subo a un lado de su pequeña cama individual y sonrío mientras cierro los ojos.

—¡Gabriel! —grita Grace desde la otra habitación. Me despierto de un salto.

—¿Y ahora qué?

—Te necesito.

Echo las mantas hacia atrás. Es la peor noche de sueño de mi vida. Voy a dar un paso y el dedo del pie me irradia dolor…

—Ahhh, joder.

Vuelvo cojeando a la cama de Grace.

—¿Qué?

—No me vengas con eso —suelta ella—, dijiste que me cuidabas, no me vengas con eso.

Me imagino arrojándola por la ventana.

—¿Qué pasa, Grace?

—Tengo sed.

—Así que bébete el agua.

—Se ha acabado. Necesito agua fría.

—¿De la nevera de abajo?

—¿Te importa?

La verdad es que sí…

—De acuerdo.

Cojeo por el pasillo y las escaleras en la oscuridad. La habitación brilla por la luz del frigorífico cuando lo abro. Echo un vistazo y veo mis llaves sobre la encimera. ¿Quizás podría dormir en mi auto?

Lleno el vaso de agua y vuelvo a subir. Le paso el agua a Grace, ella traga… y traga… y traga… y traga… cielos.

—¿Tienes sed?

—No me pongas a prueba —gruñe.

Aprieto los dientes y vuelvo a la cama. Me está poniendo a prueba hasta el último nervio. Cierro los ojos.

—Necesito ir al baño otra vez —susurra en la oscuridad.

Me tapo los ojos con las manos. Esto no puede estar pasando.

—Eso es lo que pasa cuando bebes como un puto camello, Grace.

—Ya está. Vete a casa.

No me tientes, mujer.

Echo las mantas hacia atrás y la levanto.

—Quizás debería ponerle un catéter.

—Quizás deberías cerrar la boca.

—No eres un gran paciente.

—Sí, bueno… no eres una gran enfermera.

Vuelvo cojeando con ella a la cama y la acuesto, luego me meto en la cama dando tumbos.

Grace

El latido de mi brazo me despierta del sueño y encojo la cara de dolor. El sol se asoma por la rendija de las cortinas, y miro para ver que Gabriel no está en la cama conmigo. Debe de estar abajo.

Zzzz.

Me incorporo.

—¿Eh? —le oigo respirar.

Me inclino y miro debajo de la cama para verle durmiendo boca arriba en el suelo duro, sin ni siquiera una manta.

Miro el reloj. Las ocho y veinte de la mañana.

—Mierda.

—Gabriel —tartamudeo—. Gabriel.

Sus ojos se abren lentamente antes de volver a cerrarse.

—Hemos dormido hasta tarde —le digo.

—Irónico, ya que no he dormido nada —mantiene los ojos cerrados.

—En serio, tienes que levantar a los niños.

—Pueden tomarse el día libre.

—No pueden, es el día de la foto.

—Les haré una foto con mi teléfono.

—Gabriel —digo bruscamente.

Se arrastra sobre el codo y abre los ojos cansados. Me echo a reír. Tiene los pelos de punta y los ojos rojos e inyectados en sangre.

—Tienes mal aspecto —susurro.

—Me siento peor —se baja la mano por la cara mientras se incorpora—. Tienes que ir a preparar los almuerzos y preparar a los niños.

Asiente y se pone en pie. Sale cojeando del dormitorio.

—¿Qué te pasó en el pie? —le digo.

—Me rompí un dedo del pie en mitad de la noche… no es que a nadie le importe, joder.

Me tumbo en la cama y le escucho bajar cada escalera.

—Ahhh… Ohhh… Joder… Ahhh.

—Niños —les llamo—. A despertarse, nos quedamos dormidos.

Mi teléfono emite un mensaje de texto.

—¿Quieres café?

Te respondo.

—No tienes tiempo para el café.

Sonrío para mis adentros mientras espero su respuesta.

—No tengo tiempo para tu negatividad.

—Niños —vuelvo a llamar—. A despertarse dije.

Mi teléfono emite un mensaje de texto.

—¿Qué les preparo para comer?

Te respondo.

—Un bocadillo y algo de fruta.
Una botella de agua y unas galletas o algo así.
Sus fiambreras están en sus bolsas.

Dominic aparece en mi puerta.

—Hola, colega. —Sonrío y le tiendo los brazos, viene y me abraza un momento—. Tienes que despertar a tu hermana y bajar a ver cómo está tu papá.

—¿Qué está haciendo?

—Te está haciendo la comida y puede que necesite que le eches una mano.

—¡Oh, no! —oímos gritar a Gabriel desde abajo—. ¿Cómo demonios se llama esto?

—¿Qué está haciendo? —pregunta Dominic.

—No tengo ni idea, baja a ver cómo está, por favor.

Dominic se levanta y baja las escaleras.

—¡Dios mío! —grita Gabriel.

Oigo un sonido y escucho para intentar distinguir lo que es… espera… ¿está vomitando en seco?

—Hoy no habrá colegio —afirma por toda la casa.

Oigo abrirse y cerrarse de golpe la puerta principal.

Oigo un arrastrar de pies por las escaleras y aparece Dom; está jadeando y parece presa del pánico.

—¿Qué pasa ahí abajo? —pregunto.

—Un plátano se ha podrido y ha destrozado toda la bolsa de Lucía, está sobre sus lápices y todo. Papá está agitado y ha tirado la bolsa por la puerta principal.

—Oh.

Gabriel aparece en la puerta; tiene los ojos desorbitados.

—¿En qué universo metes un plátano en una mochila sin recipiente?

Le miro fijamente.

—Es todo viscoso y… apesta y… —le dan arcadas secas al pensar en ello—. Nunca volveré a comer un plátano.

—Tendrás que limpiarlo.

—¿Cómo?

—¿Con un paño húmedo?

Le dan arcadas sólo de pensarlo.

—Vale, le vendrá bien otra bolsa. Primero tienes que despertarla.

Se marcha cojeando y lo oigo hablar con ella.

—Despierta, pequeña.

—No. Lárgate —suelta ella—. Estoy cansada.

—Únete al club.

Lo oigo bajar cojeando las escaleras.

—Levántate.

Lucía entra en mi habitación y se mete en la cama conmigo.

—Tienes que prepararte, cariño, hoy llegamos tarde.

Desaparece y oigo más cosas golpeando en el piso de abajo.

¿Qué hace ahí abajo?

—Odio el Tupperware —grita. La puerta de un armario se cierra de golpe y sonrío para mis adentros. Ojalá tuviera una cámara ahí abajo para poder ver esto de primera mano.

Finalmente, los tres aparecen en mi puerta.

—Hemos venido a despedirnos.

Abrazo a Dominic y luego me vuelvo hacia Lucía.

—Tienes que arreglarte el pelo, bubba.

A Gabriel se le cae la cara.

—Oh.

—Coge el cepillo —señalo el tocador—. Cepíllale el pelo y recógetelo. Pero date prisa, vas a

llegar tarde.

Gabriel toma el cepillo y luego echa un vistazo al pelo de Lucía. Levanta la capa superior y descubre una masa de nudos debajo. Sus ojos se abren de par en par, horrorizados.

—¿Qué demonios es esto?

—Cepíllalo.

—¿Qué?

—Tira del cepillo a través de los nudos.

—No sé si has visto estos nudos, Grace, pero no se trata de una simple situación de cepillado.

—Dame el cepillo.

Le tiendo mi mano buena y él me la pasa. Empiezo a cepillar rápidamente los nudos. Lucía frunce el ceño mientras echa la cabeza hacia atrás con cada pasada.

—Basta.

Gabriel me arrebata el cepillo.

—Eso es una barbaridad.

Empieza a cepillarle el pelo lenta y cuidadosamente.

—Vas a llegar tarde.

—Me importa un bledo… —mira a su alrededor y recuerda dónde está—. Está bien.

Continúa cepillando a paso de tortuga.

Dominic pone los ojos en blanco y le arrebata el cepillo a Gabriel.

—Deja que lo haga yo.

Coge el coletero y le hace una coleta, desordenada, pero servirá. Que Dios nos ayude con las fotos de hoy; van a ser un desastre.

—Adelante —les digo.

—Cuando vuelva, tenemos que ir a mi casa. Tengo una reunión de Zoom a las once y necesito una oficina —me dice.

—De acuerdo.

Me dan un beso rápido en la mejilla y los tres bajan corriendo las escaleras y oigo cómo arranca el auto. Sonrío en el silencio.

Primera mañana, lista…

CAPÍTULO 28

Grace

—SU CAFÉ, SEÑORA —dice Gabriel sonriendo al reaparecer después de dejar a los niños en la escuela. Me pasa una taza de café y se sienta en la cama a mi lado. La luz del sol matutino le ilumina la cara, y hoy parece mucho más luminoso. Le echo un vistazo: lleva el pelo alborotado, los dos cordones le cuelgan de los pantalones de chándal y lleva la camiseta del revés—. ¿Has…?

—¿He hecho qué?

—¿Entrado así en la cafetería?

—Sí, ¿por qué? —frunce el ceño.

—Tienes la camiseta del revés.

—No, no lo es —baja la mirada para mirarse y se le cae la cara—. Dios mío. Está pasando.

Me río ante su horror.

—¿Qué está pasando?

—Me estoy convirtiendo en uno de ellos…

—¿Te refieres a un padre agotado que se esfuerza al máximo por sobrevivir cada día?

Sus ojos buscan los míos.

—Anoche fue un desastre, ¿verdad?

—En absoluto.

Bebe el café con aire de derrotado.

—¿Qué ocurre?

—Pensaba que esto se me daría mejor.

Sonrío ante su ilusión.

—Todos los padres piensan que serán los mejores; hasta que no estás en las trincheras no tienes ni idea de lo duro que es.

—Ya sé por qué me dejaste venir aquí a cuidarte —da un sorbo a su café.

—¿De verdad?

—Pensabas que esto me alejaría y terminaría escapando, ¿verdad? —sus ojos se clavan en los míos—. ¿Estoy en lo cierto?

Nos miramos fijamente mientras una confirmación silenciosa corre entre nosotros.

—Aún no ha terminado, todavía tienes tiempo de huir —sonrío, y entonces me viene un pensamiento—. ¿Por qué te ofreciste a hacer esto? Sé lo ocupado que estás.

—Porque tú y los niños son ahora mi responsabilidad. Quiero ser yo quien cuide de ustedes.

—Los niños son responsabilidad tuya. Yo no.

—Grace.

No le contesto.

—Mírame —arrastro los ojos para encontrarme con los suyos—. Estoy aquí por ti, no por los niños. Puedo tener una relación con ellos desde donde esté… es una relación contigo lo que quiero.

—¿Por qué quieres una relación conmigo?

—Porque te amo.

Mis ojos buscan los suyos.

—Y necesito que tú también me ames —susurra—. Para que podamos superar esto y ser felices.

—No es tan fácil, Gabriel.

—Entonces dime cómo hacerlo más fácil. No puedo arreglarlo si ni siquiera me dejas entrar para hablar de ello.

Jugueteo con un cojín de la cama mientras busco las palabras adecuadas.

—¿Quieres siquiera intentar arreglarnos? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Entonces habla conmigo.

—No puedo explicarlo. Supongo que…

—Sí, te escucho.

—Anoche fue un millón de veces más fácil que cuando llegué a casa del hospital con dos bebés. No tienes ni idea de lo duro que fue y por lo que he pasado y estoy enfadada y resentida contigo.

Vuelve a sentarse.

—Me parece justo.

—Y a veces tengo muchas ganas de apuñalarte o algo así.

—Aspiraciones de asesino en serie ligeramente siniestras… pero vale, te escucho.

—Y tú te presentaste aquí, chasqueaste los dedos, y esperas que salte a tus brazos, y eso no funciona así.

Escucha atentamente.

—Y utilizas tu polla contra mí y eso no es justo.

—¿Mi polla? —Frunce el ceño, sorprendido—. ¿Qué tiene que ver mi polla con nada, estás enfadada porque nos acostamos?

—Sí. Furiosa conmigo misma.

—¿Por qué? —me dice suavemente mientras me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja —. Aquella noche fue perfecta, ¿cómo ibas a arrepentirte?

—Porque no fue una decisión consciente para mí, fue un acto físico impulsado por el momento.

Me mira fijamente durante un instante. —Estás enfadada porque lo hicimos en mi mesa hace tantos años, ¿verdad? Estás enfadada porque crees que simplemente ocurrió.

—Simplemente ocurrió.

—Después de desearlo durante siete años. No ocurrió porque sí, Grace. De hecho, fue la mejor experiencia sexual de mi vida, y ahora que sé lo que resultó de ella, es aún más especial. Estaba premeditado en mi mente desde años antes.

Tuerzo los labios mientras pienso.

—¿Fue algo que simplemente ocurrió para ti? —Frunce el ceño—. ¿Quieres decir... que no querías que ocurriera en absoluto?

—No de esa forma. —Dudo antes de decir lo siguiente—. El caso es que no culpo a tu madre por odiarme. Si Dominic estuviera a tres semanas de su boda y su secretaria apareciera con dos de sus hijos concebidos en su escritorio, yo también estaría destrozada.

—No la defiendas, eso es diferente.

—¿En qué se diferencia?

—Porque estábamos destinados a estar juntos —suelta enfadado—. Y no te atrevas a meter a mi madre en esto. La culpo de mi miseria de los últimos siete años. Si no me hubiera exigido que estuviera con una italiana, me habría casado contigo.

¿Casado conmigo?

Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta de lo que acaba de revelar.

—¿Así que estás enfadado con tu mamá por cosas del pasado… y no sólo porque ella fue a mi oficina aquel día?

—Mis problemas con mi madre son mucho más profundos de lo que puedas imaginar, Grace. Dejémoslo así —se levanta y empieza a organizar la ropa y yo lo observo un momento.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Digamos que el amor de mi madre siempre fue condicional.

—¿Qué quieres decir?

—O sea, que esta conversación ha terminado —sale de la habitación y yo lo sigo con la mirada, confusa y perpleja.

Se habría casado conmigo entonces… ¿qué?

Gabriel me lleva por la puerta principal de su casa justo a las diez y media. En mi casa no tenemos oficina desde el que hacer su Zoom, así que tuvimos que venir aquí. Me siento un poco mejor después de nuestra charla de esta mañana y quiero intentar facilitarle las cosas todo lo que pueda. No tengo ni idea de lo que voy a hacer mientras él esté trabajando, pero sí sé que todavía no puedo quedarme sola en casa.

—Tengo que ponerme el traje, ¿quieres subir? —pregunta.

No he visto su dormitorio aquí.

—Me pesa subir las escaleras.

—No, no lo harás. Ven a hablar conmigo mientras me preparo —me sube por las escaleras, baja el pasillo y entra en el gran dormitorio, luego me tumba en la cama de cuatro postes.

—Tengo que ducharme. ¿Necesitas algo? —me pasa el teléfono.

—No. Estoy bien.

Desaparece en el baño y oigo correr la ducha. Aunque no puedo verle en el baño, veo su reflejo en un espejo del dormitorio. Se quita la camiseta por encima de la cabeza y su espalda ancha y musculosa queda a la vista.

Mi corazón se detiene mientras contengo la excitación.

Se baja los pantalones y, aunque no puedo verle por debajo de la cintura, mi respiración se entrecorta de todos modos. El mero hecho de saber que está desnudo ahí dentro me hace cosas. Vuelvo a mirar el móvil.

Basta ya.

—¿Tienes hambre? —me llama.

Levanto la vista y lo veo en la ducha lavándose el pelo, con los ojos cerrados y el jabón corriendo por su cuerpo mojado. Sus bíceps se abultan al mover las manos.

Caramba. —La verdad es que no—. Concéntrate.

Sigo desplazándome por Instagram y no sabría decirte qué estoy mirando porque mi mente está en la ducha. La oigo apagarse y finjo no darme cuenta.

No mires hacia arriba.

Gabriel vuelve a salir al dormitorio con una toalla blanca alrededor de la cintura, su cuerpo es una ondulación de músculos y gotas de agua sobre su piel aceitunada. Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—¿Qué quieres para cenar? —me pregunta mientras entra en su armario.

—Cualquier cosa —respondo, distraída.

Reaparece con un traje y una camisa y los deja en la cama a mi lado, toma unos calzoncillos del cajón y luego deja caer la toalla, me golpean en la cara los gruesos músculos de los cuádriceps, el vello púbico corto y bien cuidado y su enorme polla que cuelga pesadamente entre sus piernas. Está medio erecta, no del todo... pero joder...

Mis ojos se detienen antes de arrastrarlos hasta los suyos. Su rostro refleja satisfacción.

—No creo que necesites vestirte delante de mí —murmuro, avergonzada de que me haya pillado mirando—.

—Ya me has visto desnudo antes.

—De momento somos amigos.

—Sí, bueno. —Se seca la entrepierna con la toalla—. También me gusta vestirme delante de mis amigos—. De pie en el extremo de la cama, se sube los calzoncillos negros Calvin Klein y luego se pone la camisa blanca. Sus ojos se clavan en los míos mientras se abrocha los botones en cámara lenta.

Mi sexo se aprieta en agradecimiento...

—Quizás deberíamos cenar algo fácil esta noche. —Intento cambiar de tema.

—¿Cómo qué? Se pone los pantalones de traje y se sube la cremallera, luego se acerca a la cómoda y se rocía aftershave.

Colonia abrepiernas.

Funciona al 100%, porque mis piernas se abren literalmente contra mi voluntad.

—No sé... —respiro, su olor me embriaga por momentos—. Algo fácil después de una noche dura.

Sus ojos oscuros se elevan para encontrarse con los míos, y se pasa la corbata por el cuello. —Me gusta cómo dices noche dura—. Se hace la corbata, y tengo que preguntarme... ¿hay algo más caliente que un hombre de pie al final de tu cama, anudándose la corbata?

—Gracias por cuidar de mí. —Respiro, distraída—. Estoy oficialmente borracha con su aftershave; visiones de favores sexuales corren desnudas por mi mente.

Este hombre es el demonio, aunque tenga una muñeca rota, me convierte en un pozo del deseo, sin fondo.

Se pone el traje de chaqueta y se mira en el espejo, se endereza la corbata y se vuelve hacia mí. —Me gusta cuidarte—. Me levanta, y yo le paso el brazo por el cuello tímidamente.

Algo en él con traje me hace cosas... me trae recuerdos de una época en la que adoraba el suelo que pisaba. Me lleva escaleras abajo. —¿Adónde quieres ir, nena?

—¿Puedes dejar de llamarme nena?

—No —Me besa el hombro como si fuera lo más natural del mundo—. Eres mi nena.

—Gabriel, sólo somos amigos.

—De acuerdo. —Me estrecha entre sus brazos mientras me mira.

—¿Qué quieres decir con «de acuerdo»? —Frunzo el ceño.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo.

—Oh.

—Para que lo sepas... aunque esto no sea más que un acuerdo de atención humanitaria amistosa. Vuelve a besarme el hombro. —No voy a renunciar a lo nuestro.

—¿Por qué no? —Porque somos el uno para el otro.

Me sostiene en sus brazos mientras nos miramos fijamente. Él es tan fuerte con su traje de poder, y yo soy una versión rota y frágil de mí misma en pijama.

Me dedica una sonrisa lenta y sexy y vuelve a besarme el hombro.

—Ahora… tengo que trabajar, deja de distraerme —me lleva al salón. Mark está en el patio limpiando la piscina, y Gabriel abre la puerta corredera—. Hola.

—Hola —llama mientras se acerca a la casa.

—Tengo que trabajar, así que ¿puedes ayudar a Grace en lo que necesite, por favor?

—Claro —Mark me sonríe—. Hola, Grace.

—Hola —lanzo una sonrisa incómoda. Maldita sea, ahora me hace de niñera—. Estoy bien, de verdad.

—No, no —dice Gabriel mientras me organiza en el sofá—. Necesitará comer y merendar.

—Hecho —responde Mark.

—Y si hay que moverla, ven a buscarme, no debes tocarla.

¿Qué demonios?

—Yo no me atrevería —Mark sonríe satisfecho.

Siento que mis mejillas se tiñen de un vivo tono rojo.

—Cuida de ella —dice Gabriel. Se inclina y me besa la frente—. Estaré en mi oficina. Llámame si me necesitas.

Avanza a grandes zancadas por el pasillo hasta su oficina y cierra la puerta tras de sí. Me quedo sola en el incómodo silencio con Mark.

—Realmente no necesito que me cuiden, Mark, gracias de todos modos.

—Voy a prepararte la comida. ¿Alguna petición?

—¿Te ha sobrado algo del strogonoff de ternera que hiciste anoche? —sonrío.

Sus ojos se abren de par en par y luego miran hacia el pasillo, hacia donde está Gabriel.

—¿Qué lo delató?

—Viendo que no sabe encender mi horno y que, de alguna manera milagrosa, lo ha cocinado todo en un tiempo récord, no es ninguna locura.

—Oh —sonríe—. Lo está intentando.

—Lo sé.

—¿Pero tú sí?

Frunzo el ceño. ¿Qué quiere decir con eso? Mark tiene algo que decir, quiero oír qué es.

—¿Por qué no nos preparas una taza de café y nos vamos a sentar junto a la piscina? —le digo.

Sus ojos recorren el pasillo.

—Haré que Gabriel me ayude.

—De acuerdo. Desaparece en la cocina y le envío un mensaje a Gabriel.

Perdona que te moleste.
¿Puedes llevarme rápidamente a la piscina?
Quiero sentarme al sol.

La puerta de la oficina se abre y Gabriel sale dando zancadas, lleva los AirPods puestos y está hablando por teléfono.

—No creo que sea una buena idea —dice, se inclina, me levanta en brazos y me besa el brazo.

Todos estos besos en el brazo de hoy…

Damos zancadas hasta la puerta trasera y él la abre mientras me carga.

—No, eso no servirá. Quiero el informe para el lunes —me escucha mientras baja los escalones.

Oigo hablar a un hombre por el otro lado, pero no lo bastante como para saber lo que dice. Me lleva hasta la piscina y me sienta en la tumbona, me besa el hombro y sonríe.

—¿Estás bien? —me dice.

Asiento con la cabeza mientras se me revuelve el estómago. Sin decir nada más, se da la vuelta y vuelve a entrar.

Cinco minutos después, Mark aparece con dos tazas de café. Se sienta a mi lado en la tumbona y me pasa mi taza.

—Gracias.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer algo cocinado?

—Mataría por un bocadillo de queso a la plancha.

Sonríe.

—Puedo hacerlo.

Doy un sorbo a mi taza de café mientras intento pensar qué decir a continuación.

—Entonces… ¿cocinas para él?

Se ríe entre dientes.

—Normalmente no. Tiene un chef en casa.

—Un chef —frunzo el ceño—. Olvido lo exótica que es su vida en Nueva York.

—Lo sé —responde.

Mis ojos se alzan interrogantes.

—No quería decir…

—No, no, por favor, continúa. Ésta es una conversación privada; nunca le contaré lo que hablamos si tú aceptas no contarle nunca que sé que no cocinó anoche.

Se ríe entre dientes.

—¿Llevas mucho tiempo con él?

—Nueve años.

—Seguro que has visto muchas cosas en ese tiempo.

—Sí y no.

—¿Qué significa eso?

—Sólo eso… Gabriel es un animal de costumbres, no ha cambiado mucho con él en absoluto… es decir, hasta las últimas siete semanas.

—¿Desde que vino aquí, quieres decir?

Él asiente.

—Supongo que también era muy diferente cuando iba a casarse con Ariana.

—No, en absoluto —va a abrir la boca y luego se detiene para no decir nada.

—¿Qué?

—No me corresponde a mí decirlo.

—No, por favor. Dilo. Tu perspectiva sería muy útil; le conoces mejor que nadie. Dios sabe que necesito ayuda para resolver todo esto.

—Es que… no creo que fuera a casarse nunca con Ariana.

—¿Por qué no?

Frunce el ceño mientras mira hacia la piscina.

—No estoy seguro de cuánto te ha contado sobre…

Su voz se entrecorta.

—¿Sobre qué?

—Sobre el período después de que estuvieron juntos en Nueva York.

—¿Cuando me rompió el corazón?

—Cuando se rompió el suyo.

Mi mirada se dirige hacia él.

—¿Qué quieres decir?
—Nunca volvió a ser el mismo después de que te fueras.
—Ojalá pudiera creerte —suspiro.
Da un sorbo a su café.
—¿Te has preguntado alguna vez por qué vino a buscarte?
Mis ojos sostienen los suyos.
—Lo único que digo es que…
—¿Qué estás diciendo?
—Siempre decía que tú eras la que se le escapaba, que eras la chica con la que se suponía que viviría feliz para siempre.
Se me hace un nudo en la garganta mientras escucho.
—El orgullo arruina muchas relaciones, Grace.
—¿Crees que voy a arruinar esto? —susurro.
—Mira… es… —se encoge de hombros—. Se merece ser feliz.
Me dedica una sonrisa ahogada.
—Y tú y los niños también.
—Mark —mis ojos buscan los suyos—. Y si… él me aterroriza.
—Sí, bueno… —sonríe tristemente—. El gran amor siempre lo hace.
—Parece que hablas por experiencia.
—El mío no funcionó muy bien.
—¿Por qué no?
—Orgullo.
—¿Tuyo? —frunzo el ceño.
Se abre la puerta de atrás y levantamos la vista para ver a Gabriel de pie en el porche, hablando por teléfono y mirándonos. Levanta la mano para preguntarnos si estamos sentados juntos junto a la piscina.
—¿Qué está haciendo? —pregunto.
—Ser un idiota celoso. —Se levanta—. Tengo que irme antes de que me arranquen la cabeza.
Suelto una risita y le veo entrar en casa. Gabriel dice algo al pasar a su lado y hace como si le diera un puñetazo, Mark se ríe y sigue andando.
Me siento sola junto a la piscina… solo yo y mis confusos pensamientos.

Cuatro horas después, estoy tumbada en el sofá, navegando por los canales mientras escucho a Gabriel gobernar el mundo a través de Zoom. Es exigente y mandón, cascarrabias y enfadado. He llegado a la conclusión de que no ha cambiado nada en el trabajo desde que me fui como su asistente personal. Sigue siendo el mayor cabrón de Nueva York.
Raro.
Está tan tranquilo con los niños… e incluso conmigo ahora. Me llega un mensaje.

¿Necesitas ir al baño?

Respondo.

Solo si tienes tiempo.

Le escucho terminar su reunión y aparece.
—¿Estás bien?
—Ajá —sonrío.

—¿Baño?

—Ajá.

Me toma en brazos, me lleva por el pasillo y me sienta en el retrete.

—Sabes, creía que habías cambiado —le digo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sigues tan enfadado en el trabajo?

—Soy asertivo, hay una diferencia, ¿y qué te haría pensar que he cambiado?

—Bueno… eres un gatito con los niños.

—No soy diferente, Grace. Soy exactamente la misma persona que siempre he sido —me mira con el ceño fruncido, como si tuviera una epifanía—. ¿Se te ha ocurrido pensar que entonces no conocías a mi verdadero yo?

Le miro fijamente, confusa.

No. No lo había hecho.

—¿Quieres que te baje los pantalones? —Levanta una ceja sugerente.

—No —sonrío—. Ya lo tengo.

El resplandor rosado ilumina el lago y sonrío al atardecer. Los niños parlotean mientras Gabriel cocina un filete a la parrilla, y una nueva sensación de calma se apodera de mí.

Es como si… lo desconocido hubiera empezado a revelarse ante mí… ante nosotros. Ver a los niños con él… Todo ha cambiado. Tal vez sea mi charla de hoy con Mark, tal vez sean las drogas, tal vez es que estoy jodidamente loca.

Pero durante todo mi embarazo y la vida de los niños, viví con el miedo de que Gabriel los descubriera… que los niños descubrieran que les mentí… que mis padres descubrieran quién era el padre. Que me quitaran a los niños.

De repente, lo único que me rodea es la verdad, y no es ni la mitad de horrible de lo que había previsto.

De hecho, fue catártico.

Me quité de encima un enorme peso de ira, arrepentimiento y miedo y, por primera vez en siete años, me siento libre.

—Así —dice Gabriel.

Utiliza las pinzas y le da la vuelta al filete y luego se las pasa a Dominic. Observo cómo Dom voltea el filete con cuidado, concentrándose tanto que se le sale la lengüita. La mano de Gabriel se apoya en el hombro de Dom mientras observa.

—Bien, sí, así.

Dom sonríe con orgullo, sintiéndose tan mayor. Esta noche fue bastante tranquila. Después de lo de anoche, estamos todos agotados y, sinceramente, estoy deseando dormir un poco.

Gabriel y Dominic llevan la bandeja de carne y la sientan en la mesa, Lucía me sirve un poco de ensalada en el plato y Gabriel me pone un trozo de filete.

—Bueno… —miro a mi alrededor con orgullo—. Míranos siendo todos civilizados.

Gabriel sonríe con orgullo, tiene cierto brillo en los ojos siempre que las cosas van bien. Nos sentamos juntos a comer, los cuatro en el lago mientras se pone el sol. E incluso enyesada, tengo mucho que agradecer.

—Buenas noches. Te amo.

—Yo también te amo, mamá.

Beso a los niños y Gabriel desaparece con ellos para arroparlos en la cama. Salto al baño y voy

al retrete. Le estoy cogiendo el truco a esto de saltar. Necesito una ducha, pero…

Gabriel aparece con una bolsa de plástico y cinta aislante.

—Vamos a vendarte el yeso para que puedas ducharte.

Exhalo pesadamente.

—Me siento como una carga.

Me levanta y me pone la bolsa sobre el brazo y se queda pensativo un momento.

—Primero tienes que desnudarte.

—Esto es incómodo.

—¿Por qué?

—Porque tienes que ayudarme en la ducha y...

—Te he visto desnuda, ¿sabes?

—Lo sé, pero es raro en este contexto. —Sin el cuerpo palpitante de excitación entre nosotros, todo esto parece un poco demasiado... crudo e íntimo.

—Brazos arriba.

Levanto los brazos y Gabriel me levanta lentamente la camisa por encima de la cabeza.

Mi sujetador rosa aparece a la vista. Me baja los pantalones por las piernas y de repente estoy delante de él en ropa interior.

Sus ojos recorren mi piel y sonríe suavemente.

No puedo respirar.

—Date la vuelta —indica.

Me vuelvo de espaldas a él y me desabrocha el sujetador. Mis pechos caen libres.

Pum, pum, pum va mi corazón.

—Dame la mano. —Extiendo la mano, y por detrás la envuelve cuidadosamente en la bolsa de plástico y la pega con cinta adhesiva—. Luego desliza mis bragas por mis piernas y me las quita.

Siento cómo sus ojos me queman la piel mientras recorren mi cuerpo desnudo. Se adelanta, abre la ducha y mantiene la mano bajo el agua mientras ajusta la temperatura. Puede que haya visto mi cuerpo antes, pero nunca me había visto así de desnuda.

Crudo, como viene de paquete.

Por primera vez, sus ojos bajan por mi frente, bebiendo cada centímetro de mí.

Me trago el nudo que tengo en la garganta, esperando su reacción.

Me pasa el dedo por la gran cicatriz que cruza la parte inferior de mi vientre y sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —¿Qué es esto?

—La cicatriz de mi cesárea.

Un rastro de ceño fruncido cruza su rostro. —¿Dolió?

Asiento con la cabeza.

Se le cae la cara de vergüenza al mirarla. —Lo siento, Grace —susurra.

—Debí haber estado allí.

—No lo hagas. —Salto junto a él, me toma de la mano y me ayuda a sumergirme.

Podría llorar, pero no lágrimas, sino emociones.

Esta noche es demasiado real, un poco a flor de piel. Es como si los últimos siete años estuvieran aquí de repente y me golpearan en la cara.

Me pongo bajo el agua caliente de espaldas a él, incapaz de mirarle a los ojos, porque si lo hago, quién sabe que saldrá de mi boca.

Se apoya en las baldosas.

—¿Puedo tener un poco de intimidad, por favor? —pregunto.

—No quiero que te caigas.

—Estoy bien, sólo estoy aquí de pie. No me voy a caer.

Entra en la habitación y pongo la cara bajo el agua para que pase por encima de mi cabeza, mojándome el pelo.

Necesito dejar esta medicación. Me está debilitando.

Permanezco bajo el agua durante un buen rato y es lo más extraño, una cosa tan simple como que vea la cicatriz de mi cesárea me ha abierto de par en par.

He vuelto y siento el corazón tan roto como el día en que me echó a la calle.

Al final, cierro la ducha y él aparece con una toalla, como si supiera lo que me pasa por la cabeza. Me envuelve en ella y me seca suavemente. Me la ata alrededor del pecho y, de un salto, me acerco al lavamanos, me cepillo los dientes y él me ayuda a salir al dormitorio. Veo que tiene mi camisón tendido sobre la cama.

—Brazos arriba. —Levanto los brazos y él lo desliza sobre mi cabeza—. Siéntate en la cama y deja que te seque el pelo—. Me siento y me seca el pelo con la toalla, cada vez lo hace más áspero. —Me llamo Bárbara, querida.

Hago una mueca de dolor.

Se ríe entre dientes. —Deja que te peine—. Me cepilla suavemente el pelo y yo miro fijamente a la pared, de nuevo embargada por la emoción.

¿Por qué cepillarme el pelo se hace gran cosa?

Son los medicamentos... tienen que ser los medicamentos.

Al final, echa las mantas hacia atrás y me tumbo. —Almohada bajo el brazo y pierna en el borde esta noche, no puedes dormir como anoche —me dice. —Curiosamente, necesito respirar.

Sonrío ante mi dramatismo por su respiración de anoche. Me tumbo y él apaga la luz y se desliza detrás de mí. Me pone la mano en el hueso de la cadera y oigo cómo su mente da un millón de vueltas por minuto mientras piensa.

—¿Me amabas? —susurra. —¿Por aquel entonces?

—No importa.

—A mí sí.

Dudo. No quiero contestar mientras me siento así.

—Buenas noches, Gabriel.

Permanece en silencio, su mano se estrecha alrededor de mi cadera.

—Es una pregunta de sí o no, ¿alguna vez me has amado?

—Sí.

—¿Todavía me amas... aunque sea un poco?

No respondo... porque no puedo. Porque en cuanto le dé un centímetro, se llevará un kilómetro y no puedo soportar perderme de nuevo.

—Lo tomo como un sí. Me agarra por el hueso de la cadera y vuelve a atraerme contra su cuerpo. —Lo conseguiremos, Grace— susurra. Voy a asegurarme de ello.

—Buenas noches —susurro en la oscuridad.

—Haré un trato contigo.

—¿Qué es eso?

—Eliminemos el sexo de la ecuación.

—¿Qué?

—Intentamos que esto funcione... sin sexo. Permanezco en silencio mientras pienso.

—No me respondas ahora, piénsalo durante la noche. —Me besa la parte posterior del hombro —. Buenas noches, mi amor.

Mi amor.

Tal vez... sólo tal vez.

Me despierto al sentir unos labios que me rozan el cuello. El brazo de Gabriel está bajo mi cabeza y su cuerpo está acurrucado contra el mío, estoy caliente y calentita.

—Buenos días, mi Gracie —me susurra al oído.

—¿Cómo tienes la mano?

—No pasa nada.

Su dura longitud está contra mi trasero, la flexiona y siento cómo se mueve. —Tu desayuno está listo —me dice.

—Sabes, para ser alguien que retiró el sexo de la mesa, hay mucha polla dura en mi espalda —susurro.

—Sí, bueno... ya es de día. —Me pone boca arriba y me mira—. ¿Lo has pensado? —Toda la noche.

—Lo hice.

—¿Y?

¿Soy masoquista? Al cien por ciento.

—No puedo prometer nada.

Me dedica una lenta sonrisa sexy. —¿Eso es un sí?

Le sonrío mientras mi corazón esperanzado palpita en mi pecho.

—Eso es un «veamos qué pasa».

CAPÍTULO 29

Grace

SONRÍE, y sus labios se apoyan suavemente en los míos.

Pum.

La puerta se abre y nos separamos de un salto.

Gabriel rueda sobre su espalda y le oculta la cara con la almohada.

—Mamá necesitaba ayuda con la muñeca.

—Oh —se sienta en un lado de la cama, se inclina y me abraza durante un buen rato.

Gabriel ensancha los ojos en un símbolo de que te vas a librar de él.

—Vamos —salgo de la cama y tomo la mano de Dominic—. Vamos a preparar el desayuno.

Apoyo el peso en el pie y hago una mueca de dolor.

—Se me sigue olvidando este estúpido tobillo. —Me meto en el baño—. Ve preparándote, Dom, bajaré enseguida.

—De acuerdo —desaparece, y Gabriel entra casi volando en el baño y me toma en brazos mientras me aprieta contra el lavamanos. Me besa suavemente; sus labios se detienen sobre los míos mientras compartimos un momento.

—Hoy empieza muy, muy bien —susurra mientras vuelve a besarme.

—Nada de eso —respiro.

—Relájate, es solo un beso —sus labios se detienen en los míos.

Joder…

—Papá —grita Lucía desde su dormitorio.

Su lengua pasa por mis labios mientras se entretiene.

—Más tarde… —se da la vuelta y sale del dormitorio como si nada.

Oh…

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras le sigo con la mirada. Solo un beso… no fue solo un beso; todo mi cuerpo palpita.

Media hora más tarde, nos sentamos en la cocina y el ajetreo matutino está en marcha. Gabriel está haciendo bocadillos y corriendo con su traje mientras yo estoy sentada en el sofá. Hoy hemos hecho algunos progresos, por fin me encaja la férula en el pie, así que ya puedo moverme por mi cuenta.

—Lucía —llama—. ¿Estás vestida?

No hay respuesta…

Sigue preparando los bocadillos y Dominic aparece por la esquina.

—Asco…

—¿A qué te refieres con «asco»? —Gabriel frunce el ceño.

—No comemos lechuga.

—¿Por qué no? —murmura secamente—. Lucía, ¿estás lista? —vuelve a llamar—. Vamos a llegar tarde.

—A mi profesora no le gustó que llegáramos tarde ayer.

—Sí, pues dile a tu profesora que me llame si tiene algún problema —responde Gabriel.

Sonrío con mi café mientras escucho la teatralidad.

—¿Estás quitando la lechuga del bocadillo? —pregunta Dominic.

—Ni hablar.

—Si no nos gusta, no nos gusta.

—A veces tienes que hacer cosas que no te gustan, Dom; por ejemplo: ¿crees que me gusta que me critiquen mientras cocino? La respuesta es no. No me gusta.

—¡*Lucía!* —exclama través de la casa y vuelvo la cabeza para que no pueda verme reír—. Por el amor de Dios, ve a ver qué hace tu hermana, ¿qué hace arriba?

Dominic sube corriendo las escaleras mientras yo sigo sentada en el sofá como una reina.

—¿Disfrutando de tu mañana tranquila? —refunfuña Gabriel.

—La verdad es que sí.

—¡Tenemos un verdadero problema aquí arriba! —llama Dom desde arriba.

—¿Y ahora qué? —responde Gabriel—. No tengo tiempo para esta mierda —murmura en voz baja.

Lucía baja las escaleras y mis ojos se abren de par en par. Tiene el pelo hecho un gran nudo y un cepillo redondo que sobresale de él. Agacho la cabeza para ocultar mis risitas. Ella entra en la cocina y Gabriel frunce el ceño y va a sacar el cepillo del pelo. Sus ojos se abren de par en par al darse cuenta de que está enredado en su pelo.

—¿Qué está pasando aquí? —suelta.

—Se le atascó el cepillo en el pelo —responde Dominic.

—Ya lo veo. ¿Cómo demonios ha llegado ahí? —Le da un tirón y ella gime de dolor.

—Se estaba cepillando el pelo, ¿no es obvio? —responde Dominic sarcásticamente.

Gabriel cierra los ojos mientras intenta controlarse.

—Dominic, ahora no es el momento de tus actuaciones. Ve a sentarte en el sofá con tu mamá.

Dominic pasa a mi lado y desaparece por la puerta principal.

—¡Ahhh! —grita Lucía—. Estás halando muy fuerte.

—Si no lo hago, ¿cómo voy a sacar esto? —refunfuña Gabriel—. No te muevas.

Él forcejea y forcejea mientras ella se lamenta y grita. Me estoy riendo a carcajadas en el sofá.

—¿Qué demonios haces mientras duermes? —Saca las tijeras grandes del cajón.

—¿Qué haces? —grita ella.

—No se puede salvar esta situación, tengo que cortar las cerdas del cepillo. —Saca la lengua y se concentra—. Si esto no funciona, lo siguiente será cortarte el pelo.

—No —Lucía se ríe a medias.

Se abre la puerta principal.

—Pisé caca de perro, lo siento —dice Dominic.

—Mátenme —murmura Gabriel—. Ni siquiera tenemos perro.

Me echo a reír.

—Me alegra que te parezca tan divertido, Grace —susurra enfadado.

—Divertidísimo, la verdad.

—Tira los zapatos a la papelera —dice Gabriel—. Ve a buscar otro par arriba.

—¿Qué? —llama Dominic.

—Hazlo —exclama por toda la casa.

Dominic desaparece.

—Esta rutina matutina no funciona —grita Gabriel—. Tenemos que repensar nuestra

estrategia.

—A mí me funciona sin problemas —doy un sorbo a mi café.

Gabriel sale disparado de la cocina y me quita el café.

—No hables más. Estás oficialmente castigada por dártelas de sabelotodo.

Me echo a reír.

—No lo hagas, esta mañana es catastrófica.

Me río más fuerte y al final él también esboza una sonrisa.

—¡Papá! —llama Lucía desde la cocina—. ¿Me estás arreglando el pelo o qué?

Se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos y es lo más gracioso que he visto en mi vida.

—Ya voy.

Entramos en su casa poco después de las nueve y me ayuda a salir del auto. Entro cojeando mientras me toma de la mano. Mark está regando el jardín mientras pasamos.

—Buenos días —llama.

—La verdad es que no —murmura Gabriel mientras pasamos.

—¿La mañana escolar no va tan bien, big papi? —Los ojos de Mark bailan con picardía.

—Vete a la mierda —responde Gabriel.

Oh… Mark no se deja intimidar.

Nunca había visto esta dinámica entre ellos.

Me gusta.

—Tendré reuniones todo el día —le dice Gabriel—. ¿Puedes volver a ayudar a Grace hoy, por favor?

—Por supuesto.

—Y...

—Lo sé, «no la toques». —Mark interrumpe.

Gabriel curva el labio y yo me río. Mark me guiña un ojo descaradamente.

Entro cojeando y Gabriel me acomoda en el sofá y me da el mando a distancia. —Mándame un mensaje si necesitas algo—. Me besa suavemente.

—De acuerdo —respiro contra él.

Sin decir nada más, se aleja por el pasillo y la puerta de su oficina se cierra. Sonrío a la televisión.

A quién quiero engañar, esta mañana fue perfecta.

1:30 p.m. y el aburrimiento se ha apoderado de mi.

He visto televisión, miré las redes con el teléfono, y hasta jugué solitario.

Mark está haciendo algo en el jardín trasero. Voy a dar un paseo. Cojeo por el pasillo y abro lentamente la puerta de la oficina de Gabriel. Está en un Zoom.

—Sí, eso es —dice mientras sus ojos se elevan hacia mí. Apaga la cámara y se da unas palmaditas en la rodilla.

No sé con quién está reunido, pero se oyen varias voces. Frunzo el ceño en señal de pregunta y él vuelve a palparse la rodilla.

—Me gusta esa estrategia —dice—. Sigámosla.

Me acerco cojeando en silencio y me siento en sus rodillas; sus labios encuentran inmediatamente los míos mientras su mano recorre mi muslo por debajo del vestido.

Me besa, su lengua se desliza lentamente entre mis labios mientras mis ojos se cierran.

Las voces siguen hablando de fondo, pero sólo puedo concentrarme en él... y en su mano

mientras se desliza por mis bragas.

Sus ojos se agitan al sentir lo mojada que estoy, la urgencia de su beso se intensifica.

—Me pregunto cuál sería el porcentaje de pérdidas si siguiéramos ese camino —dice alguien.

Empuja su grueso dedo dentro de mí y yo me aprieto a su alrededor. Me dedica una lenta sonrisa sexy, añade otro dedo y empieza a follarme con ellos.

Bombeos lentos y medidos mientras mi cuerpo lo succiona.

Nuestro beso se vuelve desesperado.

Su polla dura debajo de mí pide atención.

—Gabriel —dice una voz, devolviéndonos al presente—. ¿Qué opinas de esto?

Vuelve la cabeza hacia otro lado. —Todo depende de la red —responde sin vacilar.

Espera... ¿ha estado escuchando lo que decían?

Me pongo de pie. Necesita trabajar.

Sus ojos oscuros sostienen los míos, y se mete los dos dedos en la boca y los chupa.

Oh...

Se lame los labios en señal de agradecimiento y luego se recoloca la polla en los pantalones del traje.

—Más tarde —dice.

Asiento y, ebria de excitación, vuelvo cojeando al sofá.

Miau... Necesito una ducha fría.

—Otra vez no —grita la voz de Gabriel a través de la casa—. Esto no puede estar pasando.

Me despierto de un salto de mi sitio en el sofá.

—¡Mark! —grita—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Mark se acerca a la oficina y abre la puerta.

—¿Cuál es el problema?

—Este internet no para de fallar, es la tercera vez en esta reunión.

—¿Y?

—Haz algo al respecto —afirma—. Estoy cerrando un puto trato importante.

—De acuerdo.

Mark vuelve por el pasillo y entra en la cocina. Despreocupadamente, se sirve un vaso de agua.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a Mark.

Mark pone los ojos en blanco y se encoge de hombros.

—Finge que haces algo al respecto. —Levanta las manos—. Aunque fuera el dueño de la empresa de telecomunicaciones, seguiría sin poder hacer algo al respecto.

Suelto una risita mientras se va aclarando la imagen completa de la relación entre Mark y Gabriel.

—Es un buen punto.

—Toc, toc —oigo la voz de Deb llamar desde la entrada—. ¿Hay alguien en casa?

Mark frunce el ceño.

—¿Esperas a alguien?

—Es mi mejor amiga —sonrío emocionada—. Pasa, Deb —la llamo.

Debbie entra en casa.

—¿Dónde está mi…? —Su voz se interrumpe cuando ve a Mark.

Desde el otro lado de la habitación, él también la mira fijamente… Miro entre los dos mientras se miran fijamente. Espera… ¿qué?

—¿Se conocen? —pregunto.

—No —responde Deb, entrecortada.

Mark se precipita y le toma la mano.

—Soy Mark.

—Dios mío —Deb suelta una risita avergonzada—. Hola, Mark. Soy Deb.

—Hola, Deb —él sonríe muy sexy, con la mano de ella aún en la suya.

¿Qué…?

—Ejem… —me aclaro la garganta—. No quiero interrumpir tu pequeño momento aquí.

Se apartan el uno del otro, culpablemente.

—Mis disculpas —balbucea Mark—. Tengo que volver al trabajo.

Va a salir por la puerta principal, pero se detiene a medio camino, se da la vuelta y sale por la puerta trasera. Debbie se queda mirándole como si acabara de ver un fantasma.

—¿Qué demonios? —susurro.

—Ha sido extraño —me mira—. ¿Verdad?

—¿Has olvidado que estás casada?

—Joder, por un segundo sí —se sujeta las sienes—. Dios mío, está ridículamente bueno —sacude la cabeza mientras intenta recuperar la concentración—. Nunca había tenido una reacción física así ante nadie.

Ensancho los ojos.

—Casada —digo.

—Lo sé, lo sé —me abraza—. ¿Cómo estás?

—Tengo tantas cosas que contarte —susurro, emocionada.

—Estupendo —me rodea con el brazo y caminamos hacia la cocina—. Vamos a poner café.

—¡Acaso esto es una broma! —grita Gabriel y se escucha en toda la casa.

—¿Qué está pasando? —Deb entra en pánico.

—Es que internet sigue fallando —pongo los ojos en blanco mientras saco las tazas—. Ignóralo.

—Y luego Colin dijo que ella le había delatado, pero que no le había delatado —dice Lucía mientras se sienta en la encimera de la cocina.

—Claro —responde Gabriel—. Entonces, ¿qué hiciste?

Esto es multitarea en estado puro, está tomando una clase de cocina en YouTube en su iPad, hablando con Lucía y cocinando la cena al mismo tiempo.

—Le dije que se fuera.

—Ajá. —Finge escuchar mientras se concentra en su lección de cocina y trocea el pollo.

Sonrío mientras los observo a los dos.

—De todos modos, Colin estaba tan enfadado que empujó a Benjamin.

—¿Qué pasó entonces? —Gabriel toma el iPad para verlo más de cerca, seguro que no tiene ni idea de lo que está diciendo Lucía.

—Bueno, no jugamos con él.

—Ya veo. Escucha, he estado pensando en tu situación con el pelo por la mañana.

Lucía pone los ojos en blanco.

—Voy a trenzarte el pelo esta noche para que no tengamos nudos mañana por la mañana.

—¿Por qué?

—Porque lo busqué en Google y eso es lo que hay que hacer.

—¿Sabes hacer trenzas? —pregunta ella.

—No, ¿pero tan difícil puede ser?

¿Qué demonios? ¿Quién es este hombre y qué ha hecho con Gabriel Ferrara?

—De ninguna manera va a ser capaz de trenzar el pelo —me dice Dominic en voz baja mientras juega su partida.

—Tampoco creo que lo logre, pero va a ser divertido ver cómo lo intenta.

Son las nueve y media antes de que todo el mundo esté dormido.

Me siento en la cama y hago como que hojeo el móvil mientras espero a que Gabriel suba. Ya envolvió mi yeso en plástico y bajó a comprobar que las puertas están cerradas.

Para ser alguien que no ha puesto nada de sexo sobre la mesa, estoy demasiado emocionada por ducharme e irme a la cama esta noche. Cada vez que cierro los ojos, veo a Gabriel chupándose los dedos hoy en su oficina y casi me da un orgasmo.

Me duele como nunca.

Gabriel entra y pasa junto a mí al baño. Se abre la ducha y me quedo sin aliento. Unos instantes después, Gabriel aparece completamente desnudo.

Mis ojos recorren su cuerpo, su dura y gruesa polla se mantiene erecta entre sus piernas.

A él también le duele como nunca.

—Hora de la ducha, mi Gracie —dice.

Se me pone la carne de gallina mientras nos miramos fijamente. Su pelo oscuro cuelga en rizos y su piel aceitunada y rasgada resplandece mientras el vapor se arremolina en el aire.

Me levanta el vestido por encima de la cabeza y, con un rápido movimiento, me quita también el sujetador y las bragas. Nos miramos fijamente, nuestros cuerpos desnudos delatan lo que necesitamos el uno del otro.

Me sujeta la cara con las manos mientras me besa profundamente, tirando de mí bajo el agua mientras su lengua obra su magia. Su fuerte cuerpo me sujeta a la pared mientras sus labios se posan en mi cuello. Incapaz de contenerme, me agacho y rodeo con los dedos su pene y lo acaricio.

—Mmm —gime en mi boca—. Somos tan jodidamente buenos juntos. —Sus dedos me amasan los pechos, sus dientes me rozan la mandíbula y tengo una experiencia extracorpórea, mirándonos desde muy arriba.

Desnudos y retorciéndonos, besándonos como si nuestras vidas dependieran de ello.

Desliza el dedo profundamente en mi sexo, e inclino la cabeza hacia atrás, extasiada, mientras empieza a follarme con la mano. Profundo y fuerte. Me agarro a su antebrazo y siento cómo se flexionan sus músculos cuando se mueve. Me mete otro dedo y otro más, y mi agarre de su polla se hace más fuerte.

Lo trabajo de arriba a abajo, y esto es todo.

El epítome del instinto primario.

Ya no controlarnos a nosotros mismos... sino ser controlados por una fuerza mucho mayor que cualquiera de nosotros.

Lo acaricio y él echa la cabeza hacia atrás y grita mientras se corre de golpe. —Joder —jadea, enfadado consigo mismo por correrse tan rápido.

Me levanta la pierna mientras me trabaja, sabiendo exactamente dónde tocarme, cómo tocarme.

Veo estrellas.

El orgasmo es tan fuerte que pierdo la respiración. Casi me desmayo de placer.

Me estremezco en su boca mientras me besa. Está tan perdido como yo.

No importan los errores que hayamos cometido en el pasado, ni lo mucho que hayamos herido.

La parte física de nosotros... es y siempre ha sido…

Perfecta.

Jueves por la mañana.

Gabriel me besa suavemente. —Mándame un mensaje si necesitas algo—. Desaparece por el pasillo y entra en su oficina. Me recuesto en el sofá de su salón y sonrío al techo.

Ha sido la semana más increíble; cada día las cosas se hacen un poco más reales.

Esto está ocurriendo realmente; estamos ocurriendo realmente.

Hago scroll en mi teléfono mientras bebo mi café.

—¡Se acabó! —grita—. Esto es el puto colmo. —Oigo cómo se abre la puerta de su oficina y sale a grandes zancadas.

—Nos vamos —anuncia.

—¿Quieres ir a mi casa?

—No. Nos vamos a Nueva York.

Se me cae la cara de vergüenza. —¿Qué?

—Los niños están de vacaciones escolares a partir de mañana, y yo tengo mucho trabajo la semana que viene. Hasta que no se arregle lo de internet, no puedo trabajar desde aquí. Mandaré a un técnico la semana que viene.

—Los niños y yo esperaremos aquí hasta que vuelvas.

—¡No me iré sin ti! —exclama con todas sus fuerzas.

—Pero...

—Pero nada —suelta—. No puedo hacer lo que tengo que hacer sin el equipo adecuado... y tú vas a apoyarme.

Mark entra por la puerta trasera. —Hola—. Ve la cara furiosa de Gabriel. —¿Qué pasa?

—Salimos para Nueva York por la mañana.

Los niños miran asombrados por las ventanillas traseras mientras el auto entra en la pista.

Gabriel va vestido con su traje azul marino, una impecable camisa blanca y corbata. Su aspecto es el de un CEO neoyorquino.

Mark está en el asiento delantero, y hay otro auto con hombres detrás de nosotros.

Los nervios bailan en lo más profundo de mi estómago.

Me hace ilusión ir a Nueva York, pero en el fondo tengo un mal presentimiento.

Son sólo dos semanas, ¿qué podría salir mal en dos semanas?

El auto se detiene. Gabriel sale y nos abre la puerta. Los niños y yo bajamos y de repente nos quedamos en silencio.

Un elegante jet está sentado en la pista, tiene detalles dorados alrededor de las ventanillas y en el morro. Tiene un aspecto tan exótico y lujoso que nunca había visto uno igual.

Ni siquiera en las revistas...

Los niños asustados se arrastran para colocarse detrás de mis piernas y las de Gabriel.

Gabriel me besa el dorso de la mano y me dedica una sonrisa lenta y sexy.

—Hora de volver a casa, mi amor.

CAPÍTULO 30

Gabriel

DOMINIC Y LUCÍA se colocan detrás de mis piernas, asustados por el ruido del jet, y yo les sonrío.

—Vengan. —Extiendo la mano y Lucía la toma y, para mi sorpresa, Dominic toma la otra.

Me toma de la mano. Quiero saltar por los aires y gritarlo a los cuatro vientos, pero no lo haré… Fingiré que cosas mágicas como ésta me ocurren todos los días.

—Por las escaleras —los conduzco al avión y caminamos por el pasillo—. Siéntense aquí.

—Quiero sentarme a tu lado —Lucía sonríe entusiasmada.

—Yo también —dice Dom en voz baja, casi para sí mismo.

Oh…

—Voy a buscar a mamá y vuelvo enseguida.

Vuelvo a bajar las escaleras, tomo a Grace y la subo al avión, la acomodo en su asiento y vuelvo a acercarme a los niños.

—Para el despegue, tenemos que sentarnos en estos asientos, y luego podemos pasar al sofá para que los dos se sienten a mi lado, ¿de acuerdo?

Asienten.

—Siéntate aquí, Lucía, y tú aquí, Dom. —Me agacho y subo los cinturones de los grandes asientos de cuero color crema—. Se abre y se cierra así —se lo enseño—. Mamá y yo nos sentaremos frente a ustedes.

Miro a Grace, veo que tiene cara de preocupación, y enarco una ceja en señal de pregunta. Sonríe y mueve sutilmente la cabeza.

Sale la azafata.

—Hola, soy Nala. Hoy me ocuparé de ustedes—dice.

—Hola, Nala. Ésta es mi compañera, Grace, y éstos son mis hijos, Dominic y Lucía —sonrío con orgullo.

—Hola —los niños sonríen.

—¿Puedo ofrecerle alguna bebida para el despegue, señor?

—Te dan bebidas y todo —susurra Lucía, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué es este sitio?

Me río entre dientes y miro a Grace, que parece que se acaba de tragar una mosca. Cojo su mano y la estrecho entre las mías.

¿Qué ocurre?

—Tomaremos dos copas de Moët y dos vasos de refresco, por favor.

—¿Qué refresco? —Nala frunce el ceño.

—Sprite —me corrijo.

Grace me sonríe llamándola bebida gaseosa, y yo también lo hago. Los niños rebotan de emoción en sus asientos. Es un día especial. Traer a mis hijos y a Grace a casa en Nueva York significa mucho para mí.

Mis ojos recorren el bello rostro de Gracie y me invade una sensación de calma, nunca antes había estado tan hechizado por una mujer. Su serena determinación y su fuerza interior. La forma en que ama a nuestros hijos, la forma en que me hace sentir. Es como si todos mis sentimientos reprimidos hacia ella a lo largo de los años se hubieran desbordado y ya no pudiera controlarlos.

Soy irrevocablemente suyo.

Ya no tengo ninguna duda de que es el amor de mi vida. Siempre fue el amor de mi vida, mucho antes de que me diera cuenta.

Mi objetivo es convencerla de que se traslade a Nueva York para que nunca estemos separados. Cuanto más me asiento en mi nuevo papel de padre, más me doy cuenta de que no puedo estar sin ellos cuatro días a la semana.

Nala nos trae las bebidas y yo levanto mi copa. Los chicos sonríen y levantan las suyas al encuentro de la mía. —Por la Gran Manzana.

Mark tira la carta de Uno sobre la mesa. Estamos jugando con los niños… otra vez. También hemos convertido a Mark en un sufrido campeón de Uno. Echo un vistazo a mi preciosa Gracie, que está sentada sola al otro lado del avión, mira por la ventanilla con su libro en la mano y entonces me fijo en algo. Lleva la pulsera de tenis de diamantes que le compré hace tantos años. Volvió a ponérsela.

Gracie levanta la vista y me descubre mirándola fijamente. Le guiño un ojo y sonríe suavemente.

Lo siento hasta los huesos.

La necesito, necesito que estemos oficialmente juntos, y aunque no hayamos tenido relaciones sexuales, me va a mantener a distancia... ya lo está haciendo.

Esta noche, la arreglo. Esta noche... ella es mía.

Grace

El sol empieza a ponerse cuando el auto entra en el estacionamiento subterráneo, y los niños miran asombrados por la ventanilla. Gabriel no para de hablar, explicándoselo todo alegremente, mientras yo me siento en espiral.

Las dos últimas veces que estuve en Nueva York fueron tan traumáticas para mí que, de alguna manera, han desencadenado un millón de emociones. Me siento inesperadamente enfadada con él, siento miedo por mí, pero sobre todo, siento terror por mis hijos.

¿Qué he hecho?

Si no funcionamos... Ya estamos aquí.

La idea de volver a casa con los dos niños sola es más de lo que puedo soportar.

La cálida mano de Gabriel aprieta la mía y levanto la mirada. —¿Estás bien? Estás muy callada —.

Me fuerzo a sonreír. —Sólo estoy cansada.

Me acerca y me besa la sien, y yo me suelto de su agarre. —Detente —susurro.

Aún no vamos a decirles a los niños que estamos juntos... ¿recuerdas?

Uf, esto es muy propio de él, asumir el control.

Me mira de reojo y me vuelvo para mirar por la ventana. No sé qué coño me pasa ahora, pero tengo que resolverlo

Y rápido.

Fui yo quien dijo que podíamos volver a intentarlo. No puedo decir que lo perdono y luego sacarle las heridas del pasado para siempre. La relación estaría condenada al fracaso antes de empezar.

Nueva York es solo un lugar, no es un comportamiento, me recuerdo a mí misma.

Sé lo que tengo que hacer… pero, siendo realista, ¿cómo fingir no sentir miedo de que te vuelvan a hacer un daño tan profundo que apenas puedas respirar?

El auto se detiene y, mientras todos bajan, sé que tengo que tomar una decisión aquí y ahora.

Olvida el pasado y vive el presente o pon fin a esta relación antes de que se vuelva tóxica.

Es una cosa o la otra; no pueden ser ambas.

Gabriel se inclina hacia el auto para ayudarme a salir. —Vamos, nena —me dice suavemente.

Mis ojos buscan los suyos, y éste es el momento en que sé que tengo que decidir.

Pasado o presente…

Me besa las yemas de los dedos y me sonríe, y yo me derrito en su mirada.

Tengo que intentarlo…

Presente.

Salgo del auto y los niños me toman de las manos. —¿Estamos bajo tierra? —susurra Dominic.

—Ajá —miro nerviosa a mi alrededor. Yo también me siento como una niña otra vez, todo en Nueva York está en IMAX, incluso los estacionamientos subterráneo como éste.

—El ascensor está por aquí —nos dice Gabriel mientras se adelanta y pulsa el botón.

Los niños abren mucho los ojos y se asoman a la puerta.

—¿Qué es esto? —susurra Lucía.

Gabriel frunce el ceño.

—¿Nunca has estado en un ascensor?

Ambos niegan con la cabeza y yo sonrío ante su inocencia. Quizás debería estar horrorizada.

—Sube —Gabriel sonríe—. Esto nos llevará hasta nuestra casa.

—¿Hay una casa aquí? —susurra Dominic.

—Sí.

—¿Encima del estacionamiento? —Lucía arruga la cara en señal de pregunta—. Qué raro.

Por Dios, estos niños son unos campesinos.

—Qué divertido —la tiro de las manos hacia el ascensor, y Lucía se acobarda detrás de mí.

Gabriel se agacha y la levanta.

—No pasa nada —sonríe, pulsa el botón y las puertas se cierran—. Es como un barco cohete.

Mientras subimos, Dom me aprieta tanto la mano que casi me corta la circulación. Los números sobre la puerta se elevan y, con cada piso que subimos, me siento más emocionada. Lo estamos haciendo de verdad.

Las puertas se abren a un vestíbulo que, por un lado, tiene ventanas del suelo al techo con vistas a Nueva York y, por el otro, grandes puertas dobles negras.

—Mira Nueva York —Gabriel se acerca a la ventana con Lucía en brazos y contemplan las luces parpadeantes de la ciudad—. ¿No es preciosa?

Dom me tira de la mano, está asustado.

—No pasa nada, cariño —sonrío. Nos acerco a la ventana—. Mira las luces, ¿no es bonito?

Sus ojitos recorren la vista y frunce el ceño.

—Bueno… ¿dónde está?

—¿Dónde está qué? —pregunta Gabriel.

—La manzana gigante.

Gabriel suelta una profunda carcajada, que me produce un cosquilleo en la columna vertebral.

Tiene una risa preciosa; no la oigo lo bastante a menudo.

—En realidad, aquí no hay ninguna manzana —sonríe, sus ojos centellean de placer.

—Entonces… ¿por qué la llaman la Gran Manzana? —responde Dominic.

—Es solo un apodo.

Dominic enarca las cejas.

—Qué tontería, ¿qué tiene que ver este lugar con las manzanas?

Gabriel vuelve a reír, y yo también suelto una risita. —Tienes razón.

Gabriel se acerca a las grandes puertas negras, se escanea el dedo y luego pulsa un código en el teclado de PIN. La puerta se abre con un clic y él la empuja.

Nos golpea en la cara el lujo opulento de un enorme salón. Los muebles son todos de color crema con adornos negros, en el suelo hay una gigantesca alfombra de color negro y crema, y detrás hay unas ventanas que van del suelo al techo y dan a Nueva York.

—Guau —los ojos de Dominic y Lucía se abren de par en par al asomarse.

Joder.

Me cago en la puta.

Este ático es nuevo. El anterior me pareció exageradamente bonito.

Éste es astronómico.

Hay grandes lámparas de pie de color crema y una mesa de centro cuadrada negra en el centro, cubierta de bonitos adornos. Tengo La visión de una pelota que hace todo añicos. Diablos… hay que guardarlos inmediatamente.

—Ven por aquí —se agacha, toma también a Dominic y camina delante de mí—. Aquí fuera está nuestra cocina.

Pasamos a una enorme cocina de mármol crema, qué demonios… el banco de la isla debe de medir siete metros.

—Y por aquí está nuestro salón —nos hace pasar a otro salón, y mis ojos se abren de par en par; este salón es tan grande como toda la planta baja de mi casa—. Y éste es nuestro jardín —pulsa un botón y las puertas de cristal empiezan a abrirse.

—¿Pero qué…? —frunzo el ceño.

Hay un gran jardín completo con piscina. ¿Un jardín completo en lo alto de un rascacielos con césped y todo? Simplemente… ¿qué demonios? Estoy atónita.

—¿Una piscina? —grita Dominic.

—Y tiene calefacción, puedes bañarte ahora si quieres —Lucía tiene los ojos del tamaño de un platillo mientras mira a su alrededor.

—Aquí abajo está la sala de cine y el gimnasio, mi oficina y un dormitorio y un baño de invitados —dice despreocupadamente mientras camina por el pasillo—. Hay una sala de bar.

—Guau —a Dominic se le salen los ojos de las órbitas—. Esto es… —sus ojos se desvían hacia mí, y asiento con la cabeza—. Lo sé, bubba.

Es realmente increíble; no me extraña que Gabriel lo haya pasado tan mal en mi pequeña y destartalada casa.

—Dejen que les muestre las habitaciones —Gabriel lleva a los gemelos dentro y yo cojeo detrás de ellos. Va a subir la gran escalera doble y me mira cojeando—. Vamos a tomar el ascensor para subir a mamá.

—¿Hay ascensor aquí? —chillo.

Gabriel me sonríe, dándose cuenta de que yo también soy un pueblerina. —Sí.

Entramos en el ascensor y él pulsa el botón.

—Chicos, vayan por las escaleras si van solos, ¿vale? —me viene a la mente la imagen de uno

de ellos atascándose aquí o aplastando al otro o algo así.

Las puertas se abren y mis ojos vuelven a abrirse de par en par; estamos en otra sala de estar. De tamaño gigante, con grandes sofás desgarbados y cojines por todas partes.

—Encargué todos estos muebles para ustedes, Pensé que en este salón podrían divertirse —deja a los niños en el suelo y abre el mueble de la televisión—. Les compré el Xbox y tengo Disney Plus y esas cosas.

Sonrío porque su argumento de venta contiene Xbox y Disney Plus.

—Guau —Dominic empieza a saltar en el acto.

—Y aquí abajo están los dormitorios —nos conduce por el gran pasillo—. Hay seis dormitorios, y los tres últimos son nuestros —señala hacia el final—. A la izquierda está la habitación de Dominic.

Nos asomamos y vemos un dormitorio enorme, azul y muy bien amueblado, con ventanas que van del suelo al techo y grandes y pesadas cortinas.

—Guau —todos jadeamos.

—A la derecha está la habitación de Lucía —todos nos asomamos para ver exactamente la misma versión de la habitación de Dominic, solo que en rosa—. Esto es increíble —susurro.

—Y aquí está la habitación de mamá y la mía —presenta la habitación como si fuera el mejor agente inmobiliario de la ciudad—. Todo esto son muebles nuevos y cosas para mamá.

Miro a mi alrededor y mis ojos se abren de par en par…

Lo que…

La habitación tiene colores crema y café, ropa de cama de terciopelo preciosa y una gran alfombra azul concha de pato. Lámparas de cristal y oh...

—Gabe —susurro—. —Es la habitación más bonita que he visto nunca.

Me besa la sien.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Ah, y mira —se acerca a una puerta y la abre—. Éste es tu armario.

Entro en una habitación completamente distinta; todas las paredes son estanterías y percheros, y en el centro hay una enorme cajonera de mármol. Parece un armario Kardashian.

—Te he comprado algunas cosas… aquí hace más frío.

Miro a mi alrededor, y hay ropa de diseño colgada con las etiquetas de precio todavía puestas. Mis ojos se dirigen hacia él, interrogantes.

—¿Me has comprado ropa?

—Sólo algunas cosas —se encoge de hombros—. Puedes devolver lo que no te guste.

—Gracias —susurro, distraída.

—Éste es nuestro baño —abre otra puerta y veo una bañera circular hundida y una ducha de mármol albaricoque.

Mis ojos vagan alrededor y, sinceramente, no sé qué mirar primero. Es una riqueza ridícula, ¿cuánto costó este lugar?

—¿Qué te parece? —susurra Gabriel nervioso—. ¿Te gusta?

—Servirá… supongo.

Se ríe entre dientes, me abraza y me besa la sien.

—Gracias por venir, significa mucho.

—Mamá —Lucía me tira de la camiseta.

Gabriel me sujeta con fuerza, sin dejarme marchar.

—¿Sí? —Sonrío, incapaz de apartar los ojos de mi hermoso hombre.

—¿Tengo que hacer caca?

Gabriel cierra los ojos y yo suelto una risita; los niños tienen un sentido de la oportunidad impecable.

El dormitorio está a oscuras, sólo iluminado por la televisión que zumba de fondo. Después de nadar en la piscina y luego en el jacuzzi, cenar y ducharnos y todo el maldito proceso, estamos en la cama viendo *Home Alone* con los niños entre nosotros y aparentemente instalados para pasar la noche.

—¿Por qué no los llevo a sus habitaciones? —sugiere Gabriel.

—No —suelta Lucía mientras se acurruca más contra él—. Queremos dormir contigo esta noche, nuestras habitaciones dan miedo.

—Están justo al lado —murmura él secamente.

Sonrío en mi almohada. Quiere estar solo, y los niños están muy pegajosos porque están en un entorno nuevo.

—Queremos acostarnos contigo esta noche —anuncia Dominic. —La cama es suficientemente grande.

Gabriel pone los ojos en blanco y se pellizca el puente de la nariz.

—Genial —me gesticula con la boca.

Pone los brazos a lo largo de la almohada y me roza la cara con el dorso de los dedos. Sonrío. Un simple acto para decirme lo que realmente quisiera estar haciendo conmigo.

Y yo también.

Dominic se acurruca contra mí y Lucía se acurruca contra él, y me sonríe cariñosamente.

—Te amo —me dice suavemente.

—Yo también te amo —dice Lucía somnolienta.

Miro hacia abajo y veo que Dominic ya está dormido, y sonrío a Gabriel, que me da un beso de buenas noches antes de apagar la lámpara de la mesita. Sé que no es la noche que él quería… pero de todas formas es perfecta.

Me despierto sobresaltada y miro a mi alrededor, desorientada. Oscuridad, pero Gabriel no está en la cama con nosotros tres.

Reposo sobre el codo y miro a mi alrededor, sujeto el teléfono de la mesilla auxiliar.

4:30 a.m.

¿Dónde está?

Salgo a escondidas de la cama y, utilizando la luz de mi teléfono, voy a buscarlo. Recorro el pasillo y compruebo las habitaciones a mi paso. Bajo las escaleras y atravieso la casa.

Ni rastro de él... ¿está aquí siquiera? ¿Adónde habrá ido?

Ariana.

Me entra el pánico y empiezo a buscar con más urgencia.

¿Lo llamó ella? ¿Acaso el se fue corriendo a su lado? Avanzo cojeando por el pasillo hasta su gimnasio, la única habitación que no he revisado, y abro la puerta de golpe. Para mi sorpresa y alivio, encuentro a Gabriel corriendo en la cinta.

—Gracias a Dios —me puse la mano sobre el corazón.

Disminuye la velocidad de la caminadora, con la camiseta mojada de sudor y la piel cubierta de un brillo húmedo. Su pecho se agita mientras lucha por respirar.

—Ah —jadea cuando la cinta de correr se detiene—. ¿Qué pasa?

—Creí que no estabas aquí.

—¿Adónde iría?

Antes de ponerme el filtro cerebro-boca, respondo:

—A ella.

Frunce el ceño mientras me mira fijamente.

—¿A quién?

Me envuelvo en la bata. ¿Por qué demonios he dicho eso?

—No importa.

—No —su pecho sigue luchando por respirar—. ¿Qué quisiste decir con eso?

Me lleva de la mano por el pasillo hasta la cocina, me sienta en el gran banco de la isla y me pone las manos a ambos lados de las piernas.

—Ahora te lo voy a preguntar otra vez… ¿qué quisiste decir con eso?

—Yo sólo… —se me llenan los ojos de lágrimas.

Maldita sea, no quiero ser esta loca insegura.

—¿Te refieres a Ariana? —jadea.

Asiento con la cabeza.

—Gracie —me aparta el pelo de la frente—. Estoy contigo por completo.

Mis ojos buscan los suyos.

—He llamado para ver cómo sigue, pero no he visto a Ariana desde que la traje a Nueva York. Yo nunca… —frunce el ceño como si le sorprendiera mi inseguridad—. ¿Crees que iría a verla?

—La amabas.

—Es verdad. Pero no de la forma en que te amo a ti. —Se ve la empatía en su rostro y me toma la mejilla con la mano—. Gracie… ¿es esto lo que te ha estado molestando hoy?

—Siento que tienes asuntos pendientes con ella —susurro—. Y volver aquí sólo ha…

—¿Sólo qué?

—Tengo el mal presentimiento de que algo va a ocurrir para arruinarnos esto.

—Cariño —me besa suavemente—. Sé que esto pasó muy deprisa, y sí, es verdad, estuve con Ariana. Pero vine a buscarte por una razón… porque en el fondo, sabía que eras la mujer con la que debía estar.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

—Te juro por mi vida que no tienes de qué preocuparte. Nunca volveré a dejarte.

Me encojo la cara llorando.

—Gracie —susurra mientras me sostiene la cara entre las manos—. Sé que no te he dado ninguna razón para confiar en mí. Pero tenemos que superar esto.

—Quiero creerte… Me esfuerzo tanto que…

—Dímelo —sus ojos buscan los míos—. Dime cómo te sientes.

Su silueta se desdibuja al caer el último muro.

—Te amo —suelto—. Siempre te he amado. Desde el primer día que te conocí… siempre has sido tú.

Me besa.

—Me fui de Nueva York porque no soportaba verte y no tenerte. Me moría un poco cada día en tu oficina.

—Ahora me tienes toda a mí —sus labios rozan los míos.

Mis lágrimas, su sudor… un millón de arrepentimientos.

—Yo sólo… —entorno la cara porque, maldita sea, ahora que he abierto la boca, parece que no puedo evitar que siga corriendo.

—¿Sólo qué?

—Ni siquiera tuvimos una primera cita —sollozo.

Se le cae la cara de vergüenza al darse cuenta de que tengo razón.

—Gracie… —susurra—. ¿Te gustaría salir en una cita conmigo?

Me encojo de hombros, avergonzada de haber tenido que pedir una, más avergonzada de que importe. No debería, sé que es infantil… pero de algún modo, mi niña interior sigue creyendo los cuentos de hadas.

—No cualquier cita —dice para endulzar el trato—. La cita de todas las citas. Esta cita va a entrar en el Libro de Récords Guinness, va a ser jodidamente buena.

Sonrío entre lágrimas.

—¿Qué dices? —Me toma las manos entre las suyas.

—Lo pensaré. —Sonrío tímidamente.

Me dedica una sonrisa lenta y sexy. —Y quiero darte algo más en lo que pensar... antes de nuestra cita. —Me tumba de nuevo en el banco de la isla, su mano se desliza por mis muslos desnudos y me separa las piernas. Inclina la cabeza y me besa suavemente entre las piernas a través de mi ropa interior.

Oh...

Sus ojos oscuros sostienen los míos mientras me aparta las bragas, y contengo la respiración cuando su lengua se desliza por los labios de mi sexo.

Mi espalda se arquea sobre el mostrador ante su contacto.

Joder...

La excitación parpadea en sus ojos, me baja las bragas por las piernas y se las echa por encima del hombro. Luego, como si perdiera el control, me levanta las rodillas y me sujeta las piernas hacia atrás.

Me separa bien con los dedos mientras su gruesa lengua me lame profundamente, justo en medio de mi carne hinchada.

Gimo mientras me retuerzo. —Sube aquí— gimoteo—. Gabriel... sube aquí.

Empieza a comerme de verdad, con la cabeza sacudiéndose de un lado a otro, con mi excitación por toda su barba incipiente.

—Fóllame —suplico—. Necesito que me folles.

Pero está perdido, demasiado hundido en su deseo. Se tambalea entre el paraíso y el éxtasis. Realmente me deja tenerlo, y me estremezco. —Necesito que...

Oh... Santísimo Dios.

—Esperarás. —Se lame los labios.

—¿Qué? —jadeo—. No puedo. Por favor...

Se saca la polla erecta de los calzoncillos; está palpitante y furiosa, goteando en la punta, y la pasa por mi carne cremosa.

La anticipación de que esté dentro de mí es demasiado, me estremezco con fuerza y grito, el orgasmo es tan fuerte que me sienta.

Con los ojos fijos entre mis piernas, se acaricia una, dos, tres veces... Observo el momento en que eyacula sobre mis labios húmedos.

Nunca había visto algo tan caliente... tan ridículamente caliente, joder.

Levanta los dedos y los desliza lentamente por mi cuerpo palpitante.

Frotándose contra mí, asegurándose de que siento cada gota de su semen.

Maldito... infierno.

Siento su crema caliente mientras la esparce por mi sexo.

Jadea mientras me mira, la oscuridad de sus ojos me produce un escalofrío.

Tiene un brillo de transpiración por toda la piel y, sinceramente... nunca había visto nada tan hermoso.

—Quería que entraras —jadeo mientras tiro de él para que me bese—. ¿Por qué no pudimos...?

—Estoy esperando nuestra cita —me susurra al oído—. Quiero que sea especial. Soy virgen, ya lo sabes.

Suelto una risita mientras le estrecho contra mí. —Los vírgenes no saben hacer lo que tú acabas de hacer.

—Te sorprenderías. —Siento que sonríe en mi pelo—. El porno es muy educativo.

Gabriel sale de su armario con su traje gris oscuro y una camisa blanca impecable y yo sonrío. Ahora que ya nos quitamos las máscaras, ni siquiera puedo fingir que actúo despreocupada por él. Me tiene engatusada como un profesional.

Vuelve a entrar en su armario y se rocía el aftershave, y yo entro y le agarro por la corbata. —Verlo con su traje me hace querer caer de rodillas... Sr. Ferrara.

Sus ojos se clavan en los míos y se baja la cremallera del pantalón.

—Adelante.

Hemos pasado el mejor fin de semana.

El sábado por la mañana fuimos al mercado y deambulamos por los alrededores, luego salimos a comer, seguido de un paseo en bici por Central Park. Bueno, los cuatro, los niños, Gabriel y Mark, montaron en bici, y Gabriel tiró de mí en un cochecito.

Mark estrelló su moto y Gabriel se reía tanto que casi nos tira a un lago, fue muy divertido.

El sábado por la noche cenamos de ensueño en la terraza y luego los niños jugaron en el jacuzzi mientras Gabriel y yo bebíamos demasiado vino en las tumbonas.

Ayer tuvimos un día de pereza, deshicimos las maletas e hicimos la compra online para prepararnos para la semana.

Ver todo fresco a través de los ojos de los niños, ver el amor en los suyos.

Había olvidado lo mucho que amo Nueva York.

Este fin de semana me lo recordó.

Cierra de golpe la puerta del armario y me empuja hasta ponerme de rodillas; con un movimiento brusco, desliza su gruesa polla por mi garganta hasta que me dan arcadas. Me sonríe mientras me aparta el pelo de la cara con ternura. —Si vas a hablar, habla al micrófono—. Se introduce aún más en mi garganta, y yo me río.

—Compórtate.

Qué aspecto tendríamos, él con un traje totalmente poderoso, con todo a la perfección, y yo con el pelo alborotado y todavía en pijama.

Me agarra la cabeza con las dos manos y empieza a follarme la boca.

—Chúpamelo todo.

Lunes, 2 p.m.

Me siento en el parque mientras los niños juegan en el patio, Mark está merodeando por algún sitio pero no quiere venir a sentarse conmigo. Es evidente que Gabriel le advirtió que se mantenga alejado de mí siempre que no esté cerca.

Imbécil celoso.

Doy un sorbo a mi café para llevar y sonrío mientras veo a Lucía y Dominic hablar con un

grupo de niños. Les oigo decirles de dónde somos y los niños les responden con preguntas.

Suena mi teléfono y el nombre de Gabriel ilumina la pantalla.

—Hola. —Sonrío.

—Hola, ¿habla la Sra. Chupapollas? —respira, y me doy cuenta de que sonríe.

—Quiso decir la *Srta.* Chupapollas.

—Mmm, bueno, con esa actuación de esta mañana, no estarás soltera mucho tiempo —susurra sombríamente—. Me hormiguea la polla cada vez que lo recuerdo... bien hecho.

Suelto una risita y miro a mi alrededor con culpabilidad. —¿Me llamó al parque infantil para hablar de mis talentos, Sr. Ferrara?

—Por supuesto —susurra—. ¿Qué llevas puesto?

—¿Qué llevo puesto? —Levanto la vista y me encuentro con la dura y fría mirada de la madre de Gabriel, que está de pie junto a mí. Miro a mi alrededor en busca de Mark; no está por ninguna parte.

Joder.

—Cuelga —dice ella—. Ahora.

CAPÍTULO 31

Grace

—TE LLAMARÉ MÁS TARDE. Termino la llamada y me pongo de pie; necesito estar frente a frente para esta conversación.

—Hola.

Va completamente vestida con ropa de marca y lleva el pelo recogido. Sus ojos fríos se clavan en los míos y levanta la barbilla hacia el cielo en señal de desafío.

Está aquí para luchar.

—Antes de que digas nada, quiero decirte algunas cosas, preferiblemente antes de que Mark vuelva de dondequiera que esté —le digo.

Va a decir algo y la interrumpo.

—En primer lugar, quiero pedirte disculpas por haberte dicho que nunca verás a los niños. No está bien bajo ningún concepto amenazarte con eso. —Me encojo de hombros—. No sé por qué lo dije, y no es algo que haría jamás. Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mis labios. Son tus nietos, y puedes verlos siempre que quieras.

—Escucha...

—En segundo lugar. —Vuelvo a interrumpirla—. No te culpo por odiarme. De hecho, lo he pensado mucho y me he puesto en tu lugar, y si Dominic hiciera lo que ha hecho Gabriel, yo tampoco lo llevaría bien. Probablemente me habría puesto peor, si te soy sincera.

Frunce el ceño.

Dominic corre hacia ella y sus ojos se posan en él, su cara se desencaja cuando ve el parecido con su padre.

—Éste es Dominic —le digo—. Dominic, ésta es la madre de tu padre.

—Nonna —susurra ella.

Dominic le sonríe.

—Hola.

Le hago señas a Lucía para que se acerque y ella salta con una gran sonrisa.

—Lucía, ésta es tu abuela, Nonna.

—Hola.

Lucía la mira con el ceño fruncido.

—La madre de tu padre.

—Oh —le sonríe, toda asombrada.

—Sra. Ferrara —suelta Mark con urgencia—. ¿Qué está…?

—No pasa nada, Mark —le digo.

—Tengo instrucciones estrictas del señor Ferrara —balbucea.

—El señor Ferrara no está aquí —respondo con severidad.

—Tienes que irte —le dice Mark a un hombre que está cerca.

Mi mirada se desvía hacia él, no lo había visto antes… y caigo en la cuenta: es su guardaespaldas.

—È ora di andare —le dice «Debemos irnos».

—Dammi un minuto —responde ella—. «Dame un minuto».

Dominic mira entre ellos.

—¿Dove vai? —«¿Adónde vas?»

Se queda con la boca abierta y da un paso adelante.

—Parli italiano? —«¿Hablas italiano?»

—Sí —Sus ojos se elevan para buscar los míos.—Intenté prepararlos lo mejor que pude —me encojo de hombros—. Quería que conocieran y apreciaran su herencia.

Su pecho sube y baja como si luchara por respirar.

—Grace, debo insistir —dice Mark mientras me tiende la mano.

—Despídete de Nonna —les digo a los niños.

—Arrivederci, Nonna —dice Dominic.

—Adiós —Lucía sonríe con un pequeño gesto de la mano.

Nonna sonríe entre lágrimas.

—Arrivederci —susurra.

Mark nos lleva corriendo al auto.

—No pasa nada, Mark —le digo.

—Nada de esto está bien, se va a volver loco, podría perder mi trabajo por esto.

—¿Qué? —me detengo en el acto.

—Me ha advertido una y otra vez que la mantenga alejada de ti.

—Estoy bien, deja de ponerte tan dramático.

Nos mete en el auto y el conductor arranca a toda prisa, pongo los ojos en blanco mientras conducimos. Eso sí que es exagerar. Aunque el miedo en la cara de Mark en el asiento delantero es inquietante, está realmente preocupado. Él y el conductor intercambian miradas de preocupación. No quiero que se metan en problemas con Gabriel por un despiste de dos minutos.

—Le pedí que nos viéramos allí —miento.

—¿Qué? —sus ojos vuelven a mirarme.

—Quería que los niños la conocieran.

Se arrastra la mano por la cara como si fuera lo peor que le hubiera pasado nunca.

—¿Por qué ibas a ir en contra de sus deseos? —susurra.

—Tranquilo. No pasa nada.

—Nada de esto está bien.

Hago un gesto a los niños, que están completamente ajenos y mirando por la ventana.

—Hablemos más tarde.

Son poco más de las 5 de la tarde cuando oigo el clic de la puerta.

—Papá está en casa —llamo.

—¡Papá! —chilla Lucía emocionada.

Los dos bajan corriendo las escaleras y corren a saludarle.

—Hola, queridos míos —sonríe mientras ambos saltan a sus brazos. Ha tenido que aprender a tomarlos a los dos a la vez ahora que Dominic también quiere un poco de acción—. ¿Qué tal el día? —sonríe mientras los toma en brazos.

—Bien —dice Lucía.

—Fuimos al parque —le dice Dominic.

—Sí, lo supe. —Sus fríos ojos se alzan para encontrarse con los míos. *Está enfadado*.

Los deja en el suelo y, sin dirigirme la palabra, entra en la otra habitación, mientras ellos le

siguen.

Bueno… Estoy en problemas, ¿por qué siempre es tan dramático?

—¿Qué es esa bebida? —Oigo preguntar a Lucía.

—Whisky —responde. Se escucha como cae el hielo en el vaso.

Hmm… no es una buena señal. Voy a la nevera y me sirvo un vaso de vino, guardo las bebidas en la cocina como una persona normal. Le oigo hablar con los niños cuando pasan junto a mí y salen al jardín. Sigo sin dirigirme la palabra. Tomo un trago mientras me quedo de pie junto al fregadero.

—¿Por qué no se meten al jacuzzi? —les pregunta.

—¡Sí! —los dos suben corriendo a ponerse el bañador y yo salgo al jardín.

—Hola —abro mucho los ojos—. ¿Has olvidado que estoy aquí?

Sus fríos ojos sostienen los míos y bebe su whisky, el desprecio gotea de cada una de sus células.

—¿Cuál es tu problema? —levanto una ceja.

Silencio. Se agacha y enciende el jacuzzi, que empieza a burbujear. Me trago el nudo que tengo en la garganta, Gabriel Ferrara está enfadado y no se lo desearía ni a mi peor enemigo. Los niños corren escaleras abajo y saltan al jacuzzi. Él pone la red de seguridad.

—Quédense en el escalón —les dice—. Tengo que entrar un momento, los vigilaré por la ventana.

Se da la vuelta y entra en casa a mi lado. Estupendo. Los ha metido en el jacuzzi para que podamos luchar sin que nos oigan. Entro y él cierra la puerta de cristal tras nosotros.

—¡Cómo coño te atreves! —me grita.

Salto, sobresaltada.

—¿Qué?

—Sé lo que hiciste hoy —grita, sobresaliéndole las venas del cuello.

—Cálmate.

—No me calmaré, joder.

—¿Qué hice?

—¿Organizando que mi madre conozca a mis hijos? —él se adelanta y yo retrocedo—. Cuando sabías que no la quería cerca de ellos.

Carajo… cree que la llamé. Lo dije, ¿no? Tonto, tonto, tonto.

—Ha ido bien —digo en voz baja.

—Me importa una mierda cómo haya ido —grita tan fuerte que casi tiemblan las ventanillas y su mandíbula se flexiona mientras aprieta los dientes—. No tienes ni idea de lo que hiciste.

—Entonces dímelo —exclamo—. ¿Cómo puedo tomar una decisión informada si no sé por qué no pueden verla?

—¡Porque lo digo yo, joder! —grita.

Mi mirada se desvía hacia los niños que están en el jacuzzi, jugando alegremente, ajenos a su dramático padre.

—He tomado la decisión de que ella no vea nunca a estos niños y TÚ… has ido a propósito en contra de mis deseos.

—¡Es tu mamá! —le grito, ya me estoy cabreando—. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

Entrecierra los ojos y su barbilla se inclina hacia el cielo, como si se diera cuenta de algo.

—Enséñame tu teléfono —me dice.

—¿Qué?

—Quiero ver dónde la llamaste para concertar esta reunión.

Joder.

—Tienes que calmarte, se portó bien con los niños, eso es lo único que importa, ¿no? —tartamudeo.

—Muéstrame. Tu. Puto. Teléfono —gruñe.

Mis ojos sostienen los suyos.

—No la llamaste, ¿verdad?

Me trago el nudo que tengo en la garganta, guardando silencio.

—Te tendió una emboscada.

—Gabriel…

—¿La llamaste tú a ella? —grita mientras pierde todo el control.

—No. No lo hice.

Sus ojos parpadean con furia y se dirige furioso hacia la puerta principal. Corro tras él.

—¿Adónde vas?

Coge sus llaves.

—No quiero que vayas a ninguna parte en ese estado.

Me pasa rozando y entra en el vestíbulo, se mete en el ascensor que le espera.

—Gabriel…

Sus ojos son asesinos mientras las puertas se cierran en mi cara. Siento que debería llamar antes y avisar a su mamá de que va a venir… pero ni siquiera tengo su número.

Joder…

Gabriel

Marcho por el sótano hacia mi auto y Mark sale corriendo.

—¿Qué haces?

—Estás despedido —le digo bruscamente mientras paso junto a él.

—Grace la llamó —balbucea mientras me sigue.

—Grace no hizo nada de eso —replico—. Te estaba cubriendo.

—¿Qué?

Corre a caminar a mi lado.

—¿Adónde vas?

Mi auto se desbloquea cuando me acerco a él.

—Yo te llevaré —dice Mark—. No vas a conducir así.

Se pone delante de mi auto.

—No lo permitiré.

—Apártate de mi puto camino.

Le empujo hacia un lado.

—Voy contigo.

Me vuelvo hacia él como el mismísimo diablo.

—Te pido una cosa. Una sola puta cosa y ni siquiera puedes hacerla. Mantener a mi mamá alejada de mi familia… ¿qué tan difícil puede ser, maldita sea? —exploto.

—Fui al baño —balbucea—. Estuve fuera dos minutos.

—Entonces, ¿por qué mentir?

—Es lo que me dijo Grace, pensé que era verdad.

Pongo los ojos en blanco, disgustado, mientras subo al auto.

—Sube arriba y vigila a Grace, y que Dios me ayude si le quitas los ojos de encima un

puto segundo… te mataré yo mismo.

Se aparta del auto y yo salgo a gritos del estacionamiento; mi Ferrari negro ruge como un tigre cuando salgo al tráfico. Nunca había estado tan enfadado; años y años de comportamiento tóxico por parte de mi madre han acabado por llevarme al límite.

Me acerco al semáforo y mis dos manos agarran el volante. Tengo una visión de mi madre acercándose a Grace y a los niños hoy en el parque, sólo puedo imaginar lo que les dijo. ¿Con qué derecho? Y Grace estaba dispuesta a asumir la culpa…

Inhalo profundamente mientras la rabia hierve a fuego lento en la boca del estómago. Estoy tan furioso que no veo bien. Siento mi pulso mientras la adrenalina recorre mi torrente sanguíneo. Una bomba de relojería a punto de estallar.

Tranquilízate.

Quince minutos después, entro en el estacionamiento del edificio de mi madre e irrumpo en el vestíbulo. El portero asiente al abrir la puerta.

—Buenas noches, Sr. Ferrara.

Camino hacia el ascensor y las puertas se abren, el ascensorista sonríe.

—Sr. Ferrara.

Entro y me giro para mirar al frente; me reajusto la corbata mientras subimos piso a piso hasta el ático. Las puertas se abren directamente a su apartamento y salgo. Iván, el guardaespaldas de mi madre, me espera allí.

—Sr. Ferrara —sonríe torpemente—. No le esperábamos, señor.

—Fuera.

Mis ojos encuentran a mi madre al otro lado de la habitación.

—Yo…

—Vete. De. Aquí —grito.

Los fríos ojos de mi madre sostienen los míos.

—Si le vas a hablar así a mi personal, puedes marcharte.

—Llámalo como es —me burlo—. Es tu amante.

A Iván se le cae la cara de vergüenza y mi madre hace un gesto hacia el ascensor.

—Déjanos —susurra.

—Yo no…

—Entra en el ascensor por voluntad propia o te tiro por el puto balcón —gruño.

Iván entra a regañadientes en el ascensor y me quedo a solas con ella. Se dirige a su barra y vierte un líquido ámbar en un vaso de cristal.

—¿Qué quieres, Gabriel? —levanta una ceja.

—¿Qué quiero? —susurro, empiezo a pasear mientras sus palabras dan vueltas en mi cabeza—. Qué quiero… ¡Quiero una mamá que no sea un puto monstruo!

—Y quiero un hijo que no sea un maniático del control —pone los ojos en blanco—. ¿Has venido a insultarme?

—Te dije que te alejaras de Grace.

—Quería ver a mis nietos.

—Mentiras. Quieres tenderme una trampa para que fracase. Plantar veneno en la cabeza de Grace es la única razón por la que irías a buscarla… ambos lo sabemos.

Sonríe mientras da un sorbo a su bebida.

—Es encantador que sigas pensando que el mundo gira a tu alrededor, dime, ¿sabe ella que sigues amando a Ariana?

Aprieto las manos a los lados.

—Que estás con ella por piedad y para estar más cerca de tus hijos.

Mi pecho sube y baja mientras lucho por controlarme.

—Es venenosa, Gabriel.

—¿Quieres hablar de veneno? —susurro—. Hablemos de papá, ¿vamos?

Sus ojos sostienen los míos.

—¿Qué clase de mujer deja que un hombre le suplique el divorcio durante quince años?

Sonríe, orgullosa de sus actos.

—De las que conservan el control.

—Control sobre su reputación, control sobre su estatus social… control sobre el dinero… Di la verdad, mamá, no te divorciarás de papá porque significará que lo perdiste, por ella.

Su rostro decae.

—Ambos sabemos por qué odias a Grace… te recuerda a alguien, ¿verdad?

—Basta —suelta—. Lárgate.

—No he terminado. Hace poco me encontré con una información muy interesante —gruño—. Fui a nuestro abogado para añadir a mis hijos a nuestro fideicomiso familiar.

Sus ojos se abren de par en par.

—Puedes imaginar mi incredulidad cuando descubrí que ya estaba en revisión, que alguien había intentado modificarlo recientemente.

—Tuve que hacerlo —balbucea.

El fuego parpadea en mis ojos, lo siento en lo más profundo de mi alma.

—¿Apartaste a tu propia hija del fondo fiduciario de nuestra familia?

Ella inclina la barbilla hacia el cielo en señal de desafío.

—Se lo advertí.

—¿A qué? ¿a seguir la línea? ¿a hacer las cosas a tu manera? ¿a no casarse con Helena?

—Helena no es buena para Carina.

—¿Porque es una mujer? —grito.

—Porque es americana. Se los he dicho a todos una y otra vez, no toleraré este comportamiento —grita con todas sus fuerzas.

—No puedes dictar a quién amamos. Racista intolerante —grito—. Carina es la columna vertebral de Ferrara Media; se ha dejado la piel durante años y ¿tuviste la osadía de apartarla de su herencia sin decírnoslo a ninguno de nosotros?

—Lo mantengo.

—¿Qué has hecho por Ferrara Media aparte de alejar a nuestro padre? —grito.

—Se fue por voluntad propia —escupe más de su veneno—. Si los hubiera amado, se hubiera quedado.

—Deja que te aclare algo, mamá. He bloqueado la enmienda; le he contado a papá lo que intentaste hacer y está jodidamente furioso. Gastaré hasta el último puto céntimo que tengo para proteger a Carina y luchar contra esto… y tú —susurro— no conseguirás nada.

Me mira fijamente, con la culpa escrita en su rostro. Esperaba haberme equivocado; esperaba que fuera un error. La verdad duele.

—¿Qué se siente al traicionar a tus propios hijos? —susurro—. ¿Quitarle la herencia a tu única hija porque no te gusta su prometida?

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—La protejo, los protejo a todos.

—De la única persona que hemos necesitado protección… es de ti.

Su silueta se desdibuja. No puedo hacerlo. No puedo estar aquí; no puedo seguir luchando

para que sea una buena persona. Me doy la vuelta y salgo a trompicones de su apartamento.

Grace

Oigo el chasquido de la puerta principal y me precipito al vestíbulo. Gabriel está de pie, sin corbata y con el pelo revuelto. Lleva el dolor escrito en la cara.

—Cariño —le susurro mientras lo tomo en brazos, y él deja caer la cabeza en mi cuello.

No sé qué acaba de pasar, pero le ha disgustado profundamente, puedo sentir cómo rezuma de su alma. Permanecemos abrazados durante un buen rato y, al final, susurra:

—Siento haberte gritado.

—No pasa nada.

Necesita un sitio seguro donde caer. Me abraza más fuerte.

—Tus hijos quieren helado para cenar.

Siento que me sonríe en el pelo.

—Yo también.

Lo tomo de la mano y le conduzco al jardín trasero, donde los niños están pintando en caballetes.

—¡Papá! —gritan entusiasmados—. Estamos pintando cuadros para ti con nuestras pinturas nuevas.

—Estupendo —sonríe suavemente y, rodeándome con el brazo, me besa la sien—. Estoy muy agradecido de que estés aquí.

De repente, el mundo vuelve a estar bien.

Nos tumbamos en la oscuridad, contra el cabecero de nuestra cama. Gabriel tiene la cabeza apoyada en mi pecho, y yo le paso los dedos por el pelo sin rumbo fijo. Esta noche hemos alcanzado un nuevo nivel de intimidad. No es sexual ni romántica, es una cercanía que sólo la familia puede proporcionar. Está callado. Y por mucho que quiera saber qué pasó esta noche, no se lo preguntaré. Ya me lo contará cuando esté bien y preparado.

—No sé por qué está así… —susurra.

Sigo pasándole los dedos por el pelo, estoy disfrutando tanto como él.

—Ella cambió cuando él se fue.

¿Quién se fue?

—Y lo peor es que yo sabía que se iba a ir y nunca se lo dije.

Frunzo el ceño mientras intento seguir la conversación.

—Empecé a trabajar en Ferrara nada más salir de la escuela, y no hubo periodo de formación. Pasé directamente a la planta superior, directamente a la dirección.

Sonrío mientras escucho, es tan bueno en su trabajo que no me sorprende.

—En aquel momento, pensé que era porque creía en mí… pero ahora sé que sólo era… —hace una pausa—. Me estaba entrenando para tomar su relevo cuando se marchara. Había planeado lo que iba a ocurrir mucho antes de que ocurriera.

Beso su frente mientras escucho.

—Al principio, iba a Italia unas semanas… las visitas se hicieron más frecuentes y más largas.

—Dirigí la empresa mientras él no estaba, el personal y los procesos estaban en su sitio, yo podía encargarme —se queda callado un momento, como si pensara en el pasado—. Entonces empezaron las peleas entre él y mamá y pude ver lo que estaba pasando.

¿De qué demonios está hablando ahora?

—Estuve allí… lo vi todo. Luego se fue a Italia durante un mes. Allí ayudaba a su hermano a dirigir Industrias Ferrara, pero la verdad era que… allí podía ser quien quería ser… con ella.

Me perdí un poco…

—La odiaba, odiaba todo de ella y lo que había hecho a nuestra familia. Que la eligiera a ella antes que a nosotros.

Se me hunde el corazón, su papá tuvo una aventura.

—Juré que nunca sería él; nunca sería tan débil y cedería a la tentación.

Le estrecho un poco más entre mis brazos.

—Pero entonces… ocurrió —susurra—. Cuando empezaste.

—¿Qué ocurrió? —pregunto suavemente.

—No soy el primer hombre de Ferrara que amaba a su asistente personal.

Mis ojos se abren de par en par… oh, joder.

Su papá tuvo una aventura con su asistente personal y abandonó a la familia por ella.

—Y luché contra ello con todo lo que tenía, fui malo y horrible contigo. Te culpé por hacerme sentir débil y fuera de control.

Mi corazón se hunde al recordar la época en que trabajé para él.

—Desfilé con otras mujeres, hice todo lo que estaba en mi mano para mostrarte lo peor de mí. Para hacer que me odiaras y poder mantener el honor de mi madre y ser el hombre que encabezara mi familia, lo único que mi papá no pudo hacer.

Se me hace un nudo en la garganta al escucharlo, me duele el corazón sólo de recordarlo.

—Y a pesar de cada uno de mis defectos... me amaste de todos modos.

CAPÍTULO 32

Grace

GOLPEO las almohadas mientras hago la cama, no puedo dejar de pensar en lo que Gabriel me contó anoche sobre su padre. Cuando empecé en Ferrara, hace tantos años, sabía que su padre se había ido a Italia y que Gabriel le había sustituido hacía poco, pero nunca supe que se había largado y había dejado a su familia por su asistente.

Pero qué demonios, ¿cómo no me había enterado? ¿Lo sabía alguien o era un secreto interno? Un millón de hipótesis pasan por mi cabeza mientras recuerdo las cosas que Gabriel me hizo y me dijo entonces.

Las mujeres que paseaba, los comentarios despectivos hirientes.

El dolor que sentí.

Todo este tiempo pensé que era el diablo, cuando lo único que intentaba era no seguir los pasos de su papá.

Es literalmente un milagro que hayamos encontrado el camino de vuelta el uno al otro.

Gabriel está en la ducha y yo subo el edredón y lo bajo. Después de soltarme toda esta información anoche, se quedó profundamente dormido, y mientras él dormía como un bebé, mi mente se puso a trabajar a toda máquina.

Su pobre madre, sé que me dice que es mala, pero ¿cómo puedo creerlo? Ayer vi cómo miraba a los niños y no puedo imaginarme vivir el horror que ella ha vivido. Antes no la culpaba por odiarme, pero ahora...

Ahora el contexto tiene otro significado, un significado peor.

Lucía entra en mi dormitorio, arrugada y somnolienta, con el pelo alborotado, y no muy lejos detrás de ella está su hermano.

—¿Dónde está papá? —pregunta Dominic.

—Está en la ducha. —Sigo colocando los cojines en la cama y descorro las cortinas, el extenso horizonte de Nueva York aparece a la vista, el sol acaba de salir sobre la ciudad y sonrío mientras la contemplo.

Amo esta ciudad... Ha producido una profunda sensación de cierre de una parte horrible de mi vida. El sol que sale sobre la ciudad tiene hoy una belleza más profunda para mí.

Una paz que hacía mucho tiempo que no sentía.

Ahora lo entiendo, el puzzle ha encajado en cuanto a por qué ocurrió de la forma en que ocurrió, y para ser sincera, ya no le culpo. ¿Cómo iba a hacerlo?

Enamorarse de su asistente personal era lo peor que podía hacer.

Ya es hora.

—Hola —oigo llamar a Gabriel—. No puedes estar aquí, estoy desnudo.

Miro a mi alrededor y veo a los dos chicos de pie en el baño, intentando hablar con él, que está todo enjabonado con la mano sobre sus partes íntimas.

—¿Por qué? —Dominic frunce el ceño.

—Porque... —balbucea.

—Vemos a mamá desnuda todo el tiempo —responde Lucía.

—Sí, bueno... tu mamá es un bicho raro —dice Gabriel.

Suelto una risita y me apoyo en el marco de la puerta mientras los miro.

—Grace... —dice Gabriel, cubriéndose ahora con las dos manos, cohibido.

—No pasa nada, Gabe, es normal que los niños te vean desnudo y te hablen mientras estás en la ducha.

—¿Pero lo es? —Ensancha los ojos—. Esto es un poco diferente a lo que están acostumbrados.

Suelto una risita.

—No me digas.

Hay una gran diferencia a lo que cualquiera está acostumbrado.

—Chicos, dejen que papá se duche en paz —los acompaño fuera del baño y hacia la cocina—. Voy a preparar el desayuno.

Los niños se dejan caer en el sofá y encienden la tele para ver sus programas, y yo me pongo a hacer tortitas mientras pienso. Si vamos a hacer esto, tengo que hacerlo al cien por ciento.

Veinte minutos después, aparece Gabriel, lleva un traje azul marino con una camisa azul pálido, su colonia abrepiernas, y está sencillamente irresistible. Me toma en brazos, sus labios se posan en mi cuello.

—Me encanta que mi puta esté descalza en mi cocina.

Me agarra bruscamente por detrás y yo suelto una risita.

—¿Te refieres a la puta que no tiene sexo?

—Ahora que lo pienso —me besa el cuello—, es malísima en su trabajo.

—Te hice el desayuno.

—No tengo tiempo.

—Siéntate —digo bruscamente—. No van a ninguna parte hasta que se coman su comida. ¡Niños, el desayuno está listo! —digo.

Gabriel pone los ojos en blanco, se sienta y los niños también se unen a nosotros. Sirve las tortitas.

—¿Qué harán hoy, chicos? —pregunta.

—Bueno… —doy un sorbo a mi café, ¿de verdad voy a decir esto? —Pensé que los chicos y yo diéramos una vuelta y mirar algunos colegios.

Gabriel levanta los ojos.

—¿Qué dicen, niños? ¿Se quieren quedar aquí con papá en Nueva York durante la semana y que vayamos a casa, a Greenville, los fines de semana?

Los gemelos abren mucho los ojos.

—Podríamos tener lo mejor de ambos mundos —sonrío para intentar endulzar el trato—. Pueden hacer deporte en casa los fines de semana con sus amigos y luego hacer nuevos amigos aquí en la escuela durante la semana.

Gabriel toma mi mano por encima de la mesa, se la lleva a los labios y la besa suavemente. Sonrío mientras miro a los niños a mi alrededor.

—No podemos dejar a papá aquí solo, tenemos que permanecer juntos. Así que estamos todos aquí, o todos en Greenville.

—Estaríamos en los dos sitios —dice Gabriel mientras los mira—. Será muy divertido vivir aquí todos juntos.

—¿Podrían darme una nueva mochila rosada? —dice Lucía seriamente.

—Sí, sin duda —responde Gabriel.

En serio… ¿esa es su exigencia?

Dominic tuerce los labios.

—¿Pero qué pasa con Tommy?

—Tommy podría venir y quedarse aquí de vez en cuando —le ofrezco—. Y podríamos llevarlo a Central Park y montar en bici. También lo verás todos los fines de semana, seguirá siendo tu mejor amigo, nada cambiará.

Dominic sonríe al imaginárselo.

—Pero sólo si encontramos una buena escuela —hago como si no estuviera ya decidido en mi mente.

Gabriel sonríe ampliamente, sabiendo que es un trato hecho. Se levanta, saca el helado del congelador y pone una cucharada en las tortitas de cada uno.

—¿Qué haces? —sonrío.

—Celebro.

Gabriel

Tengo tanto trabajo que hacer que ni siquiera tiene sentido por dónde empezar. Sin embargo, estoy aquí sentado en mi oficina, haciendo rodar los dedos sobre el escritorio, con la mirada perdida. Una cita… Una cita… Mi cita con la mejor chica del mundo. ¿Dónde coño voy a llevar a Gracie a nuestra primera cita?

Yo tampoco quiero una cita de tres horas, quiero una noche entera a solas con ella… al estilo «vuélale la puta cabeza». Pero entonces, ¿con quién dejo a los chicos?, sé que no dejará a los niños con cualquiera. Tal vez Mark… Mmm, eso no le hará ninguna gracia.

Es decir, podría pedírselo a Carina o a uno de mis hermanos, pero aún no he dejado que se conozcan porque primero quería arreglar las cosas con mamá… no es que ahora haya algo remotamente posible con ellos. No, quiero hacer la reunión familiar invitándolos a cenar a nuestra casa, hacer un verdadero esfuerzo para reunir a todos por primera vez.

Quizás llame a Deb y le pida que venga el fin de semana. Abro la computadora y tecleo en Google:

«Los mejores lugares para una primera cita»

Leo las opciones y pongo los ojos en blanco. —Vete a la mierda, eso da grima—. Tuerzo los labios mientras pienso un poco más.

«Los restaurantes más románticos de Nueva York»

No. No. No… —¿Quién escribe esta mierda?

Hmm… ¿dónde podríamos ir para ponernos aún más calientes? Pienso en desnudar a Gracie y mi polla empieza a bombear entre mis piernas.

Necesito follar.

Duro.

Esta fecha tiene que ser decisiva. Tecleo en Google.

Canciones de amor

Mi puerta se abre y Alessio asoma la cabeza por ella. —Hola.

—Hola.

—¿Te vas hoy a casa o qué? —pregunta.

Levanto la vista y veo que fuera está oscureciendo, las luces de Nueva York han empezado a iluminar el cielo.

—Ven aquí un momento —le digo—. Cierra la puerta detrás de ti.

—Sí —se deja caer en el sofá—. ¿Qué?

—¿Adónde puedo llevar a Gracie para nuestra primera cita?

—¿Eh? —frunce el ceño—. Creía que ya estaba aquí.

—Lo está.

—¿No está ya enamorada de ti?

—Sí, pero… —exhalo—. Céntrate en la pregunta… ¿cuál es la mejor cita a la que puedo llevarla… de todos los tiempos? —me reclino en la silla—. Un tipo de cita que la deje boquiabierta.

Piensa un momento.

—¿Volarle la cabeza a ella… o a ti?

—¿Eh?

—Bueno, si se trata de volarle la cabeza, llévala a un club sexual y deja que cinco strippers la cuelguen.

Entorno la cara. —¿Qué?

—Te garantizo que nunca lo olvidará —Sonríe.

Me pellizco el puente de la nariz. —¿Por qué eres tan idiota?

—Si una mujer me llevara a una primera cita y me pusiera en fila a cinco modelos para que me las tirara... me casaría con ella en el acto—. Se encoge de hombros. —Es una idea.

—Fuera —Señalo la puerta—. Imbécil.

Se ríe mientras se va, y yo recojo lentamente mi escritorio mientras sigo pensando.

París... quizás Praga. Tailandia es bonita en esta época del año.

¿Qué tal Aspen?

Hmm....

A la mierda, llevo todo el día arrancándome los pelos, intentando pensar en algo.

Lo único que sé es que tiene que ser en los próximos dos días, porque mis pelotas están literalmente a punto de explotar, y no en el buen sentido.

Toda esta mierda de la familia está muy bien, pero carajo... necesito un poco de amor, coño.

Entro en el baño y miro la ducha... quizás sólo una paja rápida para aguantar hasta la hora de acostarme.

No... compórtate. Vete a casa.

Tomo el ascensor hasta la planta baja y salgo hacia Mark, que está de pie junto al auto.

—Hola. —Sonríe.

—Todavía te odio, ¿recuerdas?

—Prefiero olvidarlo. —Me abre la puerta del auto y subo al asiento trasero. Miro por la ventanilla mientras conducimos.

¿Y la Antártida?

Es blanco, hace frío y no hay mucho más que hacer que follar en la cama... eso funcionaría.

Eso funcionaría muy bien.

Exhalo pesadamente y miro por la ventana.

—¿Un día duro, jefe?

—Sí —suspiro—. Estoy intentando pensar en la primera cita perfecta para llevar a

Gracie.

Sus ojos se encuentran con los míos en el retrovisor.

—Eso es fácil.

—Ilumíname.

—Llévala a tu lugar favorito de la tierra… y sé sólo tú.

—Sólo yo no es suficiente para Gracie.

Sonríe al doblar la esquina.

—¿Qué?

—¿Has visto cómo te mira?

—¿Cómo me mira? —frunzo el ceño.

—Como si caminaras sobre el agua.

—Sí, bueno, sabe hablar… —sonrío ante la cálida sensación que sólo mi Gracie puede darme—. Ha colgado la luna.

Veinte minutos después, entramos en el estacionamiento subterráneo y Mark detiene el auto. Salgo y me inclino para sacar mi maletín.

—¡Papi! —chilla por el estacionamiento—. ¡Papi!

Levanto la vista y veo a los gemelos corriendo hacia mí, tan emocionados por verme que saltan a mis brazos. Los tomo en brazos y sus manitas me rodean el cuello.

Oh…

Se me hace un nudo en la garganta.

Echo un vistazo y veo que Mark y los chicos también tienen las sonrisas más grandes.

Y entonces la veo, mi amor. De pie junto al ascensor. ¿Cuánto tiempo lleva esperando aquí abajo con ellos para darme esa sorpresa de bienvenida a casa?

Con los gemelos en brazos, me acerco a ella y la beso suavemente, posando mis labios sobre los suyos.

—Vas a conseguirlo —susurro.

Se ríe mientras pulsa el botón del ascensor.

—¿Qué va a conseguir? —pregunta Lucía—. ¿Podemos conseguir todos uno?

—No —murmuro—. Esto es sólo para mamá.

De repente, sé exactamente la cita a la que quiero llevar a Gracie… Voy a llevarla a mi lugar favorito del mundo y voy a ser yo mismo.

Entramos en el ascensor. Mientras subimos, engancho a los chicos cuando empiezan a resbalar por mis caderas.

—Tengo una sorpresa para ustedes.

Grace levanta una ceja, pensando que sabe lo que es.

—Debbie va a venir a Nueva York el fin de semana para quedarse con ustedes mientras mamá y yo nos vamos a pasar un rato de adultos.

—¿Ah, sí? —jadean, emocionados.

—Sí, ella y Mark se van a quedar contigo. Va a ser muy divertido.

Mis ojos encuentran los de Gracie.

—¿Qué te parece?

Sonríe suavemente.

—Suena perfecto.

Camino por la acera con Mark, tengo una prueba de traje a un par de manzanas y es más

rápido caminar.

—Así que… Debbie —dice Mark.

Le miro de reojo.

—¿Qué hay con ella?

Mark y Debbie parecen haberse familiarizado el uno con el otro a través de nosotros, y me gustaría poder decir que no he sospechado nada, pero sería falso.

—¿Cómo es su marido? —pregunta.

—En realidad no le conozco, parece un poco aburrido si me preguntas.

Asiente mientras escucha, y tengo la sensación de que tiene algo que decir.

—¿Por qué lo preguntas?

Se encoge de hombros mientras actúa con despreocupación. —Ella es…

—¿Qué? —le interrumpo.

—Agradable.

—¿Qué quieres decir con agradable?

Se encoge de hombros.

—¿Agradable como en ir a la iglesia o agradable como te chupa la polla?

Entorna los labios con culpabilidad.

—Oh, acaso tú… —le digo bruscamente mientras le doy un puñetazo— …Juro por Dios que te mataré, carajo.

—Claro que no.

—¿Y por qué lo preguntas?

—Yo solo…

—¿Tú qué?

—Puede que haya investigado a su marido.

—¿Y?

—No es quien tú crees que es.

—¿Qué te hace decir eso?

—Las cosas no cuadran.

—¿Hiciste que le siguieran? —digo bruscamente.

—Investigado —responde—. Por interés.

—¿Porque te gusta?

—Sí… puede que sí.

—Puede que no, joder. Está felizmente casada.

—Si está tan felizmente casada, ¿por qué una mujer se quedó en su casa el sábado por la noche mientras Deb estaba fuera por trabajo?

Mis ojos sostienen los suyos.

—¿Qué?

—Entonces…

—Pues nada. Tienes que mantenerte al margen —replico—. Esto es todo lo que necesito, joder.

—Pero es…

—Es ilegal vigilar a alguien. —Me paso la mano por la cara—. No lo sabes, podría haber estado allí con su amiga. ¿Tiene una amiga? ¿Es su hermana o algo así?

—No lo sé.

—No tienes ni puta idea; no tienes ningún dato ni ninguna razón para acosarlo, salvo romper su matrimonio. No te metas.

Exhala pesadamente.
—¿Te acostaste con ella?
—No —entorna la cara—. Ella no es así.
—¿Qué hiciste?
—Acabo de hablar con ella.
—¿Sobre qué... tu polla?
Sonríe satisfecho.
—No debes acercarte a ella, ¿me oyes?
Pone los ojos en blanco, poco impresionado.
—Lo digo en serio. No. Te. Acerques. A. Debbie.

Grace

Miércoles por la noche.

El camarero llega a nuestra mesa.

—¿Puedo tomar su pedido?

Gabriel está harto de cocinar, y aquí entre tú y yo, estamos hartos de que cocine… así que salimos a cenar cuando llegó del trabajo.

—¿Qué quieres, Dominic? —pregunta.

—Pasta.

—Tomaremos dos de los espaguetis a la boloñesa, por favor, y yo tomaré el filete —me mira —. ¿Cariño?

—Tomaré la ensalada, por favor —sonrío.

—Gracias —dice Gabriel.

El camarero desaparece y los gemelos empiezan a reñir. Gabriel abre el móvil, pone Netflix y selecciona una película, apoya el móvil contra el salero y el pimentero, y los niños se callan mientras empiezan a mirar. Sonrío y Gabriel me toma la mano y me la besa suavemente.

—Hola —dice una voz de mujer.

Levantamos la vista y vemos a Ariana de pie junto a nosotros.

Oh, mierda.

A Gabriel se le cae la cara de vergüenza.

—Ariana.

—Iba a venir a verte mañana, pero supongo que ahora es tan buen momento como siempre —dice.

—¿Qué quieres decir? —dice impaciente.

—Estoy embarazada.

La tierra se mueve debajo de mí.

No.

—Felicitaciones —dice Lucía sonriéndole.

Santo cristo.

CAPÍTULO 33

Grace

GABRIEL SE ECHA hacia atrás en su silla, poco impresionado.

—No hagas esto.

—¿Hacer qué? —Ariana se pone las manos en las caderas, indignada.

—Mentir.

—No estaba planeado, obviamente —Ariana me sonríe—. Simplemente ocurrió.

Siento que me derrito en la olla hirviente del infierno profundo y oscuro. Gabriel frunce el ceño y levanta la mano para detener a Mark, que camina por el restaurante hacia nosotros.

—Finjamos por un momento que no estuve *retirándome a tiempo* durante los tres últimos meses que estuvimos juntos.

—No lo hiciste —replica ella.

Gabriel levanta una ceja.

—No soy estúpido, Ariana.

Ella lo mira a los ojos.

—Y si estás… —frunce el ceño mientras hace cuentas— embarazada de diez semanas, ¿puedes explicarme por qué has estado bebiendo como un pez?

Ariana se queda con la boca abierta.

—De hecho, creo que estuviste en el Junction Cocktail Bar el sábado por la noche hasta las dos de la madrugada, muy ebria, y te fuiste con un hombre que volvió a tu casa. —Dobla la servilleta delante de él—. Se fue de allí casi a las once y media de la mañana siguiente, y volvió esa noche por más.

—Hiciste que me siguieran—jadea—. Todavía te importo.

Gabriel deja escapar una sonrisa lenta y malévola.

—Lo que me importa es que intentes manipularme… y sabía que lo intentarías. Solo quería una póliza de seguros como prueba para cuando llegara el momento. Gracias a Dios.

Levanta la mano y Mark se acerca.

—Debo pedirte que te vayas —le dice Mark mientras le toma el codo con la mano.

Ariana aparta el codo de su agarre.

—No me toques.

—Sácala de aquí —suelta Gabriel.

Mark acompaña a Ariana fuera del restaurante, y me trago el nudo que tengo en la garganta. El corazón me bombea con fuerza en el pecho. Gabriel toma mi mano entre las suyas.

—Lo siento, mi amor. —Me besa las yemas de los dedos—. Odio decirlo, pero sabía que iba a ocurrir.

Le sonrío débilmente, contenta de que lo supiera, porque estoy totalmente desconcertada.

—¿Qué quisiste decir con *retirarte a tiempo*, papá? —pregunta Dominic.

Gabriel frunce el ceño.

—¿De toda esa conversación, eso es lo que quieres saber?

Dominic asiente.

—Sí.

Me echo a reír. Gabriel da un sorbo a su bebida, poco impresionado.

—Algo que siempre debes hacer.

Me pongo las manos en la cadera mientras miro mi armario de tamaño gigante, lleno hasta el tope de ropa de diseñador, zapatos preciosos y bolsos ostentosos. Seguro que hay algo digno de una cita… Pero la pregunta es, ¿me queda bien?

Es jueves, y mañana Gabriel me llevará a nuestra primera cita, y ha organizado que Deb venga el fin de semana a cuidar de los niños. Nos vamos solos dos noches enteras; nunca me he separado de los niños dos noches. Estoy emocionada y nerviosa y he tenido que depilarme yo sola porque no tenía niñera para ir a la peluquería.

Bien… Cojo un vestido negro de la percha y lo sostengo, parece que está bien. Me lo pongo sobre el cuerpo y me miro en el espejo. Mangas ajustadas… uf, no me pasan por encima de la escayola. Lo vuelvo a colgar. Saco otro vestido, rosa y bonito, de mangas cortas… podría ponerme este, supongo. Lo acerco a mi cuerpo y me miro en el espejo… meh. Lo coloco de nuevo en la percha.

Suena mi teléfono y el nombre Deb ilumina la pantalla.

—Hola.

—Hola, te habla la extraordinaria niñera del jet-set.

Suelto una risita.

—¿Qué haces?

—Estoy en el guardarropa infinito, intentando encontrar algo que ponerme para nuestra cita. ¿Te dijo adónde íbamos?

—No, pero creo que algún lugar exótico.

—¿Por qué?

—Porque dijo que utilizaba otro avión porque no había tiempo de repostar en el que estoy llegando.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Así que vamos a volar a algún sitio?

—Ajá.

—¿Como dónde? —Empiezo a asustarme de verdad, no estoy preparada para el bañador… joder, quizás también debería ponerme morena de mentira. No puedo hacerlo con una mano… quizás los niños podrían… no. Me quito esa idea de la cabeza.

—No lo sé.

—¿Debería llevar un vestido o una falda y un top o…?

—Vestido. Definitivamente un vestido.

—Pero entonces no puedo llevar tacones altos por culpa de mi estúpido tobillo.

—Nena… relájate. Solo te va a mirar la lencería.

—Probablemente.

—Y para ser sincero, creo que podrías llevar una bolsa de basura y él seguiría impresionado.

Los nervios bailan en mi estómago al pensarlo.

—He esperado tanto tiempo para esta cita.

—Quiero que sea perfecto.

—Así será.

—Muchas gracias por venir y hacer esto por nosotros.

—Oh... volar en un jet privado para venir a alojarte en un ático de Nueva York es tan jodidamente duro... me debes una, zorra.

Sonrío al teléfono. —Te amo.

—Hasta mañana.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Por enésima vez, es una sorpresa. —Gabriel pone los ojos en blanco mientras hace la maleta.

—Pero como… no puedo llevar tacones altos; lo recuerdas, ¿verdad? Así que si vamos a algún sitio ostentoso, seré como un vagabundo en chanclas.

—No necesitarás tacones. —Mete un par de boardshorts en la bolsa.

—¿Así que vamos a algún sitio donde nadaremos?

—Deja de mirar mi bolso. —Señala la puerta. —Fuera.

—No he terminado de hacer la maleta —respondo. Es una mentira deplorable, sólo quiero mirar en su bolso un poco más.

Entra en el baño y empieza a empaquetar sus cosas de aseo.

—Ah, casi lo olvido.

¿Casi olvido qué?

Sigo fingiendo que hago la maleta, y él reaparece con una botella de algo y la echa encima de su bolsa.

—¿Qué es eso? —Frunzo el ceño.

—Protector solar. —Sonríe, satisfecho de sí mismo. —No quiero que te quemes.

Sigo mirándolo, aún curiosa.

—No seas curiosa, Grace. —Cierra su maleta. —Confía en mí, ¿vale?

Asiento, aunque la curiosidad me está matando.

—Bien, ya está todo listo. —Se vuelve hacia mí y me sonríe. —Será un fin de semana inolvidable, te lo prometo.

—Lubricante.

—Ja. —Sonrío—. Como si necesitara lubricante.

Enarca una ceja mientras me mira.

Oh...

¿Dónde piensa follarme este fin de semana? Mierda, algo me dice que me espera un dolor por maniaco sexual.

Avergonzada, sigo haciendo la maleta. Sinceramente, ¿cómo tiene la capacidad de freírme el cerebro con sólo una mirada? —Sí, bueno—. Intento seguir el ritmo de sus sucias promesas. —Te llevo algo de Viagra.

—No hace falta que te molestes, ya tengo una receta doble —responde sin perder el ritmo.

Dejo de hacer lo que estoy haciendo y le sonrío, él también sonríe y me toma en brazos. —Para serte sincera, me hace ilusión tenerte exclusivamente para mí unos días—. Me besa suavemente.

—A mí también. No me importa adónde vayamos, siempre que pueda ir contigo.

Me besa de nuevo, sus labios se demoran sobre los míos, y estos momentos en los que sólo estamos nosotros dos son sagrados.

Hay una magia mística que se arremolina entre nosotros, ha pasado tanto tiempo y, sin embargo, se siente tan emocionante y nuevo. Como si siempre nos hubiéramos conocido... pero en realidad no nos conociéramos de nada.

Es totalmente ridículo lo enamorados que estamos y ni siquiera hemos tenido relaciones sexuales, quizás sea por eso.

No sé lo que es, pero parece que hemos acertado con la receta, simplemente no podemos saciarnos el uno del otro. Así es como debe sentirse.

En mis relaciones anteriores, siempre supe que faltaba algo, pero por mi vida, no podía averiguar qué era... ahora lo sé.

Era Gabriel Ferrara.

Siempre fue él.

El teléfono de Gabriel emite un mensaje de texto, lo toma y lo lee. —Están entrando al estacionamiento. Vámonos.

—¿Voy a poder pasar tiempo con Deb? —frunzo el ceño.

—Cinco minutos. El avión se retrasó y tenemos prevista la salida —cierra la cremallera de su bolso—. Lucía y Dominic —llama.

—¿Sí? —responde Dominic.

Gabriel se encorva el labio superior—. Cuando te llame… por favor, no grites "sí" —le responde.

—Sí, bueno… estoy viendo la televisión. ¿Qué quieres, papá? —Gabriel finge ahogar el aire.

Me río, el descaro de los niños empieza a molestarle, la novedad de ser padre primerizo se le está pasando.

—¡Ven aquí ahora! —llamo más severamente.

—Uf —oigo gemir a Dominic; él y Lucía acaban arrastrándose hasta nuestro dormitorio.

—Pórtense bien con Deb este fin de semana, por favor —dice Gabriel.

—Sí.

—Y vayan a la cama cuando ella se los diga, nada de eso de que se nos permite quedarnos hasta tarde. Y nadie puede entrar en el jacuzzi ni en la piscina —Gabriel frunce el ceño—. En realidad, no se permite salir a nadie sin que Mark o Debbie estén con ustedes.

—Sí, de acuerdo.

—Y tienen sus teléfonos, pueden llamarnos en cualquier momento —añade—. También les puse el número de mamá.

—De acuerdo.

La puerta suena—. Deb está aquí.

—¡Hola! —dice.

Los niños y yo corremos a lo alto de la escalera para ver a Deb y Mark entrando por la puerta principal.

—¡Deb! —gritan mientras bajan corriendo las escaleras mientras yo cojeo detrás de ellos. La abrazan mientras espero mi turno y la agarro en un abrazo de oso—. Dios mío, te extraño —la abrazo fuerte.

No hay mejor amiga en el mundo que mi bella Deb.

—Por todos los santos. Mira este sitio —jadea mientras mira a su alrededor.

—Hola, Debbie —Gabriel sonríe torpemente y le da un rápido beso en la mejilla.

—Hola.

—Muchas gracias por hacer esto por nosotros.

—Es un placer —coge a los niños de la mano—. Enséñame el lugar.

Gabriel y Mark se quedan en el salón, charlando, y al son de los «ohs» y «ahs», los niños y yo le enseñamos la casa. Llegamos a nuestro dormitorio y sus ojos se abren de par en par.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —susurra mientras contempla las vistas.

—Éste es mi armario —abro la puerta para enseñárselo.

Sus ojos se abren de par en par—. Qué demonios, es más grande que mi dormitorio.

Me entra la risa floja—. Estúpido.

—Oh, cielos —mira a su alrededor con las manos en las caderas—. Un fin de semana aquí va a ser duro.

—¿Seguro que te vas a poner bien? —los niños salen corriendo de la habitación, aburridos de nuestra conversación.

—Sí —sonríe—. Y Mark se queda conmigo por si necesito algo.

—¿Se queda aquí? —frunzo el ceño—. ¿En este apartamento?

—Sí. Gabriel quiere que se quede con nosotros para que esté seguro —mis ojos sostienen los suyos durante un buen rato—. No lo hagas —ella sonríe.

—¿De verdad?

—Saca ese sucio pensamiento de tu mente.

—Sólo digo.

—No hace falta. Estoy felizmente casada.

—Recuérdalo.

—¿Cuándo lo he olvidado? —jadea.

—Cuando clavaste los ojos en Mark por primera vez.

—Para —sonríe mientras me abraza. —Vete a ser exótica a alguna parte, zorra millonaria.

—Te amo, muchas gracias por esto.

—Diviértete, nena, te lo mereces. —Me abraza con fuerza.

Se me saltan las lágrimas, porque más que nadie, Deb sabe por lo que pasé porque lo pasó conmigo. Deb fue mi roca en cada paso difícil que tomé con estos bebés. Durante el embarazo, el parto, sus vidas... dio un paso adelante y es su segunda madre; la compañera que nunca tuve. —Gracias por todo, Deb, te debo tanto.

—Deja de lloriquear. Tu amistad es lo único que quiero... en realidad. —Mira en mi armario—. Y también quiero tu ropa usada.

—Trato hecho.

Nos reímos y salimos de nuevo al salón. —Vamos.

Cinco horas después.

La azafata sube al avión.

—Nos disponemos a aterrizar, Sr. Ferrara —sonríe.

—Gracias —responde.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevamos volando; se ha llevado mi teléfono y mi reloj.

—¿Puedo ver? —trato de abrir la persiana de la ventana y Gabriel la cierra de golpe.

—Es una sorpresa.

—Pero estamos aquí, es el momento sorpresa.

—No hasta que lleguemos. —Abre mucho los ojos y saca una venda.

—*¿Qué?*

Dios mío.

Sinceramente, es lo más emocionante que me ha pasado nunca, que me lleven a un lugar secreto en un jet privado para una primera cita con el hombre más sexy del mundo.

Me siento como una chica Bond o algo así.

El avión se detiene y Gabriel me pone la venda en los ojos. —¿Hablas en serio? —susurro mientras me la pongo sobre los ojos.

—Totalmente. Me lleva de la mano por el pasillo del avión.

—Total, me voy a caer por las escaleras, ya sabes lo torpe que soy incluso viendo por dónde voy.

—No me lo recuerdes —me conduce hasta la puerta del avión—. Gracias.

Me levanta un poco la venda de los ojos para que pueda ver las escaleras mientras las bajo. Fuera está oscuro y, aunque intento echar un vistazo, no veo nada importante.

El viento me revuelve el pelo, no hace tanto calor como pensaba. Puede que mi sueño de una isla tropical no esté sucediendo. ¿Dónde demonios estamos?

Llegamos al final de la escalera, me vuelve a poner la venda en los ojos y me conduce hasta el auto.

—¿Seguro que ya puedes decírmelo?

—No.

Me pone la mano en la nuca, me empuja al auto y sube a mi lado. Mientras el auto arranca, me toma la mano y la estrecha entre las suyas.

—Ya falta poco.

Sonrío mientras mi corazón se acelera, apenas capaz de controlar mi emoción.

—Dímelo de una vez.

Se ríe entre dientes, me toma la cara entre las manos y me besa, posando sus labios sobre los míos.

—Paciencia —me susurra al oído; su aliento me pone la piel de gallina y sonrío, no sé si alguien nos está mirando o qué.

Ésta es ya la mejor noche de mi vida.

Una eternidad después, el auto se detiene.

—Quédate quieta un momento —Gabriel me toma de la mano para mantenerme quieta, y me vuelve a ajustar la venda—. No te la quites —me exige.

—Vaya.

—Un poco exagerado, ¿no? —me río.

—Como siempre.

Viene a mi lado y me ayuda a salir.

—Por aquí.

Sonrío entusiasmada mientras me guía.

—¿Dónde estamos?

—En algún lugar especial.

Tropiezo.

—Si me rompo el otro tobillo…

—Ni se te ocurra.

Me deja inmóvil y luego se detiene un momento como si esperara algo.

—¿Qué está pasando? —sonrío asombrada.

Me quita lentamente la venda de los ojos y miro a mi alrededor… ¿espera? Mis ojos tardan un momento en centrarse y alcanzar a mi cerebro.

Uh… Estoy muy confundida.

Estamos en mi casa de Greenville, en el jardín trasero del lago. Hay una alfombra de picnic en el embarcadero con velas alrededor, y luces de hadas cuelgan de los árboles. El reflejo de la luna baila sobre el agua y las estrellas brillan en el cielo. Mis ojos se dirigen a él.

—No lo entiendo. Dijiste que me llevarías a tu lugar favorito de la Tierra.

—Éste es mi lugar favorito en la Tierra —sonríe suavemente.

Mis ojos buscan los suyos.
—Es donde te encontré a ti… y a ellos… y a nosotros.
Oh.
—De todos los lugares, en cualquier parte del mundo, prefiero estar aquí contigo.

CAPÍTULO 34

Grace

SE ME LLENAN LOS OJOS DE LÁGRIMAS. *Es bueno.*

—Ok. —Me pongo de puntillas para besar sus grandes labios—. Ganaste.

—¿Gané?

—Es lo más romántico que me han dicho nunca.

—Todavía. —Me sonríe con desprecio.

—Me dijiste que ibas a dar lo mejor de ti.

—Vamos a ver cómo me ha ido. —Me toma de la mano y me lleva hasta el embarcadero, la manta de picnic tiene acolchado debajo y hay cojines esparcidos por todas partes y una cesta de picnic gigante de mimbre. Me ayuda a sentarme, se quita los zapatos y se sienta a mi lado—. Te hice lista de reproducción.

—¿Eh?

Extiende el teléfono y me muestra la pantalla de Spotify.

Canciones de cita A-Game para Gracie

Me echo a reír. —¿Hablas en serio?

Enarca las cejas. —Tú pediste ternura, y yo te la doy—. Pulsa play.

Suena «You Were Always on My Mind» de Willie Nelson.

—Ésta es la pista uno —me dice mientras saca dos copas de cristal de la cesta de picnic y las llena de champán.

—¿Tienes una lista de canciones?

—Sí, los he subido hasta el final —me pasa mi vaso y lo choca con el suyo.

—¿Hay un final? —pregunto.

Sus ojos centellean con un cierto algo mientras bebe su champán.

—Gran final.

Dios mío… el gran final es el sexo. Sexo que rompe la tierra y la cama.

Ya está, terminé. Pasemos ahora al gran final, porque estoy a punto de llegar al orgasmo en el acto.

Vuelve a rebuscar en la cesta de picnic y saca una bandeja plateada de fresas cubiertas de chocolate, y yo me río a carcajadas. —¿Qué más tienes en esa cesta?

—Solo algunas tonterías —me tiende la bandeja.

—¿Fresas con chocolate, mi amor?

—¿Las hiciste tú? —me burlo.

—Sí —echa la cabeza hacia atrás y engulle el vino.

—¿Estás mintiendo?

—Sin comentarios.

Me encanta este hombre.

—¿Podemos pasar directamente a la gran final ahora mismo?

—No —rebusca en su cesta y saca un paquete envuelto en papel marrón con un gran lazo de cinta roja—. Te he hecho un regalo.

—¿Un regalo?

—Ábrelo —me lo pasa.

Me inclino hacia él y le beso; le sujeto la cara con las manos porque, qué demonios… éste es el tiempo de las citas. Sonrío contra sus labios, quedándome largo rato. No quiero que esta noche termine nunca.

—Ábrelo —repite.

Desato la cinta y empiezo a despegar lentamente el papel.

—Rómpelo —me dice.

—No, estoy guardando el papel.

—Es papel de estraza —frunce el ceño—. ¿Por qué quieres guardar papel de estraza?

—¿Hiciste tú el papel?

—Sí —miente sin vacilar—. Te haré más. Rómpelo.

Retiro el papel para revelar un libro cuadrado de tapa dura, es de tela dorada y el título reza:

C O L G A S T E
L A
L U N A

Mmm, qué raro, nunca lo percibí como alguien que regalaría un libro... pero bueno. Paso la página.

Para Gracie

—Espera... ¿qué? —Ah, es uno de esos libros personalizados con tu nombre, qué cool.

Paso otra página.

Quiero oír los latidos de tu corazón desde dentro.
Quiero enseñarte los míos.

—Ah. —Pienso un momento—. Espera, ¿he oído eso antes? —Paso la página.

Me amaste en mi peor momento.
Ahora déjame que te ame al máximo.

Estoy confundida, ¿qué es este libro?

Paso otra página y hay una foto de una ecografía en la página impresa en el libro.

¿Eh?

Me concentro para ver que es de un bebé en el vientre materno, oh espera... hay dos bebés.

Leo el texto de la otra página.

El Señor sabía que lo extrañaría tanto que un bebé no podría llenar el hueco que dejaba.
Así que me dio dos.

Mis ojos se elevan para encontrarse con los suyos. —¿Has hecho tú este libro?

Asiente con la cabeza.

Oh...

Su silueta se desdibuja.

No es posible extrañar tanto a alguien.
Sí lo es... me pasó a mí.

Me doy cuenta de que escribí estas notas cuando pensaba que no volvería a verle.

—¿Has encontrado mi baúl?

—Sí.

—¿Leíste mis cartas?

—Hasta la última.

Entorno la cara llorando. —¿Las has convertido en un... libro?

Mi voz se quiebra por la emoción; paso la página, apenas puedo ver las palabras.

> Desde el momento en que la conocí, supe que era la elegida.
> Mi corazón agonizó por no tenerla.
> Así que la amé desde lejos

Oh…

Se inclina hacia mí y me besa, posando sus labios sobre los míos.

—Te amo, Gracie —susurra—. Siempre te he amado.

—Te amo —sonrío contra sus labios—. Oh… tío. Eres bueno.

Se ríe entre dientes.

—¿Qué tal lo estoy haciendo? ¿Es suficiente este juego?

—Esto es romper el marcador.

Se ríe y levanta un dedo.

—Ahh… pero hay más.

—¿Más? —sonrío mientras me limpio las lágrimas.

Escribe algo en su teléfono.

—Por desgracia, no puedo meter esta parte de nuestra cita en la cesta mágica de picnic.

La puerta trasera de mi casa se abre y sale un rastro de personas con uniformes blancos de cocinero cargadas de cosas.

—Mierda… ¿estaba limpia mi casa?

—¿Qué demonios?

Dos hombres colocan una pequeña mesa redonda y dos sillas en el embarcadero, otro hombre la pone con un mantel blanco y enciende un candelabro en el centro. Luego, un reguero de gente saca platos de comida.

—¿Qué es esto? —jadeo.

—Bueno… —se encoge de hombros—. No podía llevarte a tu restaurante italiano favorito de Nueva York… así que pedí comida a domicilio.

—¿Éste es Becco? —mis ojos se abren de par en par—. ¿Has traído en avión a Becco?

Sus ojos brillan de ternura.

—Quería que tuvieras tu comida favorita.

Me vuelvo a atragantar.

—Sinceramente, podrías darme de comer pan duro esta noche y sería fabuloso.

Veo un rastro de sonrisa cruzar la cara del camarero cuando deja la comida delante de mí.

—Tu plato principal —dice, toma el champán y rellena nuestras copas.

—Gracias —sonrío.

—Puedes dejarnos —dice Gabriel en voz baja.

El camarero asiente y desaparece de nuevo en mi casa.

Gabriel escucha la canción que está sonando ahora.

—Ah, sí, la pista siete —dice—. Vamos bien de tiempo, Gracie. —La canción de Ed Sheeran, “I See Fire”.

Me imagino a Gabriel eligiendo las canciones y preparando una agenda para acompañarlas, y sonrío mientras escucho.

—Esta cita es realmente estúpida.

—Esperaba algo mejor que estúpido —echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, profunda y aterciopelada, que me hace bailar mariposas en el estómago.

—¿Cómo se te ha ocurrido todo esto?

—Eres tú —da un sorbo a su champán.

—¿Yo?

—Lo magnificas todo.

—¿Qué quieres decir? —frunzo el ceño.

—La forma en que me haces sentir, lo bueno, lo malo y lo… —se encoge de hombros—. Me haces querer ser mejor de lo que soy. Más romántico de lo que soy. —Inclina la cabeza como si buscara las palabras adecuadas—. Sólo más.

Le sonrío suavemente… Cómo amo a este hombre.

Es como si todos los sueños que tenía para nosotros dos se hubieran hecho realidad. No es el monstruo que es para el mundo, hay un alma profunda y amorosa dentro de él. Nunca lo imaginé todos esos años antes, él también lo sentía.

Me siento validada, me siento escuchada y relevante... apreciada.

Me ha encantado.

Se me llenan los ojos de lágrimas, embargada por la emoción.

—Cómete la cena, llorona —sonríe mientras se acerca y empieza a cortar mi comida—. Llevamos tres canciones de retraso.

Suelto una risita mientras me limpio los ojos.

—Lo siento, jefe.

Tres horas después.

Hablamos y reímos. Comimos y bebimos champaña. Nos acostamos en el mantel y contemplamos la luna y las estrellas mientras hacían brillar su magia sobre nosotros.

—Ha sido la noche perfecta —sonrío a mi guapo acompañante.

—Deberíamos bailar —se levanta y me tiende la mano.

Me tomo mi tiempo para levantarme.

—Tenemos poco tiempo, date prisa.

Suelto una risita y me pongo en pie.

—Este horario tuyo.

Me toma en brazos y suena la canción “Turning Page”, de Sleeping At Last.

—Oh, esta canción —le susurro—. Es… tan soñadora…

Como en la escena perfecta de la película perfecta, bailamos bajo la luna junto al lago.

Estoy aquí enamorándome de él otra vez… incluso más, si eso es físicamente posible.

—Gracie —susurra.

—Sí —le sonrío.

—Sería un privilegio llamarte mía… para siempre.

Mi corazón se detiene mientras mis ojos buscan los suyos.

—Cásate conmigo. —Me besa suavemente y mis pies flotan desde el suelo—. Sé que es pronto, pero no puedo esperar ni un día más para que seamos uno.

La emoción entre nosotros es fuerte y tan perfecta.

—¿Qué dices? —me murmura al oído.

—Sí. —Sonrío entre lágrimas mientras le echo los brazos al cuello—. Dios mío, sí.

Se mete la mano en el bolsillo y saca un anillo, un solitario de diamantes… Es enorme.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Pero qué…?

Me toma la mano que aún tengo escayolada y se ríe.

—Oh, no. —Frunzo el ceño.

—El anillo no te va a caber, cariño, aún tienes la mano demasiado hinchada.

—Dios mío, apriétalo ahí. —Le arrebato el anillo e intento apretárselo, pero sólo llega hasta el nudillo superior—. Vete a la mierda.

—Póntelo en la otra mano hasta que baje la hinchazón.

Pongo los ojos en blanco, sólo a mí podría pasarme que, no teniendo mano, me la pidan en matrimonio… ¿qué posibilidades hay?

Lo desliza sobre mi mano derecha y luego me besa las yemas de los dedos.

—¿Podemos irnos ya a la cama para el gran final? —le digo con una risita.

—Ése fue el final. —Sonríe—. Es lo más romántico que puedo hacer por ti esta noche.

—¿Lo es?

—Ahora necesito follarte como si te odiara de verdad, de verdad, de verdad. Me agarra la cara y me besa agresivamente, y yo me río dentro de él.

Ya era hora...

El romántico Gabriel es perfecto... pero el sucio señor Ferrara es un dios.

Con nuestros labios entrelazados, me lleva de espaldas a mi dormitorio, con el vestido por encima de la cabeza, el sujetador tirado a un lado y me tira de espaldas sobre la cama.

—Abre esas bonitas piernas, estás a punto de llevártelo todo —dice mientras se arranca la camiseta por encima de la cabeza. Se le ve el pecho ancho, el abdomen ondulado y la piel aceitunada. Su pelo oscuro cuelga en rizos sobre su frente, y la forma en que me mira...

Nunca he visto un hombre más hermoso.

Se baja la cremallera de los jeans, los desliza junto con los bóxers por las piernas y se los quita de una patada.

Mis ojos bajan por su cuerpo, su polla está dura e hinchada, con gruesas venas que recorren toda su longitud.

Dios mío.

Abro las piernas, ebria de su testosterona.

Va al baño y vuelve con un bote de lubricante. —¿Qué haces?

Lo pone en sus dedos y lo unta en los labios de mi sexo. —Lo único que te va a tocar esta noche es mi polla.

Carajo.

La excitación me recorre el cuerpo cuando se sube sobre mí. Pongo las manos en los gruesos músculos de sus cuádriceps mientras se acunan dentro de mis piernas abiertas. Sus dientes rozan mi piel y su aliento caliente me produce escalofríos.

Sosteniéndose sobre el codo, desliza la punta de su polla hinchada por los labios de mi sexo, frotándome con el lubricante mientras me mira fijamente. Sé por qué lo quiere así, donde apenas me ha tocado.

Quiere que luche para tomarlo.

Ni hablar... me lo voy a comer vivo.

Empuja hacia delante, y siento el ardor del estiramiento, gimo y él toma mis labios entre los

suyos. El beso es tan agresivo como el reclamo que está haciendo abajo.

—Abre esas putas piernas —gruñe.

Apenas puedo respirar. Me abro un poco más y él se lanza hacia delante. Hasta el maldito fondo.

Mi cuerpo se ondula a su alrededor mientras lucha con su tamaño.

Y entonces me besa, suavemente y con ternura. —Te amo —murmura mientras sus ojos buscan los míos. —He esperado tanto esta noche.

Se me escapan las lágrimas y corren hacia mis oídos. —Y yo te amo.

Se precipita hacia delante y yo gimo. Me levanta las piernas por encima de los hombros y me penetra profundamente.

Siento cómo se hunde en mis huesos mientras reclama su derecho sobre mi cuerpo.

Ya no es mío... sino suyo.

Una excitación tan profunda y primaria que puedo saborearla.

Empieza a cabalgarme, bombeos profundos y castigadores en los que la cama choca contra la pared y se me encorvan los dedos de los pies... No puedo aguantar.

Es demasiado, demasiado... dentro de cada centímetro de mí.

Grito mientras me corro con fuerza, estremeciéndome y temblando mientras gimo sin control.

Sus bombeos se hacen más fuertes, más rápidos, ya no tiene el control, la necesidad de acabar y correrse dentro de mí se ha apoderado de él.

Echa la cabeza hacia atrás y gime mientras se corre en lo más profundo de mi cuerpo. Jadeamos mientras nos abrazamos... y me arruino para siempre.

Pero no estoy arruinada, me han salvado.

Mi sueño se hizo realidad.

El sol de la mañana asoma por las cortinas, salgo a escondidas de la cama y bajo las escaleras con necesidad desesperada de un café. Entro en la cocina y veo un enorme ramo de rosas rojas en un jarrón.

¿Qué pasa? ¿No fue suficiente con lo de anoche? —Dios mío—. Abro la tarjeta.

Para el amor de mi vida
Por toda mi vida.
Gabriel.

Lo leo y sonrío mientras el corazón se me agita literalmente en el pecho.

¿Podría ser más romántico?

—Sr. Ferrara, no es usted nada de lo que imaginaba, pero sí todo lo que esperaba —susurro para mis adentros.

—¿De verdad? —Unas manos grandes me rodean por detrás y siento cómo sonríe en mi cuello mientras me besa. —Eres todo lo que imaginaba e incluso más de lo que me atrevía a desear—. Me gira para que lo mire y me mira todo serio. —No le he dado su bono de compromiso todavía, señorita Porter.

Sonrío mientras me lleva de vuelta a donde empezó todo.

Amo a este hombre.

—Creía que sólo se daban bonos en la oficina, señor.

Me levanta, me sienta en la mesa de la cocina y me empuja hacia atrás sobre ella. —Por ti, haré una excepción.

ESCENAS ADICIONALES

Gabriel.

16 años.

SACUDO EL BOLÍGRAFO mientras miro fijamente el ensayo que intento escribir. ¿Cuál sería un buen sinónimo de «catástrofe»? Mmm, problema, percance, desastre… Frunzo el ceño mientras intento concentrarme.

El inglés, mi enemigo mortal.

Mi madre camina por el pasillo hacia un extremo, da la vuelta, y regresa. Lleva puesta su bata color rosa y ha deambulado de un lado a otro por más de una hora.

Miro el reloj: nueve de la noche.

¿Dónde está?

Me concentro de nuevo en mis deberes, otra palabra para catástrofe… Mmm…

Veo de reojo a mi madre levantar el teléfono y llamar a papá, y hago como que no escucho con la mirada fija en mi cuaderno.

—Hola —dice ella—. ¿Dónde estás? —Ella escucha un momento—. ¿Otra vez? —Vuelve a escuchar—. ¿No pudiste llamar para avisarme?

Oigo el dolor en su voz y se me retuerce el estómago.

—Estoy aquí con tus hijos esperando a que vuelvas a casa, ¿dónde más iba a estar? —susurra enfadada.

Él dice algo mientras ella escucha atentamente.

—Sí, sé que tienes mucha presión encima —dice ella mientras su voz se suaviza—. Sé que no es tu culpa. Te extraño, eso es todo. Te necesitamos en casa con nosotros, ¿no puedes trabajar desde tu despacho aquí por la noche?

Oigo su voz mientras le habla, pero no oigo lo que dice.

—Sí. —Suspira—. De acuerdo. —Vuelve a escuchar—. Para entonces ya estaré dormida. Supongo que mejor nos damos las buenas noches. Te amo. —Cuelga con una profunda exhalación y me mira—. Me voy a la cama, Gabriel. —Se acerca hasta colocarse detrás de mí y pone sus manos sobre mis hombros mientras mira mi trabajo—. Tú también deberías ir a dormir, cariño.

—Está bien, primero voy a terminar esta redacción. No tardaré, te lo prometo.

Me besa en la frente y me pasa la mano por el pelo.

—Eres un chico muy trabajador. ¿Sabes cuánto te amo?

Sonrío.

—Buenas noches, mamá, yo también te amo.

Desaparece subiendo las escaleras mientras yo la persigo con la mirada. Arrastro los ojos de vuelta a mi ensayo, pero mi mente divaga hacia mi padre… ¿Qué demonios le pasa últimamente? ¿Por qué ahora trabaja siempre en la oficina?

Es el CEO, puede decidir desde dónde trabaja… y sin embargo prefiere estar en la

oficina. ¿Qué tendrá de bueno la oficina?

Irritado, vuelvo a centrarme en mi redacción.

Me lo imagino sentado en su escritorio en el edificio de oficinas desolado, trabajando duro para mantener a nuestra familia, y la presión que debe sentir. La culpa me invade.

Necesito sacar las mejores notas posibles en la escuela, tomo el bolígrafo y vuelvo al trabajo.

Quiero que se sienta orgulloso.

Gabriel.

17 años.

PUM.

Me despierto asustado al oír voces murmurando y discutiendo.

Mi habitación esta a oscuras, me doy la vuelta y veo la hora: 2.20 a.m.

¿Quién discute de madrugada? Me levanto, voy al baño y oigo la voz levantada de mamá.

¿Qué está pasando?

Salgo del cuarto y camino por el pasillo hasta la esquina del ala de mis padres. La puerta de su habitación está cerrada y la luz asoma por debajo, pero oigo voces elevadas a través de ella.

¿Por qué discuten?

Me acerco sigilosamente y me sitúo junto a la puerta, en la oscuridad, para poder escuchar.

—Dime, dime ahora mismo por qué tu camisa de trabajo huele a perfume —grita mamá.

—No tengo ni idea —responde mi padre—. Obviamente, cuando abracé hoy a Marie por su cumpleaños, llevaba perfume.

—¡Mientes! —grita ella.

—Esta noche estoy demasiado cansado para tus putos dramas —gruñe mi padre.

—¿Cansado de qué? —replica mi madre—. ¿De todo el trabajo que estás haciendo a las dos de la mañana? —Ella grita—: ¿Quién diablos es?

—Duérmete —exige mi padre—. No estoy de humor para esta mierda.

—¿No estás de humor para esta mierda? —estalla mi madre—. A lo mejor yo no estoy de humor para tu mierda.

—Entonces no la aguantes —grita él—. Si eres tan infeliz, vete, carajo.

—¿Tienes o no una aventura? —grita mi madre.

—Si tienes que preguntar eso, es que no me conoces —responde él.

—Esa es la cuestión —grita ella—. Ya no te conozco de nada. Nunca estás en casa, siempre estás trabajando en la oficina.

—¡Para mantenerte a ti y a esta puta familia! —grita él—. Llego a casa de trabajar diecisiete horas diarias y me encuentro con esta puta mierda. Dormiré en la habitación de invitados. Ya estoy harto de ti.

Mierda.

Me agacho en la esquina y me escondo; él sale marchando con su almohada y desaparece por el pasillo.

Espero a que se vaya y vuelvo a asomarme a la habitación de mi madre, que está sentada sola a un lado de la cama llorando. La observo durante un minuto, sin saber qué hacer,

pero al final entro, me siento a su lado y le paso el brazo por los hombros. —No llores, mamá —le digo—. No pasa nada.

—Siento despertarte, cariño —susurra mientras se limpia los ojos para volver a hacerse la valiente—. Todo va bien, vuelve a la cama.

Asiento con la cabeza, pero no me voy. Y ella no me obliga, y nos sentamos juntas en el silencio.

Ambos perdidos en nuestros propios pensamientos

Gabriel.

19 años.

ABRO EL CORREO y oigo voces acercándose. Levanto la vista justo a tiempo para ver.

—¿Y sabes lo que eso significa? —Mi padre le guiña un ojo juguetonamente al pasar junto a mi mesa, y ella se ríe en el acto.

—¿Puedo verte un momento en mi oficina? —le pregunta.

—Por supuesto, señor —dice ella dedicándole una sonrisa sexy. Desaparecen en el despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Es un día más en la oficina.

Ahora trabajo en Ferrara Media. Siempre soñé con trabajar aquí junto a mi padre. Aprender y hacer que mi familia se sintiera orgullosa.

Ahora.... ya no tanto.

Sentir que el amor y el respeto que sentías por tu padre se van lentamente por el desagüe no puede ser más deprimente, y justo cuando crees que el cuchillo no puede cortar más profundo, se hunde más.

Miro fijamente mi computadora y oigo su risita, mi estómago se retuerce de celos.

Mi padre se está follando a su asistente personal.

Lo peor de todo es que no intenta ocultármelo. No le importa si lo sé o no. Nunca hemos tenido esa conversación, pero no me cabe la menor duda de lo que está pasando.

Muero un poco cada vez que veo a mi madre suplicar su amor. La oigo llorar a altas horas de la noche cuando él no vuelve a casa y presencio sus mentiras cada día.

Sus viajes a Italia son cada vez más frecuentes y más largos. Se está intensificando, puedo sentir que está llegando al clímax y ya no le importa.

Quiere largarse.

Nos va a abandonar... algunos días deseo que se vaya de una puta vez y acabe con esto, que nos saque a todos de esta miseria.

Ver a tu familia desintegrarse lentamente ante tus ojos es doloroso.

Pero ver a tu madre sufrirlo es peor que la muerte.

Oigo cómo salen volando cosas de su escritorio a través de la pared y sé exactamente qué hacen ahí dentro. Me los imagino y siento náuseas.

¿Qué clase de hombre se acuesta con su asistente personal?

¿Qué clase de hombre antepone una mujer cualquiera a su propia familia?

Juro por mi vida que nunca seré como él... nunca.

Cuánto lo odio, maldita sea.

Gabriel.

28 años.

Toc, toc.

—Sí —digo.

La puerta de mi oficina se abre y Alessio asoma la cabeza por la esquina.

—Recuerda ser amable.

De un manotazo dejo la carpeta sobre la mesa.

—Lárgate de una puta vez.

—Lo digo en serio —entra—. El equipo de RRHH ha elegido a dedo a esta.

—Por favor. —Pongo los ojos en blanco—. Como a los cinco últimos asistentes que han elegido a dedo. —Abro mis correos, aburrido de esta conversación—. Son unos inútiles.

—Sé amable. No queremos que nadie más renuncie el primer día.

Finjo una sonrisa.

—¿Por qué no me haces un favor y presentas tu renuncia?

—Gabriel. —Ensancha los ojos—. Sé amable.

—Sí, sí —suspiro.

—La haré pasar.

—¿Ella? —Frunzo el ceño—. No quiero una chica.

—Es la más calificada para el trabajo.

—Pero es una mujer.

—¿Quieres dejar de ser sexista? —susurra enfadado.

—No estoy siendo sexista; estoy siendo jodidamente honesto. No voy a entrevistar a una mujer para la posición de asistente personal, fin de la historia.

Toc, toc.

Los dos nos giramos y vemos a una mujer en la puerta abierta. Pelo largo y pelirrojo, postura perfecta y el rostro más hermoso que he visto nunca. Me dirijo hacia ella.

—Hola. —Le tiendo la mano para estrechársela—. Gabriel Ferrara.

—Hola, Sr. Ferrara. —Sonríe con confianza—. Soy Grace Porter.

Oh…

Su voz es ronca, sexual.

No, no, no… todo esto está mal.

—Lo siento, la posición ya está ocupada —le digo.

—No, no se ha cubierto. —Pasa por delante de mí hacia mi despacho y se vuelve hacia mí —. Acabo de oírle decir que no quería a una mujer como asistente personal.

—No, no la quiero.

—Mala suerte. —Se cruza de brazos—. Ya lo oyó: soy la más calificada para el puesto.

¿Quién coño es esta bruja?

Me señala la silla.

—Siéntese, Sr. Ferrara, he venido a una entrevista y usted va a entrevistarme.

—No haré tal cosa.

—De acuerdo. —Se sienta y saca una carpeta de su bolso—. Entonces yo le entrevistaré. Tengo una larga lista de preguntas.

—¿Eh?

La miro fijamente mientras mi mente se queda en blanco.

Alessio sonríe ampliamente mientras mira entre nosotros.

—Los dejo con esto, adiós. —Oigo el clic de la puerta mientras la miro fijamente.

Abre su carpeta y saca papel y bolígrafo.

—En primer lugar… ¿Cómo le gusta el café?

Frunzo el ceño.

—No es asunto tuyo.

—El mío me gusta fuerte, con nata y media de azúcar —señala.

—¿Te parece que me importa?

Garabatea algo en su bloc de notas.

Doy la vuelta al escritorio y me dejo caer en mi asiento.

—¿Qué escribes ahí?

—Cuatro cucharaditas de azúcar en su café.

—¿Por qué iba a necesitar cuatro putas cucharaditas de azúcar? —escupo.

Me mira fijamente a los ojos.

—Para endulzarle. ¿Para qué otra cosa?

Entorno los labios para ocultar mi sonrisa burlona.

—Ya me estás fastidiando.

—Lo mismo digo. ¿Cuándo empiezo?

—El lunes y no llegues ni un día tarde.

Se levanta y se echa el bolso al hombro.

—No llegue tarde usted. —Sale y la puerta se cierra tras ella.

Tomo el bolígrafo, hojeo el calendario hasta el lunes y escribo.

Grace Porter.

Me reclino en la silla, vuelvo a leer el nombre y lo subrayo. Mis ojos se elevan hacia la parte trasera de la puerta por la que acaba de salir.

Mmm....

El lunes se acaba de poner interesante.

Gabriel.

31 años.

ME ROCÍO COLONIA y ajusto los gemelos de mi camisa mientras miro el reloj.

¿Dónde está?

Me pongo la chaqueta del traje, voy al baño y me peino en el espejo. Oigo abrirse y cerrarse la puerta de mi oficina.

—Buenos días, Gabriel —llama Gracie al entrar corriendo.

—¿Te parece bien llegar a esta hora? —le digo.

—Ni siquiera está listo todavía —me responde mientras abre mi computadora—. Mi horario no empieza sino hasta dentro de una hora… en caso de que lo haya pasado por alto.

—Muy gracioso —le contesto—. Sabes muy bien que no se me olvida nada.

—Dese prisa, hoy tengo mucho que hacer —me llama desde mi despacho.

Pongo los ojos en blanco mientras continúo peinándome.

—No olvide que hoy me iré a almorzar justo a las doce y media.

—Sí, sí. —Entro en mi despacho y veo a Gracie sentada en mi mesa revisando mi agenda. Tiene el pelo rizado y lleva un bonito vestido color rosa.

¿Ah?

—Bien, acabemos con esto. Así que a las nueve tienes una reunión con Glenora, de Blakehurst.

—*¿Por qué tienes esa cara?* —pregunto mientras la miro de arriba abajo.

—Concéntrese. —Ella sigue leyendo la pantalla del ordenador—. Luego, a las diez, tiene una reunión por Zoom con Atomic Advertising.

¿Desde cuándo se riza el pelo para venir a trabajar? Mis ojos se detienen en sus pechos, más abultados de lo normal… ¿Lleva un sujetador push-up?

¿Qué coño está pasando aquí?

—A las once y media tiene una reunión con el equipo de marketing. Las notas están en su correo electrónico bajo el título Reunión a las once y media.

—¿Con quién vas a comer? —pregunto.

—Luego, a la una, tiene un Zoom con la oficina del Reino Unido.

—Gracie —digo bruscamente.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

—Sí, Gabriel.

—Te hice una pregunta.

—¿De qué se trata? —Ella frunce el ceño como si yo fuera un gran inconveniente.

—¿Con quién vas a comer?

—Con una amiga.

—¿Qué amiga?

—No la conoce, señor.

—¿Es una chica?

—Claro que es una chica.

—¿Te has rizado el pelo por ella?

Pone los ojos en blanco.

—¿Nunca te has rizado el pelo por venir a verme a mí?

—Eso es porque usted no se daría cuenta. ¿Puede concentrarse dos minutos en esto?

—¿Acaso no me di cuenta de que hoy llevas el pelo rizado?

—Dios mío. —Suspira—. Es usted agotador, ¿lo sabía?

Voy a la cafetera y empiezo a prepararnos el café.

—Me lo han dicho varias veces.

—También repugnante.

—Hay que reconocerlo. —Sonrío mientras doy un sorbo a mi café—. Repugnantemente agotador es un piropo que recibo con frecuencia.

—Por favor… —Vuelve a leer—. Esta tarde tiene una reunión final con…

—Me pregunto por qué alguien llevaría un sujetador push-up al trabajo —pregunto.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos.

—¿Por qué alguien se fijaría en eso?

—Hay gente que se fija en todo. —Le paso la taza de café.

—Bueno. —Da un sorbo—. Algunas personas son entrometidos que tienen que ocuparse de sus propios asuntos.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Ella frunce el ceño.

—Tu cita para comer.

—Dios mío. No es una cita para comer, voy a comer con una amiga. —Coge su carpeta—. A trabajar, Sr. Ferrara.

—A trabajar, Srta. Porter.

—Eso hago.

—Bien. —Ensancho los ojos y señalo la puerta—. Puedes retirarte.

—De inmediato.

12.15 p.m.

Salgo por la puerta principal del edificio de Ferrara Media y me acerco al auto, donde me espera Mark.

—Esconde el auto —le digo.

—¿Qué? —Frunce el ceño—. ¿Por qué?

—Hay un cambio de planes.

—¿Cómo cuáles?

—Grace tiene una cita para comer.

Se ríe entre dientes.

—No le veo la gracia. Esconde el puto auto.

—¿Por qué?

—Porque la estamos espiando… ¿por qué crees?

—Claro que sí. —Mark se pellizca el puente de la nariz.

—Tú mueve el auto y yo estaré al otro lado de la calle, en el parque.

—¿Por qué no puedo dejar el auto aquí?

—Porque sabrá que estoy aquí si mi auto está aquí y quiero que piense que me fui.

—¿Que te fuiste adónde?

—A enterrar los cadáveres de quienes preguntan demasiadas tonterías —susurro enfadado—. Muévete.

—Mierda.

Cruzo corriendo la calle y me oculto tras los arbustos, y diez minutos después viene a ponerse a mi lado.

—Agáchate —le digo.

—No puede verme. Agáchate tú.

Los dos miramos por encima del matorral.

—Ahí viene —susurro.

—No puede oírnos. No hace falta que susurres.

—Te sorprenderías —murmuro cuando aparece—. Esta mujer es biónica.

—Oh —susurra Mark al mirarla—. Hoy está preciosa.

—Que te jodan.

—Que te jodan a ti —murmura mientras la miramos. Ella sonríe y saluda con la mano cuando aparece un hombre. Él sonríe y se acerca a ella.

—¿Quién coño es? —susurro.

Se inclina y le besa la mejilla.

—Supongo que es la cita —responde Mark—, solo una corazonada.

—No me digas, Sherlock. —Les veo darse la vuelta y alejarse en dirección contraria—. Maldición.

—Es guapo. —Mark se encoge de hombros.

—Vamos. —Empiezo a caminar por el parque.

—¿Adónde vamos?

—A seguirlos. —Levanto las manos—. ¿Acaso me escuchas cuando te hablo?

—No, si puedo evitarlo.

Avanzamos a tumbos por el parque mientras sigo asomándome sobre los arbustos.

—¿Van de la mano? —pregunta Mark.

—Más vale que no, carajo. —Doblan la esquina con Mark y conmigo pisándoles los talones y los vemos esfumarse en un restaurante.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Mark.

Mmm… Miro a mi alrededor y veo una lavandería enfrente.

—Por aquí. —Subimos la calle a toda prisa y entramos a la lavandería. Giro la varilla de las persianas venecianas para que no se vea nada desde la calle. Mark y yo miramos a través de ellas.

—Perdone —pregunta la señora que está detrás del mostrador—, ¿qué está haciendo?

—Es una investigación. —Me asomo a través de las persianas—. Somos del Servicio Secreto. Un asunto muy importante.

Mark se ríe entre dientes.

—No me jodas.

—No puedes cerrar mis persianas así.

—Mírame. —Miro hacia el restaurante, al otro lado de la calle.

Un cliente va a entrar por la puerta principal.

—Está cerrado —le digo bruscamente—. Vuelva más tarde.

—Oh… —Se marcha.

—Escuche, señor —la señora empieza a enfadarse—. No puede venir aquí y cerrarme la tienda.

En el restaurante, el hombre rodea a Gracie con el brazo y mis ojos se abren de horror.

—Fuera —grita la señora.

Pego mi tarjeta de crédito en el mostrador.

—Cinco mil dólares por una hora.

—¿De verdad? —jadea.

—Sí. Cóbrame.

Gabriel.

33 años.

Jingle Bell

Jingle bell, jingle bell rock.

Suenan villancicos.

La planta baja del edificio Ferrara se ha transformado en un paraíso invernal. Estoy en la fiesta de Navidad de Ferrara y llevo un traje gris con un gorro de Papá Noel, pero me siento de todo menos de fiesta.

Mis ojos vuelven a recorrer la habitación, ya deben haberla atravesado al menos cien veces esta noche.

¿Dónde está?

Doy un sorbo a mi cerveza mientras finjo escuchar la aburrida conversación que tiene lugar a mi alrededor.

Y entonces la veo.... Con un vestido rojo…

Oh.…

Nuestras miradas se cruzan y mi corazón da un vuelco, sonrío y alzo mi copa; ella me devuelve la sonrisa.

Gracie entabla conversación con sus amigas y yo me trago el nudo que tengo en la garganta mientras la observo.

Me abandona.

Imagino mi vida sin ella en ella y....

simplemente no es verosímil. ¿Cómo soportaré no verla cada día....?

Las paredes empiezan a cerrarse y no puedo estar aquí ni un minuto más. No puedo fingir que no estoy destrozado.

Empiezo a sudar, mi control se debilita y nunca me había sentido tan inestable.

—Con permiso. —Asiento con la cabeza mientras me dirijo al ascensor. Subo a mi oficina y miro su escritorio.

Pensar que nunca volveré a verla sentada allí... es demasiado para soportarlo.

Me abandona.

Me sirvo un whisky, entro en mi oficina y me siento en una silla en un rincón.

Tengo un problema.... Un gran puto problema.

Y me duele el corazón.

Me llamo Gabriel Ferrara y estoy perdidamente enamorado de Gracie Porter.

SOBRE LA AUTORA



T L Swan es autora de Best Sellers del Wall Street Journal y #1 en Amazon. Con millones de libros vendidos, sus títulos están traducidos actualmente a veinte idiomas y han alcanzado el #1 en Amazon de EE.UU., Reino Unido, Canadá, Australia y Alemania. Tee es residente de la costa sur de Nueva Gales del Sur (Australia) junto a su esposo y sus tres hijos, donde vive su propio “felices para siempre” con su primer amor verdadero.